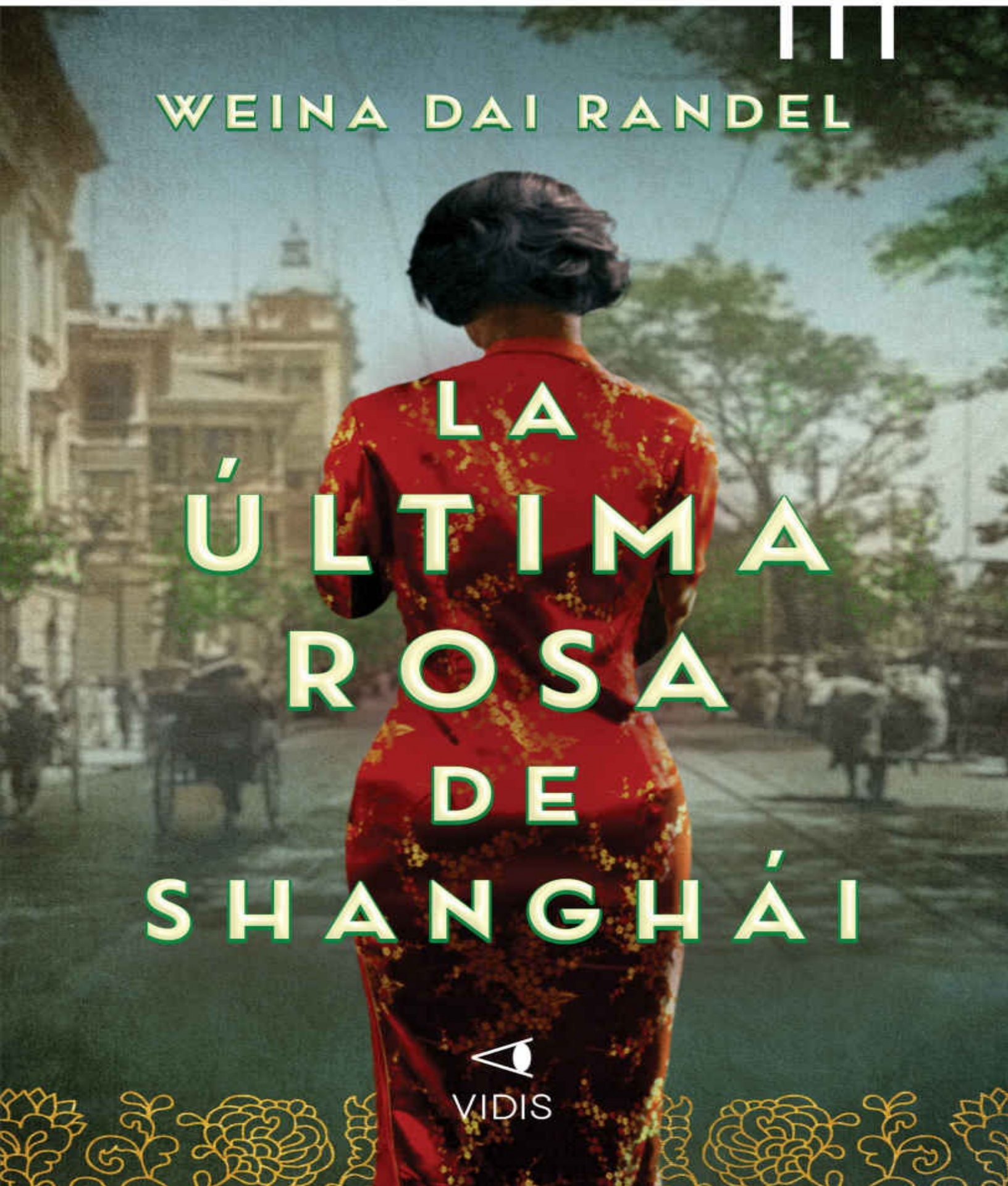
Un amor más fuerte que la guerra y el escándalo.



WEINA DAI RANDEL

LA ÚLTIMA ROSA DE SHANGHÁI

VIDIS

LA ÚLTIMA ROSA DE SHANGHÁI

Weina Dai Randel

Traducción: María Inés Linares

VIDIS
HISTÓRICA

Título original: *The last rose of Shanghai*
Amazon Publishing
Esta edición ha sido posible gracias a Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

© 2021 Weina Dai Randel

© 2023 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2023 Vidis Histórica
www.vidishistorica.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-15-8

Índice de contenidos

Portadilla

Legales

Dedicatoria

Nota de la autora

Capítulo 1 OTOÑO DE 1980

Capítulo 2 ENERO DE 1940

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10 Otoño de 1980

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27 FEBRERO DE 1941

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37 OTOÑO DE 1980

Capítulo 38 AGOSTO DE 1941

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51 OTOÑO DE 1980

Capítulo 52 ENERO DE 1942

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69 OTOÑO DE 1980

Capítulo 70 FEBRERO DE 1943

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79 OTOÑO DE 1980

Capítulo 80 JUNIO DE 1944

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85 OTOÑO DE 1980

Capítulo 86 JULIO DE 1945

Capítulo 87

Capítulo 88 OTOÑO DE 1980

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92 OTOÑO DE 1980

A mi madre (noviembre de 1950 - marzo de 2018)
y a Raymond Randel (enero de 1933 - junio de 2017)

Nota de la autora

Aunque en esta novela se relatan hechos históricos, se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, sucesos, fechas e incidentes son producto de mi imaginación o se usan de manera ficticia.

CAPÍTULO 1
OTOÑO DE 1980

Peace Hotel, Shanghái

TENGO SESENTA AÑOS Y SOY EMPRESARIA, FILÁNTROPA Y UNA MUJER ATORMENTADA. ME HE VESTIDO CON esmero para la reunión de hoy: llevo un cárdigan negro de cachemira, una blusa amarilla bordada, pantalones negros y un zapato a medida. Espero, con todo mi corazón, parecer refinada y humilde, tal como debe verse una multimillonaria relajada.

Hago avanzar mi silla de ruedas de una mesa octogonal a otra. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vine aquí, y parece que todo el hotel —las paredes revestidas de madera de castaño, los grabados en blanco y negro, la lámpara de araña dorada que cuelga del techo como un resplandeciente nido de pájaros— me recibe como a una vieja amiga. En el aire, por supuesto, no hay melodías conocidas de jazz, ni gritos de ira, ni se oye su voz firme. Después de todo, han pasado cuarenta años. Nuestro pasado —mi luz y mis lágrimas— se ha ido para siempre, lejos de mi alcance. Pero confío en que después de hoy sea diferente; después de hoy, estaré en paz.

He decidido donar este hotel, este monumento que ya es un símbolo, construido por un británico, controlado por varios gobiernos y ahora de mi propiedad, a una documentalista estadounidense a quien conoceré hoy. Le pediré que haga una sola cosa: filmar un documental. Este es un trato poco habitual, un negocio poco ventajoso para mí, pero no me importa. La documentalista ha cruzado el océano para encontrarse conmigo y estoy ansiosa por conocerla.

Aparco mi silla de ruedas junto a una mesa negra, cerca de las columnas corintias. No debería estar nerviosa, pero se me acelera el corazón. ¿Acaso me habré olvidado de tomar mi medicación esta mañana? No me acuerdo, y parece que tampoco puedo moverme, atrapada dentro de la grieta de los recuerdos.

CAPÍTULO 2
ENERO DE 1940

Aiyi

APROXIMADAMENTE DOS AÑOS DESPUÉS DE LA CAÍDA DE SHANGHÁI, A CUATRO MESES DE QUE COMENZARA la guerra en Europa, yo tenía veinte años y un problema. Mi club nocturno, un negocio millonario, se estaba quedando sin bebidas alcohólicas debido a la escasez que se vivía durante la guerra. Había visitado, sin éxito, cervecerías y otros comercios, y los clientes ya se percataban de que el vino que les servía estaba diluido. Al borde de la desesperación, fui a ver a la última persona que hubiese elegido de todo el mundo para pedirle ayuda: mi rival en el negocio, el empresario británico sir Victor Sassoon.

Vivía en su hotel, en el corazón del Asentamiento Internacional, cerca del río Huangpu. Cuando estábamos llegando al edificio, le pedí a mi chófer que aparcara mi sedán Nash marrón para poder hacer a pie el resto del camino. Con una bufanda cubriéndome el rostro, pasé junto a *rickshaws* chirriantes y coches atronadores, con la cabeza gacha, rezando para que nadie me reconociera.

Eran las últimas horas de la tarde y se había desatado una gran tormenta; el cielo tenía un aspecto sombrío y el sol se ocultaba detrás de las nubes como una moneda de plata. El aire, gélido, olía a perfume, a humo de cigarro y a las empanadillas fritas que se vendían en el hipódromo, a unas calles de distancia. Cuando llegué a una de las entradas del hotel, vi cómo un jeep se estrellaba contra un hombre que iba en bicicleta —me di cuenta de que era shanghainés —. El hombre se sujetaba la pierna y gritaba, con la cara ensangrentada. Del jeep saltó un soldado japonés de uniforme caqui. Con una sonrisita de suficiencia, se acercó al pobre ciclista, desenfundó su arma y le dio un tiro en la cabeza.

El fuerte disparo atravesó mis oídos y mi corazón, pero no pude hacer nada más que apartar la mirada. Habíamos perdido la ciudad ante los japoneses; ahora, lamentablemente, todos los chinos que vivíamos en Shanghái éramos como peces atrapados en un pantano sombrío. Para evitar el anzuelo de la muerte y seguir viviendo, no teníamos más remedio que permanecer ocultos bajo el agua.

Aceleré el paso, subí los escalones de la entrada principal del hotel y crucé la puerta giratoria. Una ráfaga de aire cálido me recibió en el vestíbulo. Con un suspiro de alivio, me desenrollé la bufanda y observé las lujosas alfombras persas, el suelo de mármol reluciente, los elegantes sofás Chesterfield de cuero burdeos y los ramos de rosas y claveles frescos en altos jarrones de color índigo. Me encantaba este hotel. Antes de la guerra, a menudo me daba el gusto de reservar la Jacobina, una de las suites más extravagantes, que tenía una decoración única de estilo francés.

No vi a Sassoon, pero un hombre rubio, sentado en un sofá Chesterfield y vestido con un traje de franela gris similar al que tenía mi prometido, me miraba ceñudo. Cerca de él, había otros tres hombres con uniformes azules del Cuarto Regimiento de Infantería de Marina de los Estados Unidos, que debieron de haber escuchado el disparo, dejaron de fumar sus cigarrillos y también se volvieron hacia mí. Parecían fastidiados, como si yo fuera una intrusa que acababa de irrumpir en su comedor.

Me pregunté si pensarían que yo tenía algo que ver con el tiroteo de fuera, pero lo más probable era que estuvieran disgustados porque yo era la única clienta china en el vestíbulo. Debía tener cuidado. Todos sabían que los chinos y los extranjeros eran como la sal y el azúcar, que no debían mezclarse, ya que los extranjeros del Asentamiento veían a los locales como una

molestia y nosotros rehuíamos de ellos como a enemigos. Estos hombres que estaban en el vestíbulo no me conocían, pero la gente en Shanghái, incluido Sassoon, me tenían en alta estima.

Además, vestía mis mejores galas, como siempre: un vestido rojo a medida con una abertura hasta el muslo y un exquisito abrigo de visón negro con cuello de esmoquin, que complementaba con pendientes de oro, un collar de oro y un bolso caro. En Shanghái no había muchas chicas como yo: joven, a la moda, rica, me atrevo a decir hermosa y hábil, gracias a los años de experiencia como dueña de un club nocturno. Sabía cómo manejar a todo tipo de personas.

No contoneé mis caderas con coquetería, no bajé los ojos como una sirvienta, no sonreí como si me pagaran por ello. En lugar de eso, levanté una mano, asentí con cortesía, como la mujer de negocios que era, y dije en perfecto inglés estadounidense: “Buenas tardes, caballeros. ¿Cómo están?”.

Nadie respondió. No me importó. Pasé junto a ellos hacia el otro lado del vestíbulo, saludando a los botones con uniformes beis que me ofrecían su ayuda. Sassoon, que vivía en el ático del undécimo piso, había dicho que nos encontraríamos en el vestíbulo, pero aún no había bajado. Me alegré, pues tenía grabadas en la mente su notable afición a la fotografía y la petición que me había hecho, y también necesitaba un momento para pedirle un favor sutilmente sin humillarme.

Me dirigí a una silla cerca del ascensor, del que dos hombres blancos salieron tambaleándose, con botellas de Pabst. Estaban borrachos, los rostros sudorosos, los ojos vidriosos. El de la cabeza rapada me miró fijamente. Un murmullo, en inglés, me golpeó: “Los perros y los chinos no están permitidos en este hotel”.

Si hubiera estado en mi club, habría ordenado que lo echaran. Lo fulminé con la mirada, cambié mi bolso a la mano izquierda y caminé hacia el Jazz Bar al final del vestíbulo. No había dado dos pasos cuando una botella cruzó veloz el aire y me golpeó la cabeza. Una violenta carcajada estalló en mis oídos. Me sentí mareada, pero pude ver que, en el vestíbulo iluminado, todo estaba normal y nadie se había preocupado por mí. Ni el rubio del traje de franela, que se cubrió la cara con una revista, ni los marines, que desaparecieron en el Jazz Bar, ni tampoco, por cierto, el viejo de cuello grueso, que aplaudió como si estuviera viendo un espectáculo divertido.

No necesitaba su ayuda, de todas maneras. Con perfecto aplomo y una mano en la cintura, toqué mi frente palpitante con la otra mano. Sentí algo viscoso. El pánico me recorrió, mi aspecto lo era todo para mí.

—¡Me has agredido! Voy a llamar a la policía.

—Adelante. Te llevarán a la cárcel. —El hombre que me había herido resopló y luego los demás corearon: “Cárcel, cárcel, cárcel”.

Odiaba que me amenazaran, pero todos en Shanghái también lo sabían: los policías sijes del Asentamiento eran parciales, y nosotros, los lugareños, los vencidos en la guerra, no podíamos contar con ellos para recibir ningún tipo de justicia. Me olvidé de Sassoon. Solo quería salir de allí. Me di la vuelta, pero de alguna manera, mis tacones altos resbalaron sobre un montón de fragmentos de vidrio de la botella y caí al suelo con un ruido sordo. Fue mortificante.

—Déjeme ayudarla —dijo un hombre cerca de mí, y me tendió la mano. Era una mano fea de nudillos deformes, con el dedo meñique curvado hacia arriba como un signo de interrogación y una telaraña de cicatrices irregulares y magulladuras serpenteantes en el dorso. Agradecida por el ofrecimiento, dejé que me ayudara a levantarme y también me alegré de que el hombre pareciera ser capaz de leerme la mente: me alejó de los fragmentos de vidrio, de los rufianes que gruñían y me llevó apresuradamente por la puerta giratoria.

En la entrada, el viento helado me acarició la cara. Me ajusté el abrigo sobre el pecho, aliviada,

aturdida. Nunca me habían atacado y ahora tenía una deuda de gratitud con el hombre de la mano llena de cicatrices. Lo miré.

Era joven, alto y huesudo; vestía un abrigo negro cruzado con solapas arrugadas y no llevaba reloj ni cadena de oro; no era el tipo de persona con el que yo solía tratar. Sus rasgos faciales eran distintivos: labios carnosos, una mandíbula fuerte y una nariz prominente parecían decirle al mundo que tenía un propósito para su vida. Pero aun así le habría dado las gracias si no hubiera sido por sus ojos, de un llamativo tono azul.

Otro hombre blanco.

—¡Allí están! Nos han asaltado. ¡Arréstenlos! —Por la puerta giratoria, como un mal augurio, salieron los dos matones, acompañados por un enorme policía sij con turbante.

Qué descarados. Me aparté el flequillo para mostrarle al policía mi frente sangrante, y en inglés, con mi voz tranquila de mujer de negocios, dije:

—Mire lo que me hicieron ellos, señor. Están mintiendo. Pero vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo? No hay necesidad de arrestar a nadie.

El sij, enorme como un toro, apoyó la mano sobre el revólver Webley que llevaba en la pistolera.

—Señorita, estoy tratando de hacer mi trabajo.

Solo un típico oficial del Asentamiento, porque cualquier policía imparcial sabría que era más probable que una mujer como yo fuese una víctima.

—Ella dice la verdad, señor —agregó el extranjero de ojos azules a mi lado. Sostenía mi bolso y mi bufanda, que se me habían caído en el vestíbulo sin que me diera cuenta. Me hubiera gustado recuperarlos, pero la prudencia me dijo que me mantuviera alejada de él.

—¡Arréstenlos, arréstenlos! —Fuertes protestas estallaron cerca de la puerta giratoria, y el sij se me acercó más, con pasos enérgicos.

—Lo siento señorita. —Aferró por las solapas del abrigo al hombre que me había ayudado.

Sucedió muy rápido: el extranjero se apartó, dejó caer mi bolso y mi bufanda, y se tambaleó hacia atrás. Sin percatarse de la escalera que había detrás de él, pisó en falso un escalón, cayó y rodó desde el rellano hasta la calle. El policía sij se abalanzó sobre él, y esos odiosos atacantes se partieron de risa.

Me apresuré a recoger el bolso y la bufanda y corrí hacia mi Nash aparcado en la calle. Solo cuando llegué al coche miré hacia atrás. A lo lejos, entre la masa de veloces *rickshaws,* peatones con túnicas largas y automóviles negros que avanzaban lentamente, no muy lejos del cuerpo del ciclista, estaba el enorme policía sij, que le sujetaba las manos detrás de la espalda al extranjero, al hombre inocente, y lo conducía en dirección a la comisaría.

CAPÍTULO 3

Ernest

Recién salido del barco, recién llegado a la cárcel. Esta no era la nueva vida que Ernest Reismann había imaginado en Shanghái. Luchó por soltarse del enorme policía sin éxito. El hombre era demasiado fuerte y murmuró algo acerca de que Ernest era un estúpido por haberse dejado atrapar entre los vándalos, con voz sorprendentemente suave. No hubo insultos racistas ni amenazas maliciosas. Un alivio. Así que no sería encarcelado por su religión en Shanghái; pero hubiera preferido no ser encarcelado en absoluto en esta nueva ciudad, donde estaba decidido a construir su futuro.

Ernest tuvo que pensar rápido. Doblaron en una calle llena de gente y tiendas que vendían frascos de encurtidos y bolsas de castañas asadas y champiñones secos, y los hombres de túnicas largas que avanzaban a empellones entre las bicicletas, los carruajes y los carromatos de una rueda lo empujaban a él.

—Señor, ¿cómo se llama eso? —Ernest movió la cabeza en dirección a un hombre flacucho que pasó corriendo, tirando de dos palos sujetos a un vehículo con forma de cochecito de bebé.

Una distracción. Había visto esos vehículos antes; los porteadores sudaban copiosamente mientras sus clientes se sentaban con las piernas cruzadas como si fuera el viaje más agradable. Ese transporte era, tal vez, la imagen más extraña de todas las de Shanghái. Sintió pena por esos bueyes humanos.

—*Rickshaws*. —El sij lo guio—. ¿Nuevo en Shanghái? Por aquí.

—Parece una buena persona, señor. Lo siento.

Empujó con fuerza el pecho del sij con el codo, se alejó y echó a correr. Pasó corriendo junto a un carruaje, una fila de *rickshaws* y luego al lado de un hombre que avanzaba pesadamente, cargando un palo con una cesta en cada extremo, cada una con un niño pequeño dentro. Desde detrás de Ernest llegó un grito: el sij, pisándole los talones, se había estrellado contra una de las cestas y los dos niños habían caído al suelo. Murmurando una disculpa, Ernest pasó junto a un autobús rojo de dos pisos y corrió hacia un callejón detrás de un edificio *art déco* de ladrillos rojos. Miró hacia atrás. El policía no estaba a la vista.

Se alisó el abrigo, se pasó los dedos por el pelo —había perdido el sombrero— y se puso el guante, el de la mano llena de cicatrices, que se había quitado antes para estrechar la mano del director del hotel. No le importaba la moda, pero ese guante era el único accesorio del que no podía separarse. Sin él, a menudo se sentía como si estuviera desnudo en público.

Se dio la vuelta para comprobar una vez más que no lo estuvieran siguiendo y se sumergió en la marea de la multitud en la calle. Había tenido un comienzo difícil para buscar trabajo, pero no era para tanto. Debería intentarlo de nuevo.

Ernest Reismann, un judío que huía de la Alemania nazi, acababa de aterrizar en Shanghái en un transatlántico italiano hacía horas. Después de trasladarse del muelle al Edificio Embankment, el refugio temporal para refugiados judíos, dejó su maleta en la litera con su hermana, Miriam, y salió a buscar trabajo sin cambiarse de ropa.

No quería perder el tiempo. Ya se habían gastado los veinte marcos imperiales, todo el dinero que le habían permitido sacar de Alemania. Planeaba encontrar un trabajo lo más rápido posible y luego establecerse en un apartamento para que Miriam tuviera un lugar donde quedarse.

Había ido directamente al hotel de Sassoon, situado en el bullicioso paseo marítimo donde había atracado el transatlántico. El rico británico, según había oído Ernest, era muy caritativo y

había donado una planta completa de su Edificio Embankment, sin cargo alguno, para albergar a los refugiados y que estos pudieran empezar de nuevo en esa ciudad extranjera. Pero Ernest no llegó a conocer al hombre, solo al gerente de hotel, que lo escrutó a través de sus gafas y le dijo que no estaban contratando personal nuevo. Decepcionado, Ernest estaba atravesando el vestíbulo cuando vio que esos idiotas le tiraban la botella a la joven. Se había apresurado a ayudar, pues los recuerdos de pogromos, violencia y dolor aún estaban frescos en su mente.

Nunca había visto a una mujer china en Berlín. La de hoy era fascinante, una bellísima criatura. Tenía el rostro ovalado, la piel pálida impecable, expresivos ojos negros, nariz pequeña y labios rojos. Llevaba el pelo cortado a la altura de los hombros, y un flequillo recto y meticulosamente rizado enmarcaba su rostro. Parecía de la misma edad que él, pero sus gestos eran sofisticados, fríos, notablemente distantes.

Esperaba, con todo su corazón, volver a verla.

Con repentina euforia, Ernest miró a su alrededor. Estaba frente a un edificio de cinco pisos con un elegante diseño *art déco*, cerca de otro clásico, adornado con una estatua de un dios griego y un tercero, neoclásico, coronado por una cúpula. Y el imponente hotel de Sassoon, con su cúpula piramidal verde, estaba a unos metros de distancia. Parecía que en su huida había dado una vuelta a la manzana y regresado a la bulliciosa zona costera. Empezó a caminar, buscando, mirando las inscripciones en francés, danés, italiano e inglés de los edificios. Eran bancos internacionales, empresas estadounidenses de comercio de licores, grupos tabacaleros británicos y compañías de telégrafos danesas. Varias empresas habían colgado la estrella de David en alguna pared. Sonrió al recordar que la gente del transatlántico decía que los judíos habían llegado a Shanghái para hacer fortuna ya en 1843, después de que Gran Bretaña derrotara a la dinastía china Qing durante la primera Guerra del Opio. Al estallar la Revolución bolchevique en Rusia, muchos judíos rusos, por temor a la persecución, también habían huido a Shanghái.

El hecho de que sus paisanos hubieran tenido éxito en Shanghái le infundía una gran confianza. Seguramente, se ganaría la vida aquí. Es cierto que había obstáculos: no sabía el idioma, no conocía a nadie en la ciudad y no tenía experiencia en banca, ingeniería, panadería ni comercio. Le encantaba la fotografía y tocar el piano, aunque la fotografía era una afición y había dejado el piano hacía tiempo. Pero tenía diecinueve años y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para sobrevivir.

Decidió probar suerte en una barbería detrás del edificio del dios griego; vio palabras en ruso en la puerta de entrada y un cartel descolorido de Rosh Hashaná en la ventana; habría gente como él allí, después de todo. Entró. La tienda tenía cinco sillas vacías, y un peluquero de mediana edad con bigote, que sostenía una escoba como un hacha, lo miró con cara de pocos amigos. Antes de que Ernest pudiera preguntar, el barbero gritó:

—¡Fuera de mi tienda!

Atónito, Ernest retrocedió; un débil murmullo lo persiguió.

—Refugiados. ¡Ratas!

Lo habían llamado de muchas maneras, pero esto era nuevo. Se encogió de hombros y continuó su búsqueda por la calle. Entró en una tienda tras otra, ofreciendo sus servicios como empleado al dueño de una ferretería rusa, como cochero a un empresario francés en una tienda de marroquinería, luego como lavaplatos, pulidor de engranajes, freidor de pescado, cualquier cosa. Nadie quiso contratarlo. Salió de las tiendas con la cabeza gacha. Lo habían expulsado de su hogar por ser judío; ahora, después de cruzar océanos hasta una tierra extraña, lo expulsaban nuevamente por ser un refugiado.

CAPÍTULO 4

Aiyi

De camino a mi club nocturno, mirando pasar por la ventanilla los edificios de ladrillo rojo y las villas de tejas rojas, pensé en el extranjero de ojos azules. Parecía diferente de los atacantes. Podría suponer que lo habían arrestado porque estaba conmigo: el policía sij debió de haberse dado cuenta de que yo era una víctima, pero tuvo que montar un espectáculo para apaciguar a mis atacantes. Arrestar al joven había sido injusto. Sin embargo, en esto se había convertido Shanghái: una ciudad demasiado alejada de la justicia, demasiado cerca de la cárcel.

¿Quién era? ¿Por qué se había molestado en ayudarme? ¿Acaso no conocía las reglas de Shanghái?

Shanghái, mi hogar, mi ciudad, ya no era mía después de una plaga de guerras; pertenecía a los extranjeros de muchos países. Los británicos, después de habernos derrotado hace un siglo, controlaban el rico y próspero Asentamiento Internacional con los estadounidenses, y los franceses habían construido sus mansiones en la Concesión Francesa. Los japoneses, armados con terroríficos aviones de combate y rifles, eran los nuevos y poderosos vencedores. Habían establecido su propio dominio durante muchos años en el distrito de Hongkou, al norte del río Huangpu, donde jugaban al béisbol en el parque, empleaban a sus mujeres en los hospitales para atender a los soldados, y ahora marchaban por nuestras calles y dormían en las casas que habían expropiado. Nosotros los shanghaineses, los conquistados, no podíamos hacer nada. Muchos habían perdido sus hogares en la Ciudad Vieja, al sur del Asentamiento; solo unos pocos afortunados, como mi familia, pudimos conservar nuestros hogares ancestrales, y otros se amontonaron bajo las sombras de los edificios *art déco* o se dispersaron por los arrozales y los campos infestados de mosquitos en el norte y el oeste.

La segregación no era una ley, pero el prejuicio proliferaba como una enfermedad. Todos nos mantuvimos alejados unos de otros. Los chinos atendíamos a nuestros enfermos en casa y los extranjeros a los suyos en sus hospitales. Cenábamos en nuestros patios, los europeos bebían en sus cafeterías y los japoneses comían en sus restaurantes revestidos con *tatamis.*

Por necesidades comerciales, conservé amistades como la de Sassoon y socialicé con esas personas; a menudo bebíamos coñac mezclado con nuevos intereses y viejos resentimientos. Era consciente del riesgo de mezclarme con ellos. Que me atacaran no me sorprendió, pero sí fue una sorpresa que me auxiliara un hombre blanco, un desconocido.

Mi Nash giró en la calle Bubbling Well y se detuvo en una calzada bordeada de plátanos con las ramas desnudas. Salí del coche, me ajusté más el abrigo de visón para luchar contra el frío invernal y caminé hasta un majestuoso edificio *art déco* de tres plantas con un elegante voladizo circular de piedra blanca. El aire vibraba con melodías de jazz; la sesión del atardecer había comenzado. En la penumbra que se tragaba la ciudad, el club nocturno Cien Alegrías, coronado con una cúpula de cristal rematada por un elegante mástil, brillaba intensamente con sus luces de neón rojas. Una visión de belleza y opulencia, fue el primer club nocturno de lujo abierto en Shanghái y se ganó la envidia de Sassoon en la inauguración.

Y era mío.

Entré en el edificio. En el vestíbulo de techo alto, un coro de voces se elevó para saludarme. Respondí con una inclinación de cabeza a los botones y los dueños de restaurantes que ocupaban los espacios de la planta baja, crucé el suelo de mosaico y subí la escalera de mármol hasta el salón de baile. En el rellano, uno de los guardias de seguridad abrió las gruesas puertas de

madera de mi club y entré. Instantáneamente, el sonido de la música y las voces de los clientes llegaron a mis oídos, y me envolvió un vapor translúcido como una gasa, cargado del olor de los cigarrillos importados, las fragancias caras y el fuerte aroma a alcohol que ya me eran familiares. Como de costumbre, lo estudié todo: las dieciocho mil bombillas brillantes incrustadas meticulosamente en el techo abovedado de color oro, una vista que siempre dejaba boquiabiertos a quienes venían por primera vez; la pista de baile redonda de teca, resplandeciente, con guijarros de luz; la banda en el escenario con cortinajes, los clientes en los rincones y la escalera curva de hierro forjado que conducía al tercer nivel.

Nadie se quejaba del licor, afortunadamente.

Le di mi abrigo de piel al encargado del guardarropa, rodeé la pista de baile y me dirigí al bar. En el escenario, la banda comenzó a tocar. El contrabajo dejó caer las primeras gotas de sonido, como un hilo de melaza oscura; los tambores marcaron el ritmo, juguetones como la provocación de un amante. Luego, con un rayo de pura energía, sonó la trompeta. Las siluetas sombrías de los clientes se recortaron en la oscuridad y corrieron a la pista de baile. Girando, balanceándose, levantando los pies, los trajes negros y los vestidos brillantes se arremolinaron en un mar de verde jade, rojo vino y amarillo jengibre. El salón de baile tenía todo lo que querían los buscadores de diversión: la música, las voces arrulladoras y toda la alegría, libre, oscura, tan íntima como un aliento cálido.

Mis clientes eran chinos, y conocía a muchos de ellos: los jóvenes de trajes y pantalones planchados, las chicas modernas con zapatos de cuero y vestidos ajustados, los empresarios barrigudos que recientemente habían duplicado su riqueza por medios dudosos, los arquitectos con gafas, educados en universidades occidentales, e incluso el señor Zhang, un gángster que tenía la costumbre de hacer girar una navaja en su mano. También había traidores nacionalistas, aduladores de los japoneses, asesinos anónimos y espías comunistas.

Todos venían por sus propios motivos, pero me gustaba pensar que anhelaban el jazz, la música extranjera del amor y el deseo que los puritanos criticaban por considerarla erótica y sucia, así como el vals y el tango, que los hombres estoicos tradicionales ridiculizaban alegando que eran inmorales e indecentes. Y, lo más importante, todos ellos tenían dinero. Porque el entretenimiento en mi salón de baile no era barato: la tarifa de una hora costaba más que una comida para muchas familias y una bebida valía más que el salario de una semana para muchos trabajadores. Pero en una Shanghái caída, con tantos negocios cerrados, enfermedades que se propagaban descontroladamente, decapitaciones, asesinatos y tiroteos diarios en la calle, ¿qué más se podía hacer para sentirse vivo, además de bailar y cantar algunas canciones desde el corazón?

Taconeé con mis zapatos de cuero contra el suelo de teca y moví las caderas y los brazos, solo un poco, sin que nadie se diera cuenta. Me encantaba el jazz y me encantaba bailar, pero como dueña del club nocturno, había aprendido a demostrar un gran autocontrol de mi pasión para evitar que algunas manos no deseadas me tocaran. Así que nunca canté, tarareé o bailé en mi propia pista de baile.

Los clientes me llamaban.

—Buenas noches, señorita Shao.

—Se ve encantadora, señorita Shao. ¿Dónde está mi whisky favorito que me prometió?

—¿Ya ha conseguido mi coñac, señorita Shao?

Adopté una pose, una silueta agradable y atractiva que funcionaba bien para atraer las miradas y estimular a los clientes a gastar más dinero. Ser una joven empresaria en un mundo de hombres

me había enseñado a mantener un equilibrio entre llamar la atención de los clientes y ahuyentarlos. Se me daba bien crear una impresión de afabilidad sin alentar sus avances.

—¿No confía en mí? Claro que conseguiré todas las bebidas. Pronto, muy pronto.

Luego, mientras saludaba con la cabeza a un grupo aquí y con la mano a los bailarines allá, me senté en la barra. Bajo las luces brillantes, conté las botellas que había en los estantes. Dieciséis. Era todo lo que tenía, incluyendo el vino de arroz local barato, algunos refrescos y restos de ginebra. Durarían tres días, cinco como mucho. Entonces me quedaría sin reservas; en el mercado, los refrescos, el vino de sorgo, la cerveza, la ginebra y todas las variedades de whisky ya no se conseguían desde hacía meses.

Mi negocio había comenzado a declinar el año anterior y esperaba sostenerlo con la venta de alcohol. Ahora no sabía qué hacer. Nunca había imaginado tener que lidiar con este tipo de problema. Tres años atrás, antes de la guerra, yo era la heredera más rica de Shanghái gracias a la herencia que mi madre me había dejado, y no había pensado en dirigir un club de jazz; trabajar no era para alguien como yo. Pero los japoneses bombardearon la ciudad y los cobardes ejércitos nacionalistas no lograron protegernos. Victoriosos, los codiciosos japoneses tomaron Shanghái, congelaron mi cuenta bancaria y confiscaron la fortuna de mi familia. Ahora era pobre, estaba aturdida. Nunca pensé que necesitaría trabajar, pero para sobrevivir tuve que aprender a ganar dinero.

Desesperada, abandoné mis planes de ir a la universidad y pedí ayuda a un primo, antiguo accionista de un club de jazz que había quebrado. Vendí mis joyas, compré el negocio a precio de ganga y me puse un vestido largo y ajustado con una abertura hasta el muslo. Aprendí a multiplicar mentalmente cifras de dos dígitos. Guardaba un libro de contabilidad de color peonía en mi bolso para llevar un registro de los gastos diarios. Cuando me encontré con hombres lascivos y con sus garras extendidas, rara vez grité; en cambio, me entrené para ser una excelente bebedora e inventé un juego para alentarlos a gastar en alcohol. Este club, este negocio, era mi vida.

La banda terminó de tocar y la multitud abandonó la pista de baile para correr hacia la barra, hacia mí. Se elevó una ola de quejas. “¿Qué? ¿No hay coñac? Vamos a Ciro’s”.

Ciro’s, el club nocturno de Sassoon, también atendía a los lugareños. Era uno de los muchos competidores a los que me enfrentaba, entre ellos varios locales de baile en la Concesión Francesa que atraían a los clientes con bailarinas exóticas rusas, y una docena de pequeños clubes locales con entradas baratas.

Cogí un vaso del mostrador.

—¿Quién quiere jugar un juego de beber?

—Lo siento, señorita Shao. Necesitamos buen whisky y coñac —dijo Zhang, el gángster que hacía girar la navaja en su mano.

—Tengo coñac.

—Hace un mes que no sirves nada bueno.

Se dirigió a la salida con sus hombres. Varios clientes lo siguieron meneando la cabeza. Los miembros de la banda me miraron, con sus violines y trompetas en el regazo.

—Escuchemos algo de Duke Ellington —dije tocando mi frente dolorida al saludar con la mano a los que se iban. Me quedaban dos opciones: o dejaba que mi negocio siguiera languideciendo, o iba a visitar a Sassoon de nuevo.

CAPÍTULO 5

Ernest

El vestíbulo del Edificio Embankment estaba débilmente iluminado por una lámpara en un rincón; el globo de luz arrojaba un resplandor amarillo sobre las literas de acero que se extendían de pared a pared, y una tela escocesa colgaba entre ellas a modo de cortina. La rejilla del radiador zumbó en alguna parte; el aire era rancio y húmedo, pero Ernest se había acostumbrado a ello. Silenciosamente, se abrió paso entre las literas, con cuidado de no pisar los abrigos y sombreros esparcidos por el suelo. En el pasillo, la gente se amontonaba sobre las maletas; era difícil distinguir una persona de otra. Tropezó dos veces con un codo hasta que finalmente llegó al oscuro salón de baile, donde estaba su litera.

Miriam estaba dormida en la de arriba, con la maleta a sus pies. Ernest se acostó y escuchó todo tipo de ruidos: la tos con flema, los suspiros estresantes, los sollozos ahogados y la voz gruñona de una mujer que hablaba alemán: "¿Cómo podemos sobrevivir en esta ciudad extraña?". Sintió el terrible peso de la angustia que sentían todas las personas a su alrededor. Al menos mil judíos, le dijeron, se habían apiñado en la planta baja del edificio. Algunos de ellos eran alemanes, la mayoría austríacos, que llegaban a Shanghái en transatlánticos. Alemania había atacado Polonia cuando Ernest partió de Berlín hacia Italia para abordar el transatlántico que él y Miriam habían esperado seis meses. Ahora se rumoreaba que Alemania había conquistado Polonia, y que Francia y Gran Bretaña le habían declarado la guerra a Alemania. Eran noticias devastadoras, pero no podía confirmarlas sin leer un periódico o escuchar la radio.

El viaje de Italia a Shanghái duró casi un mes; se detuvieron en Port Said, navegaron a través del golfo de Suez y el golfo de Adén, viraron hacia el este y finalmente llegaron a Shanghái. El tiempo que pasaron en el transatlántico había sido un tiempo de lujo y esperanza. Sí. Él podría hacerlo; comenzaría una nueva vida en Shanghái, protegería a Miriam y esperaría a sus padres, a los que habían dejado atrás. Pero cuando llegó, tuvo que reflexionar un momento. Shanghái estaba bajo la ocupación japonesa, se había enterado, pero no había imaginado que encontraría la ciudad en un estado tan lamentable. El río Huangpu, donde atracaban muchos barcos con forma de banana, esquifes, arrastreros y veleros, era una esclusa amarilla caudalosa, llena de aceite reluciente y montones de basura. Al otro lado del río, detrás de los rascacielos y los edificios *art déco*, estaban las casas destruidas por las bombas; callejones oscuros como madrigueras y chozas bajas sin ventanas. La ciudad entera hervía con un hedor insoportable y una cacofonía de bocinas y los chirridos agudos de las ruedas de madera de los *rickshaws*; en las calles, bicicletas, carretas, automóviles y carruajes zigzagueaban esquivando a los demacrados porteadores de los *rickshaws*, los mendigos amputados y los refugiados chinos que tosían, con la piel cetrina enfermiza y los ojos muertos.

Pero era la ciudad más hermosa del mundo. No tenía repugnantes banderas con la esvástica, ni malditos uniformes nazis, ni alemanes que amenazaran con arrestarlo. La Shanghái ocupada era el único puerto abierto para los judíos, la única ciudad que lo aceptaba sin visado de entrada. Esta ciudad era su sueño; Berlín, una pesadilla. No volvería hasta que Hitler se hubiera ido.

—¡Ernest! ¿Dónde has estado? —Miriam asomó la cabeza desde la litera superior, mordisqueando la correa que le sujetaba el gorro de cazador a la barbilla. El gorro de piel de oveja beis era un recuerdo que había comprado en el transatlántico. Era de chico, pero a ella le encantaba.

—Pensé que estabas dormida. Fui a buscar trabajo.

—¿Has encontrado algo? —Los grandes ojos de Miriam estaban llenos de esperanza—. Tengo hambre. Podría comer una docena de *Pfannkuchen.*

—Aún no. Pero no te preocupes, lo encontraré.

Cuando lo hiciera, la invitaría a todo lo que ella quisiera. Tenía doce años, era una niña reservada. Él había jugado al *dreidel* con ella cuando era una niña pequeña y caminado con la nieve hasta las rodillas para ir a comprarle *Pfannkuchen*, su desayuno favorito. Después de lo de Leah, juró que cuidaría bien de Miriam.

—Ernest, el Comité Komor te ha estado buscando —dijo Miriam con su voz inocente llena del miedo que había comenzado a apoderarse de ellos desde que huyeran de Berlín—. Dijeron que nuestras literas serían reasignadas a los refugiados nuevos. Tendremos que mudarnos en cinco días.

El comité, un grupo benéfico voluntario organizado por judíos locales, los había recogido en el muelle y los había llevado a ese edificio, un lugar de acogida. Les habían dicho que su estancia sería temporal. Pero cinco días…

Se puso de lado y apoyó la cabeza en la mano. De repente, el agotamiento lo envolvió y todo el coraje y el optimismo que había forjado en el transatlántico se evaporaron. Cerró los ojos. Estaba cansado. Solo necesitaba una buena noche de sueño.

A la mañana siguiente, se sintió peor. Le dolían la cabeza y las piernas, y al escuchar el interminable alboroto y las quejas a su alrededor, se sintió pesimista: nunca encontraría trabajo en esa ciudad. Finalmente, se levantó y revolvió en la maleta en busca de un cepillo de dientes y los restos de la pasta dentífrica que le quedaban del transatlántico, y sus manos rozaron todos los bienes que guardaba dentro: su preciada Leica, una pluma Montblanc, un montón de partituras que había rescatado de debajo de las botas de las Juventudes Hitlerianas, la ropa de Miriam, la suya y un par de guantes que su madre había agregado.

La fila para el baño era larga. Muchas personas de rostros sombríos llevaban cantimploras y cajas de hojalata para llenar con agua. Por el reflejo de los cristales, Ernest vio su propio rostro cubierto por la barba, desesperado como los de todos los demás. Miró hacia otro lado y deseó que la fila se moviera más rápido, porque su vejiga estaba llena. Pero adelantarse era impensable. Entonces, permaneció rígido durante una larga hora, conteniendo la respiración por momentos a medida que su vejiga se expandía, se volvía más pesada y, luego, dolorosa. ¿Quién hubiera dicho que después de escapar de la guerra en Europa se enfrentaría a tal miseria humana? ¡Hubiera hecho cualquier cosa por un cubículo para hacer sus necesidades! Cuando estuvo seguro de que le estallaría la vejiga y moriría de una manera indigna, finalmente le llegó el turno de usar el baño.

Por Dios, juró, era el momento más dichoso de su vida: dejarse llevar, soltar cada gota que tanto dolor le había causado. Cuando terminó, de pie frente a un lavabo para lavarse las manos, fue como si hubiera vuelto a nacer: un hombre nuevo, sin cargas, invencible. Se puso a tararear.

—Ah. Chopin en un retrete —murmuró a su lado un anciano con sombrero de fieltro.

Ernest sonrió.

—¿Nos conocimos en el transatlántico, señor? Soy Ernest Reismann.

—Carl Schmidt. ¿Estás listo para salir de aquí? Está lleno de gente.

—Tan pronto como encuentre un empleo. —Ernest estrujó el tubo de pasta de dientes y comenzó a cepillarse. Le hubiera gustado conversar más, pero la gente detrás de él esperaba su turno en el lavabo.

—¿A qué te dedicas? ¿Eres pianista?

—Oh, no. —Había conservado sus partituras, todavía recordaba cómo tocar de memoria el Nocturno en do sostenido menor de Chopin, pero había dejado el piano hacía años. Ahora, el señor Schmidt le hizo pensar. Seguramente la gente de Shanghái escuchaba música.

—¿Me prestas tu cepillo de dientes, Ernest? Te lo devolveré. Me robaron el mío. ¡Sí, mi cepillo de dientes! No confíes en nadie aquí. La gente está desesperada —dijo el anciano.

Ernest se frotó rápidamente los dientes y le entregó al anciano su único cepillo.

—Aquí tiene, señor Schmidt. Deséeme suerte. Sí, soy pianista.

CAPÍTULO 6

Aiyi

En la puerta giratoria, me detuve con cautela y observé el vestíbulo del que había huido unos días atrás. Me vino a la mente el recuerdo del ataque y el arresto del hombre de ojos azules, y me estremecí. Entonces vi al británico, que llevaba su bastón con incrustaciones de plata y venía cojeando, rápido, directo hacia mí.

Sir Victor Sassoon era un hombre alto de ojos negros, cejas pobladas y canosas, bigote cuidadosamente recortado y rostro alargado. Estaba impecablemente vestido con un frac negro, un clavel blanco en la solapa y un sombrero de copa de seda negra; parecía duro como una barra de hierro, común como el arroz y demasiado marchito para ser mi amigo. Pero ¿qué importaba? Era el hombre más rico de Asia, multimillonario con toda probabilidad, y dueño de más de dieciocho mil propiedades en Shanghái, incluido ese hotel, además de clubes nocturnos, apartamentos de gran altura, un hipódromo y compañías de transporte.

Tenía cincuenta y nueve años; todavía soltero, vivía según sus propias reglas, sordo a la advertencia de la sal y el azúcar. Ignoraba los gestos de desaprobación de sus socios y me invitaba a muchas de sus fiestas llenas de perfume, vestidos de seda y baile, aunque no sabía bailar. Era un mujeriego, así lo veía yo, que cambiaba de pareja más a menudo de lo que yo cambiaba de vestido: una princesa india con un tocado de piedras preciosas en la cabeza, una estrella de cine estadounidense con cara de muñeca y decenas de bailarinas rusas ligeras de ropa y con cuerpos voluptuosos. Las exhibía, orgulloso, en el hotel.

Me apoyé una mano en la cintura, aliviada. Nadie me atacaría si él estaba presente. La gente lo respetaba, incluso los japoneses. Cuando las esquirlas del bombardeo rozaron el borde de la marquesina del hotel, hacía poco más de dos años, un oficial japonés se inclinó en una profunda reverencia hacia Sassoon, para disculparse por haber errado la puntería.

—Buenas tardes, querida. Una ocasión crucial para verte. Iba a llamarte por teléfono. ¿Cómo estás? —Su inglés británico era impecable; su voz era cálida, confiada, pero, como siempre, arrogante. Estaba acostumbrada a ese tono.

Habíamos hecho pocos tratos de negocios, pero lo conocía bien porque solía hospedarme en el hotel con mi mejor amiga, Eileen. Aquellas mañanas de adolescentes, con desayuno en la cama, aquellos días dedicados a hojear revistas de moda, aquellas tardes de té con torres de pasteles dorados y las noches llenas de espectáculos exclusivos de jazz… cómo las echaba de menos. Sassoon a veces era generoso, a veces áspero y totalmente arrogante, pero me caía bien. Era diferente de los chinos que yo conocía. Aunque siempre se quejaba de dolor en la pierna, me sostenía la puerta para que yo pasara, apartaba la silla de la mesa para que me sentara y llenaba mi taza de café. Me llamaban la atención sus modales. Ni Cheng, mi prometido, ni mis parientes se dignarían llenar sus propias tazas; tenían sirvientes para ello.

No dudaba de que Sassoon me ayudaría: él tenía muchas cajas de ginebra y whisky de sobra, ya que la restricción japonesa sobre el alcohol solo se aplicaba a los chinos. Pero ver su rostro me recordó su perversa pasión por las fotos de desnudos.

—Estoy bien, sir Sassoon. Sobre nuestra cita del otro día, le ofrezco mis disculpas. Pero supongo que se ha enterado de lo que pasó.

—El incidente. Absolutamente espantoso. ¿Me permitirás compensarte, cariño? —Su bastón resonó contra el suelo de mármol mientras me escoltaba al Jazz Bar. Lo siguió su séquito: una dama rubia con un vestido de noche azul y sus guardaespaldas.

—¿Cómo me lo compensaría?

Entré en el local. El gramófono estaba tocando jazz shanghainés, una mezcla de jazz y música popular china, muy apreciada por los lugareños, más que el jazz estadounidense. El establecimiento debía de haber experimentado algunos problemas. El escenario, donde solía tocar una banda traída de los Estados Unidos, estaba vacío; el piano, cerrado, y el local estaba lleno de humo y ruido; mucha gente se agolpaba alrededor de las mesas octogonales. Todos extranjeros. Se me ocurrió que el hombre que me había rescatado podría ser un huésped del hotel. Si lo volviera a ver, al menos debería expresarle mi gratitud.

—Cariño, estaré encantado de hacerte un descuento en cualquier suite que elijas. Dime, ¿cuándo fue la última vez que viniste aquí? ¿El año pasado? Deberías venir más a menudo.

Sassoon se sentó en la mesa más cercana a la entrada (no le gustaba caminar), así que me senté frente a él, donde podía mirar, con envidia, todas las botellas brillantes de coñac, whisky, absenta y ginebra que se alineaban en los estantes.

Incluso en su esfuerzo por compensarme, todavía tenía la intención de ganar dinero. Eso era lo que Sassoon y yo teníamos en común: éramos empresarios y teníamos un instinto para sacar beneficios.

—Estaré encantada de considerarlo. Ya sabe cuánto me gustan las suites. Y su provisión de alcohol. ¡Mire esas botellas!

—Ah. Puedes tomar lo que quieras, cariño. ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Un martini? ¿O mi trago especial?

—Nunca puedo decir que no a su famoso cóctel. —Había creado el mejor, lo llamaba “beso de la cobra”.

—Buena elección, querida. —Señaló a su séquito; dos de ellos se apresuraron hacia los estantes detrás del mostrador—. Haré que te reserven la suite Jacobina mañana si quieres. Recuerda, la puerta de mi hotel siempre está abierta para ti.

—Pero el mundo ha cambiado, ¿no? No puedo creer que ya no sea seguro.

—Cariño, mi hotel es el lugar más seguro de Shanghái. Y tú eres mi huésped más distinguida. Eres una mujer extraordinaria, inteligente y hermosa. Lo confieso, si fueras judía, me casaría contigo.

Siempre hablaba de lo mismo: judíos y gentiles. Yo no encontraba diferencia alguna; para mí, todos eran extranjeros. Pero ¿casarme con el hombre más rico de Asia? Estaría más que feliz de aceptar la propuesta si fuera genuina y realista. Después de todo, un matrimonio podía ser muy ardiente o muy frío, pero era esencial, como las gachas de avena.

Sin embargo, era imposible una unión con Sassoon. Yo sabía bien que el matrimonio entre una china y un extranjero sería una fábula con moraleja, no un cuento de hadas.

—Sir Sassoon, ¿está tratando de seducirme?

—¿Lo he logrado?

—No lo sé, pero le digo en serio que, si fuera chino, me casaría con usted.

Él se rio. Era raro que alguien lo rechazara, por lo que le intrigaba.

—Qué decepción, cariño. Espero que cambies de opinión. —Cogió una botella de absenta que le tendía un miembro de su séquito, vertió el líquido verde en una coctelera y la agitó con pericia.

Observé las botellas de coñac, curaçao, crema y absenta verde sobre la mesa; el fuerte olor a alcohol era embriagador.

—Entre nosotros, sir Sassoon, me está resultando difícil cumplir con los pedidos de mis clientes. No hay alcohol para mi club. Estoy segura de que sabe el motivo.

Por el rabillo del ojo, vi a varios hombres con traje. Los japoneses, a quienes pude identificar con una mirada, levantaron la cabeza para mirarme. Rápidamente desvié la vista hacia otro lado.

Sassoon se inclinó hacia mí y dijo en voz baja:

—Esos activistas. Se han estado congraciando con el consejo. Los detesto.

Solo por eso, pasaría por alto todos sus defectos.

—¿Qué negocios tienen ellos con el consejo?

Sassoon, como hombre poderoso, era alguien a quien tenía en cuenta el presidente del Consejo Municipal de Shanghái, el órgano rector del Asentamiento, formado por miembros británicos, estadounidenses, japoneses y chinos, pero que controlaban en gran medida británicos y estadounidenses. Cuando los japoneses conquistaron Shanghái, habían dejado intacto el Asentamiento, y el consejo seguía firmemente controlado por los mismos miembros.

Sassoon vertió un poco de mezcla verde en dos copas y colocó una frente a mí.

—Algunos asuntos muy molestos. Pero no se atreverán a hacer ninguna tontería.

—Por supuesto que no. —Levanté mi copa. El primer trago me dio un intenso escozor en la lengua. Aguardiente fuerte. No había probado nada igual en meses. Se vendería bien en mi club —. Tengo que pedirle un favor. ¿Me vendería algo de alcohol? Por ejemplo, ¿qué tal un poco de ginebra y whisky? Diez cajas de cada. O cualquier cantidad de la que pueda prescindir.

Se acercó más, y la hombrera de su fino traje rozó mi hombro.

—Cariño, estaré encantado de ayudarte. Pero ¿qué te parece si vienes a visitar mi estudio primero?

Me aparté. Él no lo había olvidado.

—Bueno, cariño. —Se sirvió un poco más de beso de la cobra—. Déjame que te lo diga una vez más. Tienes una figura perfecta, eres joven y hermosa. ¿Por qué no mostrarla ahora? Fotografiar cuerpos desnudos es un arte.

Fue incómodo. Fotografiar desnudos, aunque él afirmara que era arte, para mí solo era un eufemismo para la pornografía. Nunca aceptaría, no por unos cientos de dólares, y definitivamente no por un poco de ginebra. También tenía la sensación de que Sassoon buscaba algo más que mis fotografías, como mujeriego que era. Pero yo era una mujer decente. Si bien estaría encantada de bailar un tango con él en un salón de baile, no me revolcaría con él en la cama.

Sin embargo, si lo rechazaba rotundamente, si lo disgustaba, ya podía ir olvidándome del alcohol.

—¿Entonces? —Sus ojos negros estaban cerca, demasiado cerca.

Sonreí.

—Veamos, sir Sassoon. Es el hombre más rico de Asia y, por supuesto, siempre obtiene lo que quiere.

—Sí.

Yo también.

—Lamentablemente, soy una empresaria, no una modelo.

Gimió, apoyó las manos sobre la empuñadura del bastón con incrustaciones de plata, su bigote se arqueó. Estaría malhumorado y taciturno por un tiempo, y yo le dejaría espacio, tiempo para pensar, para que se calmara y luego pudiera volver a negociar el alcohol. Estiré las piernas y giré la cabeza hacia un lado, y fue entonces cuando vi a través del aire brumoso, recortado entre las bocanadas de humo pálido y las luces perladas, a un hombre en la entrada del bar que levantó una mano enguantada y me saludó.

CAPÍTULO 7

Ernest

ERA LA CHICA A LA QUE HABÍA AYUDADO EL OTRO DÍA. ELLA LO MIRÓ; SUS GRANDES OJOS NEGROS mostraron sorpresa, su rostro brillaba con la luz. Tenía un codo sobre la mesa y el cuerpo levemente girado, para lucir su figura esbelta y curvilínea envuelta en un largo vestido verde bordado con bambúes; una abertura hasta el muslo revelaba una franja de su piel nacarada.

Él se irguió y caminó hacia ella. Era un placer ver una cara familiar. Su búsqueda de trabajo había sido un desastre. ¿Quién hubiera dicho que las salas de música, los teatros y los cabarets estarían cerrados? Varios cines y salones de baile estaban abiertos, pero tan pronto como la gente lo veía, las puertas se cerraban.

Se había enterado de que había unos ocho mil británicos, dos mil estadounidenses y unos pocos miles de rusos y otros europeos en Shanghái, y ahora la ciudad estaba invadida por miles de refugiados judíos. Cada día, Ernest pasaba junto a refugiados europeos de rostro sombrío que exhibían sus objetos de valor en la calle: amas de casa alemanas envueltas en chales que vendían sus estolas de piel o sus collares a mujeres rusas de mediana edad que parecían haberse establecido en esta ciudad, y hombres austríacos desesperados por vender salchichas llamando a las puertas de las casas. Se dio cuenta de que Shanghái, devastada por la guerra, con una avalancha de judíos y miles de refugiados chinos desplazados, simplemente no tenía trabajo para ofrecer a un recién llegado como él.

Este era el quinto día de su búsqueda de trabajo y se sentía desanimado nuevamente. Pero luego escuchó el característico ritmo cadencioso de la música proveniente del edificio de la pirámide verde, el hotel de Sassoon. Era similar al jazz estadounidense, con un coro ordenado de una trompeta y un piano, pero envuelto en un ritmo suave, cantado por una dulce voz femenina. Eufórico, Ernest corrió hasta el rellano y entró por la puerta giratoria que había dejado hacía unos días. Siguiendo la música, pasó por una tienda Rolex brillantemente iluminada, por el Jasmine Lounge, por un café, hasta que encontró la fuente del sonido: el gramófono del Jazz Bar. Y justo al lado del gramófono estaba el hermoso rostro de la joven.

—¡Hola! Volvemos a encontrarnos —dijo en inglés mientras se acercaba a su mesa.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Te han soltado!

—Me escapé.

Ella seguía hermosa, sofisticada, con una mirada reservada, casi distante. Pero lo recordaba.

—Me alegro por ti.

—¿Estás bien? Espero que nadie te esté molestando.

—No. Y me alegro. ¿Te imaginas, ser atacada no una, sino dos veces?

Su voz tenía un tono suave, como el de la cantante de jazz que acababa de escuchar. Ernest sonrió, incapaz de apartar los ojos de ella, de sus labios rojos, de su rostro terso, de sus ojos brillantes.

Ella continuó:

—Esperaba volver a verte para poder darte las gracias. No hay muchos extranjeros como tú. Te agradezco la ayuda. ¿Qué te trae por aquí? ¿Eres huésped del hotel?

De hecho, su voz sonaba más melodiosa que la de la cantante de jazz.

—Oh, no. Me atrajo la música.

Esta dejó de sonar. Un hombre de traje estaba inclinado sobre el gramófono del mostrador;

alguien gritó en la esquina del bar. Ernest se volvió para mirar y lo recorrió un estremecimiento de entusiasmo. En el bar oscuro lleno de humo de cigarrillos y absenta y figuras sombrías de hombres, cerca de un escenario, vio el instrumento que más amaba: un piano.

—¿Lo conoces, cariño? —dijo el hombre mayor que estaba sentado frente a ella.

Tenía un clavel blanco en el ojal; un bastón, como un cetro real, descansaba cerca de su mano. Parecía estar de mal humor; su mirada taciturna, casi hostil.

—Sir Sassoon, cuando me atacaron en su hotel el otro día, este hombre me ayudó. Fue arrestado por su valentía —dijo ella.

Sir Sassoon, el hombre caritativo, el tercer barón de Bombay, un judío de Bagdad, estaba sentado justo frente a él. Su suerte estaba a punto de cambiar. Ernest sonrió.

—Soy Ernest Reismann, señor. Es un honor conocerlo. Espero que no le parezca demasiado atrevido por mi parte, pero ¿necesita un pianista? Tiene un Steinway muy bueno. Acabo de llegar a Shanghái y estoy buscando trabajo.

El hombre vertió un líquido verde en la copa que tenía delante de él.

—Me alegro de que hayas ayudado a la señorita Shao, jovencito. Es una buena amiga mía. Pero todo el mundo me pide trabajo. Sois demasiados, y siguen viniendo. ¡Refugiados! He terminado con la caridad. ¡Les he donado mi Edificio Embankment, una subvención de 150.000 dólares a los propietarios de pequeñas empresas y he apoyado a personas como tú durante cinco años, antes de que Alemania anexionara Austria! Ahora necesitáis ganaros la vida por vuestra cuenta. Los antiguos chinos eran muy sabios. Decían: “No le des pescado a un hombre; enséñale a pescar”. Joven, aprende a pescar.

Las palabras empaparon a Ernest como agua fría; todo su vértigo se desvaneció. Sintió el peso muerto de sus pies, el dolor de las piernas y el estómago vacío que, misericordiosamente, había dejado de gruñir. Durante días había escuchado negativas bruscas, maldiciones degradantes lanzadas por extraños. Ahora esto.

—Por supuesto, señor. Lamento haberlo molestado.

—Bien. —Se oyó de nuevo la voz de la joven—. No te vayas todavía. ¿Te gustaría tomar algo, quizá? —Levantó una copa de cóctel.

Ernest sintió un nudo en la garganta. Con todo su atractivo, esta era su verdadera belleza: tratarlo con dignidad. Sí, le gustaría tomar una copa, algo fuerte para apagar todas las desilusiones, una bebida potente para ordenar sus pensamientos y poder erguirse de nuevo. Pero no tenía ni un centavo.

—Claro. ¿Qué estáis tomando? —dijo él.

—El beso de la cobra, creación de sir Sassoon.

Se volvió hacia el hombre; no tenía nada que perder, de todas maneras.

—¿Le importa si pruebo su cóctel, señor?

—Claro que puedes hacerlo, joven, pero ¿cómo lo pagarías? —El tono de voz de Sassoon era de puro fastidio.

Ernest levantó la copa que tenía delante y la vació antes de arrepentirse. El cóctel, un fuego ardiente y asesino, le quemó la garganta; justo lo que quería.

—Le pagaré con un tema musical, señor. ¿Me da su permiso para tocar?

Sassoon entornó los ojos; Ernest no le caía bien, él lo entendió. Entonces, ella habló de nuevo.

—Me encanta el piano, sir Sassoon. Me gustaría escucharlo.

—Adelante entonces, toca, si es lo que quiere la dama —gruñó Sassoon.

Ernest inclinó la cabeza y se dirigió hacia el piano. Su imprudencia le había valido la

oportunidad de tocar para ella; eso era todo lo que importaba. Y quería tocar bien; quería que ella recordara su ejecución al piano, que lo recordara a él aun antes de que dejara el bar. Porque estaba cansado hasta los huesos y no estaba seguro de cuánto más podría soportarlo.

Llegó al piano, se sentó en el taburete, se quitó el guante y levantó la tapa de caoba. Sus dedos desnudos tocaron el teclado; un escalofrío le recorrió el brazo y los sentimientos tan conocidos de miedo y resentimiento, mezclados con ira, brotaron en su pecho. Habían pasado casi cuatro años desde la última vez que tocara un teclado, desde que le habían incautado el piano. Sus brazos, que solían ejecutar poderosos arpegios y sedosos *legatos*, estaban débiles por la falta de práctica. Ante él aparecía de nuevo la pesadilla: la mano que temía mostrar en público, los surcos en la piel y el dedo meñique torcido donde los huesos se habían roto y soldado mal.

Lo único que escuchaba era el silencio casi absoluto del bar, los resoplidos de los bebedores. No podía verla, pero ella escuchaba, observaba.

Una nueva sensación, un estallido ardiente de ternura mezclado con un dolor familiar, lo atravesó. Inspiró profundamente, dejó caer los hombros y miró el teclado. Notas de Beethoven, Debussy y Chopin fluían, rebotaban, hormigueaban a través de su mente. Ya no oía a la multitud, ni olía los cigarrillos, ni veía los puntos plateados de luz sobre la tapa del piano. Estaba en un bar, pero bien podría estar en alguna cumbre del macizo de Harz o en el centro de la plaza de Leipzig.

Con el corazón henchido, levantó las manos.

Esta canción era para ella.

CAPÍTULO 8

Aiyi

LAS NOTAS BARRIERON EL AIRE, UN GOTEO TAN DELICADO COMO EL ROCÍO PRIMAVERAL; LUEGO, gradualmente, se convirtieron en una ola de suaves *legatos*. El aire burbujeaba en una fuente de sonidos que me calmaron y reconfortaron; luego, de pronto, saltaron y el ritmo explotó en un diluvio apasionado de fuego y *staccatos*, notas y arpegios que hervían uno tras otro. El aire se volvió incandescente; el bar rugió con el resonar de los acordes. Una batalla arrasaba mi cabeza; mi cuerpo se enardeció, envuelto en una excitación contagiosa y antes desconocida para mí. Fue un placer permanecer allí, cautiva, cabalgar hacia la cima hasta quedar desgarrada. Pero la música era amable; no buscaba destruir, sino consolar, a medida que su magnífica cascada disminuía, se aflojaba y descendía, suavemente, como una roca que cae en el abrazo de un río, hasta un tierno goteo. Cuando las notas murmuraron y finalmente se desvanecieron en el aire, descendió una burbuja de silencio.

Dejé escapar el aliento que había estado conteniendo. Había escuchado diferentes tipos de música: el enérgico jazz que enloquecía a los bailarines de mi club y las melancólicas melodías folclóricas interpretadas por los artistas callejeros con violines de tres cuerdas. Pero no la música clásica tocada en el piano; la música occidental generalmente solo estaba disponible en gramófonos. El extranjero que me había rescatado estaba lleno de sorpresas. Un refugiado. Un hombre audaz que negociaba un trago gratis de Sassoon y era pianista.

La gente aplaudió. Me moría por subir a hablar con él, pero ya le había dado las gracias. No tenía sentido socializar con un extranjero si no había beneficios económicos.

—Bueno, cariño, ahí tienes a tu Chopin. Tal vez nos deje en paz ahora. —Sassoon puso un gesto de enfado, todavía malhumorado.

—Discúlpeme un momento. ¿Me permite? —dije sin pensar, y luego, zigzagueando entre las mesas octogonales y los hombres que fumaban, caminé hacia el pianista, cuyos dedos todavía se deslizaban sobre las teclas en una ola de movimiento fluido.

—Has tocado muy bien. Eso se merece un cóctel. Gracias. La verdad es que lo he disfrutado mucho.

—Me alegro. ¿Qué más puedo interpretar para ti?

Comenzó a tocar en una octava más alta. Su mano llena de cicatrices parecía distraerlo, su dedo meñique torcido estropeaba la pureza de los arpegios. Pero la maravilla del piano… No había nada comparable.

—¿Has tocado para mí?

—Por supuesto. Eres la chica más hermosa que he visto. Tocaré cualquier cosa para ti.

—¿Cualquier cosa? —Me burlé de él. La gente coqueteaba conmigo todo el tiempo y yo me mantenía imperturbable. Pero esta vez me sentía diferente.

—Por supuesto.

—Me gusta el jazz.

—¿La música estadounidense? A mí también me gusta mucho. ¿Cuál es tu canción favorita?

Nadie me había preguntado nunca sobre mi canción favorita, ni la banda a la que yo había contratado, ni Cheng ni mis hermanos, que creían que el jazz corrompería mi alma. “Las buenas chicas escuchan a su madre; las chicas malas escuchan jazz”, había dicho Sinmay, mi hermano. No pude contenerme—. “La última rosa de Shanghái”. Es jazz de Shanghái, una mezcla de jazz estadounidense y canciones populares chinas. Es lo que estaba sonando en el gramófono.

¿Quieres escucharlo? Es algo así. —Tarareé, balanceándome al ritmo de la música—. “Existe un amor que golpea como un rayo; te ciega, pero te abre los ojos para ver el mundo de nuevo”. Eso es. Este es mi verso favorito.

—¿Algo así?

Sus hombros se balanceaban; sus dedos bailaban sobre las teclas. La síncopa, la energía y el apasionamiento fluían. Él entendía mi canción favorita; entendía cómo me hacía sentir. Me olvidé de mí misma, tamborileaba, movía las caderas, tarareaba, atada al ritmo. Y todo el tiempo vi sus ojos fijos en mí, su satisfacción, su afecto puro. Mi corazón se aceleró y me ruboricé. Nunca me había sentido así: vertiginosa, tonta, como una joven adolescente.

—Ernest, ¿verdad? Soy Shao Aiyi. Llámame Aiyi.

La mayoría de la gente me llamaba “señorita Shao”; solo mi familia tenía derecho a llamarme por mi nombre de pila, pero no me importaba.

—¿Ayi?

—No. Es Ai-*yii*, tono bajo y luego tono alto. Significa amor y perseverancia. No importa si no puedes pronunciarlo. También respondo a Ali, Haylee, Mali y Cariño.

Se rio, pero luego repitió mi nombre con una concentración y determinación que me hizo mirarlo con felicidad. Y estaba tocando otra canción:: “Summertime”, de George Gershwin. ¡Pero qué técnica que usó Ernest!

—¿Conoces el stride piano?

El nuevo jazz. Lo había escuchado justamente aquí, interpretado por una banda estadounidense, antes de la guerra. Era increíblemente rítmico, de una riqueza provocativa; la mano izquierda del pianista tocaba un pulso de cuatro tiempos mientras la banda ejecutaba la melodía.

—Soy pianista, Aiyi.

—Ah, claro.

Deseé tener un pianista como él en mi club. Siempre había querido ofrecerles el stride piano a mis clientes, creía que sería inmensamente popular. Pero la guerra lo había arruinado todo. Los pocos pianistas chinos habían huido de la ciudad y los japoneses habían incautado los pianos, además de muchas casas. No pude encontrar ni uno en el mercado para mi club.

Sassoon estaba diciendo algo; Ernest levantó la vista. Silenciosamente, cerró la tapa y se puso de pie.

—Gracias, Aiyi. Gracias, señor. Ha sido un placer.

Lo vi ponerse el guante y salir del local. Toda la luz de la pasión, la efervescencia, se atenuaron en su rostro, y me golpeó ver la profundidad de su decepción. Como refugiado extranjero, no tenía lugar en esta ciudad, donde muchas personas, incluidos los lugareños, luchaban por ganarse la vida.

Cuando volví a sentarme a la mesa de Sassoon, le pregunté si reconsideraría contratar a Ernest. Sassoon meneó la cabeza con firmeza, diciendo que su banda estadounidense, que se tomaba unas vacaciones por el momento, gustaba mucho en el bar. Pero accedió a venderme veinte cajas de ginebra y whisky y, de nuevo, me recordó que reservara la suite.

Levanté mi copa para brindar. Veinte cajas de alcohol mantendrían mi negocio durante al menos tres meses, o cuatro, si usaba mi creatividad. Este viaje había valido la pena, después de todo.

Más tarde en mi coche, con las mejillas arreboladas por la absenta, miré por la ventana. Mi Nash se deslizó por avenidas y callejuelas entrecruzadas por sombras y luces; el motor zumbaba y

ronroneaba. A lo lejos llegaba la música tenue de los clubes y los salones de baile, el traqueteo agudo de los trenes de una vía férrea y los disparos esporádicos de la base militar japonesa en el distrito del norte. Habían pasado horas desde que escuchara tocar el piano de Ernest, pero el sonido de la música, su cara, el baile de sus dedos se arremolinaban en mi cabeza. Me sentí diferente, como si una parte de mí hubiera cambiado y mi corazón se hubiera convertido en un instrumento palpitante.

Fuera, el viento susurraba en un dialecto decadente que yo reconocía, y la ciudad danzaba en un circuito de vientos y sombras. Era como si la ciudad me estuviera contando algo maravilloso, algo atrevido: era mía, toda mía. Las calles, el viento, la noche, el jazz palpitante y el deseo, el nuevo deseo de los sueños peligrosos y del delirio.

Pero todo eso estaba mal. Yo estaba comprometida, tenía veinte años, era una empresaria y no debería sentirme así jamás por un extranjero. Me parece que había bebido demasiado de beso de la cobra. Mañana, cuando despertara, me sentiría diferente y ni siquiera recordaría quién era Ernest Reismann. Y, con lo grande que era Shanghái, tal vez nunca nos volveríamos a cruzar.

Pero deseaba volver a verlo.

Pensé que podría contratarlo, ya que Sassoon lo había rechazado. Y podía encontrarlo fácilmente. El Edificio Embankment de Sassoon, donde se alojaba Ernest, estaba cerca de lo que fue la imprenta de mi familia antes de que nos obligaran a trasladarla. Pero Ernest era un extranjero, eso en sí mismo debería haber sido una advertencia importante para mantenerme alejada. Me estaba buscando problemas, ya que era poco convencional que una mujer china tuviera a extranjeros entre su personal, y los clientes de mi club, que eran lugareños, solían ver a los extranjeros como enemigos.

Pero quería contratarlo. Ernest, el mejor pianista que jamás había conocido, podía tocar el stride piano; mi instinto me decía que sería una sensación en mi club y revitalizaría el negocio. Si Ernest causaba problemas, si no funcionaba, lo despediría. Eran negocios, después de todo.

¿Me atrevería a contratarlo?

Bajé la ventanilla, aflojé las tiras del cuello del vestido y dejé que mi pelo cuidadosamente rizado se desplegara como una sábana. Solo por un momento.

CAPÍTULO 9

Ernest

En la oscuridad, se tumbó en su litera. "Aiyi, Aiyi, Aiyi", articuló, primero en tono descendente y luego, ascendente, "Aiyi, Aiyi". Sonaba como si estuviera trepando en una extraña escala de tonos, pero creció en él, se demoró en su lengua con un cálido eco, una forma, una fuerza que encajaba perfectamente en su boca. Era el nombre de la belleza, el nombre del amor, y cada vez que lo repetía, la visión de su rostro florecía en su mente como un cálido sol de verano. Pero era una tontería. Acababa de llegar a esa tierra ajena; estaba sin trabajo, sin un centavo y sin hogar. Lo último que quería era enamorarse.

Cerró los ojos. Soñó que estaba en el andén de la estación del tren, y aparecieron los rostros ansiosos de sus padres, con sus voces que tamborileaban en sus oídos: "Ernest, cuida mucho a tu hermana", decía su padre con su abrigo color tierra, y "Ernest, ten una buena vida y cásate con una buena muchacha judía", decía su madre, con los ojos hinchados por el llanto y la cara convertida en un mapa de miedo y angustia.

Se despertó, con las mejillas húmedas por las lágrimas. Solo tenían dos visados de salida para los cuatro, por lo que la decisión había sido fácil. Y ahora escuchaba desde la litera de arriba la respiración de Miriam, su hermana menor y, ahora, la única.

El comité le había enviado un último aviso; debían dejar el refugio a la mañana siguiente. Sin embargo, para su desesperación, aún no había encontrado un apartamento ni un trabajo.

Con las primeras luces del alba se abrió paso entre la multitud en el pasillo; con una mano sostenía la maleta, con la otra aferraba el brazo de Miriam. Saludó con un gesto a los otros refugiados, preguntó cómo ponerse en contacto con ellos. El señor Schmidt negó con la cabeza; los demás suspiraron.

—Entonces, que la paz esté con vosotros —dijo con toda la alegría que pudo reunir.

Cuando llegó al vestíbulo, estaba más lleno que nunca. Había llegado una oleada de nuevos refugiados, todos con maletas, el pelo despeinado y rostros sombríos. Huían para salvar la vida, dijeron, porque a los judíos de Berlín los enviaban a los campos de concentración y a los judíos de Austria los deportaban a Polonia.

Atónito, Ernest no supo cómo había llegado a la acera. Sus padres. ¿Habrían recibido sus visados de salida? ¿Los habrían enviado a algún campo de concentración? Junto a él, Miriam se frotaba los ojos, bostezando.

—¿Adónde vamos? Es muy temprano.

El aire frío de la mañana le arañó el rostro; se estremeció. Sus padres estaban atrapados en una zona de guerra y no sabía dónde encontrar un refugio seguro para Miriam. No sabía adónde ir.

Pasaron a su lado dos *rickshaws*, cargados de refugiados; detrás de ellos, el señor Schmidt, que buscaba refugio en una iglesia, subió a un camión. Un coche marrón se detuvo cerca de Ernest. Escuchó un grito, pero no entendió lo que sucedía. Luego, salió del coche un hombre chino con una chaqueta y una gorra negras, y le hizo unas señas nerviosas. Ernest se quedó mirando, incapaz de comprender una palabra.

Entonces escuchó un nombre. Su nombre. Shao Aiyi.

Corrió hacia el coche, miró a través de la ventanilla justo cuando el cristal se bajaba y allí, mirándolo fijamente, estaba ese hermoso rostro suyo.

—Hola, extranjero. Me alegro de haberte encontrado antes de que te fueras. Me preguntaba si te gustaría tocar stride piano en mi club.

—¿Qué?

No sabía que ella era dueña de un club. ¿Lo había mencionado ayer? El chófer le puso algo en la mano. Una postal con una banda en un escenario, con luces de neón. En la parte inferior de la postal había una dirección en chino y cuatro palabras: Club Nocturno Cien Alegrías.

—Claro, sí. Por supuesto. Me encantaría.

Una hermosa sonrisa floreció en el rostro de la joven, que miró detrás de él a su hermana y su maleta.

—Entonces subid. Os llevaré a ambos a vuestra habitación.

Lo que ella había llamado "habitación" era un apartamento situado en el lado oeste del Asentamiento, al sur de Suzhou Creek, a pocas calles del club nocturno. Aiyi les explicó que proporcionaba a sus empleados un salario y alojamiento, ya que encontrar un lugar para dormir siempre era un desafío con la avalancha de refugiados que venían del norte. Todos sus empleados chinos, la banda y los bailarines del salón vivían en la Ciudad Vieja, que no era adecuada para él porque era extranjero. Así que había llamado al tío de su mejor amiga y le había alquilado su apartamento.

—Y no te preocupes: descontaré el alquiler de tu salario —dijo.

No parecía importante cuánto sería su salario, ¡tenía un refugio para Miriam! La habitación medía unos tres por tres metros y no había calefacción ni chimenea. Pero tenía una cama de bambú, un calendario de pared, un taburete de madera y un armario desconchado con doce cajones cuadrados abiertos. La cocina compartida estaba al final del pasillo, el baño común cerca de la escalera. Vivían muchos chinos en el edificio, pero algunas habitaciones estaban tapiadas.

Aiyi le pidió a su chófer entrara al apartamento con él y Miriam; ella no lo hizo. Podrían correr rumores si ella, una mujer china, fuese vista con él dentro del edificio, dijo. Pero agregó que le gustaría que comenzara a trabajar dentro tres días, ya que era el tiempo que necesitaba para conseguir un piano.

—Es muy guapa, Ernest, pero no creo que yo le guste —dijo Miriam después de que el chófer se hubiese ido.

—Por supuesto que le gustas.

—Me trata con frialdad.

—Es distante, tal vez, no fría. Pero es muy amable una vez que la conoces. ¿Qué te parece esto, Miriam? —Se acercó a la ventana y movió el pestillo. Estaba atascado. Aun así, era una habitación con techo.

Los ojos muy abiertos de Miriam parecían desesperados.

—Solo hay una cama.

—¿Y qué?

Se ruborizó. Miriam era alta, como él, de largas piernas y hombros anchos.

—No puedo compartir la cama contigo, Ernest. Tengo casi trece años.

Era la edad de desarrollarse, y a él hubiera encantado darle un poco de intimidad, pero ya no estaban en Berlín.

—Entonces, será mejor que no me patees las costillas. ¿Quieres *Pfannkuchen*?

—¿Tienes dinero, Ernest? —Se encasquetó el sombrero. Parecía más feliz.

—Déjame ver. —Recogió la maleta y rebuscó entre sus objetos de valor: una pluma Montblanc y la Leica que atesoraba. Sacó la pluma.

Vendió la pluma por diez *fabi* chinos en la acera y luego buscaron el *Pfannkuchen*. Pero no había panaderías cerca, solo puestos improvisados que vendían rollos de seda, carteles y álbumes, y tiendas que vendían bolsos de punto. Finalmente, Miriam se conformó con un poco de sopa en una tienda.

Con cuatro centavos compraron dos tazones de fideos de trigo sarraceno, la mejor comida que Ernest había probado desde su llegada. Apuró el rico caldo marrón sazonado con jengibre, ajo, cebollino y copos de pescado seco. Mirando los labios de Miriam, que brillaban con la grasa de la sopa, sintió que su corazón estallaba de felicidad.

Le encantaba la ciudad, el olor a aceite de cacahuete frito, los chirridos y sonidos constantes de las bocinas, las callejuelas tranquilas y los luminosos hoteles de lujo. Ahora tenía un trabajo y un apartamento. Un día compraría tenedores y cucharas, tijeras y hojas de afeitar, abrigos y chalecos; le compraría a Miriam bocadillos y zapatos, panecillos y fideos. Él sobreviviría.

Tocaría el piano en el club de Aiyi. Quería saber más sobre ella, sus alegrías, sus miedos, sus pasatiempos, su comida favorita, su bebida favorita, su color favorito.

Existe un amor que golpea como un rayo; te ciega, pero te abre los ojos para ver el mundo de nuevo. Dentro de su luz, se iluminó un camino.

CAPÍTULO 10
OTOÑO DE 1980

Peace Hotel

DOS MUJERES CAMINAN HACIA MI MESA, UNA CHINA, LA OTRA EXTRANJERA. LA CHINA, MI SOBRINA, LLEVA unas gafas de sol redondas que le tapan las cicatrices de las quemaduras de la cara; la otra, por lo visto, es la documentalista. Parece estar en la treintena; es alta, lleva un gran sombrero de vaquera, una chaqueta de cuero marrón con flecos largos en las mangas, un bolso del mismo color con flecos similares. Incluso el dobladillo de su chaleco, que se asoma por debajo de la chaqueta, está adornado con un borde grueso de flecos.

—Tía. —Phoenix, mi sobrina, pero también mi abogada, mi consejera y mi investigadora privada, me toca el hombro—. Esta es la señorita Scarlet Sorebi, la documentalista. Llegó desde Los Ángeles ayer.

De cerca, el rostro de la documentalista tiene una agradable suavidad, pero sus ojos brillantes me golpean como faros en la niebla. Estoy nerviosa otra vez, pero no debería estarlo. Después de todo, es poco probable que rechace mi oferta.

—Es un placer conocerla, señorita Sorebi —le digo.

—El placer es mío, madame.

Se quita el sombrero y se sienta en una silla frente a mí; el borde de su bolso barre el aire y esquiva mi cara por poco, pero ella no se da cuenta. Es educada, me da las gracias por haberle pagado el billete de avión y la estancia en el hotel, y comenta su entusiasmo por este encuentro. No pregunta, pero debe intrigarle saber por qué la hice venir en avión desde los Estados Unidos.

Esbozo una sonrisa. Tal vez he estado rodeada de demasiados socios comerciales que hablan en voz baja, o tal vez soy demasiado estricta y ya no estoy acostumbrada a hablar con extraños, pero me cuesta mucho conectar con ella. Su atuendo de vaquera es sin duda una distracción, ya que, en mi opinión, las personas que usan ese tipo de disfraces aún tienen que madurar. Y su voz nítida tiene un tono demasiado alto, como si tuviera la costumbre de hablar por encima de los demás; está teñida del horrible acento sureño que esperaba no tener que volver a escuchar nunca más.

Una ola de tristeza, espontánea, me envuelve. Parpadeo para quitarme las lágrimas que están a punto de salir. La señorita Sorebi me está mirando.

Me apresuro a hablar.

—Discúlpeme. No he entendido lo que me ha dicho.

—Oh, madame, solo decía que investigué un poco sobre usted antes del vuelo. Sé que es la dueña de una empresa hotelera internacional, que tiene una cadena de hoteles en todo el mundo. Es ciudadana canadiense, ¿no? La gente de los Estados Unidos aún no la conoce. No hay un solo artículo o una foto suya. Es quizás la multimillonaria más solitaria del mundo.

Se está esforzando para hacerse mi amiga.

—Soy vieja. Ya no me importa la fama tanto como antes. Pero entonces, señorita Sorebi, debe de estar preguntándose por qué pedí conocerla en persona. Permítame explicárselo. Cuando mi sobrina me habló sobre la exposición que usted presentó en Los Ángeles, me llamó la atención. Me parecieron notables sus entrevistas con los judíos sobrevivientes en Shanghái durante la Segunda Guerra Mundial, y el hecho de que haya recopilado las historias de tantas personas. Una de ellas es muy importante para mí. Me gustaría ofrecerle la oportunidad de hacer un documental sobre esa persona especial, ya que Phoenix me dijo que es usted una documentalista experimentada.

—Eso me encantaría. ¿Quién es esa persona especial?

—Ernest Reismann. Me enteré de que le dedicó una sección de su trabajo.

Ella asiente.

—El señor Reismann, claro. Fue uno de los más destacados de la exposición. Fue un héroe, una leyenda en Shanghái en la década de 1940. Muchas personas a las que entrevisté le estaban agradecidas. Dijeron que era desinteresado y que tenía un corazón de oro.

Sonrío, pero me controlo para no ir más allá.

—Tengo entendido que encontró más de una docena de fotos suyas.

—Así es. Encontré un tesoro oculto de fotos sobre Shanghái en aquellos años. Son muy interesantes, pero no las expuse todas. He traído algunas. Puedo mostrárselas si quiere verlas.

De pronto,, la palabra “fotos” se graba en mi cabeza.

—Me gustaría verlas. Si no le importa, también me gustaría ver lo que ha presentado en la exposición. No tuve la oportunidad de verla mientras estuvo abierta al público.

—La verdad es que ha traído muchos documentos conmigo. Déjeme ver.

Del interior de una carpeta que lleva en su bolso con flecos saca un cuaderno de notas y lo abre por una página.

Contengo la respiración. No debería estar nerviosa. No puede haber encontrado nada que yo no sepa.

—El señor Reismann, ¿verdad? Aquí tengo su historial. Según mi investigación, los judíos de Berlín se enfrentaron a pogromos inhumanos después de la Noche de los Cristales Rotos. Se les ordenó salir de Alemania bajo la amenaza de enviarlos a campos de concentración, pero muchos países se mostraron reacios a aceptarlos como refugiados. Con el resto del mundo cerrado para ellos, cerca de dieciocho mil judíos llegaron a Shanghái. El señor Reismann fue uno de ellos. Tenía diecinueve años.

Phoenix presiona su puño contra los labios. Quiero cerrar los ojos. Ha pasado demasiado tiempo desde que escuché a alguien hablar de Ernest.

—Así es. Era un año menor que yo.

Los flecos de las mangas de la señorita Sorebi se balancean mientras continúa hablando.

—El señor Reismann creció en un pequeño apartamento en el distrito de Mitte, en el centro de Berlín, y pasó la mayor parte de su tiempo allí en un conservatorio de música, hasta que fue expulsado por ser judío. Era un joven brillante y optimista. En la escuela, siempre era el primero en llegar a clase y el último en irse. Cuando ganaba dinero extra en un cabaret, invitaba a sus amigos a una cerveza. Así fue hasta que ningún cabaret quiso contratarlo. Sus padres perdieron su empleo en la universidad. Sus dos tíos, desesperados, se habían suicidado en medio de la creciente hostilidad que había en Berlín. Su hermana mayor, una artista prometedora que había expuesto sus pinturas en una famosa galería, robó una lata de aceitunas porque tenía hambre y fue detenida. Un grupo de las Juventudes Hitlerianas la golpeó hasta matarla. Arrojaron su cuerpo a un basurero, mientras toda la familia la estuvo buscando durante días.

Ya había escuchado esa historia directamente de él, pero, aun así, un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Continúe.

—En Shanghái, la vida fue diferente para él y para su hermana. Déjeme ver. Miriam Reismann. ¿Es correcto el nombre? Vinieron juntos a Shanghái. Estaban muy unidos y él se preocupaba mucho por ella.

Mi corazón se detiene por un momento.

—El señor Reismann encontró trabajo en el club nocturno de sir Victor Sassoon.

—*Mi* club nocturno, Cien Alegrías.

—¿Era suyo? Dios mío. ¿Es verdad? Eso era lo que aparecía en la exposición. ¿Me equivoqué? ¿Cómo podía una mujer ser dueña de un club nocturno en Shanghái en la década de 1940? Pensé que muchas mujeres chinas aún tenían los pies vendados.

Qué ingenuo de su parte hacer suposiciones sobre mí.

—Tiene razón. Muchas los tenían, pero yo no. No era el estereotipo de la mujer china de esa época.

La señorita Sorebi se masajea la sien y su voz es más suave cuando habla.

—Lo lamento. Le pido disculpas si cometí un error. Solo grabé lo que me dijeron.

—Yo no estuve en la exposición, lo cual es comprensible. Pero ¿alguno de los entrevistados me mencionó? ¿Le hablaron de una joven china que se relacionó con Ernest? —pregunto.

Ella duda.

—Tendría que pensarlo, señorita Shao.

Pero, por la expresión de sus ojos, estoy segura de que no necesita pensarlo.

—¿Usted creyó lo que le dijeron?

Hay algo en lo que no he cambiado después de cuarenta años: todavía me importa la opinión que tiene la gente sobre mí.

—Bueno…

Respiro hondo. Debería haberle planteado mi oferta antes; ahora parece un soborno.

—Señorita Sorebi, olvidé mencionar que, si usted acepta hacer un documental sobre el señor Reismann, le donaré el Peace Hotel.

Se queda boquiabierta

—¿Este hotel?

Veo que entiende el valor. El Peace Hotel, inaugurado en 1929, se llamaba originalmente Hotel Cathay. Las habitaciones para los huéspedes se encontraban entre los pisos cuarto y noveno del imponente edificio del sector norte del complejo, conocido como Sassoon House. Muchos lo llaman el Waldorf Astoria del Este; es valioso desde el punto de vista cultural, histórico y financiero. En el transcurso de los cincuenta años desde su apertura, el hotel ha tenido diferentes dueños: sir Victor Sassoon, el gobierno nacionalista y el projaponés de Wang Jingwei; ahora es de mi propiedad. Lo hice tasar en privado y me dijeron que vale por lo menos diez millones de dólares.

—Pero tengo una petición. Debe escuchar mi historia.

—Me encantaría, señorita Shao. —Se vuelve hacia su bolso con flecos y trata de buscar algo allí, pero se detiene. Le tiemblan las manos. Mi oferta la ha tomado por sorpresa y, obviamente, todavía no sabe cómo reaccionar—. Será un honor hacer este documental sobre el señor Reismann, pero debo ser clara. No quiero parecer grosera, señorita Shao, pero como documentalista no voy a alterar la verdad o a distorsionar los hechos históricos.

—Por supuesto. Por eso debe escuchar mi historia.

—Pero ¿por qué quiere donarme este hotel? Usted sabe cuánto vale. Ese dinero podría pagar miles de documentales.

—Ya le he dicho que el señor Reismann es alguien a quien aprecio mucho, y yo soy una mujer vieja con un solo pie, como puede ver. Solo deseo no arrepentirme antes de ir a la tumba.

Ella ladea la cabeza, escéptica.

—Pondré el acuerdo por escrito, si todavía tiene dudas. Y una cosa más, señorita Sorebi.

Hágame el favor de no llamarme madame.

—Por supuesto, señorita Shao. —Sonríe para apaciguarme, o quizás para tratar de olvidar la descripción desfavorable que ha escuchado sobre mi vínculo con Ernest.

Me recuesto en mi silla de ruedas.

—Lo primero que debe saber, jovencita, es la verdad: en Shanghái, si eres mujer y empresaria, no puedes atravesar una cueva llena de arañas sin que algunas telarañas se te queden pegadas en el pelo.

Yo era la hija menor, la séptima, de los Shao, una de las familias más ricas de Shanghái, y la gente me llamaba "la hoja de jade que crece en una rama de oro": *Jin Zhi Yu Ye*. Mi ilustre abuelo, cuyo nombre estaba en boca de muchas personas, había modernizado la ciudad de Shanghái y había fundado muchas empresas a fines del siglo xix: una línea ferroviaria, una compañía de telégrafos, un consorcio industrial siderúrgico y una universidad que sigue siendo importante en la actualidad. Fue primer ministro de la dinastía Qing antes de su caída. Cuando murió, asistieron a su funeral funcionarios y embajadores de Rusia, Gran Bretaña, Alemania, los Estados Unidos e incluso Japón. El cortejo fúnebre se extendió desde el extremo oeste de la calle Nanjing hasta el río Huangpu. Le dejó a mi familia la gran fortuna con la que contábamos, así como un legado patriarcal que mis hermanos estaban felices de continuar.

Mi padre, que había vivido como un típico dandi, ocupó con valentía el cargo de alcalde de Shanghái durante años antes de volverse adicto al opio. Conservaba pocos recuerdos de él; todos eran desagradables, incluidos sus accesos de ira. Tal vez se sintiera amenazado por mi madre, la hija mayor de un poderoso caudillo militar; una mujer de pies vendados, pero también una excelente esquiadora que hacía viajes a los Alpes. Era conocida por su inteligente y hábil manejo de las finanzas. Gracias a ella, en medio de la adicción de mi padre, la mayor parte de la riqueza de mi familia se pudo guardar y conservar.

De niña, me crie en un espacio cerrado, educada por un tutor anciano que disertaba sobre la obediencia y el honor familiar, mimada por un ejército de sirvientes y protegida de la vileza y la violencia del mundo. De joven, me volví materialista, enamorada de los vestidos y bolsos, los lápices labiales y el protagonismo. Por eso, desde que tuve uso de razón, supe cuál sería mi futuro: me casaría con Cheng, mi primo, y después del matrimonio, sería madre y tendría tantos hijos como fuera posible. Cuando era niña, no era lo suficientemente sensata, y seguí adelante con ese plan, ya que era lo que mi madre había proyectado para mí; pero se convertiría en el dolor más grande de mi vida.

Creo que mi historia hubiera sido diferente si nunca hubiera escuchado jazz en la casa de mi mejor amiga, Eileen. Desde la primera vez que lo escuché, me convertí en una ferviente fanática. En Shanghái no había música popular como la que se conoce ahora. Las grabaciones de música no existían en nuestra cultura cuando yo nací. Le rogué a mi madre que me enviara a la escuela secundaria donde estaba inscrita Eileen, St. Mary's Hall, una escuela privada para niñas dirigida por misioneros estadounidenses, para poder escuchar más música. Mi madre me adoraba, así que, aunque todos los demás miembros de la familia se opusieron, me inscribió.

En la escuela, fingía estar enferma durante las clases sobre la poesía de Elizabeth Barrett Browning y Emily Dickinson, y me escondía en un espacioso auditorio de ladrillo rojo para escuchar a Louis Armstrong y Duke Ellington, y maravillarme con el éxito sensacional de sus discos. Decidí qué quería hacer con mi vida: convertirme en una empresaria, como Elizabeth

Arden o Coco Chanel. Así que se puede decir que la literatura me enseñó la tradición occidental, pero el jazz estadounidense me inspiró para convertirme en una mujer de negocios.

Mientras aún estaba en la escuela, hice mi primera inversión, una inversión secreta, en una compañía discográfica dirigida por un primo mío, en la que invertí mis cuantiosos ahorros. La empresa quebró y perdí todo mi dinero.

Entonces nos golpeó la tragedia: mi madre murió en un accidente, un duro golpe después de la muerte de mi padre, que había ocurrido el año anterior. Después de su funeral, lloré a medida que mis hermanos, uno por uno, se alejaban de mi vida. Mi segundo hermano se unió al ejército nacionalista de Chiang Kai-shek para esconderse en el interior del país; mi tercer hermano rompió sus lazos con la familia para convertirse en monje budista; mi cuarto hermano murió de fiebre, y mi única hermana se fugó con un magnate que vendía inodoros de porcelana en Hong Kong. Cuando comenzó la pesadilla de la guerra, Eileen también huyó a Hong Kong, las criadas que me mimaban fueron reubicadas y me quedé con dos hermanos, un prometido y sin cuenta bancaria.

Compré el club de jazz con la ayuda de mi primo, el mismo en cuya compañía discográfica había invertido, y comencé a trabajar. Llevaba dos años luchando para mantenerlo a flote cuando conocí a Ernest y mi vida cambió para siempre.

CAPÍTULO 11

Aiyi

TODO IBA BIEN.

Después de las muchas llamadas telefónicas y consultas que hice el día que contraté a Ernest, finalmente averigüé que uno de los primos de Cheng tenía un piano guardado para la hija de su segunda esposa, así que se lo pedí prestado y lo trasladé rápidamente a mi club.

Sassoon, para satisfacción mía, envió el alcohol tres días después. Ginebra de las marcas Gordon y Gilbey's, destiladas en Londres. Y whisky Old Taylor, de los Estados Unidos. Su fragancia perfumaba el aire mientras mis encargados llevaban las botellas al almacén y las colocaban en los estantes del bar.

Con un vaso alto en la mano, lleno de ginebra adulterada con agua para ahorrar, examiné el piano —un pequeño instrumento de roble, no un Steinway como el del Jazz Bar de Sassoon— y recorrí las mesas vacías que, esperaba, pronto se llenarían de clientes ansiosos. El stride piano de Ernest, la ginebra y el whisky importados de Sassoon podrían darle un nuevo giro a mi negocio.

Di algunas instrucciones más a mis encargados y fui a mi oficina al final del pasillo. Sosteniendo un pequeño espejo, volví a aplicarme lápiz labial rojo y polvos y me arreglé cuidadosamente el flequillo: tenía el peinado moderno que copiaban las modelos de los calendarios. Tenía un aspecto moderno, con mis pendientes y mi collar de oro, las joyas esenciales que indicaban que aún era más rica que la mayoría de las personas. Pero me lo pensé mejor. Me desabotoné el ajustado vestido color rojo granada, me puse un sujetador estilo occidental, de los que tienen relleno, que guardaba en un cajón de mi vestidor, y metí dentro de él una bola de pañuelos de papel que rocié con perfume, para que el aroma no fuera abrumador.

Era el primer día de trabajo de Ernest.

—Buenas tardes, señorita Shao.

El ritmo de swing irrumpió a través de la puerta de mi oficina cuando entró Ernest, vestido con su mismo abrigo cruzado de solapas arrugadas. La sombra de una barba incipiente contorneaba su mandíbula; se movía con precaución, como si estuviera sosteniendo algo precioso que temiera perder. Pero sus ojos irradiaban energía, cariño y calidez, una melodía poderosa que hizo que mi corazón rebosara de felicidad. De repente, quería sonreír con él y hablar de música.

Pero me contuve. Él era, después de todo, un pianista al que había contratado.

—Me alegra que hayas venido. Hoy es tu primer día. Hablemos de tu trabajo. Siéntate, siéntate.

—Gracias por la oportunidad, señorita Shao. —Se quitó el guante y extendió la mano.

Tenía buenos modales y era respetuoso, pero tuve que hacerle una recomendación:

—Ernest, ¿me permites una observación? Este es un club chino. Te conviene aprender ciertas cosas sobre nuestra etiqueta. Es bastante inapropiado estrechar la mano de una mujer.

—No lo sabía. ¿Por qué?

—Los chinos consideran que tocarse entre hombres y mujeres es algo íntimo.

—¿Incluso en los negocios?

Asentí.

—¿Y tampoco se abrazan?

Al ser recién llegado, desconocía realmente cuánto le escandalizaba a la gente de Shanghái esa costumbre occidental. La mayoría de los chinos eran reacios a los abrazos.

—Eso es solo para los amigos muy cercanos.

—¿Y besarse en la mejilla, entonces? En Europa, la costumbre es besar tres veces.

Tosí. Tal intimidad era impensable en Shanghái; incluso las parejas casadas se abstenían de demostrarse intimidad públicamente. Y era algo mucho peor, por cierto, entre una china y un extranjero.

—Entonces, ¿cuál es la etiqueta social adecuada en Shanghái? —Me miró desconcertado, fijamente. Otro dato de etiqueta que necesitaba aprender: para mostrar respeto, bajamos la mirada.

—Al saludar, hacemos una reverencia o algo como esto. —Junté las manos e hice una inclinación con la cabeza.

—Sinceramente, espero no haberla ofendido, señorita Shao —dijo empleando el tratamiento de cortesía que requería la situación—. Solo deseaba expresarle mi respeto y gratitud por el empleo.

No tenía ninguna duda al respecto, y en realidad eché bastante de menos la forma en que había repetido mi nombre de pila la última vez, con su acento gutural.

—Bueno, me resarcirás tocando stride piano. Cuento con tu música para hacer más competitivo mi club. He pensado un plan para darte a conocer y publicitar tu presentación. Así la gente sabrá lo especial que es tu música. Hoy es solo para que te vayas acostumbrando. ¿Te parece bien?

—Claro.

—Ahora, hablemos de tu salario. Usamos tres tipos de moneda en esta ciudad. Por lo general, a los empleados extranjeros se les paga en dólares estadounidenses en las empresas extranjeras. Algunas empresas locales están cambiando a la moneda que emiten los japoneses, pero aún usamos el *fabi* de nuestro gobierno nacionalista, ya que nuestros empleados lo necesitan para comprar alimentos. ¿Lo aceptarías?

—Me parece bien el pago con *fabi*.

—Se te pagarán diez *fabi* chinos todas las noches. Eso es descontando el alquiler. La jornada laboral comienza a las cuatro de la tarde y termina cuando los clientes se van, en general alrededor de las tres de la madrugada. ¿Tienes alguna pregunta?

—Me ha dicho que este es un club chino —respondió pensativo—. ¿Tiene otros empleados extranjeros? ¿Alguien de la plantilla habla alemán o inglés?

—No. Todos los empleados y clientes son chinos. Lo siento, mis cuatro encargados hablan una mezcla de inglés y chino, pero la mayoría de la gente solo habla el dialecto de Shanghái.

Sería un extranjero, solo, rodeado de los prejuiciosos habitantes locales, un extraño incapaz de entender nuestro idioma.

—Ven, Ernest. Te mostraré el piano.

En el salón de baile, la sesión de la tarde acababa de comenzar. La banda estaba tocando “Summertime” y, como esperaba, ya había algunos clientes: el señor Zhang, el que hacía girar la navaja en su mano, había ido con sus amigos y habían pedido una botella de Gilbey’s. No le prestaron atención a Ernest mientras caminábamos hacia el piano en el extremo izquierdo del escenario, algo de lo que me alegré. De ninguna manera quería tener contactos innecesarios con ese gángster.

El trompetista y líder de la banda, el señor Li, se acercó a mí junto al piano. Mirando a Ernest, que se había puesto el guante y agitaba los dedos sobre el teclado, el señor Li arrugó el entrecejo, como era de esperar, y sus ojos se llenaron de hostilidad. Había trabajado en Lianhua, el estudio de cine, antes de la guerra, y ahora tenía un segundo empleo como músico de bodas y funerales. Su banda ya llevaba cuatro meses trabajado para mí. Por lo general, las bandas no se quedaban mucho tiempo; llegaban y se iban debido enfermedades, mejores salarios o muertes.

—Señor Li, le presento a un nuevo miembro de la banda —dije en el dialecto de Shanghái.

Yo no era una jefa amable; creía en el distanciamiento, porque mi madre decía que el egoísmo de los hombres les impedía aceptar órdenes de una mujer, así que las daba con pocas explicaciones, lo que, sorprendentemente, imponía respeto.

—Señorita Shao, mi gente trabaja muy bien junta como banda.

—Ahora trabajarán también con un pianista.

—¿Sabe hablar chino?

—No.

El señor Li se apartó de Ernest como si el nuevo miembro de la banda fuera a morderlo.

—Si no le molesta, me gustaría afinar el piano. ¿Tiene herramientas para hacerlo? —dijo Ernest.

—El encargado te las conseguirá.

La gente giraba para vernos a mí y a Ernest. El encargado Wang, que estaba en el bar, se acercó corriendo. Siempre franco, parecía a punto de iniciar una pelea conmigo, y sabía que me daría un sermón sobre los crímenes atroces que cometían los extranjeros. Así que me alejé.

Lo que me preocupaba no era la objeción de mis empleados —podían acostumbrarse a mi decisión o renunciar—, sino la reacción de los clientes. El señor Zhang, que hablaba con mis bailarinas, ahora estaba mirando a Ernest. Varios clientes, que acababan de entrar en el club, vieron la figura alta de Ernest y se quedaron completamente inmóviles.

¿Acaso Ernest los ahuyentaba? ¿Se negarían a entrar en mi club porque él estuviera allí? Todavía no sabían lo que iban a escuchar: el impresionante stride piano, con su ritmo pegadizo. Además, ¡tenía veinte cajas de ginebra y whisky de importación para ofrecerles!

El señor Wang llevó a los recién llegados a sus asientos y el señor Li comenzó a tocar en el escenario. Suspiré, miré una vez más a Ernest, que afinaba el piano, y regresé a mi oficina.

Estaba haciendo cálculos con mi ábaco cuando un aullido de intenso dolor sonó en el salón de baile. La música se había detenido.

Salí corriendo. Bajo las dieciocho mil luces brillantes se había reunido una multitud, que miraba a una figura caída en el suelo: Ernest. Se retorcía sosteniendo su mano derecha, todavía enguantada y atravesada por una navaja.

CAPÍTULO 12

Ernest

La navaja estaba completamente incrustada en su mano, la que estaba llena de cicatrices. ¿Era esto una ironía o una maldición?, se preguntó. La llevaba enguantada para poder reprimir el recuerdo de la mutilación, del miedo, de la desesperación y el odio, y ahora de nuevo había sido blanco de un ataque. La herida comenzó a sangrar; un rastro de color rojo oscuro salpicó el teclado. Dios. Nunca volvería a tocar el piano.

Se tambaleó hacia atrás, con los oídos llenos de una tormenta de palabras extranjeras, exclamaciones ahogadas y gritos. El hombre que le había hundido la navaja en la mano agitaba el brazo, y los bailarines y la banda miraban con curiosidad y algo parecido al entusiasmo.

Había sucedido muy rápido, de manera muy confusa. Cuando Ernest entró en el edificio, lo había deslumbrado la grandeza del club de Aiyi, la sofisticación, la decoración, las luces y la pista de baile, que le recordaban los imponentes teatros de música de Berlín. Ver su rostro, su aplomo y su gracia lo tranquilizó. Ahora era su jefa, un privilegio, pero también se daba cuenta del disgusto que provocaba en la gente que lo miraba. Consciente de la hostilidad, afinó el piano con las herramientas que le dio un encargado tan silenciosamente como pudo, tan rápido como pudo. Solo quería tocar su música.

Pero su afinación, o tal vez su presencia, debió de molestar los clientes, porque el hombre que sostenía la navaja había venido a echarlo. Ernest levantó la mano para disculparse, pero el hombre parecía enfadado y soltó un torrente de frases en chino. Ernest volvió a levantar la mano y, antes de darse cuenta, el hombre lo empujó contra el piano y le atravesó la mano con la navaja.

El suelo estaba pegajoso por la sangre; Ernest resbaló y cayó de espaldas. Cuando abrió los ojos, vio aparecer el rostro de Aiyi sobre él; ella dijo algo rápidamente en chino, y luego lo ayudaron a levantarse y salir del salón de baile al pasillo. “No está tan mal”, oyó decir. Se metió rápidamente en el coche de Aiyi. Sentía el frío de la navaja en su carne, tenía los dedos entumecidos, y la sangre se había acumulado y goteaba. Le costaba concentrarse.

—Lamento haberle causado problemas.

—Soy yo quien debería disculparse —suspiró ella—. Temía que ocurriera algo así. Ese hombre es un gángster, Ernest. Lamento que se haya metido contigo.

—¿Porque soy judío?

—Porque eres extranjero.

Parecía una tontería, pero fue lo más reconfortante que había escuchado.

—No sabía que eso fuese un problema. —Así debía de ser en Shanghái.

—Tendrás que acostumbrarte, Ernest. Los extranjeros y los locales no son los mejores amigos. Vivimos vidas separadas. Ya lo irás aprendiendo. Has perdido mucha sangre, trata de no hablar.

Le castañeteaban los dientes. Cerró los ojos por un momento. Un nuevo miedo volvió a atravesarlo: se había visto obligado a dejar de tocar el piano después del ataque anterior y las heridas en su mano, y ahora parecía que nunca podría volver a tocarlo. ¿Qué haría? Tenía una hermana a la que cuidar.

Cuando volvió a abrir los ojos, el chófer le estaba pidiendo que bajara del coche. Se las arregló para ponerse de pie; frente a él había un edificio de ladrillo rojo, el Hôpital Sainte Marie. Estuvo a punto de desmayarse, pero una monja católica que llevaba colgada una cruz se apresuró a sostenerlo. Varias voces que hablaban rápido en francés resonaron en sus oídos; unos brazos lo sostuvieron al entrar al hospital. Todo era borroso: el olor acre del alcohol, la calma inducida por

la morfina y el francés confuso que hablaban las monjas católicas. Cuando le extrajeron la navaja, sus gritos sonaron como los delirios de un loco. Pero, afortunadamente, no tenía huesos rotos ni nervios cortados. Se tragó un puñado de pastillas que no pudo identificar, bebió un líquido de sabor fuerte y se durmió.

Cuando salió del edificio, estaba amaneciendo y algunos *rickshaws* pasaban chirriando. El coche de Aiyi todavía estaba allí.

Abrió la puerta suavemente. Aiyi estaba dormida, reclinada en el asiento trasero; su chófer también dormitaba en el asiento del conductor. Podría haberse ido después de dejarlo, o simplemente haberle dicho que se cuidara, o podría no haberlo contratado por ser un extraño, un extranjero. Sin embargo, lo había tratado con dignidad, le había dado un refugio al saber que no tenía hogar, lo había llevado a un hospital cuando lo hirieron. ¿Acaso alguien más se había preocupado tanto por él? ¿Había soñado con alguien como ella, una mujer de otro país, de otra raza?

Aiyi se movió y abrió los ojos.

—¿Ernest? Has vuelto. ¿Cómo está tu mano?

—Bien, como nueva —dijo levantando la mano vendada—. Esas monjas católicas son las mejores enfermeras que he visto. Me dieron siete puntos. Una vez que me recupere, podré volver a tocar el piano.

—Me alegra saberlo. Eso me tenía preocupada.

Su voz tenía un ritmo que lo tranquilizaba; quería oírla hablar eternamente.

—Gracias por traerme aquí, Aiyi.

—Soy tu jefa. No tengo alternativa. Soy una pésima cuidadora, solo para que lo sepas. No querrás volver a estar a mi cuidado, o perderás más de una mano.

Pero ella sí tenía alternativa.

—Déjame llevarte a tu apartamento. —Le dijo al chófer que pusiera en marcha el coche—. ¿Cuánto tiempo dijo el doctor que tardarás en curarte?

Ernest miró su mano vendada, abatido.

—Para sanar por completo, cuatro meses.

—Cuatro meses. —Ella suspiró.

No había ninguna razón por la que debiera conservarlo en su puesto durante cuatro meses si él no podía tocar el piano.

—Puedo tocar con la mano izquierda.

—Preferiría que no lo hicieras. Así no es el stride piano. Mi idea es que tú seas la melodía de la banda, no el acompañamiento. Bueno, normalmente no ofrecería esto, pero haré una excepción. Te daré una semana de vacaciones pagadas, para que puedas recuperarte y dejar que tu mano sane. ¿Qué te parece?

Si estaba fuera del club durante una semana, ¿se le permitiría volver? El motor del coche zumbaba, una serie interminable de gemidos y gruñidos, como los espasmos repugnantes e implacables de la vida. Lo lograría, con la mano herida o sana.

—Te veré mañana, Aiyi.

CAPÍTULO 13

VAYA INSISTENCIA LA SUYA. ¿ACASO BUSCABA VOLVER PARA VENGARSE DEL SEÑOR ZHANG? MIRÉ SU mano.

—Solo quiero trabajar —dijo.

Su rostro estaba más pálido que el amanecer, pero no tenía rencor, ni rastro de deseo de venganza, ni siquiera una arruga de ira en los ojos. Estaba frente a alguien que no era violento y que insistía en trabajar para recibir un salario. Quise saber más sobre él. Entonces, aunque estaba cansada, le pregunté de dónde era, a qué se dedicaban sus padres, qué tipo de educación había recibido y por qué había venido a Shanghái.

Me lo contó todo. Era de Berlín. Sus padres eran profesores en una universidad. Había venido aquí por la guerra y había comenzado a tocar el piano a una edad temprana por la insistencia de su madre.

—¿Qué música tocabas? —pregunté.

—Clásica, sobre todo —dijo.

Asentí; aún recordaba su interpretación en el hotel de Sassoon.

—Me gusta más el jazz. ¿Sabes por qué? Hemos perdido la guerra contra los japoneses. La gente muere todos los días como moscas; todo el pueblo está asustado. El jazz nos hace sentir vivos; nos ayuda a olvidarnos de la realidad. La música clásica es diferente; nos hace recordar.

—No podría expresarlo mejor. —Sonrió; en sus ojos azules brillaba la misma luz, la misma satisfacción que había notado cuando lo escuché tocar en el hotel de Sassoon.

Se me aceleró el corazón. Sentí el calor al ruborizarme. Giré la cabeza hacia la ventanilla.

—También me interesa la fotografía, como pasatiempo —dijo. Era una afición popular entre los extranjeros, como Sassoon, por ejemplo, pero era cara, ya que las cámaras y las películas se importaban.

—¿Qué más te gusta? —pregunté.

—El cine.

Más gustos que teníamos en común. Dijo que adoraba a Marlene Dietrich, la actriz alemana, y yo amaba a Katharine Hepburn. También disfrutaba, como yo, de leer revistas de cine, que eran difíciles de conseguir, pero el encargado Wang tenía la habilidad de encontrarlas para mí.

—Y esquiar —agregó. Otra coincidencia, ya que mi madre, una mujer de pies vendados, había sido una esquiadora entusiasta—. Y tú.

—Oh, cállate. —Agité la mano para despedirme de él, pero debí de haber perdido el juicio, porque incluso después de que se fuese, seguí pensando en sus ojos azules, joyas de luz que podían cambiar y reflejar su estado de ánimo como una película mágica.

Al día siguiente, cuando estaba lista para ir a trabajar, Cheng, mi prometido, vino a mi casa y se ofreció a llevarme al club. Lo hacía con frecuencia, con el argumento de velar por mi seguridad, pero sabía que era su excusa para vigilarme.

Era un hombre moderno; llegó vestido meticulosamente con una chaqueta de tweed morado, una corbata de seda negra, pantalones negros y zapatos de cuero blanco y negro estilo Oxford.

—¿Qué llevas puesto, Aiyi? Está tan apretado que se te ven las costillas —dijo, de pie junto a su Buick negro, mientras yo entraba al coche.

Era un hombre controlador. Para él era natural decirme qué cosas no debía hacer, con quiénes no debía hablar y qué prendas no debía vestir. Esto siempre me había molestado, porque Cheng,

un hombre con un excelente gusto en materia de moda masculina, prefería que me cubriera de pies a cabeza. Le disgustaba que me pusiera un vestido sin mangas que dejase ver mis hombros, o uno corto que descubriera mis pantorrillas.

Yo llevaba un vestido largo y ajustado, estampado con peonías rojas; mostraba mis curvas y mis brazos desnudos, que en esa ocasión cubría con una chaqueta corta de lana.

—Si necesitas vestidos nuevos, te enviaré mis modistas. —Cheng se sentó a mi lado y el coche se puso en marcha.

Era el heredero de un magnate de la industria naviera. La fortuna de su familia estaba en decadencia, como la mía, pero él todavía era rico y tenía buenos contactos gracias a los matrimonios de sus seis hermanas. Con su riqueza y buena apariencia, un rostro cincelado, hombros anchos y fuertes músculos producto de años de montar a caballo, atraía a muchas mujeres. Mi familia opinaba que formábamos una pareja envidiable. Tenían razón; Cheng era un buen partido.

Pero mi vínculo con Cheng se parecía más a una relación entre primos. Cuando se lo conté a mi madre, ella dijo que era suficiente, porque el matrimonio es un negocio que puede funcionar sin problemas aun cuando falte el amor romántico. La creí, así que rara vez pensaba en cuestionar mi inminente matrimonio. Me gustaba Ernest, un extranjero con el que nunca hubiera imaginado entablar amistad, y me atraía de una manera que no debería, pero no correría el riesgo de estropear mi futuro con Cheng.

—Mañana usaré otro vestido. —Cheng también tenía un temperamento explosivo. Prefería no provocarlo.

—Y ponte un sujetador, Aiyi.

Se refería al sujetador tradicional, una pieza triangular de tela que aplanaba mis senos. Sabía que yo lo odiaba, pero discutir con él solo lo exasperaba.

—Está bien.

Abrió un paquete de cigarrillos.

—¿Así que… qué me he perdido? ¿Un incidente con una navaja? ¿Por qué contrataste a un extranjero?

Debió de haberlo escuchado de mis encargados, y seguramente estaba enfadado porque yo había contratado a Ernest sin consultarlo primero. Por ser mi prometido, Cheng se sentía con derecho a opinar sobre mi negocio.

—Sabe tocar stride piano; iba a contártelo. Es muy buen intérprete. Ayudará a que el club prospere y yo gane más dinero.

—Parece que a tus clientes no les gustó.

Percibí el desinterés en su tono de voz.

—Les gustará, una vez que escuchen su música.

Cheng parecía ofendido; él siempre era así, se enfadaba cuando lo contradecían.

—Esto no ha terminado. Habrá más problemas si se queda.

Permanecí en silencio el resto del camino al club, porque Cheng me había puesto nerviosa. ¿Y si tenía razón? Lo último que necesitaba era más derramamiento de sangre, lo que ahuyentaría a las chicas modernas, a los jóvenes elegantes y a otros clientes. El alcohol de Sassoon no bastaría para atraerlos.

Cuando entré al salón de baile con Cheng, me quedé helada. Ernest ya estaba allí y estaba haciendo algo que no debía.

CAPÍTULO 14

Ernest

TODAVÍA PODÍA SER ÚTIL. ACOMPAÑAR A LOS CLIENTES A SUS ASIENTOS, SERVIRLES SUS BEBIDAS; SI entendiera el idioma, también podría tomarles sus pedidos. Cuando los clientes iban a la pista de baile, buscaba una escoba y barría las cáscaras de cacahuetes, las pipas de girasol, la ceniza y las colillas.

Pidió llevarle su bebida al hombre que lo había apuñalado, el señor Zhang; estaba sentado con dos hombres que llevaban la camisa desabrochada. El encargado Wang estaba atónito, pero Ernest asintió con la cabeza para expresar que no tenía inconveniente en hacerlo. Al llegar a la mesa redonda donde estaban sentados los hombres, Ernest hizo una reverencia, recordando las instrucciones de Aiyi sobre la costumbre china, ofreció la bandeja de vasos y la botella de ginebra que habían pedido y le sirvió.

—*Guizi* —murmuró el señor Zhang.

Ernest se dio cuenta de que era un insulto, pero no se sintió amenazado.

—Buenas noches. Mi nombre es Ernest Reismann. Estoy a su servicio. Si hay algo que pueda hacer por usted, hágamelo saber.

Comprobó que el señor Zhang no entendía su inglés, pero, de todas maneras, Ernest se quedó allí, sirviendo las bebidas. El hombre se mostró bastante sorprendido y, luego, complacido. En realidad, todos los clientes parecían estar sorprendidos y complacidos.

El señor Zhang tenía otra navaja a mano, pero no la usó.

—Ernest, ¿estás seguro de que quieres hacerlo? —le preguntó Aiyi detrás del escenario.

Estaba estupefacta, de pie junto a un hombre bien vestido y guapo de cejas negras y pobladas, mandíbula fina y feroces ojos negros, que lo miraba con gesto ceñudo.

—¿Hay algún problema? —dijo Ernest.

—No. Es solo que los extranjeros generalmente no sirven comida o bebidas chinas. Consideran que es indigno de ellos, ¿sabes?

Se encogió de hombros.

—¿Qué importa? La gente es extraña. Algunos piensan que son superiores a los demás por su riqueza, su orgullo, la historia de su país, su religión o su apariencia. Solo soy un hombre de Berlín, un huésped de esta ciudad. Hago todo lo posible por comportarme decentemente y espero, si es posible, ser amigo de esta ciudad. Estoy más que feliz de atender a los clientes de tu club hasta que mi mano sane.

Ella ladeó la cabeza incrédula.

—Por supuesto. Tu ayuda es bienvenida.

Parecía que iba a decir algo más, pero el hombre bien vestido la tomó del brazo y se alejaron.

Así que Ernest trabajó como camarero, barman y ayudante de camarero. El señor Zhang ya no lo molestaba, y los otros clientes y el personal del club se mostraban más amistosos con él; a menudo le preguntaban por su mano. “Como nueva”, respondía, y la levantaba como una bandera, una bandera de paz.

Mientras estaba ocupado, escuchaba las conversaciones de los clientes y pronunciaba sus palabras, sintonizando los tonos ascendentes y descendentes, como el nombre de ella. Pero, claro, nada era tan especial y entrañable como su nombre. Cada vez que la veía, la seguía con la mirada. Tal vez le convendría ocultar sus sentimientos si quería conservar el empleo, pero era

inútil intentarlo. Se sentía como si fuera un hombre diferente. Se reía fuerte cuantas veces quería; hubiera sido capaz de atreverse a saltar de un acantilado.

Contaba los días que faltaban para volver a tocar el piano. Cuando la banda tocaba, escuchaba atentamente y memorizaba cada canción. “The Entertainer”, “On the Sunny Side of the Street”, “Memories of You”. Swing, ragtime, jazz; toda la música popular estadounidense de la que había oído hablar, pero con la que no estaba familiarizado. Tomó nota de la escala pentatónica, la melodía principal y la improvisación libre del clarinetista, el trompetista y el violinista. La picante percusión le hacía latir el corazón con fuerza; golpeaba el suelo con los pies, y su mano izquierda golpeaba teclas invisibles en el aire. Su mente rugía con la efusión de energía y el coro entusiasta de los instrumentos.

Su pasión por el jazz aumentó cada vez más. Se enteró de que la música había llegado a Shanghái a finales de la década de 1920, cuando muchos músicos estadounidenses emigraron allí durante la Gran Depresión. La canción favorita de Aiyi, “La última rosa de Shanghái”, había sido compuesta en esa época por Buck Clayton y Li Jinhui, un compositor chino. Después de que los músicos se fueron del país, sus canciones se grabaron, copiaron y fusionaron con cancioncillas chinas tradicionales. Gracias a la influencia del jazz, la industria de la música, antes casi inexistente en Shanghái, floreció en la década de 1930. Las canciones que mezclaban las notas del jazz y las melodías folclóricas se transmitían por la radio y se componían para las bandas sonoras de las películas; una nueva generación de cantantes femeninas saltó a la fama y se fundaron compañías para grabar discos para gramófonos.

Habían pasado diez días cuando, una noche, algo llamó la atención de Ernest.

—¿Por qué tu banda nunca toca tu canción favorita, Aiyi?

Ella le hizo un gesto para que se callara.

Nadie en el club sabía cuál era su canción favorita.

Un día, Ernest terminó su trabajo casi al amanecer. De camino a su apartamento, compró un bloque de tofu y algunos trozos de carbón a un vendedor ambulante para hervir un poco de agua, ya que la que salía del grifo de la cocina no era potable. Su salario seguía siendo de diez *fabi* por noche, gracias a la amabilidad de Aiyi, pero casi no le alcanzaba para que él y Miriam se alimentaran.

Unos días atrás había comprado una taza de arroz. Cuando estaban listos para comerlo, Miriam había encontrado garrapatas y dos gusanos de la harina en su plato. Él la desafió a comérselo, y ella se tragó a los invasores entre risas. La vida era dura, pero mientras estuvieran juntos, podían cosechar pequeñas joyas de alegría, aun de un plato de arroz con gusanos.

Estaba tarareando cuando Miriam, con su sombrero de cazador de piel de oveja, abrió la puerta. Estaba descalza y sostenía un matamoscas.

—Mira lo que tengo —le mostró, levantando las manos.

—¿Tofu? Ya te he dicho que no me gusta. Sabe a tierra.

Miriam estaba de mal humor. Desde que se mudaran al apartamento, él le había pedido que no saliera. Podría parecer miedoso o sobreprotector, pero después de lo que le había ocurrido a Leah, no iba a correr ningún riesgo.

Miriam había accedido, sobre todo al verlo herido, pero el encierro le estaba pasando factura.

Ernest colocó los trozos de carbón y la comida en el armario.

—Oye, ahora tengo un trabajo. Cuando me paguen más, te conseguiré mejor comida.

—¿Podemos hablar, Ernest?

—Tal vez más tarde. Estoy cansado. Ha sido una noche larga.

Se quitó el abrigo y los zapatos y se dejó caer sobre la cama con un gemido. Estaba agotado, incapaz de mantener los ojos abiertos. Después de todos esos días, aún no podía acostumbrarse a quedarse despierto toda la noche.

—Despiértame al mediodía, ¿quieres?

—No tengo reloj.

—Bien. Me despertaré solo. ¿Quieres volver a dormir tú también, Miriam? Todavía es temprano.

—No puedo. Hay demasiadas ratas y cucarachas. ¿Sabes cuántas cucarachas he aplastado? ¡Treinta y cuatro!

Para entretener a Miriam, había iniciado un juego de humanos contra plagas.

—Muy bien. Siga así, segunda teniente. —Bostezó y cerró los ojos.

—¿Ernest? ¡Ernest! No te duermas. Háblame. No tengo con quien hablar. No tengo nada que leer. No entiendo lo que dice la gente. Esto es muy aburrido. No me gusta esta vida. ¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí?

Miriam era un típico ratón de biblioteca. A los cinco años, ya había leído sobre los buenos Hans y Grete de *La escuela de los conejitos* y se entretenía con las historias de los traviesos Max y Moritz en *Una historia de siete bromas*. A los diez años, se convirtió en una fanática de *La metamorfosis*, de Franz Kafka. Como las escuelas se negaban a admitir niños judíos en Berlín, había leído y releído a Kafka. Ernest le había tenido que quitar el libro, cansado de oírla gritar en sueños. Kafka no era para niños.

Miriam se sentía sola. Si no estuviera tan exhausto, pasaría algún tiempo con ella, charlarían o jugarían juntos, pero su cuerpo se aflojaba y el sueño se apoderaba de él.

—No lo sé, pero mamá y papá vendrán pronto. Recuérdalo.

—¿Puedo ir al club contigo?

—No es un lugar apropiado para una niña de doce años.

—Acabo de cumplir trece.

Se había olvidado de su cumpleaños.

—Tampoco es para una niña de trece.

—Pero quiero hacer algo. Conseguir un trabajo, como tú. ¿Puedo buscar un trabajo? ¡Despierta, Ernest!

—¿Quién contrataría a una niña de trece años? —dijo, bostezando—. En realidad, deberías ir a la escuela. Pero he oído que los japoneses han cerrado las escuelas chinas y todavía no se les permite abrir. Las escuelas cuyos dueños son estadounidenses y británicos pueden estar abiertas, pero dudo que haya ninguna judía. —Estaba a punto de quedarse dormido cuando sintió que la mano de Miriam lo sacudía y captó algo que ella había dicho—. ¿Qué has dicho? ¿Un fumadero de opio?

—No sabía que era un fumadero de opio. Dentro estaba muy oscuro. Había muchos chinos fumando en catres. Pensé que estaban durmiendo, pero sostenían pipas largas. ¡El lugar olía tan bien! Como una floristería. Casi me pillan.

Ernest se incorporó. El agotamiento, la falta de sueño y el miedo latían en su cabeza.

—¿Fuiste a la zona china? Te dije que no salieras. Las calles no son seguras para las niñas. ¿Qué pasaría si, qué pasaría si…?

—La Ciudad Vieja es fascinante, ¡tan diferente de Berlín! Los edificios tienen aleros curvos con esculturas de dragones, como el palacio de un emperador de los libros de historia que leí.

Las calles estaban sucias y sucedían muchas cosas raras. Había un escenario para ejecuciones o algo así. ¡Vi a un hombre ahorcado! Cerca del templo, algunas chicas estaban…

Ernest terminó de despabilarse.

—Miriam, es peligroso. Tienes que quedarte aquí.

—No puedo quedarme aquí a hablar con las cucarachas todo el día, Ernest.

—¿Qué pasa si te pierdes en la calle? O… o… ¡Dios! Tengo que dormir un poco para poder ir a trabajar esta noche. Pero tú, quédate en el apartamento. ¿Me lo prometes, Miriam?

No oyó nada durante un buen rato; aliviado, se estaba quedando dormido de nuevo cuando escuchó un gruñido.

—No te importo nada.

CAPÍTULO 15

Aiyi

DOS SEMANAS Y CINCO DÍAS. ESE FUE EL TIEMPO QUE ERNEST SIRVIÓ A LOS CLIENTES. SUPONGO QUE debería haberme sentido complacida, porque su actitud humilde había apaciguado a todos: al señor Zhang e incluso al señor Li y al encargado Wang.

Pero cada vez que miraba a los clientes que bailaban, a los hombres que bebían, me molestaba. Todos mis competidores tenían algo que atraía clientes: el club Ciro's de Sassoon tenía el mejor coñac; Del Monte, las exóticas chicas rusas, y los pequeños salones de baile, las entradas baratas.

Mi club no tenía ninguna característica distintiva. El stride piano era mi plan para aumentar la ventaja competitiva de mi club. Pero cuatro meses serían una larga espera.

Aun así, no podía obligar a Ernest a tocar; se lo había prometido.

Cerré el libro de contabilidad encuadernado en tela que tenía en mi oficina. Me preguntaba qué me había pasado, por qué me sentía tan indecisa.

Mi Nash se detuvo frente a un enorme edificio amurallado, custodiado por dos leones de piedra gris con melenas esculpidas. Desde el interior del alto muro, mi viejo mayordomo me anunció que él me recibiría y abrió las puertas dobles de madera pintadas de bermellón.

Esa era mi casa, pero pertenecía a mi hermano mayor, Sinmay. Nuestro abuelo había construido ese complejo residencial de cincuenta y ocho habitaciones a fines del siglo xix en una ubicación privilegiada dentro de la Ciudad Vieja, con la esperanza de albergar a muchas generaciones de la familia Shao. El recinto, rodeado por altos muros con dragones de piedra, tenía cuatro alas orientadas en cuatro direcciones diferentes, una sala central y una elegante piscina que había construido Sinmay.

La residencia de Sinmay, en el ala este, incluía un estudio, una sala de música y un salón donde mostraba su colección de libros de poesía a sus amigos literatos; mi habitación, una construcción separada, situada junto a un estanque de carpas koi, estaba en el ala oeste, cerca de la parte de atrás. El recinto era el último legado de mi abuelo, le faltaba mantenimiento y necesitaba una limpieza a fondo, pero seguía siendo una joya en el paisaje de Shanghái y un indicador de la posición y el pasado opulento de mi familia.

Estaba anocheciendo, el aire era una franja gris de cielo pálido como la seda lavada, y los ginkgos, pinos y robles centenarios, ennegrecidos y sin hojas después del bombardeo, parecían apesadumbrados, con las ramas dobladas. Cerca de la fuente del patio, en un lugar reservado para Cheng, estaba su Buick negro. Junto a él estaba el Nash negro de Sinmay, lo que significaba que había vuelto de su viaje fuera de la ciudad. Se me ocurrió que Cheng debía de haber informado a Sinmay sobre lo que estaba ocurriendo en mi club. Me puse nerviosa.

Por ser el mayor de mis hermanos, Sinmay era el patriarca de la familia. Si se enfadaba conmigo por contratar a Ernest, podría encontrar una buena excusa para echarme de la casa. Había estado buscando una oportunidad para hacerlo desde nuestra pelea por la herencia. Nuestro enfrentamiento había comenzado cuando mi madre me incluyó en su testamento, dándome derecho a una parte de la fortuna de la familia igual a la de mis hermanos. Sinmay argumentó que, dado que a las mujeres tradicionalmente no se les permitía heredar, él, como hijo primogénito, tenía derecho a ejecutar el testamento a su manera. Lo demandé bajo la ley de la nueva República de China, un paso impensable para muchas personas que consideraban que los juicios eran escandalosos. Pero gané, me devolvieron el dinero y Sinmay nunca me perdonó por haberlo avergonzado públicamente.

Ninguno de nosotros podría haber previsto que perderíamos toda nuestra herencia ante los despiadados japoneses.

Había pensado en mudarme a un apartamento, pero simplemente no pude hacerlo. Hubiera sido un gesto de ruptura definitiva de toda relación con mi familia. Además, solo las mujeres divorciadas, las viudas y las prostitutas vivían lejos de sus parientes. Y ahora, la guerra había envalentonado a los bribones y mafiosos que se ganaban la vida secuestrando y robando a mujeres como yo. Debía estar siempre acompañada por mi chófer, que también era mi guardaespaldas, cuando iba o venía de mi club. No podía salir de compras sola o ir a Sincere, mi centro comercial favorito. La radio era un recuerdo, porque estaba prohibida por los japoneses; reproducir música en un gramófono era un sueño, porque Sinmay no lo permitía, y las fiestas y los festejos eran fantasías olvidadas, debido a la escasez de alimentos.

La verdad era que no me atrevía a vivir sola. Me habían criado para valorar a la familia, y la familia estaba en mi sangre. Como dueña de una empresa de un millón de dólares, todavía vivía con miedo de mi hermano mayor, quien, si se le antojaba, podría dejarme sin hogar. Eso, por supuesto, nunca habría sucedido si mi madre hubiera estado viva.

La echaba de menos. La vida no era la misma sin ella. Cada día me levantaba de la cama pensando en esta cruel verdad: una familia sin madre es como un collar de perlas sin un hilo que las una.

Salí del coche; mis tacones altos golpearon el suelo cubierto de piedras en forma de diamantes y círculos. Escuché el entrechocar de las fichas de mahjong provenientes de la sala, cerca de la fuente.

Mis hermanos, Cheng y mi cuñada tenían la ferviente creencia de que pasar los días jugando al mahjong acabaría con la indignidad de la ocupación y posiblemente curaría todas las heridas dolorosas.

—¿Aiyi? ¿Eres tú? Ven aquí. —La voz de Peiyu, mi cuñada, vino de la sala.

No tuve más remedio que dar la vuelta y recorrer el sendero de guijarros, pasando por los osmantos, esos perfumados arbustos de hoja perenne, y las dalias amarillas que florecían cada primavera. En un banco cerca del jardín de gardenias, mis sobrinos jugaban bajo la vigilancia de la niñera de Peiyu; detrás de ellos, el cocinero de la familia sacó una carpa viva de una palangana de madera, le golpeó la cabeza y comenzó a descamarla.

—¿Quién ha ganado? —pregunté en el dialecto de Shanghái mientras cruzaba el alto umbral de la sala.

En una mesa redonda, Sinmay estaba sentado al este; Peiyu, al oeste; mi hermano menor, Ying, al sur, y Cheng, al norte. Ya no había electricidad, por lo que habían corrido las cortinas para dejar entrar la luz natural. A su alrededor, dos sirvientes de la casa, los únicos que nos quedaban de los veinte que habíamos llegado a tener, llevaban pequeñas vasijas de barro con trocitos de pollo guisado, gachas de avena con dátiles rojos y ginseng, pasteles milhojas del tamaño de un bocado y galletas de arroz cubiertas de azúcar. Una fiesta mezquina antes de la guerra, pero bastante decente en esos días.

—Todavía no lo sabemos. Aiyi, mira. La madre de Cheng y yo finalmente hemos encontrado una fecha adecuada para la boda. Será en la primavera del próximo año, un buen momento. Hemos comenzado a planificarla. Contrataremos una banda tradicional, haremos una reserva en un restaurante y enviaremos las invitaciones —dijo Peiyu.

Ella era la matriarca de la familia, sustituyendo a mi madre, así que estaba a cargo de organizar mi boda. Llevaba una túnica púrpura con ranas doradas trenzadas. Su estómago sobresalía,

embarazada de su sexto hijo, que nacería en cualquier momento. Peiyu tenía los pies vendados y rara vez salía del complejo residencial, pero era una mujer muy capacitada; negociaba el siempre variable impuesto a la propiedad con los bribones que trabajaban para los japoneses, administraba la casa y recababa chismes de los parientes.

—¿Una banda tradicional que toque la *souna*? Es muy anticuado. Prefiero una banda de jazz, cuñada. —Planificar mi boda no era mi tema favorito, sino el de Peiyu.

—No habrá banda de jazz, hermanita. La madre de Cheng quiere una tradicional. ¿Por qué has tardado tanto en llegar a casa? ¿Ha habido otro tiroteo en la calle?

Esto era todo lo que podía hacer con respecto a mi propia boda. Decirles lo que yo prefería, para que luego los deseos de la madre de Cheng o los de Peiyu lo desestimaran.

—Dos. Menos mal que te quedas en casa.

—Aiyi, ¿adivina qué? Sinmay quiere que le cuentes lo del extranjero que has contratado —dijo Cheng en tono de reproche. Siempre era así, me trataba como a una niña cuando no estaba contento conmigo.

Sinmay miró en mi dirección. Tenía treinta y cuatro años, catorce años más que yo, y en sus ojos negros anidaba la amargura habitual que había aparecido en ellos desde mi pleito. Sinmay era un magnate editorial, propietario de varios sellos literarios y de un periódico llamado *Analectas*, y también poeta por derecho propio. Se había educado en Cambridge, pero honraba la tradición, siempre ataviado con una larga túnica gris; solo le faltaba lucir una larga coleta para completar la imagen de un erudito anticuado de la dinastía muerta.

—He oído que hubo una especie de pelea en tu club. ¿Es cierto? —dijo finalmente. Su voz, lenta y áspera, sonaba como una serie de ritmos rasposos salidos de un viejo gramófono.

Frente a él, todo mi arte femenino de fingir y sonreír era inútil. Tenía que ser sumisa para hacerle creer que estaba al mando.

—Eso fue hace unas semanas.

—¿Por qué lo contrataste?

—Hermano mayor, es buen pianista y diferente de otros extranjeros. No tiene prejuicios.

—Todos los extranjeros tienen prejuicios. No les importamos. Los japoneses lanzaron sus bombas sobre Shanghái, pero todos se sentaron en sus cafés a admirar la tecnología de los cazas que pasaban volando.

—Es solo un pianista. —Mantuve la voz tranquila; Cheng me estaba mirando.

—No sabía que tu club tenía un piano.

—Pedí uno prestado.

—Bien, esto me desconcierta aún más. Que alguien tan inteligente, como la gente dice que eres, tome medidas tan extraordinarias que pongan en peligro su propio negocio. Supongo que sabes lo que haces.

Sonreí con entusiasmo.

—Sí. Tengo un plan. Va a tocar un nuevo tipo de jazz, llamado stride piano. Será muy popular y todo Shanghái acudirá a mi salón de baile.

—Ese tipo de música solo suena en el Jazz Bar.

—Precisamente. Ahora lo pondré al alcance de todos.

Una de las criadas me entregó un cuenco de sopa de nido de pájaro en un platillo.

—Come. Está deliciosa —dijo Peiyu sin apartar la mirada de las fichas de mahjong.

Justo la distracción que necesitaba.

—Comeré en mi habitación. —Me di la vuelta con el cuenco en la mano.

—¿Por qué tanta prisa? Te lo advierto, Aiyi. Deshazte de ese hombre. La gente murmurará. Ya sabes lo que pensamos de los extranjeros. Esto se convertirá en un escándalo, una amenaza para la reputación de nuestra familia. ¿No estás al menos preocupada? —dijo Sinmay—. Este es un momento peligroso para nuestro país. Los nacionalistas han perdido Shanghái y Nanjing, y nosotros somos el cordero en la mesa del carnicero. ¡Y los japoneses son insaciables! Quieren conquistar toda China. He oído que pronto bombardearán la nueva capital de los nacionalistas.

Los nacionalistas llevaban años retirándose al interior del territorio; Chongqing era su nueva capital.

—Ya la han bombardeado —dijo Ying, mi hermano menor—, en el sur.

—¡Son unos animales! —maldijo Sinmay—. ¿Sabías que ese perro de Yamazaki ha sido ascendido? Confiscó la fortuna de nuestra familia, y ahora liderará una división que se ocupará de la gente del Asentamiento. Aiyi, si tú también te relacionas con extranjeros, llamarás su atención y lo perderás todo: tus clientes, tu club. —Arrojó una ficha de nueve puntos. Peiyu se quejó. Era una ficha que necesitaba, pero, por encontrarse sentada en la posición oeste de la mesa, no podía cogerla.

El nombre de Yamazaki me hizo temblar. Todavía recordaba el lunar bajo su ojo, su malicia. Era el jefe de una unidad de caballería que confiscó las propiedades de los lugareños, irrumpió en mi casa y declaró que todas las posesiones de mi familia ahora eran propiedad de su emperador. Nos ordenó que llenáramos los formularios que contenían nuestras cuentas bancarias y nuestras acciones de la empresa siderúrgica, la línea ferroviaria y la fábrica de seda, bajo amenaza de matarnos. También habría confiscado nuestra casa si no hubiera sido por mi abuelo, de quien supe más tarde que era amigo del jefe del Ejército Imperial de Kwantung antes de que se convirtiera en una máquina de matar.

Sostuve el cuenco de sopa.

—Mi club proporciona impuestos lucrativos para su gobierno. Y cuando la gente baila, no piensa en rebelarse. Yamazaki lo sabe.

—Aiyi, deberías pensar en formar una familia. Somos buenas familias, y las niñas de buenas familias no trabajan para ganarse la vida. Ya no eres joven.

El juego de Peiyu no iba bien. Estaba de mal humor. Era una mujer tradicional que opinaba que el papel de una mujer era ser esposa y madre, y no le gustaba que yo trabajara ¡nada menos que en un club nocturno inmoral! Siempre decía que yo era vieja, ya que creía que las chicas con una educación como la mía debían comprometerse a los diez años, casarse a los catorce y dar a luz a su primer hijo a los dieciséis, como ella. Pero me preguntaba si ella quería que yo tuviera hijos para que perdiera mi buena figura. Después de cinco niños, que pronto serían seis, a Peiyu le costaba encontrarse la cintura.

—¿Cuándo vendrá Emily de visita? —pregunté.

Eso los enmudeció a todos, incluida Peiyu. Emily Hahn, una periodista estadounidense que se había mudado a Shanghái hacía cinco años, era la amante de Sinmay, lo cual no era vergonzoso para él, ya que muchos hombres chinos tenían concubinas. Para Peiyu, Emily Hahn era como una concubina, pero era estadounidense, y eso le molestaba.

—¿Por qué lo preguntas? —La voz de gramófono de Sinmay sonaba atascada.

Él había roto la regla de que “la sal y el azúcar no deben mezclarse”. Y lo había pagado caro, con el rechazo de algunos de sus amigos artistas y socios comerciales. Emily Hahn probablemente había sufrido un castigo similar, pero en realidad yo no la conocía muy bien.

Sentí cierta camaradería con ella, ya que ambas trabajábamos, desafiando el rol tradicional de la mujer.

—No importa. Estoy cansada. Me voy a mi habitación.

—¿Quieres jugar? Estoy ganando. —Ying me guiñó un ojo.

Era amable conmigo porque yo era su prestamista; me había pedido dinero prestado sin ninguna intención de devolverlo, pero aun así no pude negarme. De todos mis hermanos, él era el más cercano a mí, aunque era como un petardo ambulante lleno de la peligrosa pólvora de la juventud. Se había metido en problemas por participar en peleas, lo habían encarcelado una vez y recientemente se lo había visto asistir a una reunión comunista clandestina, según algunos clientes de mi club.

—Bueno…

—Aún no hemos terminado. —Sinmay me miró con recelo, como una advertencia de que ya estaba harto—. El pianista. ¿Vas a deshacerte de él?

—Se me había olvidado decirte que tiene una mano herida.

—Así que ni siquiera puede tocar el piano.

Me froté la frente. Prefería no pelear con Sinmay, el hermano que podía decidir mi destino, pero me recordó que mi negocio siempre era la prioridad. No había motivos para pagarle a un barrendero lo mismo que a un pianista.

—Estaré encantado de decirle al extranjero que se vaya, Aiyi —dijo Cheng con tono bastante engreído.

No era ningún secreto que a él también le molestaba que yo dirigiera el club nocturno. “¿Qué tipo de hombre dejaría que su esposa coqueteara con otros hombres?”, me había preguntado cuando adquirí el club. Pero acordamos que yo lo dirigiría hasta que nos casáramos, y después se lo daría a él y me quedaría en casa. Con este acuerdo, tenía voz y voto en todas las decisiones sobre el club.

Respiré hondo.

—No. Se lo diré yo.

CAPÍTULO 16

Ernest

ESTABA TRABAJANDO DETRÁS DEL ESCENARIO CUANDO EL ENCARGADO WANG LO LLAMÓ AL BAR Y LE susurró algo en una mezcla de inglés y chino. Ernest no pudo entender lo que había dicho, pero la mirada preocupada de Wang lo inquietó.

Aiyi estaba sentada en la barra, y Cheng, el hombre guapo y bien vestido, que Ernest había oído que era su prometido, fumaba un cigarrillo a su lado. De figura imponente y hombros anchos, Cheng vestía trajes finos y usaba un reloj de oro. Ernest lo había visto algunas veces y se sentía intimidado por su presencia, su riqueza, su elegancia cultivada y hasta su buen sentido de la moda. También le provocaba sentimientos encontrados ver a Cheng entrar y salir del salón de baile con Aiyi. Hacían muy buena pareja, ambos con buen aspecto y joyas caras. Pero notaba la incomodidad en el rostro de Aiyi y la posesividad de Cheng: su mano siempre estaba agarrada al brazo de ella, como si quisiera evitar que huyera.

—Ernest, te debo una explicación —dijo sosteniendo un vaso alto lleno de un líquido de color claro; sus ojos brillaban en la penumbra, su rostro estaba tenso.

El corazón de Ernest se hundió.

—Como sabrás, mi club ha pasado por un período difícil durante un tiempo, y esperaba que tu stride piano pudiera revitalizar el negocio…, pero sufriste una agresión. No es tu culpa, por supuesto. Pero no sé cuánto tiempo llevará tu recuperación, y este club es importante para mí. El sustento de muchas personas depende de él…

Si perdía este trabajo, no tendría tofu ni un plato de arroz con gusanos para Miriam.

—No falta tanto tiempo. Una semana más es todo lo que necesito.

Cheng exhaló una columna de humo, como si disfrutara de la situación.

—Tienes que irte ahora, extranjero.

Ernest lo ignoró.

—¿Todavía desea ofrecerles a los clientes el stride piano, señorita Shao?

—Claro que sí… —Miró a Cheng.

—Una actuación —dijo Ernest—. Una oportunidad más. Si sale mal, me iré.

—Pero tu mano…

—Yo me ocuparé de eso.

—Una semana, dices…

—Aiyi. —Cheng tenía un gesto de enfado.

—En realidad, puedo tocar ahora mismo —agregó.

Ella se frotó la frente.

—Aiyi. —La voz de Cheng era más fuerte.

Parecía preocupada, pero sonrió.

—Una actuación, Ernest. Te la concederé, pero no esta noche. Debo presentarte apropiadamente. ¿Qué tal pasado mañana? Pondré un anuncio fuera del club para asegurarme de que la gente se entere.

Cheng tomó su vaso alto del mostrador, bebió y lo estrelló contra la parte superior de la barra. Luego se alejó, furioso. Ernest miró a Aiyi. Ella se puso un dedo sobre los labios.

Lo atravesó la felicidad; ella se había puesto de su parte, por encima de su prometido. Tal vez a ella no le importaba Cheng en absoluto.

—Pero ¿puedo hacer una petición, Aiyi? —dijo en voz baja, con la esperanza de que la música

estuviera lo suficientemente alta para que nadie más lo escuchara. Todo en ella era fascinante: la forma en que se frotaba la frente cuando pensaba, la forma en que hablaba, la forma en que caminaba.

—¿Qué?

—Si mi actuación tiene éxito, ¿irás al cine conmigo?

A través de la neblina de humo y luces del bar, pudo ver la silueta de su cuerpo delgado. Estaba enamorado de ella y casi no podía controlarse. Anhelaba ser una bebida en su mano, entrar en ella, no separarse de ella.

—¿Te estás aprovechando de mi amabilidad?

—Ese es mi plan maestro.

El velo de indiferencia se desvaneció y una sonrisa se dibujó en su rostro. Era otra vez la chica que escuchaba su piano en el Jazz Bar. Deseaba poder besarla. Solo un beso.

Ella se puso de pie.

—Buena suerte, Ernest. Si tu actuación sale mal, necesitarás otro plan maestro. ¿Quieres beber algo?

—Claro. —Cogió el vaso alto de su mano y bebió—. Buen vino.

Se quedó boquiabierta y empezó a reírse. Y de repente, él escuchó reír a la gente del bar también. Se lamió los labios. No era vino, solo agua fría.

Esa noche escuchó a la banda con más atención que antes. El jazz servía para olvidar, había dicho ella. Pero era mucho más que eso. El jazz era la música de la alegría, de la juventud, de la personalidad; era la música del sudor y las lágrimas, del corazón y el alma. El jazz era libertad.

Estaba ansioso por tocar.

En la noche de su presentación, Ernest miró su rostro en el reflejo del platillo de la batería para asegurarse de que estaba limpio. Se había puesto su mejor traje y una camisa Oxford negra, que había lavado y colgado para que se secara en la cabecera de su cama la noche anterior. Sus zapatos también estaban libres de barro.

Subió al escenario con la banda. A través del humo, alcanzó a ver a Cheng de pie en el borde de la pista redonda de baile, fumando, con el aire de superioridad de un hombre acostumbrado a la riqueza. Aunque estaba demasiado oscuro para ver la expresión de su rostro, Ernest sintió el aguijón de la mirada de Cheng. Aiyi estaba sentada en la barra, hojeando un libro de contabilidad encuadernado en tela. Luego se volvió hacia las mesas redondas alrededor de la pista de baile y frunció el ceño.

Él siguió su mirada. Solo unas pocas cabezas se recortaban en la oscuridad; varios hombres cruzaron las piernas y se reclinaron, aburridos. En verdad, el club estaba en una situación complicada. ¿Realmente lograría su piano revivirlo?

Mientras la banda se acomodaba en sus asientos, Ernest se sentó al piano y se miró la mano vendada. No se había puesto el guante desde el apuñalamiento. Probablemente no lo volvería a usar; no le había servido de nada. No iba a dejar que las cicatrices arruinaran su futuro. Eso era todo lo que le importaba, su futuro y el de Miriam. Flexionó los dedos. El tejido cicatricial desgarró su herida, el vendaje se le clavó entre los dedos y un dolor agudo le atravesó los nervios y bajó por el brazo. Pero sus dedos aún eran flexibles y era maravilloso tocar las teclas. Respiró hondo, aflojó los hombros y escuchó al señor Li contar, esperando su oportunidad, el ritmo de la libertad, el metrónomo de la vida.

CAPÍTULO 17

Aiyi

METÍ EL LIBRO DE CONTABILIDAD EN MI BOLSO Y MIRÉ ALREDEDOR DEL SALÓN DE BAILE. USÉ MI GESTO frío de costumbre para demostrar autoridad, pero estaba tan nerviosa que casi no podía sentarme. La mano de Ernest no se había curado por completo. Obligarlo a esforzarse podría resultar contraproducente. Si fracasaba, tendría que irse, lo que sería un duro golpe para mí, porque nunca admitiría ante nadie, ni siquiera ante mí misma, que me había encariñado con Ernest: con sus maneras humildes, con su audacia.

Alguien dijo mi nombre. Busqué entre los rostros que se movían en el aire oscuro y lleno de humo. Muchos clientes vestían trajes y pantalones occidentales; algunos que aún se aferraban a las tradiciones chinas vestían túnicas largas o chaquetas cortas con cuello redondo. Conocía sus rostros; eran los habituales. Debían de haber visto el anuncio que había publicado y habían decidido darle una oportunidad al stride piano de Ernest. El señor Zhang no visitaba el club desde hacía varios días. Deseé que ya se hubiera ido.

Me volví hacia mis bailarinas de alquiler, que sacaban a bailar a los clientes; todas estaban bien entrenadas en bailes populares de salón como el foxtrot, el charlestón, el vals, el tango y el swing. Bostezaban en su zona cerca del escenario, rodeadas de cáscaras de pipas esparcidas a sus pies. Lanyu, la bailarina más popular entre los clientes, se estaba comiendo un puñado de pipas y las cáscaras caían de su boca como polvo. El otro día se estaba quejando de que no ganaba mucho dinero.

Era una chica de veintitrés años alta y con curvas, el tipo de muchacha que me hacía sentir cohibida, la mejor bailarina con la que había trabajado. Era coqueta y, por desgracia, muy consciente de su valía. Si renunciaba, las otras la seguirían; sería un gran problema.

Dirigir un negocio durante la ocupación era un desafío constante. Había demasiadas facturas que pagar, pero no suficientes ganancias. Ya era rutinario regatear con los equipos de iluminación, el personal de limpieza, los proveedores de alimentos y los contratistas. También proporcionaba a mis bailarinas ropa y zapatos bonitos y les pagaba para que se entrenaran en los bailes de moda. Todavía tenía que pagar el préstamo a la empresa que había reparado el yeso del techo cuando los japoneses lanzaron una bomba en la calle Bubbling Well. Y también había un fuerte "impuesto" comercial semanal que pagar a los mafiosos del gobierno enemigo. Demasiadas facturas por pagar.

El stride piano de Ernest, con su novedoso sonido espectacular y atractivo, traería más clientes a mi club y mejoraría enormemente mis finanzas, si lograba tocar esa magnífica música con su mano herida.

—Esto no va a terminar bien. Te lo advertí —dijo Cheng de pronto, a mi lado.

Si sus advertencias pudieran contarse como gotas de lluvia, habría una inundación. Pero ¿y si tenía razón?

Tres muchachos desgarbados se acercaron hacia mí; eran jóvenes, de quince o dieciséis años. Estaba segura de que estaban gastando el dinero mensual que les daban sus abuelos, pero yo recibía todo tipo de clientes.

Me deslicé del taburete de la barra y me alisé el vestido. Con una horquilla de perlas, pendientes y un collar de oro, me veía lo suficientemente sofisticada para dirigir el club, pero también lo suficientemente joven como para que alguien intentara manipularme. Un riesgo que estaba dispuesta a correr; adoraba la ropa fina y las joyas.

—¡Bienvenidos a mi club, chicos!

—Señorita Shao, me alegro de verla. Vi el anuncio. He oído que es el primer show del pianista, así que tengo que darle una oportunidad. Pero ¿por qué ha contratado a un hombre blanco? —preguntó uno, cuyo rostro estaba cubierto de granos rojos como linternas.

—Todo el mundo dice que es una salchicha alemana. ¿Es bueno? —El segundo era bizco.

—¿Una salchicha alemana? —repitió el tercero, con voz fuerte—. Pensé que usted había dicho que era vegetariana, señorita Shao.

Levanté las cejas. Estos chicos deberían avergonzarse de hablarme así.

—Largaos de aquí. —Cheng, que se había dado la vuelta, se arremangó.

El trío se tambaleó hacia atrás al reconocer el traje confeccionado a medida y los finos zapatos de cuero. Pero no quería que se asustaran.

—Cheng, quizá sea mejor que vayas a mi oficina.

—No iré a ninguna parte.

La banda estaba a punto de comenzar a tocar. Me alejé, pero quedé justo frente a un hombre corpulento con un grueso collar de oro que meneó la cabeza al mirarme.

—Señorita Shao, señorita Shao, no debería haberlo hecho. Si le gusta la carne, los caballos chinos son los mejores, y un caballo viejo dura más que un semental joven. Ya conoce el dicho: un caballo viejo conoce el camino. Los hombres blancos…

—Lo siento, pero creo que van a empezar ya mismo.

Me dirigí hacia el otro lado de la pista de baile, donde podía ver la cara de Ernest. Estaba pálido, las manos le temblaban.

Oh, no. Debería haberle dado más tiempo. Esto sería un desastre.

El señor Li comenzó a contar. Luego sonó la canción “Let’s Do It (Let’s Fall in Love)”.

Ernest ladeó la cabeza, escuchando. De pronto, como si hubiera esperado lo suficiente, sus dedos golpearon las teclas en una sucesión rápida y contagiosa, y brotaron las notas ricas, lujosas y cristalinas del piano. Los miembros de la banda estaban sorprendidos; en el rostro del señor Li se notó el disgusto, pero bajó un poco la intensidad de la trompeta y Ernest aprovechó el momento para tocar arpegios ascendentes que parecían no tener fin. El aire vibró explotando en escalas irrefrenables. Una sensación tentadora estalló inundando la pista de baile con una efervescencia de luz y dinamismo. La gente silbaba y gritaba sorprendida; Lanyu y las demás bailarinas fluyeron hacia la pista de baile del brazo de sus parejas.

Un torrente de euforia me recorrió. Esto era verdadero jazz. Ernest lo había logrado.

Desde cerca de la pista de baile, el trío desgarbado gritaba:

—Oh, señorita Shao, esto es fantástico.

Luego vino el parloteo del hombre fornido de la cadena de oro, que señaló su regazo:

—Esto es fenomenal. ¡Mire, señorita Shao! Es grande y duro. Tiene que venir a sentarse aquí. No es mi silla.

¿Dónde estaba Cheng cuando lo necesitaba? Pero me sentía feliz. Ernest era perfecto, y la banda lo sabía. Juntos tocaron “Summertime”, luego “¿What Is This Thing Called Love?” con Ernest a la cabeza y la banda acompañando, todo en perfecta armonía, y la gente bailaba y reía en la pista de baile.

Al amanecer, la música finalmente se calmó. Fue la sesión más larga de la historia. Toda la ginebra de Sassoon se agotó. El piano de Ernest, como esperaba, fue un gran éxito. Sonreí, y sonreí aún más. Y tuve que echar mano de todo mi autocontrol para no saltar a sus brazos. Así de tonta era.

La noticia de la espectacular actuación de Ernest se extendió rápidamente. Muchas personas que rara vez habían entrado en mi club vinieron a escucharlo. Una vez que lo hicieron, se lo contaron a sus amigos y familiares. Después un mes, todas las noches se agolpaba una multitud fuera del club esperando entrar.

Para aumentar las ganancias, mezclé lo que me quedaba del whisky de Sassoon con agua y subí el precio un poco. Era difícil de creer, pero a nadie parecía importarle. Las bebidas tenían mucha demanda y las bailarinas se tomaban pocos descansos. Muy pronto también se acabó el whisky de Sassoon, pero afortunadamente encontré algo de alcohol en el mercado negro, así que pude satisfacer cada pedido de los clientes. Todos estaban felices, mis bailarinas ganaban dinero y las ganancias se acumulaban.

Y Ernest era incansable cada noche; su rostro brillaba con el resplandor de dieciocho mil luces. Su mano estaba mejorando y sabía cuánto podía esforzarse, decía. Era el artesano de la alegría, y su música, la dorada luz del sol sobre los rostros sombríos. Con el paso de las noches, se hizo más famoso, su nombre estaba en boca de todos los clientes, su música desvanecía las arrugas de sus rostros.

Incluso Sassoon me llamó para felicitarme.

—El stride piano ha causado sensación. Estoy bastante sorprendido. Posees una visión admirable para los negocios, cariño.

Estaba muy satisfecha conmigo misma. Este era el fenómeno con el que había estado soñando y, muy pronto, mi club recuperaría su prestigio como el local nocturno más popular de Shanghái. Entonces, su valor se multiplicaría y abriría la puerta a más oportunidades comerciales. Incluso podría vender acciones del club nocturno y obtener dinero de ellas.

Siempre tuve razón: Ernest y yo formábamos la pareja ganadora perfecta. Estábamos destinados a ello. Cuando él tocaba, no podía quitarle los ojos de encima y absorbía su música, su sonrisa, su rostro embelesado.

Una noche que llegué tarde a casa, mi viejo mayordomo me dijo que Sinmay quería verme en su estudio.

—¿Qué crees que estás haciendo, Aiyi? —dijo Sinmay, sentado ante un escritorio gigante de madera de secuoya cubierto de pergaminos y cuatro de sus tesoros: una piedra de tinta negra, un pincel, hojas de finos papeles de caligrafía y su sello personal—. Dijiste que despedirías al pianista, pero ¿por qué sigo oyendo que todo Shanghái está hablando de él?

—¿Te has enterado?

Me dirigí al busto de Safo cubierto por una urna de cristal, su posesión más preciada. Había dilapidado cincuenta mil piezas de plata, una pequeña fortuna, por ese busto. Además, había compuesto tres poemas en los que, invocándola como a una diosa, alababa su belleza e incomparable inspiración. Yo pensaba que esa era la más risible de sus locuras, todo ese dinero por una simple poetisa griega con los ojos en blanco.

—Soy dueño de varias revistas.

—Iba a despedirlo, hermano mayor. Pero mucha gente viene a escuchar su stride piano, por lo que sería una tontería deshacerme de él. Es bueno para el negocio…

—Es malo para la reputación de nuestra familia.

Sinmay no me escuchaba. Tuve la tentación de mentir para salir de esto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie de tu incumbencia.

¿Había sido Cheng? ¿O sus amigos poetas? ¿Emily Hahn? Entonces se me ocurrió que Emily habría sido la última persona a la que le importaría la reputación de mi familia. De hecho, Emily podría ayudarme. Como periodista, tenía el gran poder de hacer oscilar el péndulo de la reputación con sus palabras. Si escribiera un artículo sobre mi club y hablara bien de mí, entonces Sinmay dejaría de presionarme. Como beneficio adicional, su artículo ayudaría a promocionar a Ernest y mejorar su situación, generar entusiasmo y aumentar aún más el valor de mi club.

Solo había un problema: Emily, quince años mayor que yo y muy conocida en el mundo del periodismo, podía ser bastante condescendiente. Y, en verdad, hasta ese momento no me había sentido inclinada a hacer amistad con ella, una extranjera, porque me preocupaba cómo podría reaccionar Peiyu.

—¿Sabes si Emily vendrá pronto?

—¿Cómo se supone que voy a saberlo? —dijo Sinmay de mal humor, sosteniendo un pincel negro hecho con piel de lobo—. Ella hace lo que quiere. Le dije que dejara de tomar copas con Sassoon, pero lo sigue haciendo de todos modos; dice que le encanta el whisky. ¿Qué tiene de malo el vino de sorgo? ¡Tiene más de mil años de historia!

Estaba celoso. Emily había sido amante de Sassoon antes de convertirse en la suya.

Al parecer, necesitaba hacer un viaje para encontrarme con Emily y convencerla de que me ayudara.

CAPÍTULO 18

Ernest

Después de meses de tocar el piano, ya no podía ignorar el dolor de la mano. La herida, que había sanado, volvió a estar sensible; los músculos del brazo se contrajeron, los dedos estaban rígidos y les costaba encontrar las teclas. Ernest fue al Hôpital Sainte Marie a buscar más morfina y estuvo charlando con las ancianas monjas católicas; les preguntó cómo mantenerse en contacto con la gente en Europa, ya que deseaba saber cuándo llegarían sus padres. Había una oficina de correos alemana en el Asentamiento, le dijo la monja de pelo gris.

Les dio las gracias. Tendría que encontrar la oficina de correos más tarde.

Con la morfina, el dolor de su brazo se alivió y pudo volver a tocar el piano. Cada mañana se metía en su apartamento con jazz en los oídos, y cada tarde, antes del anochecer, volvía a tocar, disfrutando de las sonrisas de la multitud. La gente le regalaba cigarrillos: Garricks, Red Peony, Front Gate, las marcas locales hechas de tabaco grueso, a menudo húmedos por la incesante lluvia de verano. Ya no lo llamaban *guizi*, el fantasma, sino *laowai*, el viejo extranjero, un apodo más amable; le encantaba.

Vivía en un sueño donde el dinero, la adoración y los amigos lo rodeaban, donde lo amaban, valoraban y aceptaban por ser un pianista de jazz. Aiyi le aumentó el sueldo a cuarenta *fabi* diarios, y pudo empezar a ahorrar.

Con el dinero que ganó, compró un par de zapatos para Miriam. Se había vuelto retraída e irritable desde la conversación que habían tenido meses atrás; incluso dejó de proponerle salir, lo que él pensó que era un buen cambio.

Pero un día de junio, cuando regresó, encontró la habitación vacía.

—¿Miriam? —Miró a su alrededor en el apartamento—. ¡Miriam!

Se pasó las manos por el pelo; se le partía el corazón. Debería haber entendido que era demasiado pedirle a una adolescente que se quedara encerrada todo el día. Miriam se sentía sola y aburrida, y se había escapado. Si algo le pasaba, nunca se lo perdonaría.

Callejón por callejón, calle por calle, buscó gritando a todo pulmón: "¡Miriam!".

Era la hora después del amanecer; las calles estaban vacías y las tiendas aún no habían abierto. Preguntó a los vendedores ambulantes de carbón y de fideos, a los recolectores de basura, a los porteadores de *rickshaws*, a la gente que pasaba y hasta a los conductores de las camionetas sanitarias que recogían cadáveres abandonados. Nadie lo entendía.

Nadie lo ayudaría. La policía china era inexistente; a los soldados japoneses no podría importarles menos. Corrió por las calles hasta el Asentamiento; cerca de la puerta de alambre de púas, pidió ayuda a dos enormes policías sijes con turbantes negros. Uno lo agarró.

—¡Te dejé ir y ahora estás de vuelta!

Ernest tardó un momento en darse cuenta de que era el sij que lo había arrestado en el hotel.

—Eres un buen policía —dijo suplicando—. Por favor, ayúdame. Por favor, encuentra a mi hermana, una chica con un gorro de cazador de piel de oveja color beis.

El policía sij le dio la espalda.

Ernest se fue aturdido hasta su apartamento, con los ojos doloridos por la falta de sueño, el brazo derecho palpitando de dolor por haber tocado durante casi doce horas seguidas. Se dio cuenta de lo mucho que había ignorado a Miriam. Con el buen tiempo que hacía, no llevaría puesto su gorro. Pero él ni siquiera se había percatado de eso. Ella había querido hablar con él,

pero él se había negado. No le había prestado atención, le había sido indiferente; no era un buen hermano.

El olor a aceite de cacahuete quemado le produjo náuseas y le dolía la cabeza. Ya era la tarde. Pronto tendría que ir a trabajar al club, pero no podría tocar el piano mientras Miriam continuara desaparecida. Se desplomó sobre una roca frente a su edificio de apartamentos y dejó caer la cabeza entre las piernas.

Le vino a la mente la imagen de Leah, ensangrentada, inconsciente, y las lágrimas brotaron de sus ojos. Nunca le había contado a Miriam cómo murió Leah, y la había llorado en silencio con sus padres. Estaba decidido a mantener el mal de este mundo lejos de los ojos de Miriam, porque Miriam, su hermana inocente, tranquila y ratón de biblioteca, debería tener una vida de alegría y justicia. Pero ¿qué había hecho? Si algo le sucedía, si la golpeaban, la secuestraban, la violaban o la asesinaban, como a Leah, nunca se lo perdonaría.

—Ernest.

Levantó la cabeza bruscamente. Allí estaba. Miriam, como una visión, estaba de pie frente a él, abrazándose los hombros para cubrir su torso desnudo. Tampoco tenía falda ni zapatos, solo la ropa interior. Le goteaba sangre de la nariz.

—¡Miriam! ¡Gracias a Dios! ¡Estás aquí! ¿Dónde estabas? ¿Qué ha pasado? —Corrió hacia ella.

Los grandes ojos de la muchacha estaban llenos de lágrimas.

—Un ladrón se llevó mis cosas, Ernest. Tenía un cuchillo.

—Dios mío. —La envolvió en sus brazos—. Oh, Dios. Pensé que te había perdido. Pensé… Estaba muy preocupado. Te dije que no salieras. Te lo dije.

—Lo siento —sollozó Miriam con la cabeza apoyada en su hombro—. Quería conseguir un trabajo, como tú. ¿Por qué no puedo ser como tú? Pero nadie me quería. La gente no fue amable conmigo. Lo intenté. Lo intenté mucho. Estoy muy asustada. No sé qué hacer.

—Ya ha pasado. Estoy aquí, Miriam. Estoy aquí contigo. Encontraré algo que puedas hacer, ¿de acuerdo? Te buscaré una escuela.

Sus ojos se agrandaron.

—Hay una escuela judía, Ernest. Pasé cerca y la vi. ¿Me inscribirás?

Ernest se quitó la camisa y envolvió a su hermana con ella. La sostuvo cerca de su corazón para que nunca olvidara lo preciosa que era para él. La gratitud y el alivio le hicieron llorar de nuevo.

—Lo haré. Haré cualquier cosa por ti.

Al día siguiente, después del trabajo, llevó a Miriam a la escuela de la Asociación de Jóvenes Judíos. Fundada por sir Horace Kadoorie, un judío rico de Shanghái, la escuela estaba en el extremo oeste de la calle Bubbling Well, a varios kilómetros de distancia de donde ellos vivían. Era un edificio de una sola planta con un patio rodeado por un alto muro de ladrillos. La escuela enseñaba desde el primer curso hasta el octavo, con cursos de religión, música, chino e inglés. El inglés de Miriam no era lo suficientemente fluido, por lo que la pondrían en sexto. Pero en ese momento estaba finalizando el semestre de primavera; tendría que esperar para inscribirse y asistir a clases en otoño. La inscripción incluía el pago de la matrícula, una cuota mensual de cinco dólares estadounidenses y una tarifa adicional para una familia anfitriona que la escuela había conseguido para que alojara a los niños; era demasiado peligroso que viajaran hasta allí. En total, una suma de veinte dólares estadounidenses. Dada la inflación acelerada y el tipo de

cambio fluctuante entre la moneda nacionalista y los dólares, Ernest calculó que sería el equivalente a seiscientos *fabi* chinos.

Estaba de suerte, pues después de todos esos meses de trabajo había ahorrado justo seiscientos *fabi.*

CAPÍTULO 19

Aiyi

FUI AL HOTEL DE SASSOON UNAS SEMANAS DESPUÉS DE HABLAR CON MI HERMANO. ESTA VEZ, PARA MI alivio, no encontré extranjeros hostiles en el luminoso vestíbulo.

Fue fácil identificar a Emily Hahn; estaba recostada en un sofá Chesterfield color burdeos cerca del Jazz Bar y escribía algo en un bloc de notas; llevaba los labios pintados de oscuro y sus cejas formaban dos arcos muy marcados.

Emily, una periodista originaria de St. Louis, había publicado muchos ensayos sobre los chinos en el *New Yorker*, que arrojaban luz sobre la China, un país desconocido para muchos estadounidenses. Fue la única mujer periodista extranjera que conocí; logró establecer su reputación literaria entre los eruditos chinos privilegiados y prejuiciosos como Sinmay y se convirtió en la ensayista de referencia de muchas publicaciones extranjeras al escribir artículos perspicaces como estadounidense en Shanghái. Había hecho reportajes en Nanjing sobre la masacre ocurrida allí y también estaba escribiendo un libro sobre las hermanas Soong.

Apodada "Trasero Grande" por Peiyu, Emily no resultaba hermosa para los chinos tradicionales: su rostro era demasiado relleno, su perfil demasiado afilado, y era demasiado alta y carnosa. No tenía la timidez que las chicas de Shanghái estaban obligadas a mostrar. Su promiscuidad, como muchos comentaban, era legendaria: primero Sassoon, luego Sinmay. Y si yo era vieja para Peiyu a los veinte, Emily era una anciana a los treinta y cinco.

Pero no me importaba lo que dijeran sobre ella. Tenía la esperanza de que pudiera ser mi aliada o una amiga; me hubiera gustado tener una amiga, porque desde que Eileen se había ido a Hong Kong, me sentía muy sola. Cuando vi a Emily en el salón literario de Sinmay seis meses atrás, intenté entablar amistad con ella presentándole a mi costurera. Pero Emily, que hablaba de escribir una biografía sobre Madame Soong y sus hermanas, parecía irritada. Sopló una nube de humo en mi cara, se burló de mí, me llamó "una chica sin cerebro y aburrida", y me ahuyentó.

No estaba del todo preparada para perdonarla, así que me detuve lejos del Chesterfield, esperando el momento adecuado. Entonces, de repente, dejó caer el bolígrafo. Sus hombros temblaron y se le escapó un sollozo.

Los escritores eran como bebés. Necesitaban largas horas de sueño creativo, y lloriqueaban y tenían berrinches constantemente, pero también necesitaban que los abrazaran de vez en cuando.

Saqué un pañuelo de mi bolso y se lo entregué.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos oscuros eran grandes y llorosos, su tez espantosamente pálida, como la de Sinmay. Ambos eran adictos.

—¿Qué haces aquí, niña? —Aceptó el pañuelo, lo dobló sobre su nariz y se sonó como una trompeta.

Así de diferentes éramos: las mujeres estadounidenses se sonaban las narices como en la ópera, mientras que a las chicas de Shanghái como yo se nos enseñaba a disimularlo hasta que era un *diminuendo* imperceptible. Y ser llamada "niña" en ese tono poco halagüeño era bastante humillante. Pero necesitaba su ayuda.

—¿Te ocurre algo malo? —le pregunté.

—¿Y a ti qué te importa?

La misma Emily arrogante y llorona de siempre, pero sabía que también podía ser perspicaz, por todos los artículos suyos que había leído. Tuve que aguantarla.

—Bueno, si tienes tiempo, me gustaría contarte algo de interés periodístico. He contratado a un

pianista. Un pianista europeo. Es la nueva sensación de Shanghái. Tal vez desees entrevistarlo.

—¿Vienes aquí para decirme eso después de que te atacaran los extranjeros? —sollozó.

Así que se había enterado.

—Estaban borrachos. No serían tan violentos si estuvieran sobrios.

—Está claro que vas a conseguir que algún día te maten.

Dije, un poco nerviosa:

—No hay ninguna ley que prohíba a los chinos contratar extranjeros —dije, un poco nerviosa —. Soy propietaria de un negocio, así que lo sé. Él es brillante y los clientes lo adoran. Por otro lado, veo que tú y mi hermano os lleváis muy bien.

—No tienes ni idea de por lo que estoy pasando. Tu hermano me ha destrozado la vida. Ahora Sassoon no me lleva a sus fiestas; mis amigos se niegan a contestar mis llamadas telefónicas. Ya no me invitan a sus salones. Estoy condenada al ostracismo por culpa de tu hermano.

—Pero Sinmay dijo que todavía eras amiga de Sassoon.

—¿Lo ves por algún lado? Dice que está demasiado ocupado y que no bajará de su ático. Ese viejo verde celoso. Tiene manos en todas partes y encuentro puertas cerradas dondequiera que vaya.

—Vamos, no puede ser tan malo.

Ella sollozó y se sentó. Llevaba un brazalete de jade verde esmeralda en la muñeca, un regalo de Sinmay, que había pertenecido a mi madre.

—Debo irme. Tengo un trabajo que hacer.

—¿Qué opinas sobre el artículo? ¿Y mi pianista? Es de interés periodístico, lo sabes. Él está cambiando la forma en la que los chinos escuchan música.

Atravesó la puerta giratoria y desapareció.

Pensé en seguirla y convencerla, pero una mujer como Emily tomaba sus propias decisiones. Recogí su cuaderno del sofá. Las páginas estaban tan blancas como la nieve.

Estaba lloviendo, un chaparrón de principios de agosto, húmedo y frío, y las tejas empapadas, pulcras como uñas pintadas, estaban lisas y relucientes. Dentro de mi club, todavía se sentía el calor del verano, que abrazaba los rostros y los hombros descubiertos de las bailarinas, y una luz blanca rozaba los labios rojos y los ojos entrecerrados. Cuando el sonido del piano salió a raudales y las trompetas resonaron, una avalancha de latidos silbó a través del oscuro salón, apoderándose de los cuerpos trajeados, las piernas desnudas y los dobladillos voladores con un hechizo ardiente y posesivo.

Yo también estaba bajo un hechizo. Era difícil concentrarse en el libro de contabilidad, calcular el impuesto comercial semanal y los salarios por hora. A veces hacía todo lo que podía para concentrarme en mi trabajo, a veces me detenía a escuchar, y a veces iba a la pista de baile y me quedaba mirando a Ernest. Llevaba unos siete meses tocando el piano y, gracias a él, mi club había cambiado y aumentaba su valor a medida que crecía su popularidad. Empecé a hablar con algunos de mis parientes bien conectados para ver si estaban interesados en ser accionistas. Me gustaba la idea de cobrarles e invertir en oro: el oficial de impuestos que trabaja para los japoneses era siempre una molestia.

Quería invitar a Ernest a la cúpula de cristal en lo alto del edificio para una cena de celebración. Tal vez le pediría que bailara conmigo un foxtrot, o tal vez un beso, solo un beso. Nada más.

Entonces me di cuenta. Tenía las vendas puestas, las vendas que se había quitado hacía meses.

¿Se había vuelto a lesionar? La banda terminó la última nota, se tomó un descanso y los clientes se dirigieron a sus asientos. Ernest se levantó y se metió algo en la boca.

Fui hacia él.

—¿Qué es eso? ¿Qué le pasa a tu mano?

—No es nada. —Sonrió, pero la mano le temblaba.

—Déjame ver tu mano.

Dudó, pero desenrolló el vendaje. Las luces se habían atenuado durante el descanso, pero pude ver que la mano estaba hinchada y un hilo de sangre se filtraba a través de los puntos que supuse que le habían quitado hacía mucho tiempo. Parecía que, con todos estos meses de actividad, el navajazo nunca se había curado adecuadamente. Sin embargo, él había seguido adelante.

—Mañana te tomas el día libre—le dije, y levanté la mano para evitar que protestara—. Sin discusión.

—Como desees, Aiyi.

Pero no había terminado con él. Lo empujé hacia la cortina donde permaneceríamos fuera de la vista de los clientes.

—Tendrías que habérmelo dicho. Eres pianista. Necesitas esa mano. Ahora tienes una puñalada y esto, ¿cómo te has hecho esa cicatriz en forma de estrella?

—Es una larga historia.

—Bueno, tienes tiempo de contármela. —Estaba decidida a saberlo todo sobre él.

—Fue hace mucho tiempo. —Se miró la mano—. Salía de un cabaret con mi hermana Leah. Algunos miembros de las Juventudes Hitlerianas surgieron de la nada. Eran cinco. Me atacaron y, mientras me tenían atrapado bajo sus botas, me dibujaron esto con una navaja en la mano. Me recordaron quién era y me advirtieron que nunca más volviera a tocar el piano.

—¿Por qué? ¿Tu país estaba bajo su ocupación?

—No fue por eso. Sobre todo, fue por mi religión.

Era difícil imaginar que la gente fuera torturada por sus creencias. El budismo tenía muchas sectas repartidas por Asia, pero mi madre solía decir que los budistas creían en la paz y desaconsejaban hacer la guerra unos contra otros. Comprendí que él, un extranjero, un hombre de una religión desconocida para mí, era tan víctima de la crueldad como yo, una mujer en una ciudad ocupada.

—Pero todavía tengo esta mano. Mi hermana Leah…, ella trató de protegerme. Pude escapar…, pero ella no volvió a casa ese día. La gente dijo que robó unas aceitunas y que las Juventudes Hitlerianas la atraparon, pero no pudimos encontrarla. Finalmente la hallamos… en un basurero…

El horror y el dolor invadieron su rostro. Me desgarró el corazón. Había perdido a mis padres y a un hermano por enfermedades y un accidente. Conocía el vacío que se abre en tu corazón, pero esta herida de perder a una hermana por la violencia y la crueldad humanas era un sufrimiento que no podía imaginar.

Sus ojos brillaron.

—Pero ¿conoces el dicho de que el amor es más fuerte que la muerte?

—Nunca lo había oído.

Hice algo escandaloso para una joven con una educación como la mía, algo sorprendente incluso para mí misma: cogí su mano llena de cicatrices y la besé.

El club parecía diferente sin Ernest la noche siguiente. Antes de que comenzara la sesión, en el

salón de baile silencioso y sin clientes, me senté en el taburete, su taburete, e imaginé el lugar exacto donde se separaban sus piernas. No sabía lo que me estaba ocurriendo. Fue solo un día, menos de veinticuatro horas, pero lo eché de menos. Si me hubiera besado, o hecho una insinuación, cualquier insinuación, me habría quitado la ropa y me habría acostado con él, y no me habría importado si hacerlo me hubiese destruido.

Cuando vi a Cheng, no pude evitar compararlo con Ernest. Cheng tenía una constitución sólida y atlética, con músculos duros y manos fuertes como un tornillo de banco; Ernest era delgado y artístico, con un brillo suave en los ojos. Cheng era petulante; Ernest, atrevido. Cheng, un heredero que tenía todas las riquezas en sus manos; Ernest, un refugiado que debía luchar por su supervivencia, como yo, que luchaba en un mundo de hombres.

—¿Estás enferma? —me preguntó Cheng.

—No. ¿Nunca pensaste en aprender a tocar el piano?

Sus ojos negros me atravesaron.

—Estás enferma, Aiyi.

CAPÍTULO 20

Ernest

El día de su descanso, Miriam le recordó a Ernest que la inscribiera en la escuela judía, ya que el semestre de otoño comenzaría pronto. Así que la llevó a la escuela. El clima era sombrío, pero él estaba contento e iba charlando y bromeando con Miriam. Caminaron durante media hora hasta una parada de autobús, luego cogieron un tranvía y continuaron caminando hasta la escuela en el extremo oeste del Asentamiento. Ernest se abría paso entre la multitud de la calle sosteniendo la mano de Miriam a pesar de sus protestas. De vez en cuando se daba palmaditas en el sobre con los veinte dólares americanos que llevaba en el bolsillo del abrigo, para asegurarse de que no se lo hubieran robado.

Cuando llegaron al patio de la escuela, finalmente soltó a Miriam para reunirse con el director, un hombre con una bata negra que le entregó el formulario de inscripción y le explicó los precios. Ernest los pagó todos; después, él y Miriam fueron a conocer a la familia anfitriona. Ya no estaba de humor para bromear: Miriam se quedaría con esa familia durante el semestre y la idea le generaba dudas. Eran desconocidos y Miriam solo tenía trece años; ya no era una niña, pero aún no era una mujer.

Eran estadounidenses. El señor Blackstone, un hombre con voz de barítono, vestía una chaqueta de franela marrón y su esposa un abrigo negro y una falda de lana negra. Eran protestantes y no tenían hijos.

Se acordó que los Blackstone le darían alojamiento y comida a Miriam, y que el señor Blackstone, que trabajaba cerca de la escuela, la llevaría por la mañana y la recogería por la tarde.

Cuando llegó el momento de que Miriam se fuera, a Ernest le dolió la expresión con la que lo miró. Desde el robo, Miriam había perdido peso, sus hombros estaban encorvados y sus ojos se mostraban tímidos. Parecía que todo el fuego que ardía dentro de ella se había extinguido y que la asustaba su nueva vida.

—¿Vendrás a verme a la escuela?

Ernest lloró. Miriam no era cariñosa. Esa pregunta fue quizás lo más cerca que estuvo de expresar su amor.

—Claro que lo haré.

—El director dijo que a sir Kadoorie, el patrocinador de la escuela, le gustaría hacer un bat mitzvah para mí. ¿Vendrás?

El bat mitzvah era el máximo honor para las niñas judías; significaba que Dios las recibía. Era un ritual de madurez, un reconocimiento por el que las niñas se convertían en mujeres. Si hubieran estado en Berlín, sus padres habrían organizado una fiesta extraordinaria y habrían invitado a todos sus amigos y familiares a celebrar la ocasión.

—Por supuesto. No me lo perderé por nada del mundo. No sabía que organizaban el bat mitzvah para las niñas aquí.

—Yo tampoco lo sabía. El director dijo que sir Kadoorie lo hacía en los Estados Unidos y que no quería que me lo perdiera. ¿Verdad que es amable? Tú tuviste tu bar mitzvah.

—Ya veo. Ahora tendrás que aprender a leer la Torá.

Miriam sonrió.

—Voy a aprenderlo todo, Ernest. Todo. Entonces, ¿vendrás? Serás el único de la familia que estará presente.

Él la sostuvo por los hombros y le dio un fuerte apretón.

—Créeme, Miriam. No me lo perderé por nada del mundo. Si mamá y papá estuvieran aquí, ellos también asistirían. Estarían muy orgullosos de ti.

Miriam, con una amplia sonrisa, se subió al Packard gris del señor Blackstone. Ernest la miró y saludó con la mano cuando ella se volvió hacia él desde el interior del coche; siguió agitando la mano cuando el vehículo comenzó a alejarse, e incluso cuando sus luces traseras rojas quedaron tapadas por otros Packards que tocaban el claxon y *rickshaws* que avanzaban veloces.

Se miró las manos; no estaba acostumbrado a eso, al vacío de sus manos, que habían aferrado las de Miriam desde que embarcaran en el transatlántico. Pero no había de qué preocuparse. Miriam estaría feliz y segura en la escuela. Nada lo satisfacía más que saber que había cuidado bien de su hermana.

Se dio la vuelta, tarareando. Cuando llegó al cine Cathay, con sus luces de neón intermitentes, se detuvo. El cine de Sassoon anunciaba *Lo que el viento se llevó*, alardeando de tener la mejor calidad de imagen con subtítulos en inglés. Recordó que a Aiyi le encantaba leer revistas sobre las estrellas de cine. Decidió comprarle algunas.

Pasó entre los chicos que vendían cigarrillos y los mendigos sin piernas que se deslizaban por el suelo y llegó a un quiosco de cristal. Dentro había revistas en inglés, francés e italiano, y cerca de ellas, carteles de la bella Marlene Dietrich en *El expreso de Shanghái* y de las estrellas estadounidenses Clark Gable y Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó.*

Entonces la vio. ¡Una revista con una foto suya! “La sensación de Shanghái: el pianista del club nocturno Cien Alegrías”, decía el titular. Y debajo: “El salón chino ha superado a Ciro’s y se ha convertido en el lugar más popular de Shanghái”.

Se rio. Nunca antes había aparecido en una revista, ¡y al lado de la glamurosa Marlene Dietrich! ¿Qué más podía pedir? Miriam iba a asistir a la escuela y él había salido en una revista. Había encontrado un lugar de prestigio en esta ciudad. Todo gracias a la muchacha cuyo nombre significaba “amor”.

Al día siguiente, fue temprano al club y entró directamente en la oficina de Aiyi. Estaba sola, sentada en una silla de respaldo alto acolchado. Frente a ella había dos sillas antiguas negras ornamentadas, una talla en jade enmarcada y un busto de Buda en un rincón. La oficina parecía andrógina, con un aire serio del estilo de la dinastía imperial, pero impregnada de su perfume.

—Ahí lo tienes. ¿Has visto esto? —Le dio la revista que había comprado.

—Ah. Veo que finalmente Emily escribió el artículo y te hizo una foto. —Observó la revista—. No sabía que lo había hecho. Pero ese es su estilo. Ella lo hace a su manera. Ahora eres famoso, Ernest.

—¿Irías al cine con un pianista famoso? Tengo entradas para Lo que el viento se llevó. Hay carteles de la película por todas partes. La protagonista no es Hepburn, sino Vivien Leigh, pero creo que te gustará. Es hermosa, como tú.

Ella apartó su flequillo hacia un lado y sonrió.

Le encantaba verla así, y le sostuvo la mirada, con el corazón alegre. Un espacio lleno de infinita felicidad pareció crecer entre ellos, hasta transformarse en un puente de notas delicadas que ninguno de los dos se atrevía a cantar.

—No puedo, Ernest.

—¿Por qué?

—Mi prometido me mataría.

Se encogió de hombros.

—Es solo una película.

—No sé, no la he visto. He oído que la protagonista estuvo casada más de una vez. Es raro, ¿no? Las películas chinas nunca mostrarían a una divorciada, ni siquiera a una viuda que se volviese a casar. A la gente de aquí le gustan las heroínas inocentes.

Esa era otra lección sobre la percepción china sobre las mujeres y la belleza, descubrió Ernest.

—¿A quién le importa? Yo seguiría interesado en ti incluso si te casaras cien veces.

—No digas eso. Da mala suerte. Mis hermanos me apedrearían si me casara dos veces. Además, seré sincera contigo. Nunca podremos ir juntos al cine. Es casi como un tabú.

—Qué decepción.

No quería marcharse todavía. Cogió un marco de fotos de su escritorio; mostraba un retrato en blanco y negro de una mujer vestida con una túnica. Tenía un rostro pequeño y su expresión era serena.

—¿Quién es?

—Mi madre.

—Es hermosa. Y tú eres hermosa, como ella.

—¿Estás tratando de conseguir un aumento de sueldo?

Él se rio.

—¿Va a venir aquí? ¿Podré conocerla?

—La perdí hace unos años.

—Lo siento mucho.

—Me reencontraré con ella de otra manera.

—¿Qué quieres decir?

—Reencarnación. Ella era budista.

—Budista. ¿Vas a la iglesia?

—Al templo. Todos fueron destruidos en el bombardeo, pero no importa. El templo de la fe reside en nuestros corazones.

—Así que nunca vas a ir al cine conmigo.

Dejó el marco sobre el escritorio, se acercó a ella y, con audacia, le cogió la mano. El aire era cálido, enloquecedor, como una anticipación, un preludio de algo impresionante. Pasó los dedos por su brazo y tocó el ritmo de “La última rosa de Shanghái”. No ejerció mucha fuerza; usó sus dedos largos para imitar las notas tranquilas y suaves. Sintió la delicada tela de su vestido, la flexibilidad de su cuerpo y la tensión y relajación de sus músculos.

Trató de permanecer estoico, de concentrarse en la melodía, pero comenzó a sudar. Sus dedos se deslizaron y se demoraron; no sabía si estaba tocando *legato*, *piano* o *forte*. Y también podía oírla a ella, sus dulces pensamientos, su aliento, su apasionado “Sí”.

Le tomó la cara con las manos y la besó mientras ella abría los labios y lo invitaba a entrar. Estaba ebrio de felicidad; parecía que el propósito de su vida se estaba cumpliendo en ese preciso momento, con su sabor en su lengua y su gemido suave en sus oídos. Ella estaba dispuesta, su energía era imparable; le peinaba el pelo con las manos, sus senos le rozaban el pecho. Luego se levantó y se sentó sobre el escritorio. La fuerza de su abrazo y el anhelo de sus ojos enviaron un fuego electrizante que recorrió la columna de Ernest. Le besó la barbilla, el cuello, el hombro y todo el camino hasta sus suaves senos, pero no fue suficiente. Su piel se estremeció con la urgencia de sentirla, piel con piel, lengua con lengua. Se inclinó, le levantó el vestido hasta el estómago y le besó la suave piel de la parte interna de los muslos.

El rumor de voces de varios hombres llegó desde el pasillo exterior. Ernest se quedó inmóvil; no estaba dispuesto a separarse de ella, pero de pronto las voces resonaron en sus oídos.

CAPÍTULO 21

Aiyi

ME PUSE DE PIE, ME BAJÉ EL VESTIDO Y ME SEPARÉ RÁPIDAMENTE DE ERNEST, JUSTO ANTES DE QUE LAS dos sombras aparecieran en la puerta abierta: Cheng con un traje blanco y Ying con una chaqueta color nogal con tirantes rojos a juego. Ernest se dio la vuelta para irse y yo me aparté el flequillo, mientras me esforzaba por controlar mi respiración agitada.

Cheng observó a Ernest pasar. Después me miró y su expresión perforó mi piel. No sabía qué decir. Solo había sido un beso, pero no uno cualquiera, porque yo había querido más, y tampoco me avergonzaba desear a Ernest. Pero Cheng, mi futuro esposo, nunca debía enterarse. Me di cuenta de su desconfianza, sus celos y su creciente ira mientras encendía un cigarrillo con una cerilla; cada bocanada de humo era como un puñetazo contra mi cara.

Me ardía la garganta por los nervios. La perfección de Cheng era tan delicada como la seda fina y, tras años de ser mimado por su madre, adorado por sus hermanas, primas y niñeras y sirvientes e instruido por su difunto padre chovinista, se había convertido en un hombre con un profundo sentido del privilegio, sumado a un temperamento explosivo. Yo ya conocía bien ese sutil levantamiento de sus párpados, el gesto apretado de sus labios carnosos y la rigidez de su cuerpo.

—¿Qué hace el pianista aquí? —preguntó Ying.

—Ha salido en la portada de una revista. Emily escribió un artículo sobre él. Ahora todo el mundo en Shanghái lo conoce, es famoso. Mira, echa un vistazo.

Me alegré de que Ying preguntara.

—¿Cómo se enteró?

—Es periodista. Lo sabe todo. Hoy has venido temprano. ¿No ha habido partida de mahjong?

—Sinmay nos contó que los matones japoneses lo interrogaron durante horas porque publicó un artículo prohibido. Quemaron todos los periódicos. Una gran pérdida. Sinmay estaba de mal humor, no quería jugar. ¿Quieres ir a jugar al póquer? —Ying miró a Cheng, que observaba las dos entradas de cine que yo no había tenido tiempo de esconder.

—Vamos —dijo Ying—. ¿Cheng?

—Aiyi, ven tú también.

Me senté en mi silla de respaldo alto y evité mirar los ojos de Cheng. La forma en la que había hablado me asustó. Debió de haber sospechado, después de ver las entradas de cine.

—Tengo cosas que hacer.

—Ven con nosotros. —Cheng puso sus manos alrededor de mis hombros, así que comprendí que no tenía opción.

En el momento en que entré en su Buick, quedé atrapada. Ying se había detenido en el bar del club para tomar una copa antes de que nos fuéramos, y yo estaba a solas con Cheng, que le había dicho a su chófer que se fuera.

—Otra vez olvidaste ponerte el sujetador —gruñó por lo bajo.

—Mañana me lo pondré.

Miré por la ventanilla, pero no pude ver nada por la cortina de tela que la cubría. Podía oír el ruido de los coches, los *rickshaws*, los boyeros, las bicicletas y el eco de un disparo a lo lejos.

—Ven, siéntate en mi regazo —dijo.

Esas habían sido todas nuestras relaciones íntimas, yo me sentaba sobre él y él me exploraba. Y

yo había estado de acuerdo. Pero, de pronto, la idea de las manos de Cheng sobre mi piel, la piel que Ernest había tocado, me dio escalofríos.

—Tengo calambres.

—Vamos, sé que te gusta.

Pasó un brazo por encima de mi hombro y comenzó a frotarme el estómago y los senos con la otra mano. Luego me separó las piernas y su mano se metió debajo de los pliegues de mi vestido, cerca de mis muslos.

Crucé las piernas.

—Nos va a ver la gente.

—Nadie nos verá.

Descruzó mis piernas. Su rostro, sombrío en el coche, estaba sobre mí, su respiración absorbía todo el aire del Buick.

—No quiero hacerlo, Cheng.

Él se detuvo.

—Nos vamos a casar.

—Quiero esperar.

Se enderezó y tiró de su corbata.

—¿Has dejado que el extranjero te tocara?

—¿De qué estás hablando?

—Despídelo. No quiero verlo en el club.

—No puedo. A los clientes les encanta su piano. El negocio va bien.

—Busca otro pianista.

—No es tan fácil. No todo el mundo puede tocar stride piano.

Cheng se quedó en silencio; sus ojos negros brillaban. Era el mismo silencio que hacía cuando, de niño, me pellizcaba el hombro si me negaba a jugar al escondite con él; el silencio antes de romper los preciados jarrones y platos de porcelana porque su perro se había escapado. Me sentí nerviosa.

—Quiero ir a casa.

Pateó el asiento frente a él; el Buick tembló. Me estremecí. Tenía veinte años, ya no era un niño, y el salvajismo de su fuerza y la crudeza de sus emociones eran intimidantes. Si me forzara, no sería capaz de luchar contra él.

Pero me llevó a casa. Ya en mi habitación, llené con agua un pequeño recipiente y me lavé para deshacerme de Cheng, para quitarme de encima mi propia desdicha. Finalmente, me dejé caer en la cama. Pensé que ese día no volvería al trabajo.

Cheng y yo éramos primos y estábamos comprometidos desde niños, cuando mi madre, prima de la madre de Cheng, pensó que sería hermoso unir a nuestras familias. Nacimos en el mismo mes, el mismo año. Mi madre creía que era un matrimonio ideal, igualado en todas las facetas de sangre, estatus y riqueza, un matrimonio para un chico de oro y una chica de jade. “Puedes casarte con un hombre al que no amas, pero no puedes casarte con un hombre que no tiene dinero”, me había dicho innumerables veces. Cheng tenía dinero.

Un compromiso tan temprano era como cargar una preciosa bola de jade que requería cuidado y atención; con cada paso, el peso aumentaba. No se me permitía mirar a otros hombres, no se me permitía jugar con otros chicos de mi edad. Las compras se hacían con la supervisión de Cheng, asistía a las fiestas siempre en su compañía e ir al cine requería su aprobación.

Pronto también quedó claro que no estábamos hechos el uno para el otro. Cheng era autoritario y controlador, a menudo merodeaba por el hipódromo y las mesas de juego, y yo era, como él lo describió, mimada, egoísta e incapaz de mantenerme alejada del gramófono, el jazz y las salas de cine. Al menos era exigente con la ropa, así que lucíamos toda nuestra elegancia juntos, como dos árboles cuidadosamente podados en un jardín, uno junto al otro, pero nunca entrelazados.

Cuando era niña adoraba a Cheng, un compañero de juegos con el que luchaba para montar caballos de madera, jugaba al tira y afloja y al mahjong por cinco centavos. Pero mi adoración por él se desvaneció. Cuando invertí en la compra del club nocturno, la conexión entre nosotros ya se había vuelto tenue. Criticarme se volvió un deporte para él, y yo lo criticaba por dudar de mí. Solo nos besamos un par de veces, como una obligación que debíamos cumplir. Cuando me lo exigía, también me sentaba en su regazo, y mi cuerpo joven respondía con miedo y placer mientras él lo exploraba. Pero nunca habíamos compartido una cama.

Imaginaba que el matrimonio con él sería como la costosa sopa de nidos de pájaro, una cosa opaca en forma de red que tenía la textura de las medusas y se endulzaba con azúcar de roca dura, un manjar demasiado caro; pero lo había aceptado porque mi madre lo había elegido para mí. Y nunca, ni en sueños, pensé que dudaría de ese matrimonio a causa de otro hombre, un extranjero.

CAPÍTULO 22

Ernest

AL SALIR DE LA OFICINA DE AIYI, EN EL PASILLO Y EN EL ESCENARIO, SE SINTIÓ ATURDIDO; SU CORAZÓN latía con fuerza por la emoción de haberla abrazado, su mente palpitaba con la luz de la felicidad absoluta. Ella era el magnetismo que atraía su rayo, el estallido de su melancolía y la música de su silencio, y por impensable que fuera, lo contrario también era cierto.

Solo cuando escuchó las voces de los clientes se dio cuenta de la trampa que había tendido bajo los pies de Aiyi. Ella tendría que darle explicaciones a Cheng. No era su intención provocar una ruptura entre ella y Cheng, pero de todas maneras Ernest no tendría reparos en tenerla para sí, ni tendría reparos en pelear por ella.

Empezó a tocar su canción favorita, "La última rosa de Shanghái", ignorando las miradas de sorpresa del señor Li y la banda. Esa fue su confesión. Su promesa: él era suyo.

Al día siguiente, en su apartamento, Ernest escribió una carta a sus padres y adjuntó en el sobre un billete de dos dólares estadounidenses que había cambiado en un banco cerca del paseo marítimo. Subrayó su dirección en Shanghái y les preguntó cuándo llegarían allí antes de cerrar el sobre. Finalmente había localizado la oficina de correos alemana, por lo que enviaría la carta ese mismo día.

Los echaba de menos. Su padre, Tevye Reismann, era un hombre apegado a la tierra. Su rostro y sus manos, después tantos años de trabajo al sol, tenían la sombra del polvo; sus chaquetas y pantalones eran del color de la tierra, y cuando se quitaba el abrigo en el recibidor, esparcía terrones por todas partes. Olía a tierra, incluso después de fumarse cinco cigarrillos. Como arqueólogo, dedicaba toda su atención a las excavaciones; desenterraba reliquias y descubría runas y, a menudo, realizaba viajes al extranjero que duraban meses. Era un hombre taciturno; rara vez usaba talit, excepto en el *sabbat*, y le atraían más las tumbas y las lápidas que la política y la religión. "Todos los hombres están hechos de tierra: reyes y faraones, rabinos y sacerdotes", decía a menudo.

Su madre, bueno, ella era otra cosa. Su rostro era un teatro de cosméticos con sombras de ojos amarillas y azules, colorete rojo y pintalabios morado o negro. Su ropa era un torbellino de colores: verde esmeralda, azul marino, marrón bellota o morado real. Hija de un joyero, enseñaba teatro y hablaba con fluidez alemán, yidis, francés e italiano. Era extrovertida; solía conversar largamente con desconocidos mientras compraba gefilte fish. En los días que transcurrían entre las festividades del Año Nuevo judío y el Día del Perdón, llevaba a sus hijos a los servicios religiosos de una hora en la sinagoga, pero solo en esas ocasiones, porque estaba demasiado ocupada con sus compromisos sociales. Era como su nombre, Chava, que significa "vida".

Como era una madre estricta, lo interrogaba para saber con quiénes socializaba y lo obligaba a estudiar piano todos los días. Tenía grandes esperanzas puestas en él. Ella creía que un día su hijo ganaría premios internacionales y se convertiría en un pianista de renombre mundial.

Todo eso había sido antes de la Noche de los Cristales Rotos, antes del arresto del padre de Ernest. En la última pascua que compartieron, un día después de que su padre fuera liberado tras un encarcelamiento de tres meses, ella había observado los rituales religiosos con aspecto ansioso y demacrado, comiendo el típico pan ácimo matzá y con una lectura profunda y reflexiva de la Hagadá. Su habitual voz teatral sonaba tensa y su larga cabellera negra, que a menudo peinaba en una trenza francesa, estaba desordenada. Tenía la cabeza gacha, la espalda rígida; sus ojos eran un océano de tristeza.

Cuando llegara a Shanghái, volvería a ser extrovertida. Sin duda, también le diría qué hacer. Se preguntó si les había contado demasiado sobre Aiyi en su carta. Su madre definitivamente lo disuadiría de relacionarse con ella. Imaginó su sorpresa: "¡Una gentil! ¡Una china! ¿Por qué te verías con alguien así?". "Puedes hacerlo mejor, Ernest". "Por el amor de Dios, Ernest, ¿puedes dejar de verla?". Y así interminablemente.

Pero él no era un hombre religioso. Prefería la cerveza al aguardiente y creía que afeitarse era más higiénico que dejarse crecer el vello facial. Comía pollo que no era kosher y siempre pensó que la comida que no era kosher sabía mejor. Tuvo su bar mitzvah, pero después de la fiesta se quedó con el dinero y se olvidó de las dos baruj, las bendiciones de la Torá. No le importaba que Aiyi no fuera judía. Estaba envuelta en su elegancia y distinción, pero era más auténtica que cualquier mujer que hubiera conocido.

CAPÍTULO 23

Aiyi

A LA MAÑANA SIGUIENTE DE HABER BESADO A ERNEST, FINALMENTE ME PUSE UNOS PANTALONES ANCHOS Y una túnica larga y fui a la sala para hablar con Peiyu. Mis ojos estaban hinchados de tanto llorar y mi cabello, desordenado; con la voz más tranquila que pude reunir, le conté sobre lo ocurrido con Cheng en el coche.

Peiyu estaba comiendo sopa de semillas de loto endulzada con flores de crisantemo secas. Había dado a luz a una niña en primavera. Se había quedado en la cama durante varios meses, y ese había sido el primer día que había logrado caminar desde su dormitorio hasta la sala.

—Ya veo. Cheng debe de estar enfadado. ¿Qué has hecho mal?

—¡Yo no he hecho nada!

Se llevó una cucharada de sopa a la boca. Cada vez que daba a luz, tomaba la sopa de semillas de loto durante seis meses y luego se quejaba de su cintura.

—Así que paró cuando se lo pediste. ¿Cuál es el problema, entonces? Él no te forzó. No pasó nada. Es un hombre joven, y los hombres jóvenes tienen impulsos, tienen necesidades; son diferentes de las mujeres. Además, tu boda es la próxima primavera. Ya he hecho imprimir las invitaciones. Están en el cajón. ¿Podrías incluir una nota y tu sello personal en cada una? ¿Has probado esta sopa?

Me quedé sin palabras. ¿Estaría yo exagerando?

Otra cucharada de sopa.

—Ha esperado lo suficiente.

No podía contradecirla en ese aspecto. Nos habríamos casado hacía años si no hubiera sido por la muerte repentina de mis padres, la guerra repentina, la ocupación repentina, la disminución no tan repentina de la riqueza de mi familia y el proceso, no tan repentino, de encontrar una fecha conveniente para la boda, que tuviera en consideración nuestras fechas de nacimiento y nuestros animales zodiacales y los signos de los Troncos Celestiales y las Ramas Terrenales de nuestro calendario tradicional.

—Estoy goteando de nuevo. ¿Dónde está la bebé? No debería haber despedido a la nodriza. No olvides enviar por correo las invitaciones de boda con tus notas y tu sello personal, Aiyi. —Se alejó dando pasitos con sus diminutos pies vendados.

Saqué el montón de invitaciones del cajón y las puse junto a la sopa de semillas de loto. Era mi matrimonio, mi futuro, pero me parecía una bomba de relojería.

—¿Qué ocurre? —Emily Hahn apareció de pie frente a mí.

Su voz era ronca, como el humo, y lenta, como la de Sinmay. Pero ella parecía estar sobria y sus ojos eran perspicaces. Llevaba una camisa de algodón azul marino con botones de estilo marinero en la parte delantera y un pantalón negro de pernera ancha con una faja a modo de cinturón, al estilo de mi estrella de cine favorita, Hepburn.

—Nada. —Recogí las invitaciones. No venía a menudo a la casa.

—¿No me vas a agradecer el artículo? —Fue a sentarse en una silla de palisandro, un regalo de la difunta emperatriz de la dinastía pasada.

Emily había hecho mucho por mi familia. Cuando los japoneses ganaron la guerra, intentaron confiscar la imprenta de Sinmay, importada de Alemania, que tenía la tecnología más sofisticada del mundo. Sin ella, su empresa editorial quebraría. Emily hizo todo lo posible para salvarla. Presentó un certificado de matrimonio con Sinmay, sellado por el consulado estadounidense, y

argumentó que la imprenta era de ella, una ciudadana estadounidense, por lo que no podía ser confiscada. Tuvo éxito. Trasladó la imprenta a un depósito en la Concesión Francesa y su iniciativa salvó el negocio editorial de Sinmay.

—Supongo que sí, pero ¿fue un favor?

Ella encendió un cigarrillo.

—Tienes razón, no fue un favor. Lo escribí porque era de interés periodístico, como dijiste. Así que gracias por la sugerencia, niña. Francamente, me sorprendió bastante. Una mujer china aristocrática que tuvo la audacia de contratar a un refugiado judío, que de alguna manera se ganó a toda la clientela local. No me lo esperaba. Es un buen artículo. Eres una mujer de negocios, una mujer con cerebro. Has crecido.

Me sorprendió su comentario, fue gratificante. Quizás Emily podría convertirse en mi amiga. Anhelaba volver a tener una amiga: ir de compras, beber una copa en un bar o tomar el té.

—Entonces, ¿no volverás a llamarme "niña"?

—Te lo digo con cariño, pero está bien, Aiyi.

Su dominio del idioma chino era impresionante. Incluso acertó con los tonos de mi nombre.

—Así que viste a mi pianista. Es brillante, ¿no te parece? Un pianista brillante. Nunca he conocido a nadie como él.

Emily me miró. En ese instante supe por qué podía ganarse la vida como periodista.

—Te haré una advertencia, Aiyi. Enamorarse es como tambalearse al borde de un precipicio con los ojos vendados. Es maravilloso, pero podría causar heridas mortales.

—No sé de qué hablas. —Afortunadamente, Peiyu no estaba cerca.

—¿No te gusta que hable de tu secreto? Te diré el mío.

—Estás embarazada.

Casi se atragantó con el humo.

—¿Por qué dices eso?

—Rara vez vienes aquí. Debe de ser por algo importante.

—¿Y por eso das por sentado que estoy embarazada? ¿Por qué a los chinos les gustan tanto los niños? Sinmay quiere que me quede embarazada. Me dijo que a los chinos les encantan los niños.

—A mí no. —No me gustaban esos mocosos infinitamente molestos. Una vez, uno de mis sobrinos había hecho estallar un petardo en mi habitación; otro había agregado excrementos de rata a mi té. Por no mencionar todos los dulces que robaban de mis cajones—. Nunca tendré hijos.

Emily se encogió de hombros.

—He venido porque estoy deprimida. Ya no me gusta Shanghái. Antes me amaban los poetas y los millonarios, las amigas y los amigos. Mírame ahora, condenada al ostracismo, sola y pobre. —Volvía a ser la mujer sentada en el sofá Chesterfield, distante e irascible.

—Vamos. No estás tan mal. Todavía tienes tu trabajo.

Sollozó; su voz ronca estaba empapada de tristeza.

—En realidad, acabo de perderlo.

No supe qué decir.

—Creo que el dicho es cierto: la sal y el azúcar no deben mezclarse. Recuérdalo. —Se rio con la boca abierta, y su voz desenfrenada reflejó una tristeza profunda.

Sinmay entró; su túnica larga se balanceaba cuando caminaba.

—Aquí estás, mi amor. Parece que necesitas fumar algo bueno. ¿Vamos?

—Ya no puedo vivir así. Quiero irme. Debes venir a Hong Kong conmigo, Sinmay. Te lo ruego. Si no vienes conmigo, moriré. —Su cabello corto rebotaba alrededor de sus orejas, su lápiz labial se había desdibujado como una cicatriz a lo largo del tiempo.

Sinmay le susurró algo al oído. Me pareció notar el sufrimiento en sus ojos. Aunque mi hermano era egoísta conmigo, amaba a Emily; pero era padre de seis hijos, era el primogénito de la familia Shao.

Me di cuenta de que estaban atrapados. Emily era infeliz en Shanghái y Sinmay se sentía infeliz por ella. "¿Es esto lo que pasa cuando eliges a alguien que no es de tu clase?", me pregunté. Cogí las invitaciones y me fui.

En mi habitación, encendí el quemador de incienso de mi madre y las arrojé a las llamas.

CAPÍTULO 24

Ernest

UNOS DÍAS MÁS TARDE, ERNEST TERMINÓ DE TRABAJAR Y BAJÓ AL PASILLO EMBALDOSADO VACÍO. ESTABA a punto de irse cuando alguien lo llamó desde atrás. Cheng descendió la escalera de mármol; sus zapatos de cuero blanco y negro golpeaban contra los escalones como una canción desafinada.

—Estás despedido —dijo Cheng.

Ernest pensó que debía de haber oído mal. El negocio iba bien y Aiyi estaba satisfecha.

—No entiendo.

—Estás despedido. ¿Lo entiendes ahora? No vuelvas.

Ernest se angustió. Necesitaba ese empleo para mantener a Miriam y tampoco quería dejar a Aiyi. Cheng, a quien no le agradaba, debía de sospechar, y a Ernest tampoco le caía bien el prometido de su jefa, un hombre petulante y posesivo. Deseaba poder preguntarle a Aiyi, pero se decía que estaba enferma y no había vuelto a trabajar desde que se habían besado.

—¿Aiyi lo sabe?

—Si la vuelves a ver, te mato.

Cheng se arremangó. Se comportaba como un colegial malcriado. Si tenían que luchar, que así fuera. Ernest dio un paso adelante.

—Si gano, me quedo.

El golpe de Cheng fue rápido y pesado; Ernest se lo quitó de encima. Una patada de Cheng le golpeó en el estómago y le arrancó un gemido. Pero se vengó metiendo la pierna debajo de Cheng y haciéndolo tropezar y caer de espaldas entre insultos.

Sonriente, Ernest extendió su mano.

—¿Estamos en paz?

Cheng le dirigió una mirada asesina, pero tomó su mano vendada y, en lugar de levantarse, tiró de Ernest hacia abajo y le golpeó la herida con el codo.

Ernest gritó y rodó por el suelo, cegado por el dolor insoportable. Por entre su visión nublada, asomó el rostro elegante de Cheng.

—Vete a la mierda, extranjero.

Ernest se levantó y salió tambaleándose a la calle. Era una mañana fría; el aire de la madrugada volaba a su alrededor como agua oscura. Había perdido la pelea y el empleo, el empleo que sustentaba a Miriam. Y el apartamento. ¿Lo desalojarían de allí? Ya no le quedaban ahorros.

Y no había tenido oportunidad de volver a ver a Aiyi desde que la había besado.

Iba dando tumbos por la calle cuando escuchó una voz suave decir:

—¿Día difícil?

Miró hacia arriba; el policía sij que lo había detenido fumaba junto a la parada del tranvía.

—Buenos días, señor —respondió con cautela—. ¿Todo bien?

—No podría estar mejor. No te preocupes. No he venido a arrestarte. En esta calle venden las mejores *samosas*. ¿Quieres un cigarrillo? —Miró la mano vendada de Ernest. La sangre había empapado el vendaje gris y manchado sus mangas.

—Gracias. —Ernest se estremeció. El dolor de la mano derecha era insoportable y los dedos estaban entumecidos. La apoyó cerca de su estómago y cogió el cigarrillo con la mano izquierda.

El sij se lo encendió con un elegante encendedor de plata.

—Límpiate la cara. Tienes sangre por todas partes.

El sij podría ser el hombre más voluminoso de Shanghái, pero tenía la voz más suave. Era un

buen policía, a pesar de todo lo que había ocurrido entre ellos.

—Me llamo Ernest Reismann, señor.

—Jyotiraditya Mirchandani. Puedes llamarme Jyo.

—Jyo.

Ernest fumaba mirando la calle, que comenzaba a poblarse de personas que arrastraban carretillas de una sola rueda, ciclistas y vendedores de tofu. Vio avanzar hacia él un camión cargado de soldados japoneses con uniformes caqui, que portaban rifles con bayonetas.

—He perdido mi trabajo hoy.

—Día difícil.

El camión pasó; varios soldados fijaron la vista en su cara y su vendaje ensangrentado.

Jyo le tiró del brazo.

—Date la vuelta y sigue caminando, Ernest.

—¿Qué ocurre?

—Nada por lo que alarmarse. Anoche hubo una pelea entre los soldados japoneses y los miembros del Consejo Municipal. Por suerte estábamos allí, pero un compañero nuestro le disparó a un soldado. Los japoneses están investigando. No tiene nada que ver contigo, pero es mejor mantenerse fuera de su vista. Evítalos si puedes.

Ernest asintió. Ahora estaban en un callejón.

—No te vayas. Terminemos de fumarnos el cigarrillo.

En su apartamento, se dio cuenta de que al día siguiente era el bat mitzvah de Miriam. Así que se levantó temprano por la mañana, se lavó y se puso su última camisa Oxford buena, cuidando mucho su mano derecha, que estaba hinchada y dolorida. Temía que necesitara otra visita al hospital.

Cuando llegó a la escuela, Miriam se acercó a él arrastrando los pies y luciendo su otra camisa Oxford, la única decente que él le había dado, y unos pantalones negros. Parecía triste.

—¿Estás lista? —Cuando volviera a encontrar trabajo, le compraría ropa adecuada para una niña.

—Llegas demasiado tarde, Ernest.

—¿A qué hora es la ceremonia? Dijiste que era por la mañana, ¿no?

—Así es. Pero la ceremonia fue ayer. ¡Ayer!

Quería patearse a sí mismo. Había olvidado el bat mitzvah de Miriam. Y ella había pasado sola por el ritual más importante de su vida.

—Lo siento mucho, Miriam. He estado…

—No te preocupas por mí. No le importo a nadie. El servicio fue horrible. No fue como el bar mitzvah de un chico. No hubo una *aliyá* para quienes leyeran la Torá, nos tenían a todas amontonadas y ni siquiera me permitieron leer la Torá —sollozó.

—Pero todavía es…

—Este lugar me odia; todos me odian.

Pobre Miriam. Había querido conseguir un trabajo, pero le robaron; luego, quiso tener un bat mitzvah apropiado, pero le rompieron el corazón. Sin lectura de la Torá, sin la asistencia de su familia.

Ernest se disculpó una y otra vez, pero Miriam sollozaba y sollozaba. Cuando finalmente se calmó, le preguntó sobre la escuela. Ella respondió con su voz apática que estudiaba oraciones, música e inglés, y que acababa de empezar a tocar el violín. Quería hacer los exámenes de

Oxford y Cambridge en el extranjero antes de graduarse, pues el señor Blackstone le había dicho que, una vez que los aprobara, podría ir al Vassar College, en los Estados Unidos. El señor Blackstone incluso le había prestado su diccionario Webster, y ella lo había estado leyendo antes de acostarse todas las noches.

—¿Estados Unidos? —De allí era el señor Blackstone, pero estaba lejos.

—Eso es lo que dijo el señor Blackstone.

—Bueno, es un buen hombre. Deberías estarle agradecida. Yo lo estoy. —Ernest se aseguró de decírselo, aunque no sabía mucho sobre ese hombre con voz de barítono—. ¿Cómo es la señora Blackstone?

Tenía migrañas, no le gustaba el ruido y estaba en la cama todo el día. Pero comían bien, de vez en cuando guisantes, un vaso de leche todos los días y pastel de carne todos los domingos, contó Miriam con voz monótona.

Cuando llegó el momento de irse, Ernest trató de darle un abrazo, pero ella se dio la vuelta, lo miró con frialdad y se fue.

Cerca del anochecer, Ernest fue al club nocturno. Quería ver a Aiyi y explicarle por qué no estaba en su puesto de trabajo. Tal vez podría recuperar su empleo. Necesitaba dinero desesperadamente para pagar la cuota mensual de la escuela, los exámenes que había mencionado Miriam, su visita al hospital y, por supuesto, el alquiler. Pero, más que nada, quería ver a Aiyi.

Cuando llegó frente al edificio, el encargado Wang lo saludó; sus cejas dibujaron un gesto de disculpa. Ernest era probablemente el único amigo extranjero que tenía, dijo, pero no podía permitirle entrar al club. Cheng había dado esa orden.

—¿La señorita Shao se siente mejor? —preguntó Ernest.

El encargado Wang se encogió de hombros.

CAPÍTULO 25

Aiyi

Dos días después, volví al trabajo, pero Ernest se había ido. Estaba furiosa. Por primera vez en mi vida, discutí con Cheng.

—¿Por qué lo has despedido? ¿No ves lo bien que va el club desde que trabaja aquí?

—El club seguirá yendo bien sin él —dijo Cheng en voz baja pero furiosa.

—No deberías haber hecho eso. El club es mío.

—Soy tu prometido.

—¡Voy a contratarlo de nuevo!

Cheng tiró de su corbata morada y me lanzó la mirada de un animal listo para morder, pero que se contiene.

—Entonces, lo despediré de nuevo.

Cogí mi bolso, bajé corriendo las escaleras y me subí a mi Nash. Le dije al chófer que condujera hasta el apartamento de Ernest lo más rápido posible. Mientras el coche zigzagueaba por las estrechas callejuelas, rodeaba los edificios de ladrillo rojo y pasaba a toda velocidad junto a los plátanos, cada chirrido de los *rickshaws*, cada claxon de los tranvías y cada crujido de las carretas tiradas por bueyes me atravesaba con el miedo de no volver a ver a Ernest nunca más.

Encontré su apartamento… ¡todavía estaba allí!

—Ven —le dije haciéndole señas.

—¡Aiyi! Me han despedido, ¿lo sabías?

Estaba pálido, pero feliz; sus ojos claros brillaban como el fino esmalte azul en un jarrón de porcelana.

—Acabo de enterarme. Es algo muy molesto. Pero ¿podrías acompañar a tu antigua jefa?

—¿Adónde vamos?

—Al cine.

Pero cuando el Nash llegó al cine Cathay, con sus carteles de películas, le dije a mi chófer que siguiera conduciendo.

Era una pequeña pensión, un edificio de un solo piso escondido entre hileras de casas residenciales en un callejón, un lugar de encuentro secreto, un refugio temporal para los forasteros hasta que logran establecerse; nada parecido a un hotel de lujo.

Con paso firme, entré y le pedí una habitación a la propietaria, una mujer bajita peinada con un moño, que no dejaba de mirar a Ernest a mi lado. Una vez que entramos en la habitación, cerré la puerta, me quité los tacones altos y lo besé con la imprudencia que les estaba prohibida a las que habían recibido una educación como la mía, con la audacia que parecía ser parte de él, con el anhelo que nunca había conocido. Estaba feliz, agradecida y no quería que se fuera nunca más.

—Te quiero —dijo. Su cuerpo entró en el mío como un poderoso instrumento.

La felicidad, el alivio y la gratitud fluían palpitantes por mis venas. Había sido virgen, pero ya no lo era. Me alegré. Era lo que yo quería, su rostro, su voz, sus brazos, su abrazo, todo él. Lo besé apoyándome en sus hombros, cerca de su corazón, de su piel.

—De ahora en adelante, iré adonde vayas, me acostaré donde te acuestes, amaré lo que ames.

Su voz era la música más hermosa para mis oídos; acaricié su mano vendada, sus brazos, sus músculos firmes, su hombro pálido. Me reí.

—Pero no quiero que vayas a ninguna parte. Te quedarás en el apartamento que alquilé,

¿verdad? Si te mudas a otro lugar sin avisarme, no seré capaz de encontrarte. Además, será una pérdida de dinero. Ya he pagado otro año de alquiler.

—No me voy a mudar, pero me gustaría trabajar. Encontraré otro empleo.

—No, aún no puedes. Espera a que tu mano sane primero. Tómate dos meses de descanso, o el tiempo que necesites. Lo digo en serio. No tiene buena pinta —dije—. Y haz lo que te digo, porque la jefa siempre tiene razón.

Él se rio.

—Cásate conmigo, Aiyi.

Se me aparecieron la foto de mi madre y la cara de enfado de Cheng. Desde que era pequeña me habían dicho que yo, por ser mujer, pertenecía a mis padres hasta el matrimonio y le pertenecería a Cheng después. Para Cheng, yo había cometido un pecado imperdonable.

—No puedo.

En el club, seguí con mi rutina. Cuando los clientes preguntaban por Ernest, les decía que se estaba tomando un descanso, les aseguraba que volvería y los alentaba a comprar más bebidas. Los clientes estaban decepcionados, pero mi promesa fue suficiente para que siguieran viniendo, y la pista de baile se llenaba cada noche. También había conseguido más alcohol en el mercado negro.

Fue difícil enfrentarme a Cheng. Como me sentía culpable, lo escuché con mucha paciencia y hasta me puse el sujetador chino para complacerlo. La mirada de Cheng, como siempre, era crítica, pero su naturaleza reticente me ahorró muchos momentos de incomodidad. Tal vez me equivocaba, pero no creí que sospechara que yo lo estaba engañando.

En mi oficina, mientras miraba pasar los jeeps militares japoneses por la calle, movía las caderas y tarareaba al ritmo de las melodías de jazz. Mi club disfrutaba de un gratificante resurgimiento de su popularidad y yo había descubierto en Ernest mi nueva obsesión. Era un sentimiento desmesurado, y era posible que las consecuencias que me aguardaban fuesen graves. Pero ¿quién puede decir que está mal disfrutar de una melodía con todo tu corazón durante los días más oscuros de tu vida?

CAPÍTULO 26

Ernest

En una mañana húmeda de noviembre, caminó hacia el paseo marítimo; el viento le alborotaba el pelo largo detrás de las orejas. Miró su reflejo en la ventana de cristal de un restaurante. Un hombre con cabello rizado hasta los hombros y barba le devolvió la mirada, frotándose la barbilla. No se había afeitado en dos meses; al menos estaba limpio, tenía un aspecto adulto y distinguido, como si estuviera en su treintena. Nada mal para un pianista.

Desde que había ido con Aiyi a la pensión, la había vuelto a ver varias veces. Cada vez que se encontraban, soñaba después con ella: su cuerpo flexible, su suave rostro de porcelana y sus sonrisas seductoras. Ella había insistido en que se tomara un descanso del trabajo y le había ofrecido apoyo económico para que pudiera terminar de curarse la mano. Siguiendo su consejo, había vuelto al hospital. Las monjas católicas le habían tomado cariño. Le enseñaron francés, le recomendaron buenos restaurantes franceses en la zona y antes de despedirse de él le entregaron vendajes de repuesto, aspirinas e incluso láudano. La mano estaba sanando como un milagro. La contracción muscular disminuyó, los temblores cesaron y la rigidez se desvaneció.

Miriam seguía en la escuela. Cuando comenzaran las vacaciones de invierno el mes siguiente, volvería con él al apartamento, que estaba libre de plagas gracias a su cuidado y diligencia. Aprovechando el tiempo libre que tenía, tomó por costumbre pasear hasta el muelle en el que atracaban los transatlánticos, donde se encontraría con sus padres cuando llegaran. No sabía cuándo sucedería, porque no había recibido una respuesta a su carta. Aun así, cada día esperaba con ansia, con esperanza. Para entretenerse, llevaba su Leica en los paseos. No quería desperdiciar el último rollo de película, así que tomaba pocas fotos, explorando la ciudad únicamente a través de la lente, donde las imágenes de los Packards y Buicks y el fluir de la gente lo calmaban.

Llevaba en Shanghái casi un año y cumpliría veinte en un mes. Le gustaba la ciudad, vestida con el humo gris en el que se mezclaban los olores de aceite de cacahuete, combustible de motores y perfume de mujer, y ruidosa por la suma de las voces humanas, el chirrido de los *rickshaws* y el traqueteo atronador de los tranvías. Qué extraño era el mundo. En Berlín le habían prohibido tocar el piano; en Shanghái se había hecho famoso como pianista. En Berlín lo habían perseguido las pesadillas y el dolor; en Shanghái era libre para soñar, libre para amar. Cuando llegó a Shanghái había pensado regresar a Alemania en algún momento; ahora no quería irse. Esa ciudad era su hogar ahora, Aiyi era su hogar.

Ya era capaz de hablar un poco en el dialecto de Shanghái, varias frases simples en chino e incluso algunas palabrotas. El chino era un idioma desafiante, con acentos erráticos y una gramática desordenada, pero supuso que el alemán debía de ser igualmente agotador para un extranjero. En cambio, el inglés —que había aprendido de su padre— le parecía extrañamente sensato, con un grado razonable de desorientación.

Cuando llegó al muelle, sonó la sirena de un transatlántico. Con el corazón acelerado, corrió hacia el borde, observando atentamente. El río no había cambiado desde su llegada, amarillo y turbulento, un espacio en el que atracaban las barcas pequeñas con forma de plátano que cargaban jaulas con pollos, los sampanes manchados de carbón que transportaban barriles de petróleo y los barcos comerciales. En el embarcadero que estaba en la otra orilla del río, donde había atracado el transatlántico, una corriente de refugiados cargados con maletas bajaba por la pasarela.

Vio un vestido amarillo y gritó de júbilo.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Chava! —Ese vestido amarillo girasol era su favorito; lo llevaba puesto el día que se despidió de ellos en el andén del tren—. ¡Chava!

Hizo bocina con las manos para amplificar su grito. La felicidad traqueteaba dentro de él como un motor. Ella había recibido su carta y había venido. No veía la hora de abrazarla, de bailar con ella. Pero la mujer no caminó hacia él; desapareció entre un grupo de hombres con abrigos y sombreros negros, justo después de que Ernest lograse vislumbrar su rostro cadavérico. No era su madre.

Se le cayó el alma a los pies. ¿Dónde estaba ella? ¿Y su padre? ¿Habrían recibido los visados de salida? ¿Habrían salido ya de Alemania? Debían irse tan pronto como pudieran.

Tal vez se habían ido a otro país; o tal vez todavía estaban de camino a Shanghái. Habían recibido sus cartas, conocían su dirección y lo encontrarían.

Se dio la vuelta, y quedó frente al buque de guerra japonés *Izumo*, que estaba atracado cerca: una enorme mole gris con torres de artillería y tres chimeneas inmensas que derramaban columnas de humo negro. Ya había visto antes ese buque con la bandera del sol naciente, pero no le había prestado atención. Esta vez vio las filas de infantes de marina con trajes blancos, que empuñaban sus espadas en una ceremonia lenta y solemne; sus gritos, extraños y penetrantes, se cernían sobre el río caudaloso, como una nube.

El *Izumo* no era el único buque de guerra que había en el río. Corriente abajo, lejos del navío japonés, detrás de los veleros, los sampanes y otros barcos, se encontraban otros dos: el estadounidense *USS Wake* y el británico *HMS Peterel*. Tres barcos bombarderos, cada uno de un país diferente, atracados en un río que no pertenecía a ninguno de ellos.

CAPÍTULO 27
FEBRERO DE 1941

Aiyi

UNA NOCHE, AL PASAR CERCA DEL GUARDARROPA, ESCUCHÉ GEMIDOS APASIONADOS QUE PROVENÍAN DE allí. Solo podía ser una cosa.

Las bailarinas: siempre me causaban problemas. Eran el faro que guiaba mi negocio en las buenas y las que lo hacían naufragar en las malas. Cuando compré el club, los salones de baile ya eran populares, pero todavía no tan rentables, ya que los clientes tenían que venir acompañados de sus propias parejas de baile. Mis bailarinas de alquiler resolvían ese problema y generaban ingresos adicionales. A todos los efectos, creé el primer grupo de bailarinas profesionales de salón que hubo en Shanghái, quienes luego se ganaron la vida de manera independiente.

Me paré en el mostrador del guardarropa y tosí. Mis bailarinas tenían estrictamente prohibido comportarse de manera inapropiada con los clientes. Mi club no era un burdel.

Los gemidos cesaron y una figura se asomó. Lanyu, la bailarina más popular, se abrochó los botones del cuello de su vestido.

—Oh, señorita Shao. Me estaba cambiando de vestido.

Podría haberla despedido por su conducta. Pero ella había perdido a su madre y a dos hermanos durante el bombardeo, y estaba manteniendo a su padre con su salario.

—La próxima vez, cámbiate de vestido sola.

La dejé para que siguiera con lo suyo. Ella se alejó, con una mirada de gratitud, y yo confié en que, en adelante, no me provocaría más complicaciones.

Estaba cerca del bar cuando divisé a un hombre vestido con un llamativo traje a rayas, de pie en el borde de la pista de baile, frente al escenario. La luz enfocó su rostro: un semblante duro, con una mandíbula afilada y un lunar negro debajo del ojo derecho. Era el enemigo de mi familia, el enemigo de mi país.

—Señorita Shao.

Con unos pocos pasos, Yamazaki se paró frente a mí. Su actitud era cortés, y su voz plácida, suave, pero el miedo me atravesó.

Era un guerrero maníaco, pero pretendía ser un samurái de la tradición del bushido. Hacía reverencias en un ángulo perfecto de cuarenta y cinco grados, se limpiaba las manos con un paño inmaculado antes de las comidas y usaba la mano, nunca un dedo, para señalar. Jamás se sonaba la nariz en público ni levantaba la voz. Pero yo sabía que sus buenos modales eran solo parte de su vestimenta. Era un hombre peligroso.

Sinmay me había contado que Yamazaki era de Osaka. Hijo de un agricultor de arroz empobrecido, se crio en el esplendor victorioso de Japón tras derrotar a la flota báltica rusa en 1905. En la escuela aprendió sobre minas terrestres, explosivos y ametralladoras en la clase de ciencias, combate cuerpo a cuerpo en educación física, estrategia militar en aritmética y los principios de valentía en el combate y lealtad absoluta al emperador en la clase de ética. A los dieciocho años, Yamazaki se unió al ejército de Kwantung, parte del despiadado ejército imperial japonés, para destruir a China y Corea en la campaña sangrienta de su país para ampliar su territorio. Pasó de ser mensajero a convertirse en el oficial de caballería que había confiscado la fortuna de mi familia. Ahora Yamazaki, según me había dicho Sinmay, se dedicaba a supervisar las empresas extranjeras que funcionaban en el Asentamiento.

Había rezado para no volver a verlo nunca más. Los músculos de mi cara se tensaron, por un momento demasiado petrificados para permitirme hablar.

—¿Por qué tocan esa basura de jazz? —Su dominio del chino era demasiado bueno para un japonés.

—Ah. Es música estadounidense —respondí.

Me parecía surrealista estar cerca de un perro rabioso que podría morder en cualquier momento. Pero yo sabía por qué Yamazaki era paciente conmigo. Como todo guerrero típico, creía en las jerarquías. Su emperador era el escalafón más alto, seguido por la aristocracia, el ejército y los campesinos, y luego, en el fondo, los intocables, como los carniceros y los encargados de las funerarias. Consciente de la reputación de mi familia y de mi posición social, había decidido concederme a mí, una mujer aristocrática del país que su ejército había conquistado, una parte de su paciencia, pero no su respeto.

Deseé tener el derecho de echarlo, pero en lugar de eso me vi obligada a mantener la calma por el bien de mis clientes. Obviamente, aún no se habían dado cuenta de que Yamazaki, con su traje de empresario, era japonés, o habrían sido presas del pánico. Con los fusilamientos y decapitaciones que ocurrían a diario en la calle, lo último que querían era ver a un oficial japonés en el salón de baile.

—La música de la gente de la mala vida. —Yamazaki arrugó el entrecejo y paseó la mirada por la pista de baile.

No entendía por qué se había dignado venir al club. Él todavía se acordaba de mí, por lo que también debía de recordar que había confiscado mi herencia, y también que ese era mi negocio, ya que pagaba un cuantioso impuesto comercial cada semana a la oficina local de impuestos.

—Si me lo permite, les diré que toquen otra canción.

—Quédese aquí, señorita Shao, y dígame dónde está el hombre blanco.

Me miró fijamente. Sus fríos ojos estaban a la altura de los míos; era bastante bajo, pero su claro desprecio me hizo hervir la sangre.

—No entiendo muy bien lo que quiere decir.

—Todas las chinas son putas y mentirosas, pero tengo una opinión mejor de usted, señorita Shao. No me obligue a sacar mi arma. —Dobló una esquina de su traje, para mostrar el cañón redondo de su máuser negro en la funda.

Mi cerebro se congeló.

—El hombre que salió en una revista. Oí que trabaja aquí. Hay una orden de arresto contra él.

¿Arrestar? ¿A Ernest?

—¿El pianista? Trabajó aquí. Era muy popular, tenía todo en regla. Los funcionarios fiscales estaban al tanto de todo. —Quería agregar que contratarlo no violaba ninguna ley—. ¿Hay algún error?

Estaba tan distraída que no noté que la gente a mi alrededor también había visto el arma; entre gritos ahogados, los clientes huyeron. Las bailarinas también se escabulleron de la pista de baile; mientras tanto, la banda seguía tocando frenéticamente. Era un desastre. Todos se habían dado cuenta de que un japonés armado estaba hablando conmigo. No pasaría mucho tiempo antes de que todos se fueran.

—No cometo errores, señorita Shao. Hace unos meses tuvimos una disputa con esos policías “cabeza de toalla” y uno de nuestros soldados murió. El asesino resultó herido y escapó. No sabemos quién era. Solo sabemos que era un hombre blanco de ojos azules reclutado por esos policías. Lo hemos estado buscando. Después de meses de investigación, tenemos un testigo que dice que, a la mañana siguiente del asesinato, su pianista fue visto con uno de esos “cabeza de

toalla” en la calle. El rostro del pianista estaba ensangrentado, y tenía la mano herida. Él tiene los ojos azules. Las descripciones coinciden.

Sonaba descabellado, pero Yamazaki no necesitaba mentirme. De todas maneras, no podía creerlo. Ernest no era un hombre violento, no le dispararía a nadie.

—¿Dónde está? —exigió Yamazaki.

—Se ha ido.

La mano de Ernest ya había sanado, pero cada vez que mencionaba el tema de contratarlo nuevamente, Cheng se negaba. Iba a arriesgarme a enfrentarme a su ira y volver a contratarlo, ya que algunos clientes habían dejado de frecuentar el club desde su ausencia.

—¿Por qué se fue?

—En realidad, no lo sé. Quizá quería más dinero.

—¿Cómo se llama?

Me mordí el labio. Ya lo sabía, si había leído el artículo. Emily había publicado el nombre de Ernest. Pero Yamazaki quería que yo se lo confirmara.

Si se lo decía, Ernest correría peligro. Pero si me negaba, me matarían.

—Ernest Reismann.

—Leisman, Leisman —murmuró con su fuerte acento japonés—. ¿De dónde es? ¿De los Estados Unidos? ¿De Inglaterra?

—No sé de dónde es —mentí.

Retiró la mano y cubrió el máuser con la chaqueta de su traje.

—Será castigado por su crimen. Tráigamelo.

—No sé dónde está.

—Lo encontrará y luego me lo traerá, o confiscaré su club ¿Está claro?

Su voz era grave y su tono no era amenazante, sino trivial, pero era la trivialidad de un hombre que miraba a un pez atrapado en el estanque de su propio jardín. Salió del salón de baile.

Fui a la barra, me serví una copa de vino de sorgo adulterado y la vacié. El alcohol descendió por mi garganta y me quemó el estómago. Me puse la mano en el pecho y ahogué un grito. Todavía estaba viva.

Cuando volví a levantar la cabeza, la risa, la música de jazz y el baile habían cesado. Las figuras oscuras de las mesas se habían esfumado y la luz brillante del techo abovedado caía sobre la pista de baile vacía como escamas de piel pálida.

Mi cuerpo estaba tan rígido que sentí un fuerte dolor en el cuello.

“Me lo traerá, o confiscaré su club”.

Cheng, Ying y yo discutimos en mi oficina sobre qué debíamos hacer.

—Entrégale al extranjero —dijo Cheng, con un cigarrillo entre los dedos.

Me senté en mi silla de respaldo alto.

—No sé dónde está —mentí—. Tú lo despediste.

—Si no le entregas al pianista, perderás tu club.

—¿Crees que no lo sé?

La banda estaba tocando “Summertime” en el salón de baile, cada pulso me daba un fuerte dolor de cabeza. ¿Debería decirle a Yamazaki dónde vivía Ernest? Si me negaba, me quitaría el club, pero si le entregaba a Ernest, lo mataría.

—Yo me ocuparé de Yamazaki —dijo Ying con el puño apretado dentro del bolsillo de su chaqueta.

Me puso más nerviosa que nunca. Los japoneses tenían aviones de combate y armas, y nosotros no teníamos nada. Si nos enfrentábamos a Yamazaki, nos mataría a todos. Pelear no era la solución. Entregarle a Ernest no era la solución. Dejar que se apoderara de mi club no era la solución. No había ninguna solución.

Fui al apartamento de Ernest a la mañana siguiente. Confiaba en él. Si siempre había estado ocupado tocando el piano en el club durante toda la noche, no podía haber tenido tiempo de conspirar con los policías. Pero era necesario llegar al fondo del asunto.

Era un día nublado, el aire estaba pálido como el humo. En el callejón del apartamento de Ernest, esperé tanto tiempo que pude notar las miradas de los mendigos harapientos. No estaba en su apartamento, así que finalmente me fui. La noche siguiente, fui de nuevo y lo encontré. Le pedí a mi chófer que se fuera para que Ernest y yo pudiéramos estar a solas en el coche. Mi chófer era un hombre leal a quien le confiaba mi vida; asintió y esperó fuera, en la calle.

—¿Te has relacionado con un policía sij? —le pregunté a Ernest.

—¿Jyo? Es un buen hombre. Nos encontramos hace un tiempo. ¿Por qué lo preguntas?

Le conté la visita de Yamazaki a mi club, su orden y su amenaza.

—¿Asesinar a un soldado japonés? No sé de qué está hablando.

Yamazaki tenía en la mira al hombre equivocado, tal como yo había pensado.

—Debes tener cuidado —le advertí a Ernest.

Él asintió, pero parecía preocupado.

—¿Qué ocurrirá con tu club?

No quería pensar en eso. En cambio, tomé su rostro entre mis manos y lo besé. Nunca me consideré una mujer casquivana, pero no podía quitarle las manos de encima. Me senté sobre él, perdida en sus besos, hambrienta de sus caricias. Le hice el amor con los zapatos puestos.

Pasaron cuatro días desde la visita de Yamazaki. En el oscuro salón de baile con olor a cigarro, los miembros de la banda se sentaban, despatarrados, junto a sus instrumentos, y los encargados conversaban susurrando en un rincón. En la pista de baile, los puntos de las luces brillaban como plata; contra las paredes, las mesas vacías arrojaban sombras que parecían minas terrestres. Caminé por el suelo de teca y mis tacones altos dejaron un rastro de sonido sordo y hueco.

La visita de Yamazaki había asustado a los clientes. El espectáculo doloroso del salón de baile vacío duraría meses, y la posibilidad de perder mi negocio me perseguía. Llevaría tiempo que la gente venciera el miedo y regresara.

Pero incluso ese sombrío salón de baile era un lujo. Con el paso de los días, Yamazaki sin duda perdería la paciencia, regresaría y se apoderaría de mi club si no le entregaba a Ernest.

Esa noche subí a la azotea del edificio con una copa de coñac mezclado con soda.

Las calles estaban oscuras; la noche, preñada de silencio. Con las luces cambiantes de las ventanas, alcancé a ver los débiles contornos de las casas y las mansiones, las marquesinas de las tiendas y las brumosas cúpulas de los plátanos. No se oía el susurro de los insectos nocturnos ni el estruendo de las ametralladoras ni los ruidos metálicos de los ferrocarriles: un raro momento de quietud y paz que llenó mi corazón. En ese amanecer sobrenatural, imaginé la posibilidad de un milagro. ¿Qué pasaría si no tuviera que elegir? ¿Y si no hubiera japoneses en Shanghái?

CAPÍTULO 28

Ernest

ERNEST SE DIRIGIÓ LA ENTRADA DEL HOTEL DE SASSOON, SUBIÓ POR LOS MISMOS ESCALONES QUE HABÍA pisado el año anterior y se deslizó por la puerta giratoria. El vestíbulo estaba tal como lo recordaba: dorado, elegante, con el mármol resplandeciente y la decoración lujosa. Otra vez estaba allí en busca de trabajo. La mano ya se le había curado por completo, y estaba ansioso por tocar el piano. Pero cuando estaban en el coche, Aiyi había dicho que, por su seguridad, sería mejor que trabajara en otro lugar.

Allí, a pocos pasos de él, vestido con su habitual sombrero de copa, frac y sosteniendo el bastón, el caballero cruzó cojeando el vestíbulo. Sassoon llevaba una cámara colgada del cuello y un asistente lo seguía con un trípode.

—Buenas tardes, sir Sassoon —dijo Ernest con una sonrisa franca. Aunque Sassoon lo había tratado bruscamente, no le deseaba ningún mal ni le guardaba rencor.

El hombre se detuvo.

—Joven, creo que te he visto antes. Me resultas conocido.

—Sí, efectivamente, señor. El año pasado, vine a pedirle tocar en su Jazz Bar. Soy pianista.

Tenía los ojos fijos en la cámara de Sassoon. Era una Leica de un modelo antiguo. Su propia cámara era mejor.

—¿Necesitas un empleo? Pero ¿no estás trabajando para la señorita Shao?

—Ya no, señor. Y sí, estoy buscando un nuevo empleo.

Sassoon sonrió. Apareció, quizás, solo una ilusión, un salto de simpatía en sus agudos ojos.

—Me alegro de que hayas venido aquí. A Ciro's le vendría bien un pianista como tú, pero mi banda estadounidense acaba de dejar Shanghái. ¿Te interesaría tocar en el bar, quizás? Música clásica o jazz, lo que prefieras. El escenario es tuyo. Cinco dólares estadounidenses a la semana. Lamentablemente, tendrás que conseguirte tu propio alojamiento, ya que mi Edificio Embankment ya no funciona como albergue para inmigrantes. ¿Qué te parece mi propuesta?

Era mucho más de lo que ganaba en el club de Aiyi. Debía de ser porque ahora era un pianista famoso. Y con la inflación galopante y el tipo de cambio que ahora favorecía los dólares estadounidenses, un dólar podría valer cien *fabi* chinos. Ernest sonrió.

—¿Cuándo empiezo?

Fue tal como lo había prometido Sassoon. El Jazz Bar era su escenario, donde podía tocar todo lo que le gustaba. Tocó "Kinderszenen", de Schumann, la Fantasía en do menor de Mozart y el Nocturno en mi bemol mayor de Chopin, cuyas partituras encontró en el taburete del piano. La fina melodía de Chopin abrió una ventana a sus recuerdos: su último recital en un teatro de variedades, en el que había tocado esa pieza mientras las botellas de cerveza y los insultos acribillaban su cabeza, pero no había errado una sola nota. En aquel entonces tenía trece años. Después de eso, nunca más se le permitió tocar en público.

El público del bar era diferente del que asistía al club nocturno de Aiyi. Muchos eran británicos o estadounidenses, que escuchaban con la expresión embelesada de quienes aprecian la música clásica. Durante los descansos, Ernest conversaba con ellos y les preguntaba sobre la guerra en Europa. Cuando trabajaba en el club de Aiyi, no se enteraba de nada sobre la guerra, y las publicaciones en inglés y en alemán eran difíciles de conseguir. Le contaron que los países se estaban desmoronando bajo el asalto de Hitler. Francia había firmado un armisticio y se había rendido el año anterior, y Londres había sido bombardeada durante meses. Gran Bretaña, con

una necesidad desesperada de soldados, había ordenado a los Seaforth Highlanders, el regimiento de infantería escocés apostado en Shanghái, que se movilizaran hasta Singapur, desde donde partirían para unirse a las flotas en el Mediterráneo.

Ernest se quedó estupefacto con esas noticias. Si los Seaforth Highlanders se retiraban, los ciudadanos británicos de Shanghái se quedarían sin protección y el poder militar del Asentamiento, que estaba respaldado por la fuerza británica y el Cuarto Regimiento de Infantería de Marina estadounidense, se vería muy debilitado.

Las olas de la guerra de Europa, al parecer, habían llegado a las costas de Shanghái.

Sassoon iba a menudo al bar a escuchar la música con un grupo de coristas rusas vestidas con trajes brillantes y reveladores. Eran deslumbrantes; encendían el lugar con sus miradas sensuales y sus movimientos sugerentes. Los hombres del bar las miraban tragando saliva. Sassoon colmaba a las mujeres de lujosos regalos: frascos de perfume, abrigos de piel, bolsos de cuero y bombones. A la medianoche, el grupo se retiraba hacia el ascensor mientras la gente, entre suspiros, chismorreaba sobre el estudio fotográfico que tenía Sassoon, con su cuarto oscuro, y sobre las fotos que hacía.

—¿Qué tipo de fotos toma, señor? —le preguntó Ernest la siguiente vez que Sassoon volvió al bar. Estaba más que entusiasmado: su jefe era un fotógrafo.

—Desnudos —respondió Sassoon, cauteloso—. ¿Tienes algún problema con eso, joven?

Este no era el tipo de fotos que hacía Ernest, pero no era de su incumbencia juzgar.

—¿Qué estilo le gusta? ¿Nueva visión? ¿Formalista? ¿Surrealista?

—¡Odio a Brassaï! Ese hombre es un carnicero. ¿Sabes de fotografía?

—Soy un aficionado. He traído mi Leica, tengo el mejor modelo. Me gustaría mostrársela. ¿Quiere verla? —Fue a buscar el bolso donde guardaba su cámara, cerca del taburete—. La compré en 1935.

—Leica. Buena cámara, buena compañía. Siempre he admirado a Leitz, un hombre audaz. Déjame ver. —Sassoon sacó un monóculo de su bolsillo, se lo puso y acarició la cámara con notoria envidia—. Es la mejor cámara de treinta y cinco milímetros. Visor, fotómetro, velocidad de obturación ajustable. No hay muchas cámaras como esta en Shanghái. Compré algunas por correo, pero nunca las recibí. Con esta cámara puedes tomar las mejores fotos, Ernest.

Ernest sonrió. El hecho de que tuvieran la misma afición le hizo sentir que Sassoon era, en cierto modo, un amigo.

CAPÍTULO 29

Aiyi

SASSOON ME LLAMÓ A LA OFICINA.

—Cariño, hace años que no te veo. ¿Cómo estás?

Me agradó escuchar su voz. Me había llamado varias veces desde que mi club se hizo famoso; cada vez que hablábamos, me estremecía ante la posibilidad de que volviera a mencionar fotografiarme desnuda.

Sinmay me había contado algunas historias interesantes sobre Sassoon últimamente. Un oficial japonés de la Gran Esfera de Coprosperidad de Asia Oriental, una nueva organización fundada por el gobierno japonés con el objeto de establecer su vasto poder económico, había propuesto a Sassoon crear una empresa comercial conjunta, pero él se había negado. No solo eso, sino que Sassoon, a quien no le gustaban los conquistadores de mi ciudad, había hecho comentarios mordaces sobre ellos. Eso provocó la reprimenda de sus colegas empresarios, que creían que una relación amistosa con los japoneses beneficiaría al Asentamiento. No se retractó y continuó su ataque feroz, lo que molestó a los japoneses, que ya habían arrestado a dos de sus hombres de confianza.

—Qué alegría tener noticias suyas, sir Sassoon —le dije—. Es verdad, han pasado siglos. Les doy las gracias a los dioses de los vientos favorables por el teléfono. Espero que no me eche mucho de menos. Le habría llamado, ya lo sabe, si no hubiera estado tan ocupada con el club.

Su voz culta sonó risueña.

—Cariño, estás tan ocupada porque me estás robando clientes de Ciro's. ¿Te has dado cuenta? Hace meses que tu stride piano está causando furor. ¿Cuánto tiempo va a durar?

—Me temo que ya se ha terminado. ¿No se ha enterado? Mi pianista ya no trabaja aquí.

Anhelaba volver a ver a Ernest, perderme en la dicha de sus brazos y olvidarme de Yamazaki.

—Bueno, tienes que contármelo todo. ¿Te apetece que nos tomemos un vino y cenemos en el Cathay? —Añadió que tenía caviar, *foie gras* del Périgord, higos persas y melocotones de California.

No le creí. Desde hacía poco tiempo, todos padecíamos la escasez de muchos productos y de fruta fresca, ya que los japoneses habían prohibido la entrada al puerto de mercancías importadas.

—Es muy amable al invitarme, sir Sassoon. Me encantaría pasar un momento agradable. Estaré encantada de llamarle por teléfono para concertar una cita.

—¿Lo prometes?

—¿He mentido alguna vez?

—Cariño, como siempre, tengo absoluta fe en ti. Cambiando de tema, he oído que ha habido problemas en tu club con un funcionario japonés. No conozco los detalles, pero es espantoso que esos japoneses amenacen con apoderarse de tu negocio. Supongo que estarás bastante angustiada, ¿no? Pero estoy seguro de que sabes cómo enfrentarte a ello.

Los rumores viajaban rápido.

—Sinceramente, sir Sassoon, todavía no se me ha ocurrido qué hacer.

—Tengo una solución fácil para ti. Cásate conmigo.

No podría haber elegido peor momento para decir algo así.

—Lo siento, sir Sassoon. No estoy de humor para bromas. Espero que lo entienda.

—No me burlo, cariño. Si te casas conmigo, tendrás mi protección y tu club nocturno será una

empresa conjunta británica y china, protegida por la ley. Los japoneses no podrán tocarte.

Sassoon tenía razón, pero no sabía nada de Ernest.

—Me temo que no es tan sencillo.

—Entonces, deja que los japoneses se queden con tu club. Aléjate. No vale la pena morir por él. Si te casas conmigo, tendrás mis propiedades en Shanghái, todos mis bienes: el hotel, los apartamentos, la empresa de transporte, los cines, el hipódromo. Todo.

Qué solemne, su voz. Hablaba en serio sobre la propuesta, pero era imposible. Sassoon era un mujeriego, no me propondría matrimonio. La sangre se me subió a la cabeza.

—Como le dije, sir Sassoon, quizá sea mejor que deje sus bromas para otro momento.

Él suspiró.

—¿Te he dado la impresión de ser un hombre frívolo, cariño? Últimamente, he estado pensando en esto. Tengo sesenta años. Cuando llegas a esta edad, pocas cosas importan. Me gustaría casarme contigo.

Realmente me quería por esposa, y compartiría conmigo su riqueza, su mitad de Shanghái. Esto no lo hubiera imaginado ni en mis sueños más descabellados. Me temblaban las manos.

—¿Cariño?

—Estoy comprometida. Ya ha oído hablar de mi prometido.

—No te preocupes por él. No hay responsabilidad legal entre vosotros. No te demandarán si cambias de opinión. Además, una vez que te cases conmigo, puedes ir a cualquier ciudad que desees. Nueva York. San Francisco. Si quieres evitar cruzarte con él, puedo encargarme de ello.

Me costaba respirar. Me tapé la boca, demasiado sorprendida para hablar. Finalmente dije:

—Pero… pero no lo entiendo. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

—Te admiro desde hace mucho tiempo, cariño; eso lo sabes. Tienes una excelente visión para los negocios. Necesitas horizontes más amplios, y mis propiedades te los ofrecen. Quién sabe, tal vez incluso me construyas otro imperio. Y eres joven y hermosa. Disfruto de tu compañía. ¿Qué dices, cariño?

—Yo… tengo que pensarlo. Le prometo que le llamaré pronto —tartamudeé.

Me sentía mareada. Me había ofrecido un camino fácil, un camino tentador por el que valía la pena arriesgarme a la ira de Cheng y de mi familia. Nunca alcanzaría el nivel de riqueza de Sassoon por mi cuenta, no en esta vida. Y por lo que había dicho, era capaz de cederme gustoso las riendas de su imperio, y todos sus bienes estarían a mi alcance.

Era arrogante, mujeriego, extranjero, pero era generoso y un competidor honorable. No estaba enamorada de él. Pero ¿qué importaba casarse con un hombre que al que no se quería a cambio de ser tan rica como Sassoon y dueña de la mitad de Shanghái?

Sin embargo, Sassoon se equivocaba en una cosa. Su idea no era la solución a la amenaza de Yamazaki; era una vía de escape. Pero para mí, no para Ernest. Yamazaki seguiría buscándolo.

Quizás tampoco fuera un escape, sino una complicación. Porque casarme con Sassoon significaría que tendría que abandonar a Ernest.

Pero la propuesta… La riqueza… La idea de ser la mujer más rica de Asia…

CAPÍTULO 30

Ernest

Después de dos horas de caminata, finalmente llegó a la escuela de Miriam. La había echado de menos. No la había visitado desde que regresara para el semestre de primavera. Pero la escuela estaba en silencio y las instalaciones, normalmente llenas de niños, vacías.

—¿Dónde está todo el mundo? —le preguntó a un barrendero que vio en el patio de la escuela.

A los niños se les había dado un día libre en el zoológico en honor a sir Kadoorie, donde tendrían un concierto al aire libre y un picnic y regresarían más tarde ese día, dijo el hombre en un una mezcla de inglés y chino.

Ernest esperó una hora y finalmente se fue. Miriam estaba con sus amigos; se encontraba en buenas manos.

Acababa de llegar al bar cuando vio que un oficial y dos soldados japoneses con uniformes caqui entraban en el vestíbulo principal. Se preguntó qué estaría pasando. Cuando tuvo la oportunidad, dejó el piano y se dirigió al vestíbulo. Sir Sassoon, rodeado por sus guardaespaldas y el personal del hotel, golpeaba el suelo con su bastón frente al oficial. Pareció haber un momento de estancamiento hasta que el oficial finalmente hizo una reverencia y se fue con los soldados.

—Ernest. —Sassoon lo había visto—. Ven. Toma asiento. Los demás, id a trabajar. Dejadnos solos. Ven a sentarte. Debes ser absolutamente sincero conmigo, Ernest. ¿Habías visto a ese oficial japonés antes?

—No, señor. —Miró hacia fuera, pero los hombres ya se habían ido.

—Bueno, ha estado preguntando por ti. Sabe tu nombre, dice que eres de los Estados Unidos y cree que eres un sospechoso de asesinato que está buscando. Le dije que eres alemán y que estaba tras la persona equivocada. No se mostró muy convencido.

Ernest puso un gesto ceñudo.

—¿Se llama Yamazaki, por casualidad?

—Así que has oído hablar de él.

Ernest respiró hondo y le explicó lo que le había contado Aiyi.

—Soy inocente. Yo no he disparado a nadie.

—Ya veo. —Sassoon suspiró—. Lamento que te hayas visto involucrado en este asunto. Te debo una explicación. Se trata de la seguridad del Asentamiento. No debes decírselo a nadie, ¿entendido? —Cuando asintió, Sassoon continuó—: Esta es una historia bastante larga. ¿Por dónde empezar? En fin, desde que Inglaterra le declaró la guerra a Alemania, he recibido algunas amenazas de los japoneses. Ambicionan quedarse con mis empresas y me amedrentan. Sí. ¡A mí! Así que decidí tomar algunas medidas para fortalecer la protección policial y ordené a los policías sij que reclutaran hombres para salvaguardar el Asentamiento. Bueno, eso fue el año pasado. Las cosas no salieron como debían. Hubo algunos conflictos y un soldado japonés recibió un disparo. Los japoneses han estado investigando durante meses. Ahora, por alguna razón, Yamazaki cree que fuiste tú quien le disparó al soldado.

Ernest se rio nerviosamente. Se había convertido en un chivo expiatorio, y ¿cómo diablos se suponía que iba a protegerse si Yamazaki insistía en cazarlo? Su vida iba bien hasta ese momento: Miriam iba a la escuela, él tenía un trabajo y podía ver a Aiyi con regularidad.

—Tal vez se dé por vencido.

—Nunca se dan por vencidos. —Sassoon negó con la cabeza—. Nadie los entiende, pero sé que los japoneses son un misterio, no una paradoja.

El hombre se manejaba con cautela. Era propietario de muchos hoteles, apartamentos y empresas comerciales en el Asentamiento, pero con la retirada de los Seaforth Highlanders, Ernest se daba cuenta de que era vulnerable.

—Claro —comentó.

—Los tipos del Consejo son tontos. Dijeron que los japoneses eran educados y no representaban una amenaza. Lo único que les preocupa es Europa. Pero los japoneses no traman nada bueno. —Dos surcos profundos se dibujaron en la frente de Sassoon.

Parecía como si el anciano estuviera preocupado por un posible ataque de los japoneses. Pero Ernest se preguntaba si era demasiado aprensivo. El Asentamiento estaba dentro de la jurisdicción de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Una intrusión allí equivaldría a atacar a esos dos países. Era inimaginable ver a un país pequeño como Japón enfrentarse a esos gigantes.

Unos días después, al salir del bar, Ernest vio una revista inglesa sobre una mesa. La revista estaba gastada, con manchas de humedad y fechada en diciembre del año anterior, pero Ernest la leyó con avidez. Dentro había una foto en blanco y negro de tres figuras: un oficial alemán uniformado, con una esvástica; un oficial italiano que llevaba una gorra con un águila y sostenía un *fascio*, el emblema del fascismo, y un oficial japonés con una gorra militar adornada con el sol naciente. Las manos de los tres se unían en un apretón fuerte, con los ojos oscurecidos por la ambición.

¡Las tres fuerzas siniestras del Eje habían firmado el Pacto Tripartito! Ernest estaba asqueado. Ahora se daba cuenta de por qué Sassoon se sentía inquieto. Su miedo a los ataques japoneses no era del todo infundado, ya que, al ser los japoneses aliados de Alemania, todos los británicos que estaban en Shanghái se habían convertido en enemigos de los japoneses.

Se le cayó el alma a los pies. Si estallaba la guerra en el Asentamiento, entonces su empleo, la escuela de Miriam y toda la seguridad que habían construido, incluso sus propias vidas, estarían en peligro.

CAPÍTULO 31

Aiyi

DURANTE DÍAS, LA PROPUESTA DE SASSOON NO ME DEJÓ DORMIR. ASÍ QUE FUI A VER A EMILY, LA ÚNICA persona en la que sentía que podía confiar, con quien podía hablar libremente.

Emily vivía en un apartamento en la Concesión Francesa. Su cocinera me llevó a su dormitorio. Tan pronto como se abrió la puerta, una ola de humo, impregnada de un olor floral repugnantemente dulce, me golpeó. Se me aflojaron las piernas, al mismo tiempo que la ansiedad se apoderaba de mí. Increíble. Estaba fumando el "gran humo".

—¿Emily? ¿Por qué estás fumando? ¿Va todo bien? —En la habitación en penumbra, una vaga figura yacía sobre la cama—. ¿Emily?

—Ya te he oído, Aiyi. —Luchó por levantarse, con el cabello enredado alrededor de su rostro como una nube oscura.

Me senté en un sofá frente a la cama. Una parte de mí quería sermonearla sobre el peligro de caer en el pantano del opio; otra parte entendió que nada de lo que dijera cambiaría las cosas. Mi padre, que fue adicto, me había mostrado todos los aspectos desagradables de la adicción—. Pensé que lo habías dejado. ¿Por qué estás fumando de nuevo?

—Él ya no me quiere.

—¿Sinmay? Por supuesto que te quiere.

Un sollozo reverberó en la penumbra.

—Pero no se irá de Shanghái conmigo. Estoy perdida. Mi vida se acabó. Quiero encontrar otro trabajo, pero no puedo escribir una sola palabra. Estoy seca, gastada, atascada.

—Se te pasará. Todos los escritores tienen bloqueos; Sinmay me lo explicó una vez. Necesitas tomar un poco de aire fresco. Estás desperdiciando tu vida si te quedas aquí fumando. ¿Te gustaría ir al Café Kiessling conmigo? Podemos tomar el té y charlar.

Se quedó en silencio. Su voz todavía era ronca cuando dijo:

—Ya nadie me invita a tomar el té, ni viene nadie de visita.

—Entonces, ¿quieres ir?

Se levantó de la cama, encendió la luz y se sentó a mi lado. Llevaba una bata suelta, que dejaba al descubierto sus hombros y pechos, llenos y ligeramente caídos; sus grandes ojos se veían tristes y cansados; su rostro, pálido. Emily, Emily. Una mujer con muchos talentos, muchos amantes, muchas caras y muchos estados de ánimo, pero completamente sola.

—¿Es esa la bata del hotel de Sassoon?

—Es una bata.

—Mira, Emily. Hay algo muy importante que necesito preguntarte. Me pregunto si puedes ayudarme. Sabes que estoy enamorada de mi pianista y ahora no sé qué hacer.

Se lo conté todo: la amenaza de Yamazaki, mi relación con Ernest y la propuesta de Sassoon.

—¿Sassoon te propuso matrimonio? Ese cabrón. Nunca me pidió que me casara con él. Si te casas, obtendrás su dinero y tendrás protección para tu club.

—No es tan simple, Emily. Voy a abrir las ventanas, ¿me permites?

Se encogió de hombros.

—Entiendo. Ese pianista. Estás enamorada de él. Pero, además, te tienta casarte con Sassoon y acostarte con él porque es rico y puede protegerte.

Supuse que podría acostumbrarme a su estilo, pero si no hubiera visto la habitación llena de

volutas de humo tóxico, no habría creído que había estado fumando. Su mente era aguda y perspicaz. Me apoyé contra la ventana.

—No me he acostado con Sassoon.

—Vamos. Te encanta el dinero.

—A todo el mundo le encanta el dinero.

—Tal vez no tanto como todo lo demás. Dejé a Sassoon por tu hermano.

Miré por la ventana.

—Emily, lo que sí puedo decirte es que haría todo lo estuviera en mis manos para proteger a Ernest.

—Realmente te preocupas por él, ya veo. ¿Qué hay de tu primo-prometido? No importa. Es un matrimonio concertado, y no deberías estar atada a él. Pero ahora tienes que elegir. ¿Sin cuál de ellos no podrías vivir? No se puede tener amor y dinero a la vez.

—¿Por qué no puedo tener ambos?

Ella se encogió de hombros de nuevo.

—Bien. Te acuestas con Sassoon y luego con Ernest. Con uno el lunes, con el otro el martes.

—¡Emily! —grité, indignada. Yo no era una mujer promiscua; era una mujer de principios.

Se quitó la bata y caminó, desnuda, hacia el armario que estaba cerca de mí. Tuve que apartar la vista: la mayoría de las mujeres chinas eran demasiado pudorosas para desnudarse. Sin embargo, Emily no parecía estar avergonzada; abrió un cajón y sacó unas prendas de ropa.

—O te casas con Sassoon y dejas a Ernest.

—Si hubiera querido hacerlo, habría aceptado la propuesta de Sassoon y no habría venido aquí.

—Pero no quieres. Escúchate a ti misma, Aiyi.

Suspiré. Como no estaba dispuesta a renunciar al dinero de Sassoon, vi que no tenía otra opción.

—Pero necesito desesperadamente la protección de Sassoon. ¿Qué haré cuando regrese Yamazaki? Tendré que entregar a Ernest, o Yamazaki se apoderará de mi club.

Emily cogió un vestido de terciopelo y se lo probó frente al espejo.

—Ahora estás razonando, Aiyi. Tienes que idear un plan para proteger tu negocio y a tu hombre. Tal vez puedas hacerle a Sassoon una contrapropuesta y solicitarle que proteja tu negocio.

Esa era una buena idea. Si él se convirtiera en accionista de mi club, mi negocio sería un consorcio comercial protegido por la ley y Yamazaki no podría hacer nada al respecto.

—Pero no hay forma de que Sassoon me ayude si lo rechazo. Se enfadará mucho conmigo. No me volverá a hablar.

—De eso no hay duda. Es vengativo. Me aisló completamente después de que lo dejase. Hará lo mismo contigo, a menos que le des lo que quiere.

Lo que quiere.

—Lo que quiere es hacerme fotos desnuda.

—A mí ya me las ha hecho.

—¡Estás bromeando!

—¿Por qué no? Es mi cuerpo.

Qué mujer… libre, abierta, independiente, dueña de su cuerpo y alma. ¿Podría alguna vez ser como ella?

—Es un buen fotógrafo, Aiyi. No me avergüenza haber aceptado. No es pornografía. Solo lo es para los ojos de un hombre perverso. Y yo salí muy hermosa en esas fotos; deberías verlas. Me

veía joven, atractiva y encantadora. Mírame ahora. —Dejó caer el vestido, ahuecó sus senos caídos y su voz volvió a estar velada por la tristeza—. Esta carne cansada, esta mente en descomposición, este cuerpo sin alma de una anciana.

—El gran humo te hizo esto, Emily —señalé, aprovechando la oportunidad.

Le disgustó mi comentario, igual que les disgustaba a todos los adictos que se negaban a escuchar la verdad.

—Nuestra conversación ha terminado, Aiyi. Haz lo que quieras. Déjame sola ahora.

Fui hacia la puerta.

—Sé que no te gusta que te lo diga, pero debes dejar de fumar, Emily. Eres una mujer extraordinaria. No dejes que el opio tome el control de tu mente. Piénsalo. Te daré la dirección del médico que trató a mi padre. La dejaré en la cocina.

Me miró fijamente con esos ojos oscuros, perspicaces.

Volví a acercarme y le di un abrazo, cosa que pocas veces había hecho con una persona extranjera. Emily no respondió al principio, pero luego, lentamente, me aferró los brazos y me aproximó más a ella.

En el patio, acababa de salir de mi Nash cuando escuché que Peiyu me llamaba para que fuera a la sala. Estaba sentada en una silla de palisandro y llevaba en sus brazos a la bebé.

—Ven, ven, Aiyi. Necesito preguntarte algo. Espera que me acomode. Tengo los pechos duros como rocas y ella no se agarra. —Peiyu, la puritana que se abrochaba la ropa hasta la barbilla, se abrió la túnica y mostró sus senos gigantes. Para alguien que tenía seis hijos, eran impresionantes, perfectamente redondos, mucho más grandes que los míos. Qué raro. Durante toda mi vida había visto a las mujeres cubrirse hasta el cuello, y en un solo día, dos mujeres se habían desnudado ante mí.

—¿Has enviado las invitaciones?

—¿Qué invitaciones? Sí. Ya las he enviado. —Me había olvidado por completo de ellas.

—Entonces no lo entiendo. Las familias de las concubinas dijeron que no las habían recibido. Preferiría que no vinieran, son como la peste, pero parece que ningún pariente ha recibido su invitación. Ya han pasado más de seis meses. Deberían de haberlas recibido.

—Es culpa de los japoneses. Han interrumpido el correo. —Sinmay había entrado en la habitación.

—¿Qué vamos a hacer, esposo?

—Envía otras. —Se detuvo a mi lado y olfateó—. ¿Has estado fumando?

—¿Qué? No. Fui a ver a Emily. Era ella quien estaba fumando.

Sinmay arrugó el entrecejo.

—¿Por qué has ido a verla? Déjala en paz.

—¿Puedes pedirle a tu imprenta que imprima nuevas invitaciones, esposo? —Peiyu retiró a la bebé, ya saciada, de su pecho; el seno gigante, antes perfecto, se había convertido en un recuerdo lejano.

—Después de que pague los salarios de los trabajadores. —Luego se acercó a mi Nash y se subió la larga túnica para entrar. Dijo que su coche se había quedado sin gasolina, así que necesitaba coger prestado el mío.

—¡La boda es en dos meses, esposo!

—Parece que tendremos que posponerla —dije, y me retiré, con prisa, a mi habitación.

CAPÍTULO 32

Ernest

DOS SEMANAS MÁS TARDE, ERNEST ESTABA CAMINANDO POR LA ACERA DEL PASEO MARÍTIMO CUANDO escuchó el zumbido de un avión sobre su cabeza. Era un caza japonés con el símbolo rojo del sol naciente. La aeronave giró sobre el río y voló en círculos sobre el majestuoso edificio del Club Shanghái y sus cúpulas gemelas de estilo barroco, donde los miembros del Consejo Municipal y otros poderosos empresarios celebraban sus reuniones. Antes de poder darse cuenta de lo que estaba pasando, las calles se convulsionaron a su alrededor. Los coches viraban bruscamente, haciendo sonar el claxon; la gente gritaba, enloquecida.

Frente al edificio, un grupo de soldados japoneses gritaba, apuntando con sus bayonetas a varios policías arrodillados en la acera. Jyo estaba entre ellos, con los brazos detrás de la espalda en señal de rendición. Del edificio salieron dando zancadas más soldados japoneses que acompañaban a decenas de empresarios trajeados. Ernest vio a sir Sassoon con su bastón, que golpeaba contra el suelo; cojeaba a un ritmo tan rápido que estuvo a punto de tropezar.

Se le heló el corazón. El Consejo Municipal de Shanghái funcionaba como gobierno administrativo, rectificaba leyes, redactaba permisos comerciales e incluso emitía documentos de identidad para los refugiados como él. Ahora, los japoneses estaban expulsando a todos sus miembros británicos y estadounidenses a punta de pistola.

Más tarde esa noche, el bar hervía con las maldiciones de los clientes. Sassoon se desplomó en una mesa, rodeado de sus guardaespaldas y sus primos, que administraban el hotel. Con el rostro lívido bajo la luz, Sassoon bebió un trago y estrelló el vaso vacío contra el suelo. Rara vez salía de su hotel, solo iba al Club Shanghái para reuniones; ahora lo habían expulsado.

—Los japoneses han cortado las patas de las mesas de billar del club porque eran demasiado altas —dijo alguien.

—Los japoneses han organizado su propia policía —dijo alguien más.

—Están pidiendo la guerra —dijo otro.

Todos guardaron silencio, con la cabeza baja.

Ernest miró una cara preocupada tras otra. El plan de Sassoon para proteger el Asentamiento había fracasado, los Seaforth Highlanders habían abandonado Shanghái y Gran Bretaña luchaba por su vida en Europa. Los británicos que vivían en el Asentamiento se habían quedado solos.

Al día siguiente, el bar estaba inusualmente silencioso. Solo había tres clientes, que comían cacahuetes y bebían martinis. El coronel William Ashurst llegó tarde, se comió sus espaguetis favoritos y se fue a toda prisa. Ernest esperaba que las tardes tranquilas como esa no se convirtieran en algo habitual. Si nadie iba al bar, no habría necesidad de un pianista.

Cuando salió del bar pasada la medianoche, Ernest se puso la Leica alrededor del cuello y se dirigió al muelle donde estaba atracado el buque japonés. A través de la lente de su cámara, podía ver a los marinos patrullando la cubierta. Al amanecer, justo después de que la campana de la Aduana diera las cinco, una lancha motora, cargada con cerveza alemana y cajas de carne congelada, se aproximó al buque.

Apretó el obturador de su cámara.

CAPÍTULO 33

Aiyi

ALUMBRADA POR LA LUZ QUE ENTRABA POR LA VENTANA, ME LIMPIÉ EL POLVO DEL MAQUILLAJE Y LA pintura de los labios y me quité la horquilla de perlas, el collar y los pendientes de oro. Me miré en el espejo. Rara vez arrugaba el entrecejo, para evitar las patas de gallo; nunca me ocupaba de lavar la ropa ni descamaba el pescado, para evitar las manos ásperas, y solo bebía leche de arroz tibia para mantener la piel libre de puntos negros. Había aprendido que, aunque tenía la perspicacia para los negocios que elogiaba Sassoon, mis clientes valoraban más mi apariencia.

Me quité el vestido ajustado y me paré frente al espejo. Mi figura era delgada, ágil; tenía la cintura estrecha y los senos pequeños, pero erguidos. Mi cuerpo no era regordete ni voluptuoso como el de Emily, mis pechos no eran tan llamativos como los de Peiyu, pero era joven y hermosa.

A medida que crecía, me habían dicho que mostrar parte de mi cuerpo y, Dios no lo quiera, el escote, era vergonzoso. Así que, aunque había aprendido las costumbres occidentales en St. Mary's Hall y había visto pinturas de desnudos en las revistas, consideraba que las fotos de desnudos eran escandalosas. Si me dejaba fotografiar desnuda y Cheng o Sinmay se enteraban, me despellejarían. La reputación de mi familia en la ciudad, y la mía propia, quedarían destruidas. No era libre como Emily, y mi cuerpo nunca podría ser una obra de arte.

Abrí mi armario de palisandro para buscar algo que ponerme. Dentro guardaba cien vestidos de seda. Cada uno había sido meticulosamente confeccionado y cuidadosamente doblado. Brillaban en colores turquesa marino, oro metálico, rojo peonía, blanco leche y verde bambú, con varios cierres como ranas trenzadas, nudos en espiral, medallones redondos, botones clásicos y lazos tejidos. Los vestidos eran de suma importancia para mí, como las joyas de mi madre, que guardaba en los cajones junto con los frascos de perfume. Eran el recordatorio de la vida que solía tener.

En uno de los cajones, que tenía un pestillo oculto, guardaba quinientos dólares estadounidenses. Nadie lo sabía, pero también escondía dinero en efectivo en un cajón de mi oficina. "Ahorra siempre dinero para los días difíciles", había dicho mi madre.

Escogí una túnica de seda turquesa del armario y me la puse. Aparté las cortinas de mi cama con dosel y me acosté. Al día siguiente iría a ver a Ernest.

En mi coche, aparcado en un callejón oscuro, Ernest me dijo que había conseguido empleo en el Jazz Bar, que disfrutaba mucho, pero que se estaban gestando problemas en el Asentamiento. Los japoneses habían tomado el control del Consejo Municipal y habían ordenado la disolución del cuerpo policial sij. Todos los británicos estaban asustados.

Lo miré con preocupación.

—Esto es muy grave. ¿Ha ido Yamazaki a tu bar?

—Fue al hotel.

Por supuesto, Yamazaki todavía estaba detrás de él.

—¿Ha vuelto a visitar tu club, Aiyi? ¿Cómo va tu negocio?

—No muy bien. Pero me encargaré de eso. Tú mantente a salvo.

Ernest sonreía, sus ojos brillaban con el tono de azul que se había convertido en mi color favorito, y su mano se había curado por completo; la puñalada le había dejado marcada una línea recta en el centro de sus viejas cicatrices. En un abrir y cerrar de ojos, tomé mi decisión.

Más tarde entré en mi oficina y cerré la puerta. Cogí la foto de mi madre y la puse al lado de la cabeza de Buda. Me arrodillé y recé. Mi madre decía que Buda bendecía la habitación donde descansaba su estatua, pero arrodillándose frente a ellos, no pedí su bendición, sino su perdón. Luego, descolgué el teléfono que tenía cerca del calendario en el escritorio y marqué el número.

Su impecable acento británico se hizo oír una vez que le di mi nombre a su secretaria.

—Cariño, no podía creer que fueras tú. Es un placer escuchar tu voz.

—Prometí devolverle la llamada, ¿no?

—Claro, estoy encantado. ¿Te gustaría almorzar o cenar cuando te parezca bien? Dime, ¿qué tal mañana?

—Una cena estaría muy bien.

—Maravilloso. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—¿Qué tal en el Salón Cathay?

Al día siguiente, llegué al Salón Cathay, un espacio adornado con molduras doradas en el techo y paredes cubiertas de tallas intrincadas, que muchos creían que era el restaurante más lujoso de Shanghái.

Sassoon pidió un menú de doce platos. Habló sobre sus bailes benéficos y fiestas de recaudación de fondos, se lamentó de la falta de mujeres hermosas en la concurrencia y luego se jactó de una cantante famosa con la que se había acostado.

—¿Qué pasa con los clientes japoneses del hotel? ¿Le han molestado? —pregunté.

Se secó la boca con una servilleta negra y meneó la cabeza.

Cuando el octavo plato, pollo al curry, llegó a la mesa, decidí hablar de negocios.

—He estado pensando en su propuesta, sir Sassoon. Su cariño me honra. Este es un sueño para todas las chicas de Shanghái y me ha convertido en la más afortunada. No tengo palabras para agradecérselo.

—Un sí será suficiente.

Sonreí.

—Me pregunto, sir Sassoon, si alguna vez consideraría otro tipo de sociedad conmigo. Una sociedad comercial. Le vendo el cuarenta por ciento de mi club por cien mil dólares estadounidenses. Es un precio justo.

Dejó la botella de cerveza fría y contrajo el rostro.

Antes de que se enfadara y desencadenara un aluvión de preguntas con respecto a mi rechazo de su propuesta, agregué:

—Para expresar mi gratitud por la asociación, también estaré encantada de considerar una sesión de fotos, si todavía está interesado.

Volvió a tomar su cerveza, relajó el rostro.

—Una sesión de fotos.

—Todavía está interesado, ¿no es así? Es para demostrarle mi buena voluntad, y quiero apelar también a la suya, para que me prometa que las fotos nunca las verán otras personas.

—Por supuesto que la gente las verá. Yo exhibo mis fotos. Son arte.

Casi se me cae el tenedor. Fotos mías desnuda colgadas en una pared para que todos las vieran. Era inimaginable.

Sassoon suspiró.

—Bien, cariño, si insistes. Honraré tu deseo. Tus fotos serán privadas. Estaré encantado de ser

tu socio comercial, aunque me rompas el corazón. ¿Considerarás, de todas maneras, ser mi esposa en el futuro?

Asentí.

—Por supuesto que lo haré. ¿Cuándo cree que podremos redactar el contrato?

—Lo tendré redactado en unos días. Y sabes que mi ático es el lugar más seguro de China. Nadie puede entrar sin mi permiso.

Eso creí yo.

Extendió su mano y yo se la estreché.

—Te veré cuando el contrato esté listo.

Acababa de dejar pasar la oportunidad de convertirme en la mujer más rica de Asia, pero no me arrepentí. Con el contrato, podría proteger mi negocio y a Ernest. Si Yamazaki me amenazaba para que le entregara a Ernest, podía negarme.

CAPÍTULO 34

Ernest

A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE, ESTABA A PUNTO DE ENTRAR EN EL HOTEL CUANDO VIO LA FIGURA GIGANTE y ya conocida de Jyo en la acera, con la mano en su Webley, observando a dos soldados japoneses que se subían a una motocicleta. Antes de que Ernest pudiera llamarlo, Jyo se dio la vuelta y desapareció.

La policía sij había recibido la orden de disolverse, Ernest lo sabía, y se preguntó por qué su amigo todavía portaba su arma. Al menos estaba a salvo.

Ernest se deslizó por la puerta giratoria y se dirigió hacia el Jazz Bar situado al final del vestíbulo. Se detuvo a mitad de camino, al ver el hermoso rostro de Aiyi; ella estaba de pie frente al ascensor, con el abrigo de visón negro con cuello de esmoquin, el cabello peinado en pulcros tirabuzones que le enmarcaban el rostro, sus labios —los labios que él había besado con anhelo —, del color de una rosa roja. Su belleza tranquila atraía la luz y la mirada de los huéspedes, pero su admirador más ávido, al parecer, era Sassoon, quien la tomó del brazo y le hizo entrar en el ascensor. Ernest oyó, en un débil murmullo, la palabra “estudio” al otro lado del vestíbulo.

No habría vuelto a pensar en ello si no hubiera sido por la sonrisa nerviosa de Aiyi, el movimiento inquieto e inusual de sus manos y la mirada triunfante de Sassoon, como la que tenía a menudo cuando se dirigía hacia el ascensor con las bailarinas rusas semidesnudas. El pensamiento invadió la mente de Ernest y lo cegó, como el flash de una cámara.

De pronto le desagradó el británico, su elegante traje negro, sus cejas largas y espesas, su suavidad y confianza, incluso su amabilidad. Ernest avanzó hacia el ascensor justo cuando empezaba a cerrarse, justo cuando ella levantó la cabeza y lo vio. “¡No! Vuelve”.

Como si escuchara sus pensamientos, Aiyi dio un paso adelante en el ascensor, pero la puerta se cerró con un clic.

CAPÍTULO 35

Aiyi

ME ALEGRÉ DE QUE LA PUERTA SE HUBIERA CERRADO, ME ALEGRÉ DE QUE ERNEST NO PUDIERA DETENER EL ascensor. Había llegado a ver la mirada en sus ojos, como si lo supiera. Por un momento pensé en confesarle mi plan. Sin embargo, hacerlo sería un desastre. ¿A qué hombre le gustaría imaginar a su amante desnuda frente a otro hombre?

—Nos ha visto —dije.

—¿Ernest? Toca bien el piano, pero también tiene una mente aguda. Será un gran hombre de negocios —señaló Sassoon.

—¿Le ha contado algo? —pregunté.

—Claro que no. Debes confiar en mí, cariño. Soy un hombre de palabra.

El ascensor se detuvo en el undécimo piso y Sassoon, con su intrigante estilo habitual, mantuvo la puerta abierta con una mano.

—¿Vamos?

Entré en su ático, el lugar más seguro de Shanghái.

Abrió la puerta del estudio. Había una penumbra confortable y fuerte aroma de claveles frescos, humo de cigarro, almizcle y lavanda. El aire era cálido, suave como la seda. No había música, solo un zumbido bajo que provenía de una máquina en alguna parte. Sassoon se me adelantó; su bastón apuñalaba la exuberante alfombra persa.

Todavía podía echarme atrás, disculparme, incumplir el contrato y salir corriendo.

La puerta se cerró con un ruido metálico.

La luz estaba encendida. Me enfrenté a un ramo de claveles blancos y grandes colocados en un jarrón azul esmaltado; cerca había una mesa pequeña, una manta de piel de leopardo sobre un sofá y un trípode que parecía una araña. Estábamos solo Sassoon y yo. Nadie más.

Una Sociedad de Naciones de mujeres me miraba desde la pared. Todas estaban desnudas, en varias poses; las miradas y el largo de los muslos eran diferentes en cada una. Algunas eran audaces; otras, tímidas. Me sentí mareada.

—Pareces nerviosa. —Sassoon cojeó hasta el trípode.

Qué eufemismo. Me aclaré la garganta.

—No lo entiendo, sir Sassoon. ¿Por qué le gustan las fotos de mujeres desnudas?

—Cariño, no debes considerarme un perverso.

—Claro que no. Solo un hombre de gustos perversos.

Se rio de una manera pícara.

—Tú no entiendes a los hombres; no me entiendes. Nadie me entiende, y no me importa. Puedes sentarte en el salón.

Me senté como me sugirió, pero aún no estaba lista para quitarme la ropa; sentía la garganta en carne viva.

—Aquí está el contrato.

Me entregó una carpeta. Dentro había una hoja con el membrete del hotel y su firma. Ahora era socio de mi club y los fondos, cien mil dólares, pronto serían transferidos a mi cuenta.

Metí el contrato dentro de mi bolso. Mi cabeza daba vueltas.

—¿Necesitas ayuda con tu abrigo, cariño?

—No hace falta.

—Estaría más que feliz de ayudarte, cariño.

—Socio, déjeme ser clara: me mostraré frente a la cámara, no entre las sábanas.

Él suspiró.

—Espero que cambies de opinión.

—¿Me promete de nuevo que nadie más verá estas fotos?

—Ni aunque se incendiara el edificio, cariño.

La luz, el calor, la cámara. Sudaba. Desnudarme frente a Sassoon era un asunto muy diferente a hacerlo frente a Ernest. ¿Qué iba a decirle a Ernest?

Me quité el abrigo de visón, me desabroché el vestido y me lo quité. Luego, me quité la ropa interior de seda y las medias de encaje y me recosté en el sofá Chesterfield. Tenía una pierna apoyada contra el cuero frío y la otra levantada, sobre la cual apoyé mi brazo tembloroso. Incliné la cabeza en dirección opuesta a la cámara; fijé la mirada en los claveles del jarrón. Tenía ganas de levantar la mano, de protegerme la cara y el cuerpo de la desnudez, de esa exposición.

Sassoon contuvo el aliento y me estremecí, temiendo que se abalanzara sobre mí. No lo hizo, solo se tambaleó hacia la luz blanca para ajustar algo frente a la cámara. Luego se volvió en mi dirección; sus ojos oscuros no parecían divertidos, sino pensativos; me recordaban su poder abrumador y la posibilidad de que reaccionara con violencia si algo salía mal.

—¿Estás lista?

"No", pensé. La cámara destelló; el mar de claveles creció, los pétalos pálidos como la piel blanca. En la oscuridad que siguió, estaba segura de que un pedazo de mi alma me había sido arrebatado. "¿Qué he hecho?", me pregunté.

Al salir del ascensor, escuché el piano del Jazz Bar, que sonaba atronador, como si del cielo llovieran fragmentos de cristal. De pie cerca de un pilar, observé a Ernest a distancia: el perfil afilado, los ojos enloquecidos, cada nota un reproche.

Di media vuelta y me fui lo más rápido que pude.

Ya en mi oficina, miré el contrato. Enviaría una copia a la oficina de impuestos para que supieran a partir de ahora que mi club era una empresa conjunta protegida por la ley del Asentamiento. Se lo notificarían a Yamazaki. No tendría poder para confiscar mi club y Ernest estaría a salvo.

Sin embargo, me sentía enferma. Saqué una botella de whisky que había guardado y bebí. Bebí hasta que las sillas, la estatua de Buda y la foto de mi madre comenzaron a flotar. Vi el perfil nítido de Ernest e imaginé que las fotografías de mi cuerpo desnudo llovían en las calles mientras la gente las miraba, riéndose.

CAPÍTULO 36

Ernest

La gente reía, bebía y gritaba, pero él no oía nada. Golpeaba el piano con todas sus fuerzas. Sus manos saltaban de tecla en tecla, cada vez más rápido, sus hombros temblaban y todo su cuerpo rebotaba siguiendo el ritmo furioso, desatando una marcha iracunda contra Sassoon, contra su codicia, contra su perversa afición. La fotografía de desnudos era inmoral ¡y él debería haberla condenado cuando tuvo la oportunidad! También estaba enfadado con Aiyi, por haberse convertido en una corista, un juguete, una tonta. Se había equivocado con ella; amaba el dinero más que nada, más que a sí misma. ¿Acaso lo amaba a él?

El aire que respiraba se le retorcía en el pecho, el sudor brotaba de su frente, y en el estómago le crepitaba un fuego salvaje. Sus manos corrían solas, sus notas eran una tormenta furiosa. No veía nada, no oía nada, no pensaba en nada; los sonidos que él mismo creaba lo invadieron y lo secuestraron.

Finalmente, se detuvo y liberó el aire cautivo en su pecho. Por un instante se quedó sentado, mirando las cicatrices en su mano, sintiendo el fuego de su estómago. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Alguien lo llamó. Por entre la luz que lo enfocaba, distinguió la figura de Sassoon. Parecía estar de buen humor; su bigote se curvaba como dos alas desplegadas. Le pidió que interpretara a Mozart. Dijo que no le gustaba Chopin.

Ernest negó con la cabeza. Si lo despedía, que así fuera.

Sassoon apoyó las manos en el bastón cubierto de plata.

—He tenido un buen día, un muy buen día, joven. Por fin ha pasado algo que llevaba anhelando durante años. Podría mostrarte las fotos, pero prometí discreción. Son lo mejor de mi trabajo, lo garantizo.

Ernest quería estrangular a Sassoon.

—Estás de mal humor, jovencito. ¿Tiene esto algo que ver con la señorita Shao? Déjame preguntarte… ¿cuánto tiempo hace que estás en Shanghái, Ernest?

—Más de un año.

—Llevo en Shanghái casi quince años. La vida no es fácil aquí para un soltero rico.

Ernest resopló.

—Soy el soltero más rico de Asia, pero también el hombre más solitario de este planeta. Las mujeres buenas de familias honorables no cruzan océanos para encontrar un esposo, y aquellas que sí lo hacen quieren cualquier cosa menos un esposo.

Así que Sassoon era la presa de las mujeres depredadoras; qué patético. ¿En qué clase de mundo vivían? ¿Acaso existía alguna mujer decente?

—La señorita Shao es una mujer joven, hermosa, inteligente y sensata para los negocios. No hay muchas como ella. No es judía, una lástima, pero merece todo mi respeto y el tuyo, con razón. Ya soy viejo, Ernest. Ella me hace sentir joven y creo que podría volver a enamorarme.

Ernest sintió náuseas.

—Casi me caso con una mujer cuando estudiaba en Cambridge. Pero su familia me rechazó porque yo era judío. Ahora eso ya es agua pasada. —Sassoon suspiró, como si fuera capaz de sentir algo—. El mundo de los negocios es tedioso, duro y precario. Solo a través de la lente de la cámara encuentro la belleza y la alegría. Tú eres fotógrafo, entiendes de qué hablo.

No. Nunca podría entender la perversión, y estaba equivocado. Sassoon, un hombre rico que

coleccionaba mujeres como trofeos, nunca podría ser su amigo. Ernest siguió tocando, buscando las notas de la veracidad y el compañerismo en la música. Chopin, siempre su favorito, y Schumann. Cuando volvió a levantar la vista del teclado, Sassoon se había ido.

No debería culpar a Aiyi. Solo tenía veintiún años, todavía era una muchacha, pero ya era una empresaria en ese mundo voraz manejado por hombres, en esa precaria ciudad gobernada por los japoneses. Ella había hecho mucho por él; lo había ayudado a ponerse de pie, le había dado un lugar donde vivir, lo había colmado de apoyo y protección cuando él menos lo esperaba.

Un amor que no podía aceptar los defectos del amante era un amor egoísta. Él no sería egoísta. La amaría en su totalidad, su belleza, sus sonrisas, sus secretos, sus errores y sus imperfecciones.

Comenzó a tocar de nuevo; un toque tierno, un golpe amoroso y una pulsación prolongada. Y dejando que las yemas de sus dedos largos besaran las teclas como sus labios besarían los de Aiyi, suavemente, con nostalgia, comenzó a interpretar el "Claro de luna" de Debussy.

Alrededor de la medianoche, salió del bar. Los edificios *art déco* frente al mar estaban envueltos en oscuridad; solo las luces provenientes de los bancos cerrados iluminaban las calles. Con la Leica alrededor del cuello, caminó hasta el buque de guerra japonés por el Puente del Jardín. Le llamó la atención un movimiento.

Una linterna partió la oscuridad de la noche. Provenía de un buque de guerra que estaba en el río; un oficial japonés uniformado estaba subiendo a una lancha motorizada cerca del buque. Luego, con los motores rugiendo, la lancha se puso en movimiento, siguiendo un rayo rojo enviado desde la casa del puente.

Ernest tuvo un presentimiento. Los japoneses no estaban tramando nada bueno.

La lancha llegó a un muelle improvisado cerca de del puente de mando; el oficial salió y levantó la linterna. Ante esa señal, otro barco de casco ancho con una torre de artillería se deslizó cerca; desde dentro, un grupo de ocho militares japoneses saltaron al muelle. Hicieron una reverencia al oficial, saltaron luego a la lancha más pequeña y se ocultaron debajo de una tienda de lona que la cubría casi por completo.

Ernest preparó su cámara y corrió en silencio para acercarse. Acababa de encontrar un buen lugar detrás de un poste de telégrafos cuando los militares abandonaron la lancha y saltaron al muelle, cada uno con un fardo de ametralladoras pesadas.

De manera cuidadosa y disciplinada, trasladaron las ametralladoras de la lancha motorizada al barco cañonero.

¿Los japoneses estaban armando sus fuerzas en secreto con el propósito de prepararse para un ataque? Con el corazón palpitante, Ernest levantó la cámara. Estaba lo suficientemente cerca para tomar fotografías, pero tenía que encender el flash, arriesgándose a que lo vieran. No podía dejar pasar el momento. Jyo debía ver aquello; el Asentamiento tenía que estar preparado. Levantó la cámara, apuntó al grupo y presionó el obturador.

La luz blanca iluminó la cara del oficial, que tenía un lunar visible debajo de un ojo. Rápidamente, Ernest tomó más fotos mientras sus oídos se llenaban de los gritos de sorpresa en japonés.

Sonó un disparo.

"¡Mierda!". Se dio la vuelta y corrió.

Otro disparo.

La calle frente a él parecía demasiado oscura y distante. Solo un rato más tarde, cuando

finalmente pasó junto a una hilera de edificios *art déco* y se metió en un callejón, sintió que algo goteaba por su brazo.

Ya en su apartamento, se dejó caer en la cama. Un dolor insoportable le recorría el cuerpo. Una bala lo había rozado; la sangre le goteaba desde el hombro hasta el brazo y la mano llena de cicatrices; la chaqueta gris topo y la camisa Oxford se le pegaban al pecho como un traje de baño mojado. Con pura fuerza de voluntad, se quitó ambas prendas y cogió una pequeña botella de coñac que había recibido como regalo de un cliente del bar. Bebió algunos tragos y, apretando los dientes, vertió el líquido en su brazo. Gritó. Jadeando, se ató una corbata para detener la hemorragia. Todo el proceso fue como frotar su carne contra una cuchilla. Por la mañana volvería a ver a las monjas católicas del hospital. Pero esto debía de ser una maldición: primero le habían apuñalado la mano derecha, y ahora le habían disparado al mismo brazo.

Se tumbó en la cama. Los japoneses estaban tramando algo peligroso.

CAPÍTULO 37
OTOÑO DE 1980

Peace Hotel

La memoria es un bosque que se transforma con las estaciones. Se desborda en verano, se seca en otoño, muere en invierno y vuelve a brotar furiosamente en primavera. Ahora, mientras hablo con la estadounidense sobre Ernest, sobre mi pasado, veo que el bosque de mi memoria vuelve a crecer lozano.

Pero ¿cómo había dejado escapar mi viejo secreto de las fotos de desnudos a una mujer que casi no conozco? Ojalá hubiera mantenido la boca cerrada. Así que cambio de tema.

—Shanghái era un desastre en la década de 1940. Se la llamaba la isla solitaria, abandonada por el resto del mundo.

—He oído hablar de eso, señorita Shao. La isla solitaria. Pero… ¿rechazó la oferta de sir Sassoon? ¿Cómo llegó a ser la dueña de este hotel, entonces?

—Lo compré. Hace cuatro años. El hotel estaba mal administrado y al borde de la bancarrota.

—Entiendo. Permítame decirle, señorita Shao, que su espíritu emprendedor está bastante adelantado a su tiempo y su relación con el señor Reismann es una historia increíble.

—¿Quiere decir que mencionará los desnudos en el documental? —pregunto con cautela.

—Son obras de arte, señorita Shao. Por supuesto que los mencionaré.

—Preferiría que no lo hiciera.

La señorita Sorebi se pasa la mano por el pelo.

—Estoy dispuesta a considerarlo si no se siente cómoda. Una cosa que puedo prometerle es que no haré un informe sensacionalista. Entiendo que sería incómodo tener que vérselas con un escándalo a su edad.

La examino, observo sus ojos, su nariz y sus labios. Un toque de rosa, un tinte de emoción, ha emergido en sus mejillas, y hunde la mano en el pelo con frecuencia. Está nerviosa.

—Su sombrero es muy bonito —le digo.

—Gracias. Me encanta este sombrero. Le aseguro, señorita Shao, que no tiene de qué preocuparse acerca de los desnudos. Por lo que sé, no hay desnudos en la colección de Sassoon.

Mi corazón se sobresalta.

—¿La colección de Sassoon?

—La Universidad Metodista del Sur en Dallas, Texas, tiene una colección de los diarios, las cartas y fotografías de Sassoon. También encontré una copia de la revista en la que aparecía el señor Reismann. Se llamaba *Buen amigo*. Dice que fue el pianista de jazz más popular de Shanghái. Estoy intrigada. ¿Cómo llegó un pianista a convertirse en un hombre rico y luego salvó la vida de muchos refugiados?

Giro mi silla de ruedas para alejarme de ella.

—Estoy bastante cansada, señorita Sorebi. ¿Sería tan amable de reunirse conmigo mañana?

Me mira a mí y luego a Phoenix.

—Mañana sería perfecto, señorita Sorebi —dice Phoenix para ayudarme.

—Fantástico. Daré un paseo y visitaré el Edificio Embankment, ya que tengo tiempo. Me servirá para la investigación. —Guarda su cuaderno.

—¿Cuánto tiempo hace que es documentalista, señorita Sorebi? —pregunto.

—Cinco años. Tengo dos socios; somos una pequeña empresa productora de documentales. Todavía no hemos ganado un Oscar. Hacer documentales no es rentable, pero disfruto investigando.

—¿Por qué decidió hacer la exposición sobre los judíos de Shanghái?

—Siempre me ha interesado Shanghái. Ya había estado aquí antes.

—¿Para la exposición?

—No, no para la exposición. Cuando estaba haciendo mi investigación, en 1977, me dijeron que los extranjeros no eran bienvenidos en la ciudad. Entonces, realicé todas las entrevistas por teléfono y conocí a muchos supervivientes en persona en los Estados Unidos. Muchos judíos de Shanghái llegaron a mi país y se convirtieron en profesores o abogados destacados, y fue fácil encontrarlos.

—Entonces, ¿cuándo vino a Shanghái?

—A finales de la década de los cincuenta, como turista. Casi me arrestan.

—¿Por qué?

Ella se pone el sombrero.

—Bueno, yo era una adolescente tonta. No sabía mucho sobre este país. Recién llegada a la ciudad, vi un letrero en el ascensor del hotel que decía: "*The People's Party*". Se necesitan pases especiales", así que pensé que podría ser una fiesta divertida. Estaba solo dos pisos por encima de mi habitación, así que fui por las escaleras. Cuando llegué allí, no había música y todos me miraban. Dos guardias uniformados me hicieron ponerme contra la pared. Pensaron que yo era una espía.

Me río. Solo los jóvenes estadounidenses podrían confundir el significado de *party* y creer que se refería a una fiesta y no al Partido Comunista.

—No tendría que haberse preocupado. El gobierno no arresta gente en los hoteles.

—¿Por qué no?

Los estadounidenses escuchan todo tipo de noticias sobre China en la televisión, pero pocos entienden cómo es vivir aquí. Shanghái hoy es probablemente la ciudad más segura del mundo, donde una joven soltera puede vagar a medianoche sin que nadie la acose. La mayoría de las personas son amistosas, hospitalarias y muy humildes.

Phoenix se está aclarando la garganta. Así que digo:

—La veré mañana en el Salón Cathay a las once para el almuerzo. ¿Ese horario le parece bien?

—Claro, allí estaré. Y llevaré algunas fotos para mostrárselas. Pero, discúlpeme, tengo que preguntarle algo que está grabado en mi mente. Usted conoce bien el valor del hotel. Vale millones. ¿Por qué me propone donármelo?

Esperaba esa pregunta.

—¿Acaso no desea aceptarlo?

—Oh, Dios mío. Sí, por supuesto, me encantaría. Es solo que, ya sabe, esto es muy difícil de creer.

Qué costumbre tan interesante la suya de exclamar continuamente.

—Usted ha pasado tres años en un proyecto en el que está incluido el hombre que más quiero, y es la primera persona que investiga sobre la difícil situación de los judíos en Shanghái. Creo que se merece la recompensa. Y no olvide que aún tiene que producir un documental y mostrárselo al mundo.

—Será un placer. Creo que la supervivencia del señor Reismann en Shanghái y su relación con usted tocará el corazón de muchas personas en la actualidad. Pero ¿puedo preguntarle, señorita Shao, por qué desea que se haga un documental sobre él?

Respiro hondo y respondo

—Porque le hice a ese hombre algo imperdonable, señorita Sorebi.

CAPÍTULO 38
AGOSTO DE 1941

Ernest

DURANTE MUCHOS DÍAS DESPUÉS DE QUE DESCUBRIESE QUE LOS JAPONESES TRAFICABAN CON ARMAS EN secreto, Ernest, con la cámara alrededor de su cuello, había pasado todo su tiempo libre buscando a su amigo gigante para advertirle. Pero, para su decepción, Jyo no aparecía.

Sassoon podría usar el rollo de película y alertar al Asentamiento si fuera necesario, pero Ernest todavía estaba enfadado con él. Sin embargo, después de mucho cavilar, decidió dejar de lado sus sentimientos personales por el bien del Asentamiento. Finalmente, un día de agosto, pidió en la recepción si podía ver a su jefe, pero le dijeron que no: Sassoon estaba ocupado.

De repente, parecía que los británicos de la India e Inglaterra se habían esfumado de las calles y del interior del hotel. Cuando levantaba la vista de su piano, Ernest veía estadounidenses que bebían y miraban a los japoneses, que ocupaban todo el bar. Con una mirada misteriosa, los japoneses lo observaban fijamente. Se estremeció ante una punzada de dolor en la herida de su brazo, que las monjas le habían cosido.

Llegó el otoño. Una noche, después de que todos los clientes se fueran, Ernest se preparó para irse. Fuera del bar, el vestíbulo estaba casi vacío. Los apliques apagados se destacaban en las paredes como arañas negras. Era pasada la medianoche; había pocos huéspedes deambulando, el único sonido era de sus zapatos y el suave zumbido de las rejillas del radiador. Tuvo una sensación espeluznante, como si estuviera caminando en un bosque donde todos los seres vivos estaban conteniendo la respiración.

—¿Has visto a sir Sassoon? —le preguntó al botones, un joven flacucho de largos brazos que estaba junto a la puerta giratoria.

Meneó la cabeza.

—Está descansando, señor.

—Que pases buena noche.

Ernest saludó con la mano a Miriam cuando apareció en el patio lleno de niños refugiados que tiritaban con sus chaquetas negras finas. Había estado lloviznando toda la mañana y el aire era frío. Había caminado durante una hora y cambiado cinco veces de autobús —dos de los cuales se habían detenido en el camino por averías— para verla.

Había contado el dinero ahorrado: casi cien dólares estadounidenses. No estaba nada mal, después de haber pagado la escuela de verano de Miriam, el semestre de otoño, la familia anfitriona, la ropa y el alquiler de un año de su apartamento. Ese día llevaba un abrigo y un bolso de lona para Miriam.

—¿Qué haces aquí, Ernest?

Miriam se puso de pie, vestida con una chaqueta negra sobre una blusa blanca con corbata y una falda negra, de la señora Blackstone, supuso su hermano. Parecía una puritana elegante. Estaba asombrado, desprevenido. ¿Desde cuándo su hermana pequeña se había convertido en una mujer? Pero la indiferencia en el rostro de Miriam lo atravesó.

—Te he comprado este abrigo. —De repente se sintió incómodo. Solo había podido verla unas pocas veces en los últimos meses, ya que se alojaba en la casa de los Blackstone durante el verano—. Necesito decirte algo importante. ¿Quieres comer algo? Vamos. He hablado en la escuela, así que podemos pasar un rato juntos.

La acompañó fuera de la escuela y cruzaron la calle hasta una tienda que vendía *baozi*, *youtiao*

y pasteles fritos con cebollas verdes.

Miriam eligió dos *youtiao*, tiras de masa de harina frita.

—¿Qué hay en tu bolso?

—Es para ti. Mira, quiero advertirte. Shanghái entrará en guerra y…

—Ya lo sé.

—¿Cómo te has enterado?

Ella se encogió de hombros.

—Por el señor Blackstone. Dijo que sus colegas se iban de Shanghái. Él también lo está pensando. Dijo que los alemanes están ganando la guerra en Europa y que han bombardeado fábricas de aviones y estaciones de radar en Londres. ¿Cómo se llama…? Churchill, ¿verdad? Churchill ha hecho retroceder a la armada de China a Singapur, y qué más… No recuerdo.

El señor Blackstone debía de tener una radio escondida en el armario o algo así.

—Y tenemos nuevos niños refugiados de Europa que llegan todos los días. Ayer vinieron cien. La escuela tendrá que dejar de recibirlos. Está demasiado llena.

Fue triste escucharlo, pero no había nada que pudiera hacer. Sassoon tenía razón: seguían viniendo y la gente del hotel también se quejaba. "Las comunidades judías ya no pueden soportar la carga de los refugiados. Los refugiados son la escoria de la sociedad en Europa". El nuevo Consejo Municipal, gobernado por los japoneses, agregó una tarifa de procesamiento adicional y exigió ver las pruebas de solvencia financiera de los refugiados antes de permitirles la entrada.

Todavía no había recibido ninguna respuesta de sus padres, y los transatlánticos habían dejado de atracar en el muelle. Pero no podía mencionar su preocupación por ellos. Miriam se enfadaría.

—Bueno, Miriam, es posible que tengamos que irnos de Shanghái pronto. Pero lo tengo todo preparado. No debes preocuparte.

Miriam se quedó mirando la bolsa de lona.

—El señor Blackstone dice que Estados Unidos es neutral. Los estadounidenses están a salvo en Shanghái.

—No sería así si llegase a estallar la guerra. Encontraré otra escuela para ti en otra ciudad.

—Si nos vamos, ¿cómo nos encontrarán mamá y papá? El señor Blackstone dice que las comunicaciones internacionales han sido cortadas. Los correos no pueden llegar a Europa.

El señor Blackstone esto, el señor Blackstone aquello. Su voz tenía una nota de confianza y deferencia que irritó bastante a Ernest. Nunca le había hablado en ese tono. Ernest respiró hondo.

—Espero que tenga razón. Pero recuerda, soy tu hermano y soy quien te cuida.

Miriam volvió a encogerse de hombros.

—Me vuelvo al colegio.

—No olvides el bolso y el abrigo.

Miriam cogió el abrigo y se colgó el bolso al hombro. Cuando él abrió los brazos para abrazarla, ella se echó hacia atrás y se alejó.

Había crecido, ahora era una mujer, era tímida, se dijo, viendo alejarse su alta figura.

Acababa de llegar a un edificio de apartamentos de gran altura llamado Hamilton House, con la bandera de los Estados Unidos y la Union Jack del Reino Unido ondeando en las ventanas abiertas, cuando vio un desfile aproximarse. Las trompetas, los cuernos y los tambores tocaban "The Stars and Stripes Forever", una melodía familiar que había escuchado silbar a los marineros estadounidenses en el bar.

Fue un alivio, un impulso a la confianza, ver a las fuerzas armadas. Así que Miriam tenía

razón. Con el Cuarto Regimiento de Infantería de Marina, los estadounidenses estaban protegidos, al menos. Corrió a la acera, se paró detrás de tres ejecutivos que llevaban archivadores, una chica que cargaba una funda de violín y una anciana que caminaba con un cocker spaniel y observó.

El líder del desfile llevaba una visera de oficial de color verde oliva. Ernest lo reconoció; era el coronel William Ashurst. Estaba cantando, y su rostro se veía pálido y marcado por las preocupaciones. Detrás de él estaban el Cuarto Regimiento de Infantería de Marina, todos equipados con sus chaquetas y las bolsas de tela que contenían sus utensilios alrededor de la cintura. Mientras marchaban, cada uno de ellos tiraba de la correa que les cruzaba oblicuamente el pecho, sosteniendo lo que podría ser un rifle Garand semiautomático o tal vez una metralleta Thompson.

El ritmo de las trompetas, los tambores y el canto levantaron el ánimo de Ernest. Caminó, siguiendo el desfile, y saludó al coronel, que no le hizo caso. Cuando el regimiento llegó al muelle del río, el canto cesó. El coronel saludó y gritó, y el regimiento saltó sobre un gran transatlántico blanco detrás del crucero *USS Wake*.

Alguien de la multitud gritó, y le siguió una serie de sollozos. Alguien más gritó: "¡Dios los bendiga! ¡Adiós!".

Era un desfile de despedida. Ernest escuchó a alguien decir que los estadounidenses iban a navegar hacia Filipinas.

Se le cayó el alma a los pies. Primero los Seaforth Highlanders, y ahora el Cuarto de Infantería de Marina. Observó el buque de guerra japonés *Izumo*, las chimeneas que expulsaban humo y la cubierta repleta de espadachines y soldados uniformados. Río abajo, bajo el sol sombrío, los buques grises estadounidenses y británicos vacíos, sin su tripulación, no parecían más que dos barcos de papel.

Debía irse antes de que estallara la guerra. Pero ¿qué pasaría con Aiyi? Todavía la deseaba, siempre la amaría. ¿Pero ella lo querría? ¿Se iría de Shanghái con él?

CAPÍTULO 39

Aiyi

DURANTE LA CENA, SINMAY SE QUEJÓ DE QUE LAS MUJERES SE HABÍAN REBAJADO, PORQUE HABÍA escuchado de sus socios que Sassoon se había jactado en un banquete de que había convencido a una mujer prominente de Shanghái para que posara desnuda en su estudio de fotografía.

Hui de la mesa antes de que se enfureciera. Parecía poco probable que supiera que era yo, y Sassoon había prometido no mostrar mis fotos. Pero me había olvidado de exigir su silencio. ¿Había revelado mi nombre? ¿En qué me había metido? Quería salvar mi club y proteger a Ernest, pero tal vez mi nombre ya estaba en boca de todos.

Los meses transcurridos desde que posara para Sassoon habían sido de tormento y lágrimas. Cuando Peiyu notificó a mis familiares que mi boda se suspendía debido al problema con el correo, casi no pude sentir alivio. Cada día pensaba en Ernest y deseaba verlo y explicarle lo ocurrido; cada noche me sentía tentada de desviarme hacia el hotel. Sin embargo, su furiosa interpretación del piano había hecho estallar mi cabeza. Él no me perdonaría; me atacaría, como Cheng, como cualquier hombre chino que poseyera el cuerpo de una mujer. Todo había terminado entre nosotros. No dormía ni comía bien. Lloraba hasta quedarme dormida.

En el club, me cubría con túnicas largas y un abrigo, e hice todo lo posible para administrar el negocio, que había decaído desde la visita de Yamazaki. Había lanzado algunas promociones que habían atraído a clientes desesperados que buscaban entretenimiento barato, pero muchos optaron por mantenerse alejados. Oculté al público la noticia de la sociedad con Sassoon, esperando su pago. Pero su cuenta bancaria estaba bajo inspección japonesa, según escuché, lo que significaba que habían congelado sus fondos. Tuve el terrible presentimiento de que mi plan había salido mal.

Después recibí una llamada telefónica de Emily, quien me pidió que me encontrara con ella en el muelle.

—Quiero despedirme antes de irme —dijo, con una maleta de cuero cerca de sus pies.

A nuestro alrededor, una multitud de cargadores, con las espaldas encorvadas por las maletas, aullaban y se tambaleaban, y los pasajeros vestidos con abrigos negros corrían hacia la pasarela de un vapor de dos pisos que iba a Hong Kong.

El cielo estaba gris, al igual que las nubes. Incluso el vapor, que eructaba ruidos, estaba enmascarado en gris. Pero el agua era de un amarillo fangoso brillante, donde flotaban coronas de basura negra y farolillos de papel empapados que las familias pobres arrojaban para guiar las almas de sus familiares fallecidos.

Se me humedecieron los ojos. Tenía tanto que contarle: mis fotos, mi tormento… Hacía meses que no veía a Ernest y sentía que me moría. Quería pedirle consejo sobre lo que debería hacer con él. Ella era la única persona que me entendería, la única amiga que podía tener.

—¿Por qué te vas, Emily?

—Me diste la dirección del médico —dijo. Pero yo nunca había querido sugerir que debía irse de Shanghái—. Ya es hora de que me vaya —agregó.

Parecía diferente; vestía una blusa de seda blanca con volantes en el cuello, una chaqueta de lana de color rojo oscuro y pantalones negros de perneras anchas. En la cabeza llevaba un elegante sombrero bicornio de terciopelo rojo con un lazo. No estaba llorando; a su mirada letárgica la había reemplazado la calma perspicaz que amaba ver en ella.

—Los tratamientos fueron horribles. Todavía te maldigo.

—¿Sinmay sabe que te vas?

Se bajó el sombrero.

—No.

El amor era un enigma. Emily amaba a Sinmay, pero había decidido dejarlo. Yo quería ver a Ernest, pero tenía que mantenerme alejada de él.

Las lágrimas amenazaban asomar, le di a Emily una bolsita de tela roja que saqué de mi bolso; dentro había una hoja de jade, hecha a medida por el mejor joyero de Shanghái; era un símbolo mío, una hoja de jade que crecía en una rama de oro.

—¿Ese es tu nombre, el que está escrito en la hoja? Qué hermoso. La guardaré como un tesoro. ¿Sabes? Hay algo de lo que me arrepiento. Ojalá hubiera escrito un artículo sobre ti, la primera mujer empresaria de China. Has hecho cosas extraordinarias, has contratado a mujeres y extranjeros. ¿Sigues enamorada del pianista?

¿Que si *seguía*? Como si el amor fuera una copa de vino que se puede vaciar fácilmente.

—No recuerdo lo que te dije, Aiyi. Espero no haberte dicho nada desastroso. Lo sabes mejor que yo: Vosotros dos no funcionaríais juntos. Terminarás sola. Como yo. Expulsada de Shanghái. Rechazada por ambas partes. —Su voz era triste, hueca.

—Pero…

—Es por tu propio bien. Los chinos tienen estas costumbres y tradiciones sofocantes. Estás mejor sin él. Aún eres joven. Lo superarás. —Se oyó una sirena y un grito en cantonés. Se iba a levantar la pasarela y el vapor soltaría amarras.

Emily recogió su maleta.

—Emily…

—Me he encariñado bastante contigo, Aiyi. Ojalá nos hubiéramos hecho confidentes hace años. Eres una amiga que me encantaría conservar. Pero no llores. Vine a Shanghái con el corazón roto. No quiero irme con lágrimas en los ojos.

Subió por la pasarela y embarcó. Un momento después, apareció en la barandilla de la proa, donde se volvió hacia la ciudad y levantó la mano para limpiarse la mejilla.

La sirena sonó y el vapor expulsó una nube de humo ascendente. Luego se alejó del muelle.

Me di cuenta de que, en el río de la vida, la gente iba y venía como los barcos. Llenos de vapor y ruido, atracaban y todo terminaba arrastrado por un viento que no podías predecir. El barco de Emily se había ido. Después de todo, nunca habíamos tomado el té en Kiessling’s, y era posible que nunca nos volviéramos a ver. ¿Ernest, como Emily, también se iría de mi vida?

Empezó a llover, un rocío silencioso, una niebla de susurros que dejaba la calle resbaladiza como aceite de cacahuete. El Nash salió demasiado lento del muelle: demasiados *rickshaws*, demasiada gente con túnicas y trajes. Dos calles más hasta el cruce, tres giros me separaban de él.

Fui directo al Jazz Bar. Allí estaba, tocando el piano en el local vacío. Le había crecido una barba incipiente y su cabello era más largo, casi le llegaba a los hombros. Los rizos rebotaban alrededor de sus mejillas mientras tocaba. Su música era una meditación tranquila, una melodía esperanzadora, como si estuviera contemplando embarcarse en un nuevo viaje soñado.

Cogí mi bolso, me peiné el flequillo húmedo y me senté ante una mesa junto al escenario. Mi cara estaba mojada, y el corazón se me aceleró a un ritmo alegre. Tuve el impulso de correr al escenario y besarlo como una joven colegiala. Se lo confesaría todo, le prometería cualquier cosa si pudiera recuperar su amor.

CAPÍTULO 40

Ernest

La sintió antes de verla, sentada cerca, con un vestido color melocotón, radiante de belleza. Saltó del escenario y se dirigió a su mesa. Demasiados meses sin verla. Cuánto la había echado de menos. Todavía la amaba, tal vez incluso más que antes. Nada de lo que ella hubiera hecho cambiaría lo que sentía.

—Entonces, ¿no vas a tocar ahora? —preguntó ella. Llevaba en la mano un bolso con tachuelas como diamantes; los pendientes de oro se balanceaban como campanas de viento.

—¿Qué te gustaría escuchar?

—Me siento con ánimos de música clásica.

—¿Tú? Una vez alguien me dijo que te gustaba el jazz.

—La gente cambia.

Se sentó junto a ella.

—Me alegro de verte, Aiyi. Necesito decirte algo. Habrá una guerra, Aiyi. En el Asentamiento. Nadie estará a salvo.

Le habló de las ametralladoras, de la partida del Cuarto Regimiento de Infantería de Marina y del declive del negocio del hotel.

Ella se tapó la boca con la mano, horrorizada.

—No puedo creerlo. Solo sabía que los británicos se habían ido y que ha habido algunos problemas en los bancos.

Él le cogió la mano.

—¿Te irías de Shanghái conmigo?

Una perla de lluvia se deslizó por su mejilla.

—Nací y crecí aquí. Mi familia ha estado aquí durante generaciones. Esta es la ciudad de mis antepasados. Mi hogar, Ernest. Y tengo mi club.

—Pero cuando los japoneses ataquen, estarás en peligro.

—Nosotros tenemos un dicho: *Luo Ye Gui Gen*. "Las hojas caídas anhelan las raíces", Ernest. Siempre recordamos nuestras raíces, recordamos nuestro hogar.

También él recordaba Berlín, pero ya no era su hogar. Sin embargo, sus padres siempre estaban en su mente, y también encontraría un hogar para ellos, una vez que se reencontraran. Si se fuera de Shanghái, ¿podrían reunirse algún día? Esa era su principal preocupación. Pero debía irse para proteger a Miriam.

—Quiero estar contigo, Aiyi. Podemos empezar de nuevo en otra ciudad. Nadie sabrá quiénes somos. Tengo ahorros y puedo encontrar otro empleo. Te protegeré, cuidaré de ti. Tendremos una nueva vida y dejaremos atrás todos los errores.

El color de su rostro cambió de pálido a rosa. Ella sabía de qué estaba hablando Ernest.

—Te amo, Aiyi. No he cambiado. Nada ha cambiado. Ven conmigo.

Ella se rio, pero él no podía descifrar si estaba conmovida o si pensaba que su idea era ridícula.

—Quiero decirte algo, Ernest. Acabo de despedir a una amiga en el muelle y me he enterado de algo importante. No me importa nada más. Quiero estar contigo. Sí, iré contigo.

Él la levantó y la hizo girar. Ella estaba en sus brazos, pero él sintió que abrazaba el mundo entero.

Se arriesgaron a pedir una habitación al final del quinto piso del hotel y subieron las escaleras sin llamar la atención de Sassoon. Una vez que la puerta se hubo cerrado detrás de ellos,

desordenaron la impecable cama. Más tarde, envueltos en las sábanas, discutieron a dónde irían. Aiyi quería ir a Hong Kong, donde estaban sus amigos. Entonces, sería Hong Kong.

Planearon los siguientes pasos. Él informaría al hotel de su renuncia al bar, haría las maletas, compraría los billetes para el barco y se reuniría con ella en la calle frente al club, mientras ella se adelantaría y se detendría en el club para retirar de efectivo, algo en lo que insistió. Luego irían a buscar a Miriam a la escuela, se dirigirían al muelle y navegarían a Hong Kong.

Después de que Aiyi se fuese, Ernest bajó al bar. Apiló las partituras, las guardó dentro del taburete y cerró la tapa. Cargando la bolsa donde había guardado cuidadosamente su Leica, estaba listo para ir a la recepción para renunciar, pero dudó. Una vez que los japoneses atacaran, el imperio comercial de Sassoon e incluso su vida estarían en peligro.

En el vestíbulo, Ernest le pidió a uno de los guardaespaldas de Sassoon que necesitaba hablar con su jefe porque tenía algo importante que mostrarle. Le dijeron que subiera al ático. Una sorpresa. El ático era un lugar exclusivo para los familiares cercanos y las amigas de Sassoon.

Ernest entró en el ascensor decorado con paneles de madera de secuoya e inhaló el aroma de un cigarro caro y un perfume. El ascensorista, con su uniforme beis, apretó el botón del undécimo piso. Cuando el ascensor se detuvo, pasó junto a dos hombres chinos con uniformes del hotel que pasaban una aspiradora nueva, una máquina redonda y ruidosa unida a un palo de escoba, por la alfombra de color vino.

En la puerta del ático, los guardaespaldas trajeados de negro lo dejaron entrar. Lo primero que vio fue un Steinway de caoba con paneles de madera de secuoya, cerca de un sofá Chesterfield burdeos y lujosas cortinas doradas. Hacía calor en la habitación; una ráfaga de aire zumbaba desde la enorme rejilla del radiador. El ático era espacioso; debía de ocupar toda la planta.

Sassoon estaba sentado cerca de un armario con estantes llenos de botellas de whisky, vestido con un uniforme británico gris azulado y con una Webley marrón en la pistolera.

Un hombre con bigote, al parecer su médico, le estaba masajeando la pierna.

—Buenas tardes señor. Gracias por recibirme. ¿Es ese el uniforme de un piloto? —El uniforme de Sassoon le infundía una expresión solemne de autoridad.

—Claro. Yo fui piloto. Me ofrecí como voluntario para el cuerpo de la Fuerza Aérea Real británica durante la Gran Guerra. Mi avión se estrelló y me rompí la pierna. Por eso necesitaré este bastón durante el resto de mi vida. Pero lucharía por Inglaterra si pudiera volver a caminar.

—Por supuesto que sí. —Sassoon, amenazado por los japoneses, debía de haber decidido armarse.

—Si has sido piloto, siempre serás piloto. Todavía puedo disparar con precisión con este Webley. Bien, Ernest, me dijeron que tenías algo que mostrarme. —El multimillonario estaba mirando su cámara.

Ernest le dio su Leica.

—Creo que estas fotos pueden ser importantes para usted.

Sassoon gruñó, la cogió y cojeó hasta su estudio. Después de un rato, volvió cojeando, le devolvió la cámara y se sentó. Había incredulidad, preocupación y una creciente ira en su rostro.

—¡Maldita sea! ¡Malditos sean los japoneses! ¡Salid! ¡Salid de aquí todos!

El doctor salió con su botiquín y Ernest también se despidió.

En el vestíbulo, un gramófono tocaba la sonata “Claro de luna”, de Beethoven; dos huéspedes con trajes grises salían de la recepción. Los sofás color burdeos estaban vacíos, y el aroma de los claveles marchitos y las rosas a las que no les habían cambiado el agua impregnaban el aire.

Mientras corría hacia su apartamento, Ernest escuchó un grito. No muy lejos de él, un oficial japonés apuntaba un máuser hacia la figura colosal de Jyo, quien a su vez apuntaba con un Webley al oficial.

—¡Por la autoridad del Consejo Municipal de Shanghái, les ordeno que bajen el arma! ¡Baje el arma! —gritó Jyo.

Ernest se quedó helado. Nunca había tenido la oportunidad de advertirle sobre las armas.

Se escuchó un disparo.

Los gritos perforaron los oídos de Ernest; una avalancha de gente se arremolinó a su alrededor. Luchó para no perder el equilibrio, para llegar hasta donde estaba su amigo. Pero más hombres armados salieron a la calle. Por entre los abrigos y sombreros que volaban, vislumbró a su amigo tirado en el suelo, con el turbante empapado.

En su apartamento, Ernest metió la cámara en la bolsa de lona que había preparado. Luego, caminó por las calles llenas de gente hasta el muelle. La próxima salida del puerto sería en tres días; compró tres pasajes para el barco y, sin demora, se dirigió al club de Aiyi.

CAPÍTULO 41

Aiyi

SOLO NECESITABA UNA COSA: LOS QUINIENTOS DÓLARES ESTADOUNIDENSES QUE GUARDABA EN EL ÚLTIMO cajón de mi escritorio, las ganancias que había ahorrado. Y quizá algunos billetes más. Tal vez algunos vestidos de mi casa también. No podría comenzar mi nueva vida sin mis vestidos favoritos. Además advertiría a Sinmay sobre el ataque, para que tomara medidas que protegieran a Peiyu y a los niños. Y a Cheng y a Ying.

Fugarme con Ernest funcionaría. En Hong Kong, no me obsesionarían las fotos de desnudos y podría olvidarme de regatear el precio de las manzanas y de vigilar a las bailarinas descaradas. En Hong Kong, tendría a Ernest e iríamos al cine.

Pero cuando mi Nash giró hacia la calle Bubbling Well, la emoción de ver a Ernest comenzó a enfriarse. Mi club era mi vida; no podía simplemente abandonarlo. Y Cheng. No sabría qué decirle. Luego, todos mis pensamientos se evaporaron cuando llegué a mi club: frente al edificio había un jeep militar con la bandera del sol naciente.

Yamazaki había regresado. Después de todos esos meses. Con las piernas temblorosas, salí de mi coche. Eran como las cinco de la tarde, una buena hora en el salón de baile. Sin embargo, no se oía ningún sonido de jazz.

Las puertas del salón estaban abiertas, sin guardias. Un humo denso, mezclado con el olor a alcohol, flotaba dentro del club. En el escenario, el batería golpeó el platillo y salieron las notas entrecortadas de "Summertime"; todas las bailarinas, incluida Lanyu, se amontonaban al borde de la pista de baile. Bajo las resplandecientes dieciocho mil luces, Yamazaki se paseaba con su maldito uniforme, los ojos vidriosos y la cara roja como carne asada.

Había llevado a un soldado.

Los tres adolescentes desgarbados que estaban cerca de la entrada del salón vinieron tropezando hacia mí, con las gorras torcidas.

—¡Nos va a matar a todos! —exclamó el que tenía granos en la cara.

—Te dije que no debíamos venir aquí de nuevo —agregó el chico bizco.

—Señorita Shao, ha venido a por usted. Será mejor que huya. La va a matar —dijo el que tenía una voz fuerte.

Se me debilitaron las piernas; el aliento se atascó en mi garganta. Pero este era mi club; si me escapaba, mis clientes, mis bailarinas, mis trabajadores serían los chivos expiatorios.

—¿Dónde está la perra? ¿Se está escondiendo? ¡Dile que salga! —Yamazaki estaba gritando. Entonces, me vio—. ¡Allí! ¡Allí! ¡Te estoy viendo! ¡No te muevas! ¿Dónde está el extranjero?

Estaba borracho, toda su cortesía cultivada se había desvanecido, y su voz, que solía ser plácida, sonaba aguda y muy amenazante.

Saqué un cigarrillo de mi bolso. Las luces frías de colores rojo, verde y azul cortaron los rostros a mi alrededor; con la voz más tranquila que pude reunir, dije:

—Se ha ido. No puedo encontrarlo. Mire, tengo una noticia importante sobre mi club que me muero por contarle. ¿Quiere un cigarrillo? Esto es de mi nuevo socio, Sassoon. Le envía sus saludos.

El lunar de Yamazaki brillaba a la luz.

—¿El multimillonario británico?

—Es dueño de Ciro's y ahora de casi la mitad de mi club. —Exhalé un poco de humo, nerviosa, pero vi que mis encargados, camareros, bailarinas y ayudantes del bar se reunían a mi

alrededor para formar un muro humano protector. Incluso los muchachos desgarbados, que hubieran huido por su seguridad, se unieron.

—¿Está él aquí?

—A Sassoon no le gusta caminar. Está en su hotel. Tal vez venga mañana.

—¿Un socio, has dicho?

—Me ofreció un trato que no pude rechazar. El contrato está en mi oficina. Estaría encantada de enseñárselo. Hay mucho silencio aquí hoy. ¿Qué tal un poco de música?

Para mi alivio, el señor Li tocó la trompeta y Lanyu, leyendo el mensaje en mis ojos, agarró a su pareja y se deslizó hacia la pista de baile. Yamazaki, sorprendido, se tambaleó hacia el soldado que lo acompañaba. Los dos conversaron en su idioma, gruñeron y se echaron a reír.

El miedo me recorrió la piel.

Riendo como si hubiera escuchado una broma, Yamazaki se dirigió vacilante hacia mí de nuevo.

—No me importa qué contrato tengas. El británico no puede protegerte. ¡Pronto caerá de rodillas ante nuestro emperador Hirohito! ¡Japón, el imperio más poderoso, conquistará toda Asia!

Yo sudaba. El vestido se me pegaba a la espalda y las correas de mis zapatos de tacón se clavaban en mis tobillos. Antes de que pudiera hablar, me agarró del pelo, tiró y me empujó la cabeza hacia abajo para obligarme a arrodillarme. Sentí como si me cortaran la cara con un cuchillo.

—Honorable huésped, ¿le gustaría bailar? —Escuché la voz de Lanyu.

—¿Cómo te atreves a hablarme, perra?

Me arrojaron al suelo. Cuando me levanté, aquel loco estaba buscando la pistola en su funda. Como tenía hipo, falló, luego la agarró y levantó el máuser hacia Lanyu.

Se oyó un estallido.

Descendió un silencio impactante. Como una hábil bailarina de rumba absorta en su baile, Lanyu se echó hacia atrás con gracia. Pero nadie estaba allí para cogerla y cayó al suelo.

Un sonido de algo que se rompía vino de alguna parte. El salón de baile se oscureció y una ola de gritos se disparó hasta el techo. Una gota de whisky cayó sobre mis labios. Traté de mantenerme erguida, de apartar los brazos y los pies que se empujaban, traté de alcanzar a Lanyu, que yacía en un charco de oscuridad.

—¡Que alguien la ayude!

Una voz me llamó; en un borrón sombrío vi a Cheng y a Ying irrumpir en el salón de baile. Ying levantó algo en su mano. Otro sonido explosivo. El cristal se astilló, las botellas de vino explotaron, las sillas se estrellaron, las ventanas se hicieron añicos. Daños que costaría una fortuna reparar.

En una nube de salpicaduras del alcohol derramado y el olor acre del azufre, me encontré cara a cara con un máuser. Estaba cerca, demasiado cerca. Pero eso no podía estar pasando. No había hecho nada malo. Solo quería proteger a Ernest y mi club. No me podían disparar. Yo era muy joven. No quería morir.

Un estallido. Sonó como si viniera de mí, o del techo, o a través de él. Resonó en mis oídos, penetrante, pero casi no me sobresalté, ni grité.

CAPÍTULO 42

Ernest

ELLA SE HABÍA IDO. EL CLUB ESTABA CERRADO. SIN LUCES DE NEÓN, SIN HOMBRES FUMANDO, SIN holgazanes merodeando, le habían extraído toda la música y la vida. Durante horas, Ernest permaneció sentado en la escalera vacía de la entrada del edificio; preguntó a todos los que pasaban.

Hubo disparos, dijo la gente. Habían asesinado a alguien. ¿A quién? Nadie lo sabía.

Regresó al hotel de Sassoon, tomó prestado el teléfono del bar, usando su privilegio como exempleado, y marcó el número de la casa de Aiyi, que había memorizado. Respondió un hombre con acento británico. Supuso que era el hermano educado en Cambridge, que colgó cuando escuchó a Ernest presentarse.

Ernest llenó la bolsa de lona negra, pesada como un cadáver. Aiyi estaba viva; tenía que estar viva.

Se dirigía hacia la puerta giratoria cuando el botones le dijo que Sassoon había pedido verlo. Asintió, se colgó la bolsa al hombro y subió en el ascensor. Sassoon, todavía con su uniforme gris azulado, estaba charlando con una mujer en el sofá Chesterfield, cerca del piano; le hizo señas a Ernest para que entrara mientras le hablaba.

—Te deseo lo mejor en tu trabajo. Pero ¿has vivido la guerra antes, Laura?

—Dios se ríe cuando el hombre hace planes, pero yo voy a hacerlos de todas maneras. Ahora, dime, ¿quién es este joven?

La mujer se puso de pie, mientras se enrollaba una bufanda de lana roja al cuello. Parecía tener unos treinta años, llevaba el pelo corto y su cara era regordeta; vestía un abrigo negro y un par de zapatillas. No llevaba maquillaje. Tenía un porte de matrona que a Ernest le recordó a la madre de un director de orquesta estricto que conocía en Berlín.

Sonrió, sorprendido por la forma franca en que ella lo miraba.

Sassoon se rio entre dientes.

—Laura Margolis, te presento a Ernest Reismann, pianista y fotógrafo. Ernest, Laura es trabajadora social, representante del Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta en Nueva York.

Ernest le estrechó la mano. Era áspera, callosa.

—Encantado de conocerla, señorita Margolis. Nunca había oído hablar de esa organización.

—¿Quién le hizo esto, Ernest? —Miraba su mano.

—Las Juventudes Hitlerianas. Hace mucho tiempo.

Ella asintió.

—¿Está casado, Ernest?

—No.

—Maravilloso. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiocho?

—Veinte.

—Parece mucho mayor. ¿O es lo que yo quiero pensar? Si tuviera veinte años más, insistiría en que fuera mi marido.

Ernest sonrió. Ella era franca; le gustaba bastante.

—Lo digo en serio. Este es un mundo cruel. Vuelo por todo el mundo, primero a Cuba y ahora a Shanghái, buscando marido. Veo buen material aquí, pero es demasiado joven. ¿También usted es un refugiado, Ernest? —Le limpió el polvo de la manga como si fuera su hijo.

—Me he instalado aquí.

—Me alegra saberlo. Estamos haciendo todo lo posible para ayudar a los recién llegados aquí, ocho mil, todos en extrema necesidad de ayuda. Muchos son viejos, no tienen ningún tipo de cualificación. Algunos están mal de salud. No pueden encontrar trabajo y están hacinados en el *Heime* en condiciones sanitarias deplorables.

Había oído hablar del *Heime*, un refugio situados en el distrito de Hongkou, que tenía el alquiler más bajo.

—Veo menos refugiados que vienen de Europa en estos días —comentó Ernest.

—Eso, me temo, son malas noticias. He oído que los nazis están llevando a cabo planes más abominables contra los judíos y muchos están al borde de la muerte. ¿Tiene familia en Alemania?

Sus ojos, rebosantes de simpatía, tocaron su corazón.

—Mis padres estaban esperando los visados cuando me fui.

—Estoy segura de que los consiguieron y escaparon. Pero la situación en Shanghái es bastante preocupante y no sabemos cómo funcionarán las cosas. En este momento, el Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta todavía puede enviarnos fondos para la comida de los refugiados, pero si estalla la guerra, se cortará la comunicación con Nueva York.

—Si hay algo que pueda hacer, señorita Margolis, me gustaría ayudar.

—Eres una buena persona. Lo recordaré. —Metió la bufanda roja dentro de su abrigo negro—. Mejor me voy. Realmente aprecio su contribución al préstamo, sir Sassoon. ¡Medio millón de dólares! Me pongo nerviosa solo de pensarlo y casi no puedo dormir.

—Te acompañaré a la puerta. Ernest, ¿podrías esperar aquí? —Sassoon cogió su bastón—. Por aquí. Laura, ha sido un placer. Pero te lo advierto, haz un plan de contingencia. Es mejor que tú también te vayas de Shanghái y regreses a Nueva York.

—No puedo irme de Shanghái mientras la gente tenga hambre.

Los dos salieron al pasillo. Ernest se levantó. “Los nazis están llevando a cabo planes más abominables contra los judíos”, había dicho Laura. ¿Sus padres habrían escapado a tiempo? Todavía estaba pensando en eso cuando escuchó la voz de Sassoon.

—Una mujer intrépida, la señorita Margolis. Me gusta bastante. Siéntate, Ernest. Siéntate. —Sassoon cojeó hasta la mesa de centro donde había una bandeja con una licorera—. ¿Un cigarrillo?

Ernest lo cogió. Sus dedos temblaban y no podía concentrarse, preocupado por sus padres.

—Ernest, volaré mañana para asistir a una reunión en Nueva York. Pero no voy a abandonar Shanghái si eso es lo que te estás preguntando. Renuncié a la India por Shanghái. No renunciaré a Shanghái por nada.

Ernest se aclaró la garganta.

—Yo también planeo irme. ¿Cuándo regresará, señor?

—En un mes. ¿Cuándo te vas, Ernest?

Él dudó.

—En tres días. A Hong Kong.

—¿Tan pronto? Iba a pedirte un favor.

—¿Qué favor?

Los ojos astutos de Sassoon se clavaron en él.

—Conoces mi pasatiempo. Las fotos de mi estudio son un tesoro para mí. Yo mismo las revelé en el cuarto oscuro. En circunstancias normales, no me preocuparía dejar la ciudad durante un

mes, pero con los japoneses y las conversaciones sobre la guerra, me temo que la seguridad no será tan estricta como debería ser. Entonces, Ernest, esperaba que vigilaras mi colección por mí.

Sus fotos. La furia le provocó un nudo en el estómago.

—No debería haberlas hecho. Está poniendo en riesgo la vida y la reputación de todas las mujeres.

—No me juzgues. Nunca pensé que llegaría un día como este. Este es mi ático, mi edificio, mi Shanghái.

Ernest quería abofetearlo. Si estallaba la guerra, ningún lugar sería seguro. Incluyendo ese ático.

—Tengo la obligación de guardar estas fotos en un lugar seguro. Cuando regrese, me gustaría volver a verlas. Podría llevarlas conmigo, pero para subir los álbumes al avión, debería dejarlos en manos de los tipos vulgares que cargan el equipaje, y no quiero hacerlo. Prefiero no arriesgarme.

Ernest dio una calada a su cigarrillo. Aunque estaba enfadado con Sassoon, le importaba cuidar la reputación de Aiyi.

—Aun cuando quisiera ayudar, no sé dónde esconder las fotos, señor.

Sassoon sonrió, cruzó cojeando la sala y desapareció detrás del armario con estantes llenos de botellas de whisky. Cuando volvió, le tendió una llave.

—Esta es la llave de mi estudio. Ven a echar un vistazo de vez en cuando si decides quedarte en Shanghái. Te daré permiso para acceder al ático. No necesitas abrir el estudio, a menos que sea necesario. Asegúrate de que ninguna foto sufra ningún daño. Si alguna se daña o desaparece, te haré responsable. ¿De acuerdo?

Ernest aplastó el cigarrillo en el cenicero y cogió la llave. Era dorada, fría, como un pescado congelado.

—No puedo prometer nada, pero haré todo lo que pueda.

—Eso me basta. —Sassoon cogió una licorera de la mesa baja y sirvió whisky en dos vasos—. Me he enterado de que usaste el teléfono del hotel para llamar a la señorita Shao.

—Hubo un tiroteo en su club.

—También hubo uno en Ciro’s. Los japoneses dispararon contra dos hombres. Increíble. Hace unos años, ni siquiera hubiera podido imaginarme que los japoneses atacarían mi negocio. Pero quieren el control del Asentamiento, y me temo que no hay nada que podamos hacer. Tus fotos son alarmantes. Mis colegas empresarios se han comprometido a hacer todo lo posible para proteger el Asentamiento. Tal vez no sea demasiado tarde. ¿Cómo está ella? —El británico tenía la mirada imperturbable que debió de tener cuando estaba sentado entre los miembros del Club de Shanghái, aunque algo en sus agudos ojos negros lo traicionó por un instante.

Ernest consideró contarle a Sassoon sus planes de fuga.

—No lo sé.

—La llamaré. Tal vez tome un avión conmigo a Nueva York.

Ernest levantó la vista.

—No irá.

Sassoon le entregó un vaso de whisky.

—Parece que tienes sentimientos profundos por ella, Ernest. No me sorprende; es una mujer atractiva. Pero tengo un plan. Un buen plan.

Era irritante escuchar el tono de confianza en la voz de Sassoon. Ernest apuró el whisky de un trago.

—Dios se ríe cuando el hombre hace planes, señor.

CAPÍTULO 43

Aiyi

ME SENTÍA ENFERMA EN MI CAMA. LA BALA NO ME HABÍA DADO Y CASI NI ME HABÍA ROZADO LA PIEL, pero parecía haber dejado un hueco en mi alma. En mis veintiún años de vida, había sido testigo de muchas muertes, había pasado en mi coche por el sangriento escenario de las ejecuciones, había esquivado cuerpos amontonados como basura, había llorado en los funerales de mis padres y mi hermano, y había escuchado historias de muertes durante la cena. Pero nunca pensé que moriría.

Escuché la voz de Ying, cercana, pero al mismo tiempo distante. Él me había salvado justo antes de que Yamazaki disparara y me había llevado a casa. Ying seguía hablando del tiroteo. Parecía orgulloso; alardeaba de su habilidad, lamentaba haber matado al soldado y que su puntería no hubiera alcanzado a Yamazaki.

Así que Yamazaki todavía estaba vivo. ¿Se enfurecería ahora, buscaría venganza o tal vez se volvería más razonable y nos dejaría en paz a Ernest ya mí?

—Te llamó Sassoon por teléfono. Dijo que era urgente. ¿Desde cuándo eres amiga de ese extranjero? —preguntó Ying mientras abría mi armario en busca de efectivo; murmuró que me devolvería el dinero una vez que ganara al póquer.

—Coge mi monedero. —Enterré mi cara en la suave colcha de seda. Sassoon era el último en quien pensaba—. ¿Puedes quedarte conmigo? —Nunca había estado tan asustada en mi vida. Me dolía el cuerpo y sentía escalofríos.

—No puedo quedarme. —Ying vació mi monedero y salió.

Después de un rato, entró Sinmay.

—Tú te lo has buscado. Eres imprudente, irreflexiva. ¡Te advertí que no te relacionaras con el extranjero!

Yo había estado a punto de morir de un disparo, y ese era su único comentario.

—¿Por qué visitaste a Emily y le aconsejaste que hiciera un tratamiento? ¡Ahora está limpia y se ha ido de Shanghái! Deberías haber tenido la decencia de decírmelo, en lugar de actuar a mis espaldas.

Salió furioso.

Peiyu entró en la habitación, con sus pequeños pies de loto, su pañuelo y su andar de pato; tenía el rostro tenso por el miedo. Dijo que todo había sido por culpa de la mala suerte. El calendario había pronosticado que debíamos evitar salir de casa ese día, y ella debería habérmelo dicho. Iba a planear algo festivo para ahuyentar la mala suerte. La boda debía llevarse a cabo lo antes posible. Dicho eso, salió de la habitación.

Ninguno de ellos me preguntó cómo estaba.

El insomnio era una plaga. Durante horas me quedé en la cama; no dejaba de pensar por qué, cómo y qué pasaría si…; los pensamientos oscilaban en mi cabeza. Oí gemidos que vibraban en el techo, vi sombras que acechaban detrás de los armarios y vislumbré formas de personas: Lanyu, Yamazaki, los tres jóvenes desgarbados, Cheng e incluso Ernest. Estaban sangrando, cubiertos de sangre, pero todos bailaban con el sonido de los disparos mientras las ventanas, las luces y los cristales rotos caían en una cascada de fragmentos. Lanyu me pedía mirándome a los ojos: “¡Sálvame, sálvame!”.

Y la música, demasiado ruidosa. Inconexa. Furiosa. Nunca paraba.

“Parad la música”.

El silencio era un ruido que me mordía la piel y me dejaba marcas profundas. Era un ruido con brazos y piernas; se arrastraba por las vigas y esparcía su simiente de hechizos. El silencio era un ruido con rostro, un rostro lleno de polvo y muerte, de lunares y gemidos.

Me envolvía un sudor frío y no podía dormir. No era tan fuerte como creía.

Después de dos días, me levanté de la cama y me puse frente al espejo. Era un desastre. Estaba pálida, tenía los párpados hinchados, el pelo enredado y, en la mejilla, una mancha de sangre como una flor negra. Me lavé, me puse un vestido limpio y fui a mi club. Seguramente me desgarraría ver el daño que le habían hecho, pero aún podría revivir el negocio si trabajaba duro; además, el sustento de muchas personas dependía de mí y Ernest debía de estar ansioso por saber cómo estaba.

El edificio de tres pisos parecía embrujado bajo el cielo gris. La gente pasaba por allí sin mirarlo dos veces. A estas alturas, todo Shanghái se había enterado del tiroteo; poca gente se acercaría al club ante el riesgo de enfrentarse a un máuser.

En el pasillo, mis encargados, la banda, varias bailarinas, el contable, los camareros, los botones y hasta el personal de limpieza me recibieron con rostros de alivio.

—Hemos limpiado a fondo el salón de baile, señorita Shao.

—Y le dimos un entierro digno a Lanyu.

—¿Piensa contratar más bailarinas?

Y el contable murmuraba, con un montón de facturas en la mano: facturas de electricidad, de servicios públicos, honorarios de los miembros de la banda, alquiler, comida y bebidas.

Hice todo lo que pude para mantener la calma. Cuidaría a mis empleados. Necesitaban trabajo y que se les pagara. Pero en el momento en el que entré en el oscuro salón de baile —los japoneses habían cortado la electricidad— me estremecí; me vino a la mente la imagen del tiroteo.

Corrí hacia la salida y me quedé helada. Dos soldados japoneses subían las escaleras; me empujaron bruscamente a un lado y pegaron dos largas tiras de papel en las puertas doradas de mi club formando una gran X, debajo de la cual, en tinta roja, estaba escrito en *kanjis* japoneses: Entrada Prohibida. Local bajo investigación.

No podían confiscarme el club, por ser un consorcio empresarial, pero habían ordenado que cesara sus actividades.

Mareada, me aferré a la barandilla de la escalera. En el cajón de mi escritorio guardaba el contrato que había firmado con Sassoon, el dinero en efectivo y algunos pagarés que había ahorrado. Mi club, en cuya administración había trabajado tan duro, mi fuente de sustento, estaba a solo unos pasos de distancia, pero bien podría haber estado a miles de kilómetros.

Pasé junto a mis empleados, que estaban en el pasillo, salí a la calle y me subí a mi coche. Sentía débiles las piernas, pero contuve todas mis emociones y me esforcé por mantenerme fuerte.

—¡Aiyi, Aiyi!

Bajé la ventanilla de mi Nash.

En la calle estaba Ernest, con una bolsa de lona, el sombrero de fieltro torcido y el rostro sonrojado de alegría.

—Estás a salvo. Gracias a Dios. Te he estado esperando. Estaba muy preocupado por ti. ¿Estás bien?

Algo en mí se vino abajo.

—Clausuraron mi club, Ernest. Me he quedado sin mi negocio.

—Me tienes a mí.

Me miró. Era la misma mirada que tenía cuando decía frases como “El amor es más fuerte que la muerte”, cuando decía que me cuidaría, aunque me casara mil veces.

—Pero…

¿Qué haría yo sin mi club? Mi negocio era mi vida.

—Vamos, Aiyi. El barco zarpa mañana.

Sentí un escozor en los ojos. Él me había ayudado a reflotar el club; era el compañero en el que había confiado, el hombre que amaba, el hombre por el que había rechazado una enorme riqueza. Pero había muerto una mujer inocente, yo misma me había salvado por poco de un disparo y me habían incautado el club, todo a causa de mi obsesión por él. Nunca debí haber ido tan lejos con Ernest. Esa distracción, ese capricho, esa peligrosa confusión me había costado mi negocio.

Me ajusté bien mi abrigo de visón; las correas de mis zapatos de cuero me parecían heladas contra mis tobillos.

—No puedo irme contigo, Ernest. Me voy a casa.

Se quedó boquiabierto.

Le dije a mi chófer que continuara.

CAPÍTULO 44

Ernest

SE ESTABA CONGELANDO. SE PUSO DOS CAMISAS, UN CHALECO Y, POR ÚLTIMO, DOS CHAQUETAS SOBRE SU traje color gris topo; y aun así, los escalofríos le revolvían el estómago. Pasó la noche sin dormir. Luego, mirando el arroz que desayunaba a diario desde hacía dos años, se le fue el apetito. Se puso de pie, salió a la calle y compró un tazón de leche de soja en un puesto.

La bebida era opaca, con trozos de cáscaras de soja amarillos que flotaban en la superficie. Era insípida, ni dulce ni salada, tenía el olor característico de la soja y estaba áspera, como un torrente de arena sobre su lengua. Podía acostumbrarse a ese sabor y esa textura, como también al hecho de que Aiyi hubiera cambiado de opinión, pero no podía acostumbrarse a un futuro sin ella. A medida que se acercaba el día de partir, aferraba ansiosamente los pasajes a Hong Kong y rezaba para que ella cambiara de idea y fuera a reunirse con él antes de que los pasajes caducaran. Pero ella no se presentó.

El barco zarpó sin ellos. Los disparos resonaban en la calle; cada vez más europeos desesperados se agolpaban en el muelle para salir de Shanghái. Con el viento frío azotándole el rostro, Ernest compró otros dos pasajes, demasiado caros, para Hong Kong. Debía irse de Shanghái para mantener a Miriam a salvo.

En el muelle donde a menudo se paraba, miró el río. No había cruceros, ni pasarelas, ni multitudes de refugiados cargados con maletas, ni señal de sus padres.

¿Qué les había pasado? Les había escrito a lo largo de casi dos años, pero ellos nunca le habían respondido. Recordó la mirada comprensiva de la señorita Margolis: “Los nazis están llevando a cabo planes aún más abominables contra los judíos”. Un escalofrío atravesó el cerebro de Ernest y le recorrió la columna vertebral. Se inclinó hacia delante y sollozó.

En su adolescencia, se había enfrentado con su padre, que estaba más interesado en las momias y los huesos que en él, y que amaba a Leah y a Miriam más que a él. Aficionado a los libros como sus hijas, al padre de Ernest no le importaba el interés de su hijo por el cine y la fotografía. Así que Ernest lo evitaba. Cuando iban de vacaciones a su centro turístico favorito en Checoslovaquia, su padre iba a esquiar, pero él se quedaba y bebía cerveza; cuando su padre bebía aguardiente, Ernest iba a esquiar.

Quería a su madre, a pesar de que era una mujer muy crítica. Todavía recordaba sus comentarios: “Tu Schumann es tan ruidoso que podrías despertar a un muerto en una tumba. Tu Beethoven es tan rígido que bien podrías tocar el tambor en una banda de música. ¿Quién es la joven con la que estabas hablando a la salida de la escuela? ¿No sabías que no es judía?”. Cuando era niño, le importaba más complacerla que complacerse a sí mismo. Pero en la adolescencia empezó a brotar la rebeldía. Se hizo difícil equilibrar el piano y el control que ella ejercía sobre él. Se peleaban mucho. Para contrariarla, comía alimentos que no eran kosher, como camarones y jamón, y salía con amigos no judíos; también salía a beber cerveza el *sabbat* por la noche.

Ahora entendía lo intrascendente e infantil que había sido esa batalla librada contra su madre. Si pudiera volver a verla, le contaría cómo sobrevivió en Shanghái trabajando como pianista. Si pudiera volver a ver a su padre, le pediría que bebieran aguardiente y esquiaran juntos.

Más tarde, fue a buscar a Miriam, a quien había visitado un par de veces desde que comprara los pasajes a Hong Kong para los tres. Cuando Aiyi se negó a irse con él, le dijo a Miriam que se preparara para la nueva fecha de salida. Llegó al patio de la escuela y vio a Miriam sentada en un

banco, con una pequeña maleta de cuero marrón en la mano. Tenía el pelo recogido en una trenza francesa, el peinado favorito de su madre. Miriam tenía un aspecto saludable, sus mejillas estaban llenas, sus ojos tenían el brillo de la inteligencia. Se había convertido en una hermosa mujer. Sus padres estarían muy orgullosos. Ernest se atragantó.

—Ernest, te he estado esperando —dijo Miriam.

—Me alegro de que estés lista, Miriam —respondió. El señor Blackstone, vestido con una chaqueta de franela marrón, estaba junto a ella. Ernest le estrechó la mano—. Es muy amable de su parte que venga a despedirnos. Estoy en deuda con usted. Gracias por cuidar de mi hermana.

—Su hermana nos ha traído una inmensa alegría, señor Reismann. —La impresionante voz de barítono del señor Blackstone resonó en el patio—. Me gustaría contarle una decisión importante que hemos tomado mi esposa y yo. Ya no es seguro permanecer en Shanghái. La escuela ha decidido cerrar antes de tiempo, así que nos iremos a los Estados Unidos.

Ernest asintió. Aun así, estaba agradecido de que el señor Blackstone hubiera recibido a Miriam en su casa, le hubiera dado de comer y le hubiera prestado su diccionario Webster.

—Espero que tengan un buen viaje y que nuestros caminos se vuelvan a cruzar.

—Ernest. —Miriam se miraba los pies—. Quería decirte que el señor Blackstone y su esposa desean adoptarme y llevarme con ellos. Tienen una granja con caballos en los Estados Unidos.

—¿Qué? ¿Adoptarte? —Debía de haber escuchado mal.

—Si la adoptamos, podrá irse con nosotros de manera legal —dijo Blackstone.

Miriam seguía mirándose los pies, pero Ernest podía ver el brillo de sus ojos: algo de miedo y una pizca de entusiasmo.

No podía pasarle algo así. Acababa de darse cuenta del destino de sus padres, y ahora Miriam quería abandonarlo.

—No hablas en serio, Miriam. Nos vamos a Hong Kong. Ya te lo he dicho. ¿Adopción? Eso es una locura. No necesitas que nadie te adopte. Además, el proceso debe de ser muy complicado.

—No se preocupe, señor Reismann. Mi esposa y yo ya tenemos la documentación preparada. Solo necesitamos su consentimiento.

Deseaba que ese hombre los dejara en paz.

—¿Miriam? —Apoyó las manos en sus hombros. Ella era muy joven y estaba confundida. No entendía las consecuencias de ser adoptada—. Mira, ¿podemos hablar en casa? Yo… estoy muy sorprendido. No me esperaba esto. Es una decisión seria, ¿no lo ves? ¿Puedes decirme algo?

Miriam desvió la mirada y Ernest se estremeció. Era cierto. Ella no quería estar con él, su hermano, su sangre; quería al señor Blackstone, alguien que solo estaría de paso en su vida.

—Señor Reismann, lamentablemente no tenemos mucho tiempo. Le prometo que mi esposa y yo la trataremos bien. Mi esposa la adora. Ella la ayudó a hacer la maleta. Te gusta la maleta, ¿verdad, Miriam? El bolso de lona era demasiado pequeño.

Ernest jamás había odiado tanto una voz de barítono. Se arrepintió de haber enviado a Miriam a vivir con los estadounidenses. ¿Quién era este Blackstone, al fin y al cabo? ¿Jugaba a ese estúpido fútbol americano? ¿Iba a la iglesia todos los días como un fanático? ¿Le gustaba el jazz? En la escuela le habían dicho que se dedicaba a la importación y exportación de calcetines y otras prendas de vestir. Pero, hasta donde él sabía, el señor Blackstone bien podía ser en realidad un borracho o incluso un criminal: los estadounidenses de buena familia, comunes y corrientes, no cruzaban el océano para vivir en Shanghái.

—¿Ernest?

Los ojos suplicantes de Miriam dispararon mil pensamientos en su mente. ¿Qué había hecho

mal? ¿Cómo había perdido su amor, su confianza, cuando había hecho todo lo posible por apoyarla y protegerla?

—¿Quieres irte con él, Miriam? ¿Es esta tu elección?

Su hermana volvió a mirarse los pies.

—No me gusta Shanghái. No quiero quedarme aquí. No quiero matar moscas todo el día.

—Nos vamos a Hong Kong, Miriam. No matarás moscas. Todo va a mejorar.

—Señor Reismann, si la adoptamos, sería ciudadana estadounidense —dijo Blackstone.

Y tendría un diccionario Webster para leer y guisantes y pastel de carne para comer todos los domingos. Era una buena vida, la mejor que podía soñar para ella, pero no estaba dispuesto a dejarla ir. Les había prometido a sus padres que la cuidaría, y la quería.

—Si te vas, Miriam, nunca te volveré a ver…

Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas. Ella lo quería, después de todo. Tal vez recordara cómo la protegía, cuánto se preocupaba por ella. Pero se secó rápidamente las lágrimas.

—Tú no te preocupas por mí, Ernest. Nunca te he importado. No te has acordado de mi cumpleaños y olvidaste mi bat mitzvah.

Sintió una punzada en el estómago. Ella tenía razón: no había hecho lo suficiente.

—Bueno, si esto es lo que quieres, te dejaré ir. Te deseo lo mejor. Les deseo un futuro brillante y feliz en los Estados Unidos.

Miriam lo miró con felicidad, alivio y lo que él pensó que podría ser una disculpa.

—Quiero ir a Vassar College, Ernest.

Solo pudo asentir con la cabeza cuando el señor Blackstone le dio un formulario que sacó de un sobre; firmó al pie y se lo devolvió. Se mantuvo erguido cuando Miriam recogió su maleta, cuando el señor Blackstone se la llevó fuera del patio. Se le tensó la espalda, se le congelaron las manos, tenía el rostro entumecido. Ya no podría protegerla. Ella estaría sola. Se convertiría en profesora, como su padre, o sería una vaquera y aprendería a montar a caballo y conocería gente excéntrica… pero él nunca se enteraría.

Miriam se detuvo en el portal y se volvió hacia él. Era… igual que su madre en la última pascua que habían compartido. Después, se dio la vuelta y desapareció por el portal. Ernest se cubrió la cara con las manos. Había perdido a su otra hermana, a sus padres, a su amante. Ahora que también había perdido a Miriam, estaba completamente solo.

Recogió su bolso de lona, corrió, tropezó y cogió la mano de Miriam justo cuando el señor Blackstone abría la puerta del coche.

—He cambiado de opinión. No puedes irte. Por favor, Miriam. Por favor, quédate conmigo. Te quiero. Te quiero muchísimo.

—Ernest, ¿estás loco?

—Lo siento. Debes quedarte conmigo, Miriam. Lo siento, señor Blackstone. Ella no puede irse con usted. No lo permitiré. No daré mi consentimiento. Por favor, devuélvame el formulario.

El señor Blackstone dejó escapar un profundo suspiro, le entregó el formulario y se metió en el coche. Miriam gritó, trató de entrar, pero Ernest la detuvo. La abrazó con fuerza mientras el Packard del señor Blackstone gruñía y avanzaba tambaleándose, mientras las luces traseras rojas desaparecían entre los *rickshaws* al final de la calle.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Miriam lo apartó de un empujón—. ¡Te odio! ¡Te odio!

Ernest cerró los ojos. El alivio, la tristeza y la culpa lo invadieron.

CAPÍTULO 45

Aiyi

CUANDO LLEGUÉ A CASA, PEIYU ESTABA EXAMINANDO UN MONTÓN DE SOBRES ROJOS SOBRE LA MESA redonda de mahjong. Nuevas invitaciones de boda, dijo. Ella y la madre de Cheng habían elegido otra fecha conveniente para la boda, y había hecho un depósito en el mejor restaurante de Shanghái, el mismo donde se habían casado el generalísimo y su esposa, Soong Meiling. También había reducido la lista de invitados a doscientas personas. Muchos eran parientes aristocráticos y malcriados que habían perdido su fortuna. Algunas de las familias de las concubinas fueron estratégicamente dejadas de lado.

—La nueva fecha es el último día de febrero del próximo año, dentro de unos tres meses —dijo Peiyu—. La madre de Cheng está de acuerdo en que esta boda alejará la mala suerte y tendremos fortuna, felicidad y prosperidad. ¿Estás enferma? Tienes un aspecto horrible, Aiyi.

—No creo que una boda vaya a cambiar nada.

Sinmay entró con las manos cruzadas detrás de la espalda; su larga túnica proyectaba una larga sombra. Parecía enfadado, melancólico, atrapado en el laberinto de sus pensamientos; murmuraba que Emily no había respondido a sus cartas.

—Bueno, todo lo que necesitamos es una boda. ¿Verdad, esposo?

Miré a Sinmay, la máxima autoridad de la casa. Éramos diferentes. Él era el adorado hijo primogénito que había recibido un cachorro de elefante como regalo por su quinto cumpleaños; yo era la niña insignificante, educada en la obediencia. Él se había graduado en Cambridge; yo había abandonado la universidad local. Él amaba la poesía; a mí me encantaba el dinero. Él vestía túnicas tradicionales, como todo un erudito; yo lucía vestidos que destacaban mi figura. Él tenía una amante estadounidense; yo iba a casarme con mi primo.

Y la lucha por la herencia se había interpuesto entre nosotros como un muro; no había nada que yo pudiera hacer para arreglar nuestra relación.

Sinmay tosió y resonó su voz lenta de gramófono.

—No seas terca, hermanita. Tu boda es el mejor negocio para nuestra familia.

—Estás nerviosa, Aiyi. Todas las chicas se ponen nerviosas antes de su boda. Es normal. Tu madre arregló un buen compromiso. Tú y Cheng estáis hechos el uno para el otro. Es un matrimonio que combina bien desde la puerta hasta el techo —dijo Peiyu, citando un proverbio.

—Han clausurado mi club —dije.

A Peiyu se le cayó un sobre rojo de las manos. Me miró boquiabierta, luego miró a Sinmay.

—Qué desastre —comentó él—. ¿Se lo has dicho a Cheng?

—Aún no.

—Quizá sería mejor que no se lo dijeses.

No lo entendí.

Peiyu paseó la vista por los sobres que estaban sobre la mesa.

—Acabamos de acordar la fecha. Y has perdido tu negocio… No cancelarán la boda, ¿verdad?

Sinmay no dijo nada y, por primera vez en mi vida, pensé que sentía pena por mí.

Hasta entonces no se me había ocurrido que, con la clausura de mi negocio, mi matrimonio con Cheng ya no era bueno desde la puerta hasta el techo.

De nuevo, el silencio arrastraba sus pies fríos, sus dientes mordían sin hacer ruido. Sentía pinchazos en la piel; me estremecía.

Ahora era pobre. Había perdido mi club, mi negocio, ya no tenía nada.

“Tienes que tener dinero y se dueña de cuanto poseas para no ser una pelota a la que la gente le da patadas”, me había dicho mi madre cuando mi padre adicto vendió la montaña que había sido su dote, situada en las afueras de Shanghái, por un poco de dinero para cargar su pipa. Su adicción pronto empeoró, también su temperamento, y le pegaba cuando ella se negaba a darle más dinero. Se puso enfermo y, finalmente, murió; meses más tarde, tambaleándose sobre sus pies de loto dorados de poco más de siete centímetros, mi madre hizo las maletas y se fue a esquiar a Suiza. Le encantaba la sensación de estar en el aire, había dicho, y esperaba que ese viaje fuera el comienzo de su vida de mujer libre, pero se golpeó la cabeza contra una roca. Poco después, me enteré de que había cambiado en secreto su testamento antes de viajar: me había incluido y me otorgaba el derecho a una parte de la gran fortuna familiar, en contra de la tradición de que las mujeres no pueden heredar propiedades.

Ella había arreglado mi matrimonio con Cheng por la misma razón: para que no fuera pobre, para que siempre me cuidaran.

¿Qué había hecho yo?

Mi relación con Ernest nunca funcionaría: era un extranjero, un pianista, un hombre pobre. Él no podría darme un buen hogar, una buena posición social, ni siquiera buena comida. Siempre viviríamos rodeados de desprecio, de hostilidad, de peligro.

¿Qué debía hacer?

Fui al estante de bambú en forma de luna, saqué el pequeño brasero de latón y el bote de porcelana que almacenaba astillas de madera de áloe, un regalo de mi tercer hermano antes de que dejara atrás su parte de la herencia para vivir una vida de soledad en el templo Jing’an. Mi tercer hermano y mi madre eran budistas y a menudo meditaban con las astillas de madera de áloe.

Saqué algunas astillas del bote y las eché al brasero grabado con dragones enroscados. Sentada en posición de loto, encendí la cerilla y la arrojé al brasero. Un principio azul de llama parpadeó debajo de las astillas; brotó una columna de humo pálido, se hizo más voluminosa como una fruta, ocupó el brasero hasta el borde y luego floreció en el aire. El humo me envolvió como un manto.

Me quedé quieta, mirando ensimismada las volutas de humo, las vetas de aire. Pensé en los días de mi infancia, en los días felices, en el sonido de las runas que mamá había pronunciado y en el círculo de la vida en el que ella creía, mientras la pálida pluma giraba, crecía, cambiaba, se transformaba en un gran salón de baile lleno de figuras animadas, y luego se alargaba para formar las fichas de mahjong, las corbatas de seda, el mundo familiar de los patios, un mundo sin fantasmas, dudas o miedos.

Realmente, la mejor vida era la más segura.

Sentí una ligereza en mis hombros, como si me hubieran cortado el pelo largo. Me levanté, me lavé la cara, elegí un vestido azul y fui a la casa de Cheng.

Vivía en una finca similar a la mía, con altos muros y un amplio portón de madera. Dentro del complejo había sauces, pinos y algunos arbustos enanos cuyos nombres no conocía. La naturaleza, las flores y las plantas no despertaban mi interés, mientras que Cheng disfrutaba de observar las aves y otros animales. Otra diferencia entre nosotros.

Me pregunté qué diría. No me había pedido que me sentara en su regazo desde que me negara la última vez, y no habíamos hablado mucho desde entonces. ¿Se echaría atrás con respecto a la boda?

Lo encontré en su sala de juegos decorada con caballos y gallos. La habitación estaba fría, pero vestía una bata de terciopelo burdeos con un amplio cuello negro que casi no lo cubría, dejando a la vista su pecho y sus brazos musculosos. Sostenía un palito, con el que alimentaba a un pinzón rosado que tenía en una jaula de bambú. El humo del cigarrillo flotaba desde sus dedos hasta el pájaro, que saltaba de una caña de bambú a otra como un borracho.

—No parece que le guste el humo —dije.

—Estará bien.

Se sentó en un sofá de bambú cubierto con un cojín de tafetán de seda color ciruela y cruzó una pierna. Tenía los pies grandes, lo que, según su madre, era señal de que andaría siempre con paso seguro, pero también significaba que tenía que hacerse todo el calzado a medida.

Tenía muchas admiradoras, o amantes, como yo las llamaría. Una era hija de un general, otra una popular cantante y actriz; algunas eran mucho mayores que él. Nunca me habló de ninguna de ellas, pero yo tenía mis recursos para obtener información: Ying, que podía ponerse muy locuaz cuando necesitaba pedirme dinero prestado. “Las mujeres adoran a Cheng”, me había dicho Ying con aparente envidia.

Cheng examinó mi vestido. Me había puesto deliberadamente el sostén chino. No quería escuchar más críticas.

—¿No deberías usar otra ropa?

Hice una mueca.

—Han clausurado mi club —dije clavando la vista en las plumas rosadas de la cabeza del ave.

Esa frase era como el filo de una espada; cada vez que la decía, se clavaba más profundamente en mi piel.

—Tú te lo has buscado. Te lo advertí.

—Me pareció que tenías que saberlo, en caso de que tuvieras dudas acerca de casarte conmigo.

Le dio una calada a su cigarrillo. Una mota de ceniza cayó sobre sus pantalones de terciopelo.

—¿De qué hablas? Es nuestra boda.

—Tal vez quieras contarle a tu madre lo que ha pasado.

Ladeó la cabeza; su lado arrogante simulaba que casarse conmigo era decisión suya, pero siempre fue el niño de su madre. Tiró el cigarrillo, lo pisoteó y llamó a un sirviente.

Apoyada en los brazos de dos sirvientas, la madre de Cheng —mi tía— se acercó tambaleándose sobre sus diminutos pies. Nunca me había gustado, y yo nunca le había gustado a ella. Era el tipo de mujer que creía que su hijo merecía no menos que a una santa como esposa. Era muy crítica, tendía a ver solo los defectos de los demás y decía muchas cosas negativas sobre mí. Sospeché que ella se había arrepentido del compromiso matrimonial desde la pérdida de la fortuna de mi familia. Ahora tendría la excusa perfecta para echarse atrás.

Hice una reverencia.

—Buenas tardes, tía.

—Aiyi, Peiyu dijo que has contratado a un pianista blanco. ¿Es verdad? Debiste decírmelo. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué está pasando con tu club? ¿Qué más anda mal?

Cheng se aclaró la garganta.

—Ma, el club de Aiyi ha sido clausurado. No es nada grave, diría yo. Solo le estaba hablando sobre nuestra boda.

—¡Clausurado! ¡Qué horror! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Acabo de enviar las invitaciones.

—Mamá —dijo Cheng.

Ella suspiró.

—Eres tan joven e ingenuo, hijo mío. Somos una familia de honor y estima. Mantenemos nuestra palabra. Pero el mundo ha cambiado. Ya nadie tiene decencia. ¡Qué clima tan malo, simplemente horrible! Nada sale bien en estos días. —Se dio la vuelta y se fue.

En silencio, me senté en una silla de mimbre al lado de Cheng. Mi rostro ardía de humillación; mi tía siempre sabía cómo tener la sartén por el mango. Sin embargo, aprendería a tolerarla y podría imaginar mi vida con Cheng, casados y consumados, suave y plácida como un estanque frío en invierno. Quizás fuera la mayor felicidad de la vida, porque con Cheng tendría seguridad, algo que nunca podría tener con Ernest.

CAPÍTULO 46

Ernest

HABÍAN PASADO DOS DÍAS DESDE QUE ERNEST RECHAZARA LA ADOPCIÓN. MIRIAM ESTABA DE MAL HUMOR. Se escabullía a la calle durante el día; volvía al anochecer y dormía sobre un montón de abrigos en un rincón. Cuando trataba de hablar con ella, gritaba: "¡Me has destrozado la vida! ¡Déjame en paz!".

La culpa le martillaba el corazón. Se moría por hacer algo para compensarla. Buscó librerías que vendieran libros en inglés y finalmente encontró una. Con cinco dólares estadounidenses compró un diccionario Webster y lo dejó sobre el montón de abrigos donde ella dormía. Cuando Miriam lo vio, lo cogió, lo abrazó y le dio la espalda.

Se dispuso a hacer más cosas y buscó una panadería. Cerca de una iglesia en el Asentamiento, encontró una, propiedad del señor Kauser, un estadounidense corpulento, y su esposa. La panadería estaba atestada de refugiados europeos que vestían abrigos cruzados y sombreros que él conocía bien. Fue una alegría verlos, a pesar de que eran de diferentes países. Sonriendo, Ernest le preguntó al señor Kauser si podía preparar *Pfannkuchen*.

El señor Kauser negó con la cabeza.

—Solo hacemos pan y *bagels*, señor.

Así que Ernest compró un poco de harina en la panadería, y con otros cinco dólares compró dos huevos y leche cara; los lácteos eran escasos y difíciles de encontrar. En la cocina oscura del pasillo, mezcló los ingredientes y preparó la receta con tanto cuidado como si su vida dependiera de ello. Finalmente, obtuvo una docena de *Pfannkuchen* dorados. Los apiló en un plato y los dejó bajo una olla para que se mantuvieran calientes.

Cuando Miriam vio los *Pfannkuchen*, gruñó y miró hacia otro lado, pero en el momento en que él se dio la vuelta, cogió la olla y devoró en el pasillo todo el contenido del plato.

Ernest suspiró aliviado. Nunca podría devolverle la vida que ella había perdido, pero seguiría haciendo todo lo que pudiera para disculparse por su negligencia, para demostrarle cuánto la quería, y nunca más volvería a descuidarla.

Era el primer día de diciembre. No era un día especial, y normalmente se habría deslizado en el río fangoso de la historia como una hoja empapada. Pero era el día en el que partirían hacia Hong Kong.

Por la mañana, Ernest le recordó a Miriam que partirían esa tarde. Ella gruñó y se fue. Ernest se rascó la barbilla y rogó que ella volviera a tiempo.

Aún faltaban horas para que el barco zarpara, así que Ernest fue de nuevo a la panadería del señor Kauser. Probó un bagel con mantequilla de cacahuete, ya que la mermelada y la mantequilla escaseaban. Pero la mantequilla de cacahuete iba bien con los *bagels*; era sabrosa y la masa estaba recién horneada.

Frente a él, un anciano con sombrero de fieltro miraba un periódico sobre la mesa; de repente apartó el periódico y sollozó.

Ernest reconoció al señor Schmidt, el hombre que había tomado prestado su cepillo de dientes en el Edificio Embankment.

—¿Señor Schmidt? Soy Ernest Reismann. ¿Se acuerda de mí? Me alegro de verlo. ¿Qué ocurre?

—¡Léelo! Alemania. Alemania ha… —El anciano se atragantó y enarboló en la mano el *Shanghái Jewish Chronicle*. La gente se reunió a su alrededor para mirar.

Tal vez Alemania había destruido por completo a Gran Bretaña. O tal vez Hitler estaba muerto. Ernest extendió el periódico sobre la mesa. Incapaz de creer lo que acababa de leer, lo leyó de nuevo.

No se trataba de la guerra; se trataba de él. El gobierno alemán había anunciado que ningún judío que viviera en el extranjero podía ser ciudadano alemán y que el Tercer Reich se haría cargo de todos los bienes de los judíos. Era oficial. Él, que había nacido en Berlín, hablaba alemán, había ido a escuelas alemanas, había celebrado su bar mitzvah en un elegante restaurante en el centro de Berlín, había tocado el piano en salas de música y acogedores apartamentos cerca de la Puerta de Brandeburgo, que había esquiado en el complejo Alpsee-Grünten y comprado su Leica en una tienda en Berlín, ya no era ciudadano de Alemania. Después de todos los pogromos, de todo el sufrimiento, de toda la angustia, de haberse cobrado la vida de su hermana, las de sus padres, el futuro de Miriam y su propio futuro, los nazis aún no lo dejaban en paz.

Ernest sacó el pasaporte de su bolsillo y rompió la primera página, la segunda y luego todo el resto. Ahora era un hombre sin patria. ¿Había existido tal cosa antes? Una rareza, una tragedia, un hombre sin patria.

Se rio, y no pudo dejar de reír ni siquiera cuando las lágrimas empezaron a derramarse por sus mejillas. De ahora en adelante sería un vagabundo, un errante a quien nadie esperaba, un hombre sin ataduras, sin identidad.

El señor Schmidt gimió: “Oh, Señor”, y luego agregó un comentario que parecía mostrar cuánto lo había influido su tiempo en Shanghái:

—Solo somos las flores de loto en un estanque poco profundo. Nuestras raíces superficiales absorben como pueden al agua y al aire, y nos dejamos llevar por la marea de la crueldad.

Algunas personas se lamentaron; algunos rebuscaron en sus bolsillos y comenzaron también a romper sus pasaportes. “¡Adiós y hasta nunca!”, gritaban, con lágrimas en los ojos.

Ernest se quedó mirando el montón de papeles rotos, con el corazón desgarrado por el dolor. Sin pasaporte, era un fantasma; sin pasaporte, no podría salir de Shanghái.

No recordaba cómo salió de la panadería. De regreso al apartamento donde había vivido durante casi dos años, se topó con un puesto de control cerca del distrito chino, donde un centinela japonés estaba golpeando con la culata de un rifle a un chino vestido con una túnica larga. Se estremeció. Ahora que era un apátrida, sería un blanco al que podían apuntar balas, bayonetas y bombas. Incluso si se desangraba hasta morir, el asesino no se responsabilizaría.

El mismo destino caería sobre Miriam. Pobre Miriam. Si hubiera sabido que se convertirían en apátridas, la habría dejado irse con el señor Blackstone. Por puro egoísmo, la había retenido y, sin darse cuenta, había destruido su futuro.

En los días siguientes corrió de un consulado a otro. Primero el británico, que fue cerrado por falta de personal, luego el estadounidense, que estaba dentro de un edificio imponente. Nunca había ido allí antes; los Estados Unidos le parecían un lugar demasiado distante.

El edificio estaba lleno de refugiados que buscaban asilo, como él. El empleado que lo atendió echó su solicitud en un contenedor grande repleto de formularios, le dijo que se emitían solo cinco visados mensuales y le deseó buena suerte, y luego cerró la ventanilla. El horario de oficina terminaba temprano, para que el personal pudiera asistir a una fiesta de Navidad.

Calle abajo, apareció la pirámide verde del hotel de Sassoon. Algo parecido a la esperanza surgió

en su corazón. Se quedaría en la ciudad y tal vez pudiera volver a ver a Aiyi. Entró en el hotel y la llamó por teléfono.

Su voz, distante, llegó a través del auricular.

—No me vuelvas a llamar, Ernest. Voy a casarme.

Ernest salió del hotel y deambuló por las calles, con los oídos llenos de un ruido incesante: el omnipresente zumbido de los aviones, el chirrido de los *rickshaws*, los chillidos de los ladrones golpeados por los garrotes de la policía y el pregón frecuente de los vendedores ambulantes: "Tofu, dos centavos el bloque. Tofu, dos centavos el bloque…".

En su habitación a oscuras, Ernest se sentó en la cama bostezando. Buscó a tientas el interruptor para encender la luz, pero no lo encontró. Se rindió. Todo parecía inútil: conseguir otro empleo, levantarse de la cama o buscar otro apartamento y mudarse. Otra repetición interminable de la vida. No tenía ganas de hacer nada. Iba a quedarse ahí hasta que lo desalojaran. Tal vez Aiyi vendría a desalojarlo.

Oyó un crujido en el cristal de la ventana y se sobresaltó. Cuando se volvió para mirar, apareció un rayo de luz. Las ventanas explotaron; un estallido caliente rugió hacia él. Se lanzó hacia Miriam, que dormía detrás del armario, para cubrirla; toda su somnolencia se desvaneció. Cuando volvió el silencio a la habitación, Ernest se acercó en cuclillas a la ventana rota y miró hacia fuera. No había amanecido aún; podían ser alrededor de las cuatro.

En la distancia, el cielo gris previo al amanecer se encendió con una rueda de color naranja violento que luego tomó forma de hongo sobre el río fangoso y oscuro. A la luz de la furiosa llamarada, alcanzó a ver que todos los barcos, los sampanes, los buques comerciales, habían desaparecido.

El buque de guerra *Izumo*, iluminado por una luz blanca intensa en la cubierta, con sus chimeneas que expulsaban vapores y humo, navegaba río abajo hacia los cruceros estadounidense y británico, ambos en llamas. Sobre el río, tres combatientes adornados con el sol naciente disparaban contra algo que había en la calle, cerca del hotel de Sassoon.

Los japoneses habían atacado el Asentamiento.

Las fotos.

—Miriam, despierta, despierta. —La sacudió; sorprendentemente, aún dormía. Se frotó la cara, no sabía qué hacer—. Miriam, voy a salir un momento. Quédate dentro, mantente a salvo. No vayas a ninguna parte. Vuelvo enseguida.

Ernest tomó de debajo de la almohada la llave que Sassoon le había dado y salió corriendo. Las calles estaban vacías; el aire cargado de gasolina y pólvora lo asfixiaba y le lloraban los ojos. Unas luces deslumbrantes casi lo cegaron; frente a él rodaban los vehículos blindados con las banderas del sol naciente.

Se lanzó hacia un callejón, tropezando, tanteando la pared hasta llegar al hotel de Sassoon. En algún lugar explotó una bomba, el suelo tembló y una pared se derrumbó cerca de él. Se cubrió la cabeza y siguió corriendo. Cuando llegó al muelle, estaba amaneciendo y desde el río llegó un trueno: un cañón había disparado.

Horrorizado, vio que un lado del barco estadounidense se abrió y voló por los aires; el crucero tembló. Una tormenta de velas rotas, madera y proyectiles de munición osciló en el aire y algunos tripulantes de a bordo saltaron al río gritando. Un grupo de infantería japonesa corrió hacia la cubierta de popa, apuntando con sus rifles a varias figuras agazapadas en un rincón. En

el *HMS Peterel* británico, una ametralladora montada en la cubierta disparó rápidamente contra un caza que lanzaba bombas. Bum. El buque quedó envuelto en llamas.

Ernest corrió hacia el hotel, por la calle envuelta en una capa de humo. Entonces, de repente, justo cuando llegaba a la entrada que daba al río, lo engulló un enjambre de personas que gritaban: personas cubiertas con albornoces blancos, personas que cargaban maletas, personas que intentaban subirse a sus Packards.

—Déjeme pasar; déjeme pasar. —Se abrió paso a codazos entre la multitud y llegó a la entrada justo cuando un misil golpeó el edificio cercano. Una tormenta de esquirlas de cristal, ladrillos y partes de cuerpos humanos se abalanzó sobre él. Ernest se cubrió la cabeza, se tropezó con un hombre que gritaba rodando por el suelo y, con el corazón desbocado, entró corriendo en el hotel.

Un soldado japonés les gritaba a los huéspedes y al personal del hotel en el vestíbulo principal; sonó la alarma de emergencia. Ernest se volvió hacia la cafetería y corrió al ascensor; estaba repleto de gente. Giró hacia la escalera cerca de la entreplanta y se abrió paso entre los huéspedes del hotel que bajaban corriendo.

Llegó al undécimo piso. No había guardias. El ático de Sassoon estaba abierto. Pasó junto al piano y los armarios y encontró el estudio en el rincón izquierdo. Estaba cerrado. Sacó la llave de su bolsillo y la metió en el ojo de la cerradura. La puerta se abrió; encendió la luz.

La cabeza le daba vueltas. Las paredes estaban cubiertas de mujeres, de fotos, todas desnudas. Volvió a maldecir a Sassoon por su perversa afición y buscó. Ninguna era de Aiyi.

Escuchó pasos que provenían de la sala. Pisadas firmes con broches de plata tintineantes en las botas.

Cerró la puerta. El corazón le latía con fuerza y se le acababa el tiempo. Arrancó todas las fotos de las paredes y las metió en una caja vacía que halló en un rincón. En un escritorio cerca del sofá, encontró rollos de película sin revelar; detrás del trípode, dentro de armarios de palisandro, había más rollos, fotos, diarios y álbumes.

Escuchó voces que hablaban en japonés fuera del estudio. La puerta tembló. Alguien estaba tratando de entrar.

Si lo encontraban, le meterían una bala en la cabeza. Ernest cargó en sus brazos todos los rollos sin revelar, los álbumes y las fotos, y los arrojó en un montón en el suelo. Entre las botellas de químicos, lupas y papeles impresos, encontró una caja de cerillas con el logo del hotel.

“Asegúrate de que ninguna foto sufra ningún daño”. La voz de Sassoon resonó en su mente.

Ernest encendió una cerilla y la tiró. Las llamas chisporrotearon, cobraron vida y rozaron el montón. Agregó más álbumes y fotos. El fuego siseó, lamió la alfombra, el escritorio y el sofá. Tenía que salir de allí, pero ahora se escuchaban risas y el tintineo de cristales fuera.

El humo subió. Le ardía la garganta. Sentía la cara caliente, como si estuviera en llamas; se le había chamuscado el pelo. Si se quedaba un minuto más, se quemaría vivo. Presionó su espalda contra la pared, tapándose la nariz, pasó tambaleante junto al fuego y alcanzó el picaporte. Su brazo barrió la parte superior de un archivador que había a su lado, y algo pesado cayó a sus pies. La cámara de Sassoon.

La recogió, la metió dentro de un bolso de cuero que vio cerca y se lo echó sobre los hombros. Había destruido las fotos del hombre; recuperar su cámara era lo menos que podía hacer. Luego abrió la puerta y salió dando tropezones.

Lo recibió el aire dulce y frío, perfumado con humo de cigarrillo, ginebra y whisky. Jadeó, inspiró hondo y levanto los brazos. Pero nadie le gritó: los japoneses se habían ido.

Ernest echó una mirada más al estudio en llamas y salió corriendo al pasillo. Golpeó el botón del ascensor, pero no pasó nada. Así que bajó corriendo las escaleras atestadas de huéspedes aterrorizados con batas de terciopelo y túnicas blancas. Al llegar al séptimo piso, presionó nuevamente el botón del ascensor y salieron dos soldados japoneses que le apuntaron con sus rifles.

El miedo lo atravesó; levantó los brazos. El soldado que estaba cerca de él apuñaló la bolsa de cuero con la bayoneta.

Ernest señaló hacia arriba.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Miraron hacia donde él señalaba, y él aprovechó para lanzarse por las escaleras y correr hacia abajo. Cuando casi había llegado al rellano, se detuvo.

Bajo la brillante lámpara de araña de cristal Lalique, un soldado japonés conducía a la multitud hacia las escaleras, y un altavoz atronó en inglés:

—¡Todos los huéspedes deben reunirse en el vestíbulo! ¡Todos los huéspedes deben reunirse en el vestíbulo! ¡Quien se niegue a cooperar será fusilado! ¡Quien se niegue a cooperar será fusilado!

Si avanzaba con la multitud hacia el vestíbulo, quedaría atrapado. Pero no podía acercarse a los soldados armados. Ernest miró a su alrededor con desesperación, mientras se colocaba el bolso detrás de la espalda. Había llegado a la planta baja y a su derecha, cerca de la escalera, estaban las ventanas rotas por la bomba. Eufórico, corrió, pisando casquillos y escombros, saltó sobre un sofá acolchado que había debajo del alféizar y se tiró por una ventana.

Debajo de él vio *rickshaws*, motocicletas militares, coches, gente que gritaba, carruajes y más soldados japoneses con rifles. Se había equivocado. Esta no era la planta baja, era el primer piso.

—¡No! —Intentó aferrarse al alféizar o al marco de la ventana, pero sus manos no lograron sujetarse y sus pies resbalaron en el aire.

CAPÍTULO 47

Aiyi

CHENG ENVIÓ A UN EQUIPO DE COSTURERAS PARA QUE ME HICIERAN TÚNICAS NUEVAS. AHORA ERA ÉL quien decidía qué ropa usaría yo; consideraba inapropiados los vestidos que mostraban mis curvas.

Frente a un espejo alto, me quedé inmóvil mientras las costureras medían mi talla y cortaban la tela cuatro veces más grande. No había pliegues que marcaran la cintura, relleno alrededor del pecho ni dobladillos cuidadosamente medidos: nada de las técnicas de sastrería de alta calidad a las que estaba acostumbrada. Cuando las túnicas estuvieron cosidas en una máquina de pedal, una negra y otra gris, ambas con un cuello redondo alto que me llegaba a la barbilla, me puse una. Con ese cuello que me aprisionaba la garganta, las mangas tan largas que me cubrían las puntas de los dedos, el cuerpo enfundado en un tronco sin forma, parecía una bola de masa. Ernest no me reconocería si pasara a mi lado.

Insomnio. De nuevo.

La noche estaba demasiado silenciosa. Cada crujido de las paredes, cada sonido en el jardín, cada murmullo del viento me sobresaltaba como el aliento de un fantasma.

La luz de las velas se extendía por la pared; las sombras se recortaban detrás de los armarios. La música áspera e inconexa sonaba en mis oídos de nuevo. Me abracé los hombros, acurrucada en la cama; el miedo era un grillete alrededor de mi cuello.

Antes del amanecer, salí a buscar a Ying para que me hiciera compañía. Pero no estaba en su habitación; era muy extraño, especialmente a esa hora. Cerca del patio, escuché un crujido proveniente de la puerta principal. ¿Un ladrón? La puerta, increíblemente, estaba abierta. Miré hacia fuera. Cerca del callejón que estaba a solo una calle de distancia vi a Ying, con su camisa y sus tirantes. Llevaba una linterna en una mano y un fajo de billetes en la otra, que entregó a un hombre bajo y calvo vestido con una túnica. Detrás de él, otros dos hombres se acercaron desde el callejón con una caja. Ying la abrió con la mano libre y extrajo un objeto largo como una escoba. Un rifle.

Cerré la puerta, furiosa. Todo el dinero que le había dado no era para pagar sus deudas de póquer. Estaba involucrado en el tráfico ilegal de armas. ¡Lo iban a asesinar! Lo esperé junto a la mesa redonda del comedor. Pero debí de quedarme dormida, porque cuando reaccioné, mi viejo mayordomo estaba a mi lado.

—¿Dónde está Ying? —Ya había amanecido. En la casa, los demás aún dormían.

—El joven amo dijo que tenía una partida de póquer —respondió, tragando saliva ruidosamente, como hacía siempre.

Me sirvió el desayuno: dos huevos hervidos en té, un tazón de avena con cebollas verdes y uno de tofu suave. Luego, se alejó.

—¿Puedes quedarte conmigo? —le dije.

—Sí, señorita Shao. ¿Necesita algo más?

—No. Solo quédate y cuéntame algo.

Sostuve el huevo duro, marinado durante horas en hojas de té y vainas de anís, que tenía un sabor intenso; era mi favorito. Le di un golpecito contra la mesa y comencé a pelarlo; cuando la cáscara se desprendió, sostuve el huevo suave, desnudo, listo para que yo me lo comiera. De pronto, me sentí triste. Ya no tenía mi negocio, ni amor, ni futuro. Era vulnerable como un huevo sin cáscara.

Se oyó un golpe sordo en la distancia. El suelo tembló.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Señorita Shao?

Él no oía bien. O tal vez era yo la que me estaba volviendo loca. Mordí el huevo.

Otro golpe.

—¿Has oído eso?

Me quité algunos trocitos de cáscara de huevo que habían caído sobre mi vestido y salí del comedor. No me lo había imaginado. Era cierto, el suelo estaba temblando. Mi Nash, aparcado cerca de la fuente, traqueteaba; los dos faroles rojos colgados de dos cuerdas desde el patio hasta la sala de invitados central, que Peiyu había instalado para tener buena suerte al recibir el nuevo año, se balanceaban. Las borlas rojas se mecían y las letras doradas que decoraban los faroles giraron en un torbellino de confusión. Corrí hacia la fuente y abrí las puertas.

Fuera, el aire del amanecer era acre, repugnante por el aceite quemado. Ya había sentido un olor así antes, cuando los japoneses atacaron la ciudad. Pero la calle parecía normal; un porteador de un *rickshaw* dormitaba cerca del callejón.

Luego vi una explosión negra en dirección al río.

Ya estaba pasando. Estaban atacando el Asentamiento, tal como había dicho Ernest.

Su apartamento estaba a cierta distancia del río. Debería estar a salvo; si pensaba con sensatez, se mantendría alejado. Pero ¿y si no lo hacía?

Volví a entrar corriendo y casi choqué con mi chófer, que acababa de despertarse.

—Rápido. Subámonos al coche. Llévame al Asentamiento.

—¿Qué sucede? —Puso en marcha el motor.

—Tú llévame allí. Vamos.

Salimos a toda velocidad. Cuanto más nos acercábamos al río, más denso era el humo. Parecía que la calle se elevaba y zigzagueaba como una serpiente, invadida por los porteadores de *rickshaws*, la gente con túnicas largas, los europeos con sus trajes, que huían en todas direcciones. Un tanque con la bandera japonesa pasaba por encima de las bicicletas, los *rickshaws* y los coches y los arrastraba. El humo negro se elevó, cargado de enjambres de chispas; el aire crepitaba, atravesado por los disparos y chillidos. El cielo, un horno de fuego, explotó.

Mi coche frenó, rodeado de gente histérica y vehículos volcados. Era demasiado peligroso avanzar más y, de todas maneras, Ernest no tenía motivos para acercarse al río. Estaba pensando en darme la vuelta cuando algo cayó del cielo y se estrelló contra el techo de un Chevrolet negro delante de mí. Se oyó un sonido de huesos rotos; el coche se sacudió. Y vi en el techo del Chevrolet una cara: la de Ernest.

Abrí la puerta y corrí hacia él.

—¡Ernest!

A través del humo ondulante, lo vi rodar, caer al suelo y desaparecer entre la multitud frenética. Corrí hacia delante, esquivando otro Chevrolet que se estrelló contra un Packard, del que salió un hombre envuelto en llamas que cayó, con sus maletas en las manos.

—¡Ernest! ¡Ernest!

Se había ido. No lo veía. Una explosión atronadora estalló a mi alrededor. Una espiral de metal, aceite caliente, cristales, escombros y miembros amputados se disparó en el aire. El suelo se estremeció; la gasolina, el humo y el fuego se desplegaban en el aire y retumbaban como un

tren negro. Un dolor agudo me apuñaló el cuello; algo húmedo y pegajoso se escurría por mi vestido. Me escocían los ojos, me ardía la garganta y, extrañamente, no escuchaba gritos ni disparos; en cambio, una ola de sonido sin voz me llenaba los oídos, como si estuviera bajo el agua, mientras el mundo ardía en un montón silencioso. Era una sensación piadosamente pacífica.

Tropecé, cojeé, busqué entre las figuras que corrían. De vez en cuando agarraba a alguien por los hombros para ver si era Ernest. Ninguno era él. Todos gritaban con la boca abierta, con las lágrimas corriendo por sus rostros manchados de humo, pero no escuchaba ninguna voz. Con todas mis fuerzas, grité el nombre de Ernest, y entonces, mágicamente, el oleaje que sonaba en mis oídos se alejó y logré escuchar algo.

Se vertía generosamente, como vino en una copa, olía acre y era cálida.

Gasolina.

Un Buick chirrió a mi lado. La puerta se abrió; dentro estaba sentado Cheng.

—Te he estado buscando. ¡Entra!

—Hay una fuga de gasolina. Necesito encontrarlo.

Tenía calor. Mucho calor. En la cara. En la espalda. En las piernas y los brazos. El calor, el sonido horrible y el olor. Ernest debía irse antes de que fuera demasiado tarde.

—¿A quién?

La multitud que corría hacia nosotros, golpeaba el capó y pateaba los guardabarros, para que nos quitáramos del camino.

—A Ernest. Saltó por la ventana. Está en algún lugar por aquí…

Cheng extendió la mano y, con su fuerza salvaje, me agarró y me empujó dentro del Buick.

—Vamos a casa.

—No puedo. Tengo que encontrarlo.

Cheng me sostuvo por los hombros. Tenía el rostro manchado de sudor y humo, el sombrero de fieltro torcido.

—Fui a tu casa. Tu mayordomo me dijo que habías venido a la zona del río. Llegué lo más rápido que pude. ¿En qué estabas pensando? ¡Te van a matar!

Siguió hablando, sus labios se movían, su cara enrojecía por la ira. Me había buscado por todas partes, en todas partes, preocupadísimo por mí.

—¿No pensaste en lo que estabas haciendo? ¿Por qué viniste aquí?

Nunca lo había oído hablar tanto, tan rápido, tan frenéticamente, y casi no podía entenderlo; mi mente estaba atascada en la imagen de Ernest estrellado contra el techo del Chevrolet. Había pensado que mi club era mi vida, pero estaba equivocada. Había creído posible vivir una vida tranquila y segura con Cheng. También me había equivocado. Ernest no me daría un hogar ni una posición social adecuada, pero él era el único al que amaba. Si él muriera, yo no sería capaz de vivir.

—Le quiero, Cheng. —Ahora me daba cuenta. Después de todos esos meses.

El hermoso rostro de Cheng se congeló; luego arrojó su sombrero de fieltro por la ventana y pateó el asiento frente a él.

—Mierda. Mierda. ¡Mierda!

—Escúchame. Hay un escape de gasolina. Debo volver. Debo sacar a Ernest de ahí antes de que todo explote. ¡Vuelve!

El Buick siguió su camino.

CAPÍTULO 48

Ernest

GASOLINA. LA ESCUCHABA GOTEAR; CADA GOTA SONABA COMO EL CRISTAL QUE SE ROMPE. EL OLOR ACRE lo asfixiaba y sentía el calor abrasador en su piel, la chispa crepitante en el aire. Abrió los ojos, pero solo vio un manto de oscuridad. Jadeando, golpeó algo por encima de su cabeza. Una bobina de metal estaba ardiendo.

Había rodado debajo de un coche después de la caída. Gimiendo y estremeciéndose de dolor, se arrastró y se puso de pie. El cielo, ahora un mar de humo, se fundía con las calles. Escuchó la voz de Aiyi, pero pensó que era producto de su imaginación. Era demasiado peligroso para ella estar cerca.

Aun así, se arrastró hacia la voz. De pronto, chocó contra un hombro; sus dedos aferraron un poco de pelo. Por entre el humo en movimiento, vio que era un hombre con la cara ensangrentada. Retiró la mano y dio un paso atrás, justo cuando un trozo de metal plateado pasó girando entre ellos y le arrancó la cabeza al hombre.

Ernest estaba a punto de gritar cuando un coche explotó cerca de él. Una oleada de calor hirviente lo cubrió, se golpeó contra algo duro y perdió el conocimiento.

Dolor. En todas partes. En los hombros, la espalda, las piernas, los ojos, la nariz y los labios. Tosió, con una mueca. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente ni qué hora era. Su chaqueta estaba hecha jirones, quemada por la explosión; su camisa Oxford no tenía mangas, su brazo derecho estaba hinchado y ensangrentado. Sobre su pecho todavía colgaba el bolso de cuero que había rescatado del estudio de Sassoon. Un milagro, teniendo en cuenta el estado de la chaqueta.

Un silencio espeluznante había envuelto la calle; desde la distancia se oyó una ráfaga de disparos. Ernest se puso de pie. Frente a él, el aire era un jirón de humo; en el suelo había carrocerías de coches en llamas. A unos pasos, las llamas lamían varios cadáveres vestidos; algunas personas gemían en el suelo, sin sombrero, con las túnicas hechas harapos. Frente al hotel de Sassoon, un soldado japonés disparó al aire. Las ventanas se resquebrajaron y cayó una cascada brillante y estruendosa de cristales. Por fortuna, Sassoon se había ido, o habría sufrido un ataque al corazón.

Tambaleándose, Ernest comenzó a caminar. Había destruido las fotos y el estudio; la reputación de Aiyi seguiría inmaculada. Era hora de irse a casa. En la calle Bubbling Well, la muchedumbre parecía multiplicarse a cada minuto. Los empujones le obligaban a moverse. Cerca del hipódromo, las banderas de la Armada japonesa ondeaban en ventanas y vallas; habían marcado ese lugar como el nuevo cuartel general de la Marina japonesa.

Llegó a una esquina y escuchó un altavoz desde el que chisporrotearon sonidos. Luego se vio obligado a apartarse y dejar paso a algunas personas alegres que agitaban banderas japonesas; era un desfile, un desfile de vencedores.

La Armada Imperial Japonesa marchaba, uniformada, hacia él, con sus bolsas de cuero llenas de municiones rebotando en el pecho y granadas colgadas del cuello. Detrás de ellos avanzaba una docena de camiones verdes; dentro había hombres que llevaban en sus uniformes la insignia de la Marina estadounidense, acobardados, con los brazos en la nuca.

Ernest reconoció la visera de un oficial. Era el coronel William Ashurst, que debió de haber decidido quedarse en el barco. Impotente, Ernest vio pasar el camión, que dejó un rastro de panfletos de papel rojo, verde y amarillo. Los folletos tenían una caricatura de un soldado en silla

de ruedas llamado Roosevelt, vestido con la bandera de las barras y estrellas, y otro hombre grande llamado Churchill, envuelto en una camiseta con la bandera británica; los dos se abrazaban, aterrorizados al ver dos bombas japonesas caer sobre sus cabezas.

El altavoz chisporroteó de nuevo y transmitió en inglés. “Los ciudadanos de países enemigos —Gran Bretaña, Estados Unidos y los Países Bajos— son ahora enemigos de Japón. Deben presentarse en el Edificio Hamilton. Cualquiera que desobedezca o huya será fusilado. Repetimos. Los ciudadanos de países enemigos…”.

Ernest era un apátrida, ya no era enemigo de nadie. Qué ironía.

Un joven chino con una cazadora de aviador, que estaba a su lado, lo miró y luego miró su bolso de cuero con la bandera británica.

—¡Un británico! ¡Aquí hay un británico! ¡Un extranjero enemigo!

Ernest empujó al joven, se metió entre la multitud y corrió tan rápido como pudo. Cuando se detuvo para respirar, estaba frente al imponente Edificio Hamilton de apartamentos, donde se había formado una fila. Había hombres vestidos de traje, parejas cogidas de la mano, mujeres con pantalones de terciopelo y niños abrazados a sus animales de peluche, todos de pie en actitud estoica, con el rostro serio.

Cerca de la línea se encontraba un soldado japonés con un rifle. Levantó la mano y del interior del edificio salió un grupo de personas, cada una con una maleta y un brazalete con las letras EU, GB o PB. Después de haber escuchado el mensaje del altavoz, Ernest entendió que esas letras correspondían a los Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos.

—¡Al campo de concentración, al campo de concentración! —gritaba el soldado en inglés, y los conducía hacia un camión aparcado en la calle frente a él.

Era una escena surrealista. Ernest sintió que la cabeza le daba vueltas mientras intentaba procesar lo que veía: los brazaletes, los rifles, las maletas, los rostros atónitos y las cabezas despeinadas por el viento frío de la mañana. Observó las caras de los que ya habían subido al camión y se sobresaltó. La última mujer que había subido. La bufanda de lana roja. Estaba sentada en el borde, sumida en sus pensamientos.

Con las articulaciones a punto de romperse, Ernest cojeó detrás del camión que avanzaba por la calle entre la multitud. Tenía que gritar para llamar la atención de la mujer, pero si lo hacía, atraería la atención hacia sí mismo. Siguió al camión mientras pasaba por el Metropole, un hotel de lujo famoso por sus alfombras persas y extravagantes muebles jacobinos. Se desesperó al ver que no lograba alcanzarlo.

—¡Señorita Margolis, señorita Margolis! ¡Laura!

Ella levantó la cabeza y él juró que, aunque la distancia era cada vez mayor, a pesar de las multitudes y los coches que se interponían en la calle, ella lo había reconocido; sus ojos se iluminaron de alegría. Entonces, increíblemente, la mujer desenrolló la bufanda roja de su cuello, la ató con un nudo y la tiró al aire.

Ernest extendió la mano, pero pasó por encima de su cabeza. El camión dobló una esquina y desapareció.

Gimiendo de dolor, Ernest buscó la bufanda, abriéndose paso entre la multitud, y finalmente la encontró en la mano de un joven. Se la arrebató, la metió dentro de su bolso de cuero y se alejó cojeando, contento de que el hombre no lo hubiera atacado. Estaba exhausto; no hubiera sido capaz de luchar con él.

La calle parecía interminable. Pasó junto a un anciano que cargaba un rollo de seda en la espalda, dos jóvenes flacuchos que subían unas cajas con armas a un camión y un soldado

japonés uniformado que le clavaba un cuchillo a un hombre con quemaduras. Ernest no se detuvo, no los miró a los ojos y siguió arrastrando los pies. Solo quería ir a su apartamento, donde dormía Miriam, y rezó a Dios para que ella le hubiera obedecido.

Una motocicleta se estrelló contra un almacén cerca de él y un grupo de hombres, con el rostro cubierto por un paño negro, entró a toda velocidad en una tienda Rolex. Dentro de una empresa que vendía licor de malta y tabaco, una turba rompió las cajas a martillazos; en un banco, los soldados japoneses sujetaban a punta de pistola a un grupo de empresarios, mientras les gritaban que todos los bienes y las cuentas bancarias de los extranjeros enemigos eran propiedad del imperio.

Por fin, en un rincón tranquilo, se deslizó hasta quedar sentado en el suelo, incapaz de reunir ni un gramo de fuerza para dar un solo paso más.

El reloj de la Aduana dio la hora. Las cinco en punto. Desde la calle tempestuosa llegó el sonido del altavoz, que anunciaba un toque de queda desde las siete, hora de Tokio, que a partir de ese momento sería también la hora de Shanghái. Se dispararía tanto a hombres como a mujeres si permanecían en las calles después del toque de queda.

Tragando aire cargado de gasolina, sangre y humo, Ernest pensó en los rostros ensangrentados de los empresarios rehenes en el banco y en los extranjeros enviados a los campamentos. Todos los europeos y estadounidenses ricos, que contaban con la protección de sus países, ahora eran prisioneros, y él, un hombre sin patria, sin trabajo y sin un amigo, había pasado inadvertido. En un mundo de fuego cruzado de balas y rayos, estaba solo, apátrida y dependía de sí mismo para vivir, sobrevivir y prosperar.

CAPÍTULO 49

Aiyi

ME VOLVÍ HACIA LA VENTANILLA; EL SERMÓN DE CHENG DESBORDABA MIS OÍDOS.

—¿Puedes conducir más rápido? ¡Usa el claxon! ¿Son ciegas esas personas? ¿No ven el coche? —Se había negado a dar marcha atrás y yo había dejado de suplicarle.

Por lo que pude escuchar, no había habido otra explosión devastadora. Ernest debía de estar a salvo. Lo encontraría en cuanto pudiera escabullirme.

Finalmente, los leones gigantes de piedra gris aparecieron en la distancia y, cuando llegamos al patio, Cheng cerró alrededor de mi brazo su mano firme como un tornillo de banco y llamó a gritos a Sinmay. Unos minutos más tarde, Sinmay apareció en la escalera de piedra de su estudio. La luz solar que se filtraba entre las ramas del roble parecía dibujar gusanos brillantes sobre su larga túnica gris.

—¿Qué ocurre?

La mitad de Shanghái acababa de ser bombardeada e incendiada, pero él permanecía imperturbable, como si estuviera viendo el fuego encendido en una chimenea. A los extranjeros del Asentamiento no les importamos, había comentado Sinmay amargamente cuando sus reporteros describían que los europeos y los estadounidenses, sentados bebiendo tranquilamente en los cafés, elogiaban el armamento sofisticado de los japoneses cuando estos bombardearon el área china. Ahora el Asentamiento estaba en llamas, y era él quien se sentaba tranquilamente en su estudio, con las piernas en alto. Qué extraños somos los humanos. Construimos cercas de alambre de espino entre nosotros y nos alejamos del sufrimiento de los demás, pero olvidamos que la inmunidad al dolor es una ficción. Porque, aunque seamos tan diferentes como la sal y azúcar, todos tenemos sangre en las venas y un corazón en el pecho, y todos morimos si nos alcanza una bomba.

—Me voy a mi habitación. —Traté de quitarme de encima a Cheng, pero me agarró con más fuerza.

—Tenemos que hablar, Sinmay.

—Adelante —respondió con gesto ceñudo.

Sospeché de qué quería hablar. Cheng era un hombre orgulloso; no me perdonaría lo que le había confesado en el coche. Tal vez quería romper nuestro compromiso, algo que debía contar con la aprobación de Sinmay, la autoridad de la casa. El alivio se apoderó de mí. Esa sería la solución ideal. Cheng salvaría su dignidad y yo sería libre.

Eufórica, entré en el oscuro estudio de mi hermano, sofocante por la falta de aire; la luz del sol intentaba colarse a través de las intrincadas celosías de la puerta, pero no lograba atravesarlas. Dentro, Peiyu estaba sentada en una silla de madera roja junto a una mesa negra, con una taza de té en la mano. Detrás de ella, una niñera sostenía en sus brazos a la bebé, envuelta en gruesas capas de abrigos.

—Estás sangrando, Aiyi. —Peiyu dejó la taza de té—. ¡Y tu vestido!

—La sangre no es mía.

—¿Qué está pasando?

Sinmay fue a sentarse detrás de su escritorio de cedro cubierto de pergaminos.

—No te lo vas a creer. Aiyi fue a ver al pianista y casi la matan. —Cheng hablaba de mí como si yo fuera una delincuente. Su temperamento feroz, un conjunto de engranajes de dientes afilados que llevaba girando veintiún años, se había puesto en marcha.

—¿El extranjero de la revista?

—¡Tendrías que haber escuchado lo que me dijo en el coche! No importa, hermano mayor. ¿Me das tu permiso para que ella viva conmigo? Es necesario, por su seguridad.

Me quedé impactada.

—No puedo vivir en tu casa, Cheng. En realidad, he esperado mucho tiempo para decirte esto: deseo cancelar nuestra boda.

Cesó el suave arrullo de la niñera que mecía al bebé; Cheng dejó de pasearse por la habitación.

—¿Cancelar la boda? ¡Pero ya hemos enviado las invitaciones! —dijo Peiyu, incrédula.

Sinmay se puso en pie de un salto y la silla de palisandro salió volando por la habitación.

—¿Estás loca?

Me encogí. Su desaprobación era esperable, pero no me había imaginado ese espectáculo.

—Estás comprometida. Todo el mundo en Shanghái lo sabe.

—Quiero repensar mi futuro.

—Tu familia es quien toma las decisiones sobre tu futuro.

Me volví hacia Cheng.

—¿Podemos hablar en privado?

Cheng golpeó el escritorio con el puño.

—¿Quieres dejarme por un extranjero? ¿Es eso? ¿Acaso te has acostado con él?

—No me hables así…

Sinmay me agarró de un brazo y tiró hacia él.

—¿Te has acostado con un extranjero?

Cheng me cogió de los hombros para que quedáramos frente a frente.

—Sabía que me mentías. Lo sabía. Me mentiste.

Sinmay tiró de mí otra vez.

—Será mejor que tengas una explicación para esto o nunca te perdonaré.

Mareada, me alejé de ellos y me golpeé la espalda contra una puerta batiente. El rostro de Cheng era el de un matón y el de Sinmay, el de un superior furioso. Yo, una mujer de veintiún años, era una persona sin importancia, alguien insignificante.

Cheng se rio. Un sonido terrible.

—¿Has pensado en mí? ¿En qué situación me deja? ¡La gente se reirá de mí! ¡No puedes hacerme esto!

—No soportaremos esta vergüenza. No se lo mencionaremos a tu madre. La boda se celebrará según lo programado —dijo Sinmay con el rostro sonrojado por la ira—. No depende de ti, Aiyi. Te casarás con él. Soy tu hermano mayor y te lo ordeno. El hermano mayor ocupa el lugar del padre —agregó citando un proverbio.

Me rodeé el pecho con los brazos, pero no aparté la mirada.

—Si no vas a escucharme, será mejor que te vayas y no vuelvas nunca —bramó Sinmay señalando el patio.

Fuera, el patio estaba envuelto en una pálida penumbra; la luz del sol se desvanecía, el suelo estaba cubierto de charcos de lluvia del día anterior, con formas de diamantes y círculos. Si me iba, nunca se me permitiría volver a entrar a la casa y me borrarían de la familia, como si no hubiera existido nunca. Ya le había ocurrido a mi hermana, caída en desgracia cuando se convirtió en concubina de un magnate de Hong Kong.

Me negaba a ser desterrada.

—Emily hizo bien en dejarte. Está mejor sin ti.

Balanceó su brazo y, cuando me tocó, mi cabeza salió despedida hacia atrás. La bofetada, nítida y sonora, me hizo daño en la oreja.

Nunca antes me habían abofeteado, ni siquiera me habían pellizcado. Me sostuve la cara, y las puertas de la memoria de mi infancia se abrieron de golpe. Durante aquellos años había presenciado, estremecida, cómo mi padre adicto se volvía loco, cogía berrinches, maldecía y golpeaba a mi madre cuando ella le ocultaba dinero. Nunca creí que yo también sería víctima de violencia, golpeada por mi propio hermano.

—¡Sinmay! —Peiyu elevó la voz.

—¡Me está desobedeciendo!

Cheng logró interponerse y se quedó frente a mí. Me miró fijamente, salvaje como un felino furioso.

—No te mereces esto. Yo nunca te haría daño, pero te odio. Te odio tanto… Nunca te perdonaré.

Salió del estudio. En el patio, se escuchó el rugido del motor de su coche y, luego, el sonido se desvaneció.

Sinmay estaba furioso.

—¡Vete a tu habitación!

Aturdida, obedecí y me retiré; me dolía la cabeza y me ardían los ojos. Una voz en mi cabeza me decía que había hecho lo correcto, pero la otra voz, tranquila y distante, dijo que había cometido un terrible error y había echado a perder mi vida. Ambas coincidieron en que mi vida ahora era como una lámpara de papel a la deriva en el viento.

—¿Necesitas un pañuelo? ¿O alguna crema para la hinchazón, hermanita? Toma, toma mi pañuelo. —La voz de Peiyu sonaba compasiva. Ella tenía buenas intenciones. Lo había observado todo impotente.

—Quiero acostarme —dije.

Y dormí. Por primera vez desde la pérdida de mi negocio, no vi sombras, no escuché murmullos de fantasmas. Soñé con mi madre, una nítida visión detrás del humo del incienso. También me vi a mí misma, una chica de diecisiete años con un manto de luto de cáñamo junto a su ataúd. Era muy joven; la profundidad de su muerte aún no me había golpeado, y solo sentía el vacío desacostumbrado, como un precioso brazalete de jade que había usado durante años, pero que se me había resbalado.

Cuando desperté, ya no sentía ardor en la cara. Salté de mi cama y traté de abrir la puerta.

No se abrió; estaba cerrada con llave desde el exterior. Grité y me respondió mi mayordomo, que siempre dormía en el jardín, con la voz distorsionada por su costumbre de tragar saliva constantemente.

Sinmay no me había echado; me había encerrado.

CAPÍTULO 50

Ernest

CUANDO FINALMENTE LLEGÓ A SU APARTAMENTO, ESTABA VACÍO. TENDRÍA QUE BUSCAR A MIRIAM MÁS tarde. Se sentó en la cama, gimiendo de dolor. Sentía como si tuviera todos los huesos rotos; si se acostaba, sería incapaz de levantarse. Miró la bufanda roja que tenía en el regazo y trató de desatarla con sus dedos temblorosos. Tal vez hubiera un mensaje de la señorita Margolis dentro. Tenía los dedos demasiado débiles. Le llevó un tiempo aflojar el nudo y deshacerlo.

Un pedazo de papel. Con dos firmas en la parte inferior. En realidad, era un poder notarial sobre la ejecución de un préstamo de alivio, valorado en medio millón de dólares, entre la señorita Margolis y un abogado llamado K. Bitker. Ernest se incorporó. ¿Por qué la señorita Margolis le había arrojado ese papel tan importante? ¿Deseaba que él se lo quedara? ¿Qué se suponía que debía hacer con él?

Demasiado exhausto, dejó el papel a un lado, recogió el bolso de cuero y sacó la cámara que había guardado. Un milagro: después de todas las caídas y choques, estaba intacta. Iba a guardar el bolso cuando cayó de su interior un álbum. Era grueso y ancho, fechado en 1940; la portada mostraba a dos mujeres desnudas tomando el sol en la cubierta de un yate. Se puso nervioso. ¿Estaba Aiyi en ese álbum? Si él la viera, ¿faltaría a su voluntad? Ella había sido inflexible al ocultarle el secreto. Y él, ¿estaría tranquilo si dejaba que sus ojos vieran la piel desnuda de Aiyi?

Salió de la habitación con el álbum. En la cocina común del edificio, encendió la estufa de carbón. Cuando apareció la llama, tiró el álbum al fuego. Nunca sabría si sus fotos estaban allí.

Cuando regresó a su habitación, Ernest revisó el bolso nuevamente. Había algo más en el interior. Era un sobre grueso con el logo del hotel, dirigido a él; atada al sobre con una goma había una nota, escrita en papelería del hotel, con la firma de V. E. Sassoon.

> Estimado Ernest, si encuentras esta nota, entonces todos mis temores se habrán confirmado. ¡Malditos sean los japoneses! Coge el sobre. Estaba destinado a pagarte por el rollo de película que me mostraste. Un día te enseñaré cómo hacer negocios con este dinero

Su rollo de película. Ahora que lo pensaba, Sassoon le debía su supervivencia a él. Si se hubiera quedado en Shanghái, también lo habrían enviado a un campo de concentración. Ernest quitó la goma que rodeaba el sobre, metió la mano dentro y sacó un fajo de billetes. Le temblaron las manos.

En sus veinte años de vida, nunca había visto algo así. Un fajo de dólares estadounidenses. Billetes de cien. Diez mil dólares.

La puerta se abrió y entró Miriam, vestida con una chaqueta negra con capucha que él nunca había visto antes. Arrojó la Leica en el armario, murmurando que no era culpa suya que estuviera rota.

Ni siquiera pudo regañarla.

—¡Miriam! —Agitó los billetes en su mano—. ¡Mira!

Él era rico, los dos eran ricos. Le daría a Miriam todo lo que quisiera, le compraría un abrigo grueso, o dos abrigos, o cigarrillos, o leche, o carne. Podría darle a Miriam una vida acomodada; serían dueños de las cosas: otra Leica, un reloj, un apartamento, una casa o un coche. O tal vez no lo gastase todo; tal vez se convertiría en un empresario, como Sassoon. Pero una cosa era segura: llegaría a ser alguien.

CAPÍTULO 51
OTOÑO DE 1980

Peace Hotel

MIRANDO LOS PANELES DE MADERA DEL ASCENSOR, NO PUEDO DEJAR DE PENSAR QUE HACE AÑOS, YO, CON mi abrigo de visón favorito, estaba junto a sir Sassoon en el mismo ascensor que llevaba hasta su ático. Hace casi veinte años que murió, pero todavía me debe cien mil dólares. Sassoon, según he oído, trató de recuperar este hotel y sus miles de propiedades de manos de los nacionalistas que regresaron al poder después de 1945. No sé qué logró salvar, pero el hotel se le escapó de las manos para siempre. Aunque vivió sus últimos años cómodamente en las Bahamas, bajo el cuidado de la enfermera con la que finalmente se casó, debió de haberse sentido decepcionado. Hay demasiados recuerdos que no puedo olvidar, demasiados que preferiría olvidar.

El ascensor se detiene en el noveno piso y salgo. La señorita Sorebi ya está allí, sentada en una silla cerca de la ventana, con algunos comensales a su alrededor. Me gusta que la gente sea puntual. Ernest siempre era puntual.

—Gracias por venir nuevamente, señorita Sorebi. ¿Le gusta este restaurante? El Salón Cathay, un emblema del buen gusto, tiene una rica historia. Emily Hahn, la reportera, solía venir aquí.

Hoy la señorita Sorebi lleva unos vaqueros negros y la misma chaqueta de cuero. Aparta la silla de la mesa, se sienta y examina las paredes, el techo y luego el balcón. Un pájaro plateado que no había visto antes revolotea sobre su pecho, colgado de una cadena: es una cruz.

—¿Emily Hahn? Recuerdo haber visto algunas de sus fotos.

—Era mi amiga.

Hace casi cuarenta años que no hablo con ella y no sé si está viva o muerta. Me invade una ola de tristeza que ni siquiera mis medicamentos pueden aliviar. Tal vez esto sea demasiado para mí: los recuerdos, el documental y la documentalista.

—Mi sobrina no pudo venir hoy. Solo estaremos usted y yo —digo tratando de sonreír—. ¿Ha probado la comida tradicional aquí? Es bastante buena.

—Venden comida china en Los Ángeles. Pero estoy segura de que la de aquí es diferente. —Vacila un instante.

—¿Está usted bien? ¿Cómo ha dormido? Debe de estar exhausta después del vuelo.

—Sinceramente, no he dormido bien. Nuestro encuentro, su donación y el documental… me dieron mucho que pensar. Quería habérselo preguntado ayer, pero no quise ser grosera. ¿Qué fue eso imperdonable que hizo?

—Se lo contaré todo hoy.

Cojo el menú que me ofrece el camarero. La hoja me parece un lienzo cubierto de hormigas. Me pongo las gafas, entrecierro los ojos y sostengo el menú con el brazo extendido. Lo que necesito es mi lupa, pero se me ha olvidado traerla. Finalmente, me rindo y, con la ayuda de mi memoria, pido ocho platos.

—Los platos chinos aquí se modifican para adaptarse al gusto de los occidentales. Pero si quiere algo auténtico, puede pedir ver el menú en chino. ¿Habla nuestro idioma?

Ella se ríe.

—Lamento decepcionarla, señorita Shao.

—No fue mi intención ponerla a prueba. Pero ¿aprendió algo de chino mientras trabajaba en la exposición?

Le doy el menú al camarero y veo al encargado Yang esperando elegantemente cerca del bar. Siente curiosidad por la estadounidense, su cabello y sus ojos.

—Puedo decir *fan dian*, "hotel".

—También significa "restaurante".

—Ah, ¿sí?

—El chino es un idioma ambiguo. La misma palabra puede significar dos cosas diferentes. Como *jiao tang*. Quiere decir "iglesia", pero también "sinagoga". La palabra *ai ren* significa "esposa" y "amante".

—Gracias por contármelo. ¡Qué gran diferencia, esposa y amante! ¿Qué más debo saber?

—El chino tiene muchas palabras para "esposa", como *qizi*, *furen*, *taitai*, *airen*, *laopo* y *neiren*. Quizás haya más, pero no se me ocurren ahora.

—¡Dios mío! ¡Qué curioso!

Creo que me estoy acostumbrando a su manera de exclamar continuamente.

—Señorita Shao, debe de pensar que soy una molestia, pero eso imperdonable que mencionó… ¿me dirá qué es?

La habitación está fría. Me enrollo la bufanda de cachemir alrededor del cuello.

—Creo que tengo varias respuestas. Antes de dárselas, me gustaría saber qué le dijeron sus entrevistados sobre mí.

—Dijeron que usted y el señor Reismann tuvieron una relación poco común, que puso en peligro a algunos refugiados. Eso fue durante la ocupación japonesa, me recordaron. También mencionaron una tragedia desafortunada en la que usted estuvo implicada y tras la cual el señor Reismann nunca volvió a ser el mismo. Pero nadie recordaba con claridad cómo ocurrió esa tragedia. Entonces, mi suposición es que podría haberse tratado de un malentendido.

Me contengo. Quiero caerle bien, de verdad que quiero hacerlo.

—¿Un malentendido? ¿O cree usted que todo fue por mi culpa, tal como le dijeron?

Enseguida lamento haber usado un tono tan cortante. La gente dice que la vejez nos amansa y nos embota el ánimo, pero para mí es como la llave de un Cadillac que me permite hacer estragos.

Se pasa la mano por el pelo.

—Cuando estaba investigando para la exposición, rara vez pensé en acusar a alguien, señorita Shao. Mi única intención era mostrar el sufrimiento de los refugiados. El señor Reismann sufrió; todos lo entendemos. Créame, la respeto a usted tanto como a mis otros entrevistados.

Pero todos lo adoran a él, solo a él, y yo estuve en las sombras, era la otra, aquella a la que rehuían, la que despreciaban. Ha sido así durante años, y nada ha cambiado.

—¿Sabe por qué algunas personas en China solo beben té, no café?

—¿Por qué? Todo el mundo en los Estados Unidos bebe café.

—La gente de aquí dice que el café causa cáncer, por eso. ¿Sabe lo que sucede cuando la gente cree algo? Creen que tienen toda la razón y nada les hace cambiar de opinión.

Se frota la sien. Se debate consigo misma. Quiere confiar en mí para poder recibir la donación del hotel, pero ha oído demasiadas historias contradictorias sobre mi persona.

—Estoy hecha un lío, señorita Shao, discúlpeme. Entiendo que para que usted es traumático remover el pasado, pero ¿puede ayudarme? El documental del señor Reismann debe de ser importante para usted. ¿Qué es lo que necesita que yo haga?

Esto es lo que quiero: tener sus oídos, poner la historia de la lucha de Ernest en sus manos, liberarme del pasado, pero no sé por qué casi me pierdo. No puedo culpar a los refugiados que no me conocían; la verdad es que me he estado culpando a mí misma durante todos estos años. Siento un pinchazo de dolor detrás de los ojos.

—Supongo que los dos somos responsables, Ernest y yo. Si no hubiera sido por él, ninguna de las tragedias habría ocurrido. No me habría arrepentido durante toda mi vida de lo que hice ni estaría sentada aquí hablando con usted.

CAPÍTULO 52
ENERO DE 1942

Aiyi

El Año Nuevo chino llegó a finales del mes. Era el Año del Caballo de Agua. Un año desafortunado, porque el agua indica lágrimas. Estuve encerrada durante siete semanas; grité, chillé y golpeé las puertas, pero nadie me escuchaba. Me entregaban la comida y el agua a través de la puerta, que estaba sujeta con una cadena que permitía abrirla lo mínimo indispensable para que yo pudiera alcanzar la bandeja. No tenía nada que hacer. Dormía día y noche, y caminaba desde la cama de color púrpura hasta la silla de palisandro.

Para mantenerme cuerda, escuchaba jazz en mi cabeza: "Summertime", "They Can't Take That Away from Me", "Crawl Charleston" y mi favorita, "La última rosa de Shanghái". Reí y lloré, recordando cuando Ernest la tocaba en el piano y yo tarareaba esas notas felices, siguiendo el ritmo con mis caderas y golpeteando el suelo con los pies. La música, que antes era mi sustento, mi pasión, ahora era el himno de la libertad, mi medicina.

Cada semana, mi pragmática cuñada Peiyu me recordaba mi boda a finales de febrero. Sentada en una silla fuera de mi habitación, mientras sorbía su sopa, trataba de hacerme entrar en razón.

—No encontrarás un mejor esposo que Cheng, ¿entiendes? Es el único heredero de su familia. Una vez que su madre muera, serás la matriarca; tendrás derecho a toda su riqueza, a la empresa exportadora de su familia.

—Si te gusta tanto su dinero, deberías casarte con él.

—No seas tonta. —Interrumpió para sorber la sopa—. ¿Te gustaría tomar un poco de sopa dulce de bolas de arroz con dátiles rojos? Nos quedamos sin *longyan* seco. Todo es tan caro… La inflación nos está matando. ¡El mismo pescado cuesta cinco centavos por la mañana y cincuenta por la tarde!

Finalmente, suspiró y se retiró. Escuché los pasos de sus pequeños pies de loto en el suelo de piedra y a la niña chillona, que ya tenía dos o tres años —no recordaba su edad y no me importaba en absoluto—, arrastrarse detrás de ella.

Una tarde, llegó a mis oídos la voz de Ying.

—Bueno, ¿qué me he perdido? ¿Engañaste a Cheng con ese pianista? ¿Es verdad eso?

Me apoyé en la puerta.

—Me estoy volviendo loca, Ying. ¿Puedes dejarme salir? ¿Tienes la llave?

—Mierda —suspiró—. Mira, él no debería haberte pegado, pero se trata de tu futuro. Sabes bien que no decidimos con quién casarnos. Le debemos la vida a nuestros padres. ¿Tú y un extranjero? ¿Qué diablos estabas pensando? ¿Cuándo es la nueva fecha de tu boda?

—Quiero salir. Déjame salir, Ying.

—No depende de mí. Por cierto, tu amante vino a verte.

—¿Ernest? ¿Vino aquí?

—No. Estaba hablando de Cheng.

Ya había venido una vez, y había declarado, muy resuelto, que no habría anulación y que no se le informaría a su madre de mi solicitud. La boda aún estaba en pie y se realizaría en dos semanas.

Lancé una almohada contra la puerta y Ying dijo:

—Madura, hermanita. No tienes ni idea de la buena vida que llevas. El mundo se está poniendo patas arriba. Shanghái es un infierno en la tierra. Los soldados japoneses están apostados por

todas partes. La gente se esconde detrás de las puertas, y a los extranjeros los capturan y los envían al matadero.

—No te creo.

—Es probable que tu amante ya haya muerto. O que lo hayan enviado a un campo.

—¿Qué campo?

Ying masticaba una manzana; escuché el crujido del mordisco. Luego explicó que los portaaviones japoneses, los cazas Mitsubishi Zero, los bombarderos y los destructores habían llegado a Pearl Harbor y habían atacado a las fuerzas de los Estados Unidos el mismo día que atacaron el Asentamiento. A raíz de ello, los estadounidenses finalmente le habían declarado la guerra a Japón. Pero estos habían organizado una invasión completa. Primero en Hong Kong, donde sus fuerzas navales y aéreas habían matado a miles en la isla. Volaron sobre el sur de Asia y hundieron dos acorazados británicos, uno llamado *Prince of Wales* y el otro *Repulse*. Conquistaron la península de Malaca, bombardearon Manila y atacaron las Indias Orientales Holandesas. Los británicos se habían rendido en Hong Kong y se habían retirado a Singapur, y los estadounidenses habían abandonado Manila y habían huido a la península de Bataan.

—Están indefensos. Casi ni pueden cubrirse el culo.

—¿De qué campo hablas, Ying?

—El mundo está en llamas, hermanita. Olvídate de tu pianista. Nadie está seguro; ningún país está a salvo. Si quieres seguir con vida, quédate en tu habitación.

—¡Déjame salir!

Solo hubo silencio fuera. Pateé la puerta con frustración.

En la tercera semana de febrero, Ying me dio más noticias funestas de la guerra. Los japoneses habían invadido Singapur y las poderosas tropas británicas se habían dispersado ante el ataque. Singapur se había rendido en siete días y miles de soldados británicos, indios y australianos habían sido capturados y enviados a campos de prisioneros.

—¡Me he enterado de que un submarino japonés bombardeó una refinería de petróleo cerca de California! Los estadounidenses quieren tomar represalias, pero ¿qué pueden hacer? Tienen portaaviones de la Armada en Hawái, pero no tienen bombarderos de largo alcance para volar a Tokio y regresar a Hawái.

Muy pronto, explicó Ying, los japoneses se apoderarían de toda Asia, tal como Yamazaki se había jactado de que ocurriría.

Me preguntaba cómo recibía noticias tan detalladas, pero no podía importarme menos qué territorio habían conquistado los japoneses.

—Ying —dije—. Si no me vas a dejar salir, al menos déjame hablar con mi chófer.

—¿Para qué?

—Para saber si me estás mintiendo.

Me hizo caso y, cuando llegó mi chófer, me confirmó parte de lo que había dicho Ying. Era verdad que a los extranjeros se los detenía y enviaba a los campos de concentración. Casi no podía creerlo, pero mi chófer era muy leal, estaba a mi servicio desde que yo tenía seis años. A menudo le regalaba un sobre voluminoso en el Año Nuevo chino como muestra de mi gratitud.

—Escucha —dije acercando la boca a la abertura de la puerta—. Ve a su apartamento y mira a ver si puedes encontrarlo. Ya sabes dónde es. Asegúrate de que esté a salvo y dile que quiero verlo.

Cuando mi chófer se fue, me paseé nerviosa por mi habitación.

Faltaban siete días para mi boda.

CAPÍTULO 53

Ernest

Lo despertó el aullido de una sirena. Los dedos pálidos del amanecer no habían llegado a las ventanas y la habitación bostezaba con las sombras de la noche. Se incorporó pensando en ella y, con algo de celos, deseó que Cheng la hiciera feliz.

Ernest se puso su abrigo gris topo y fue a la panadería que vendía *bagels* para el desayuno. Miriam lo acompañó, envuelta en su capucha negra. Todavía estaba de mal humor, pero el dinero que habían recibido tan inesperadamente le había levantado un poco el ánimo. Iba a donde él le pedía y, a veces, Ernest la sorprendía mirando el bolso que colgaba detrás de la cabecera de la cama.

Fuera, el cielo de febrero era una extensión encerada; el aire, una cortina triste y helada; y las calles parecían lúgubres y desoladas, empapadas en cortinas de lluvia fría. La amplia calle Bubbling Well, siempre llena de gente y coches, estaba vacía. No se encontró con un solo peatón. No había música proveniente de los salones de baile, ni chirridos de los *rickshaws,* ni se oía el claxon de ningún coche; por lo que podía ver, todas las peleterías, las tiendas de artículos de porcelana, los puestos de venta de calendarios, los clubes nocturnos y los fumaderos de opio que había en los callejones ocultos y que habían sido parte del paisaje de la ciudad estaban cerrados. Días atrás, cuando fue al hospital francés a pedir más morfina, descubrió que también estaba cerrado y que las monjas habían desaparecido.

Ernest dejó atrás una calle donde un perro callejero estaba atacando el cuerpo inerte de un mendigo, dobló una esquina y finalmente llegó a la panadería. Eran alrededor de las seis, pero la torre del reloj, que había cambiado a la hora de Tokio, marcaba las siete.

—Buenos días. —Se quitó el sombrero de fieltro y saludó a la gente que estaba dentro. Adoraba esa panadería y le encantaba encontrar allí a sus compatriotas, como el señor Schmidt. Le daban la esperanza de seguir siendo parte de una comunidad, de que no estaba solo en ese mundo espantoso. Era también el único lugar donde podía encontrar comida decente, ya que todos los restaurantes y puestos estaban cerrados, y los hoteles como el de Sassoon solo aceptaban japoneses y a sus aliados europeos, los alemanes. Esperaba que la situación solo fuera temporal; pronto, la vida volvería a la normalidad y los vendedores ambulantes reaparecerían en las calles.

Nadie le devolvió el saludo; flotaba un aire pesado y depresivo en la panadería. El señor Schmidt, encorvado en un rincón, sollozaba, y la señora Kauser, una mujer corpulenta con un delantal salpicado de harina, lloraba a gritos cerca del mostrador. Los japoneses habían detenido a su esposo, un estadounidense, y se lo habían llevado a un campo de prisioneros. Ella, alemana de nacimiento, se había salvado; por el bien de sus hijos, también debía huir de Shanghái.

—Ernest, ¿vas a ayudar? —Miriam le estaba hablando al oído.

—¿Qué?

—¿No lo has oído? La señora Kauser tiene que huir de Shanghái. Va a cerrar la panadería.

—Bueno, no estoy seguro de lo que puedo hacer. —Le entristecía que la panadería, el único lugar al que podía ir a desayunar, cerrara. Con el encarcelamiento de los británicos y estadounidenses ricos, los refugiados como él estaban verdaderamente a la buena de Dios.

—¡Piensa en algo! Ahora eres rico.

Ernest miró las caras tristes, las mesitas redondas cubiertas con manteles a cuadros rojos y

blancos, los utensilios de aluminio y el horno de ladrillos que había más allá del mostrador. Miriam tenía razón.

—Señora Kauser, ¿qué le parece si le compro la panadería? Así tendrá efectivo en el bolsillo cuando se vaya, y nosotros mantendremos este lugar abierto.

La señora Kauser se secó la cara y lo miró sorprendida. Ernest miró a Miriam; ella le sonrió y lo envolvió una tierna calidez. Se dio cuenta de que ese era el propósito de su vida ahora: la felicidad de Miriam. Era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Así fue como, cinco minutos después, Ernest se convirtió en el dueño de la panadería de la señora Kauser. Aceptó su oferta sin regatear: ciento diez dólares estadounidenses, un precio que era justo incluso antes de la guerra, y la señora Kauser, agradecida, lo abrazó y lo besó en las mejillas. Le entregó todos los sacos de harina que tenía almacenados y los nombres de sus proveedores de leche de soja.

Ahora era el dueño de un negocio. Ernest estaba complacido, pero nunca antes había dirigido una empresa y no era panadero. Se volvió hacia el señor Schmidt, quien lo miró con incredulidad.

—¿Me ayudará?

—Por supuesto, Ernest, será un placer. Pero ¿cómo diablos te las has arreglado para conseguir tanto dinero?

Sonrió.

—Es una larga historia. Con mucho gusto se la contaré cuando tengamos tiempo. Miriam, ¿qué dices? ¿Trabajarías para mí?

—No puedo. —Se sentó en un rincón, con la cabeza envuelta en la capucha como una sacerdotisa. Pero Ernest notó que su voz ya no sonaba cargada de amargura.

Se puso a trabajar con el señor Schmidt, que ahora era el gerente, y corrieron la voz de que contratarían personal. Al final del día, había reclutado a diez personas, todos refugiados apátridas como él. Algunos provenían de Austria, otros de Berlín. Algunos tenían experiencia en repostería; otros no, como Golda Bernsdorff, una actriz de veintitantos años que acababa de llegar a Shanghái vía Japón.

Era maravilloso ver a la gente agolparse en los alrededores de la panadería, hablando en yidis e inglés, con rostros sonrientes en el cálido resplandor del horno. Pero fuera, en la calle, pasaban a toda velocidad los camiones cargados de extranjeros que llevaban sus maletas: estadounidenses y británicos con sus brazaletes. ¿Qué harían los japoneses con él, con Miriam y con sus amigos de la panadería, todos apátridas? Ernest apartó la mirada y se obligó a no pensar.

La señora Kauser le presentó a un ciudadano canadiense que trabajaba en una empresa de contabilidad para el racionamiento de arroz; esto fue algo inesperado. Asustado por la invasión japonesa del Asentamiento, el canadiense había puesto en venta su vivienda y su negocio para huir de Shanghái y le preguntó a Ernest si estaba interesado en su apartamento. Llegaron a un acuerdo: Ernest lo compró por cinco mil dólares.

Era un bonito apartamento con dos dormitorios y un balcón. Ernest se preguntó si debería mudarse del lugar que Aiyi había alquilado y vivir allí. Sería más cómodo para Miriam. Pero el apartamento, ubicado en una zona donde vivían muchos extranjeros, era blanco de constantes redadas de soldados japoneses, así que no era tan seguro. Además, si se mudaba, podría perder su última conexión con Aiyi, y ella nunca podría encontrarlo.

Ese trato condujo a otro. Tres días después, sacó cuatro mil trescientos noventa dólares del

bolso de cuero y se convirtió en propietario de otro apartamento ubicado en la concurrida calle comercial de Huaihai.

Era consciente de que invertir en bienes raíces era un riesgo durante la ocupación. Los edificios podían quedar pulverizados en un bombardeo y su dinero se convertiría en polvo. Pero prefería verlo invertido en los apartamentos que tenerlo colgando de la cabecera de su cama. Además, pronto descubrió que la inflación estaba aumentando rápidamente y que la moneda estadounidense se devaluaba de la noche a la mañana. Los quinientos dólares que le quedaban, que antes equivalían a quinientos mil *fabi* chinos, ahora solo valían cinco mil.

Sin embargo, poco después de hacer esas dos adquisiciones, se pusieron a la venta más apartamentos y casas a medida que los extranjeros huían de los japoneses. Con tantas propiedades en el mercado y cada vez menos compradores, el valor de sus dos apartamentos se desplomó.

Esa noche en su habitación, contó los últimos billetes que quedaban en el bolso de cuero y se frotó la barbilla con tristeza. Había comprado demasiado pronto.

Al mediodía, aprovechando que en la panadería no había mucha actividad, Ernest fue al club nocturno Cien Alegrías, con la esperanza de encontrar a Aiyi. El club continuaba cerrado. Hizo una audaz llamada telefónica desde una oficina de correos a su casa, como un amigo, un exempleado. Nuevamente atendió el hombre con acento británico.

—¿Eres ese pianista? Aiyi se ha negado a casarse por tu culpa. ¿Podrías dejar de llamar?

Ernest colgó el teléfono y se rio.

Cuando regresó a su apartamento esa noche, se detuvo en seco en el callejón. Delante del edificio lo esperaba la figura robusta y conocida de un hombre chino con gorra: era el chófer de Aiyi.

CAPÍTULO 54

Aiyi

DOS DÍAS ANTES DE MI BODA, MI CHÓFER VINO A VERME CON BUENAS NOTICIAS. ERNEST ESTABA A SALVO, ileso; no lo habían detenido ni encarcelado en un campo de concentración. Y había acordado un lugar de encuentro: la pensión.

Estaba tan feliz que grité. Necesitaba verlo. Era urgente. No podría casarme con Cheng.

Probé varias tácticas con Ying: sobornarlo, razonar con él, sobornarlo nuevamente, pero él no cedía. Los dólares estadounidenses se habían devaluado desde el comienzo de la guerra; cien dólares solo alcanzaban para comprar un trago. Finalmente, lo amenacé.

—Sé lo que hacías con todo el dinero que te he dado, Ying. Si me dejas salir, mantendré la boca cerrada. De lo contrario… le diré a Sinmay que eres un rebelde.

—No soy un rebelde.

—Te vi cerca de un callejón el día que los japoneses bombardearon el Asentamiento. No lo niegues. —Estaba traficando armas con fines de lucro, algo que ya era común entre la gente imprudente.

—"La vida es preciosa, el amor no tiene precio, pero, en comparación con la libertad, ninguno vale nada". ¿Conoces ese dicho?

—¿Desde cuándo eres poeta? Debería decírselo a Sinmay.

Escuché un gruñido y, luego, el traqueteo de la cerradura. Cogí una bufanda y un sombrero del tocador y salí casi volando por la puerta.

—Tienes muy mala pinta —dijo Ying.

—Tú también. —Ying, quien, a diferencia de Cheng, prestaba poca atención a su apariencia, parecía andrajoso. Estaba despeinado, llevaba el chaleco sin abotonar y un tirante suelto.

—No le digas a Sinmay que te he dejado salir porque me matará. Espera, ¿adónde vas? ¿Tu boda no es en dos días?

—Quién sabe. —Corrí por el sendero hacia el jardín, luego al patio central delantero, cerca del portón. El aire libre, el camino largo y sinuoso, los arbustos de olivo dulce empapados por la lluvia, todo era libertad. Cerca de mi Nash aparcado junto a la fuente, escuché el choque de las fichas de mahjong y la voz de Sinmay desde la sala de visitas. Contuve el aliento.

—¡Ciento cuarenta y dos veces! ¿Puedes creerlo? ¡Esos bastardos han bombardeado la capital de los nacionalistas ciento cuarenta y dos veces durante los últimos tres años!

—¡Eso es casi cuarenta y ocho veces al año, cuatro veces al mes y, que Buda me bendiga, una vez a la semana! —comentó la voz de Peiyu.

—La capital debe de estar reducida a escombros —dijo Cheng—. ¿Cómo han podido sobrevivir?

—Podríamos ganar esta guerra si los nacionalistas y los comunistas se unieran y atacaran a los japoneses mientras se expanden en el sur de Asia. —Esa era la voz de Sinmay.

—Eso no va a pasar nunca. Se odian mutuamente. Chiang Kai-shek jamás perdonó a sus subordinados por haber conspirado con los comunistas para secuestrarlo.

—Salió con vida. Además, el secuestro no fue culpa de los comunistas. ¿No negoció Zhou Enlai para liberarlo?

—No hablemos de guerra en la mesa de mahjong —dijo la madre de Cheng—. Peiyu, ¿has confirmado el menú en el restaurante? Necesitamos naranjas para la boda de mi hijo. No hay excusas de escasez de naranjas.

Me zambullí en el Nash, encantada de ver a mi chófer durmiendo la siesta dentro. Le toqué el hombro y apoyé un dedo en mis labios para pedirle silencio. Parecía feliz de verme; asentía sin parar —su costumbre— mientras arrancaba el motor. Al Nash se le había roto un limpiaparabrisas durante el bombardeo; el motor gimió y se estremeció al salir pesadamente por la puerta. Iba demasiado lento.

Desde la sala de visitas llegó la débil voz de Sinmay que preguntaba adónde iba mi chófer, pero la magia del mahjong era más poderosa: los unía a todos y nadie se iba en medio del juego.

Ying había dicho que las calles estaban inundadas de soldados japoneses y no había mentido. Los puestos de control brotaban como el bambú después de la lluvia primaveral, especialmente en las calles cercanas al Asentamiento. Cuando estábamos a una calle de la pensión, salí del coche, con la cara envuelta en una bufanda, y pasé junto a los soldados que patrullaban gritando en japonés. En la pensión ya tenían una habitación reservada a mi nombre, pero Ernest aún no había llegado.

Cogí la llave y me dirigí a la habitación, que había sido el dormitorio del dueño. Tenía las paredes desnudas y grises, una cama con una fina colcha de algodón blanco, una mesita de noche de bambú de un metro de altura y una puerta lateral estrecha que daba a una huerta amurallada a la que se accedía desde la cocina. Como todas las casas de la gente pobre de Shanghái, no tenía chimenea ni papel pintado ni candelabros, y la cama no tenía colchón, sino solo una tabla de madera cubierta con sábanas rojas debajo de la colcha.

Me quité la bufanda y me senté en el borde de la cama. Desde fuera se escuchaba la estridente regañina de una mujer que acusaba a su vecino de robarle los calcetines, el sonido constante de alguien que picaba vegetales la cocina y los vigorosos gemidos de un hombre y una mujer del otro lado de la pared.

Mi corazón latía con fuerza; esperé.

¿Por qué tardaba tanto? Me puse de pie, caminé, me senté. Me levanté de nuevo. Recordé una vez que Sinmay había leído en su salón literario algo sobre la espera: era como viajar en un bote cargado de barriles de petróleo; se siente la calma de dejarse llevar por la corriente y la emoción de ver la luz al final del viaje. Sin embargo, con cada minuto que pasa, cada movimiento del agua incendia los barriles de la duda, la sospecha y la ansiedad.

Yo sentía esas llamas en mi corazón.

Él no iba a venir; había cambiado de opinión.

Se oyó un golpe en la puerta. Salté, la abrí y vi el rostro más hermoso de mis sueños. Salté sobre él y lo rodeé con mis brazos. Ernest estaba sollozando, o tal vez era yo quien lloraba. Tomé su cara entre mis manos y le limpié las lágrimas. Nos reímos, dimos vueltas abrazados, saltamos y caímos en la cama.

Me quité los zapatos de tacón y las medias y me desabroché mi vestido rojo. Lo ayudé a quitarse la chaqueta, la camisa y los pantalones hasta que estuvo desnudo, hasta que yo estuve desnuda. Me deslicé en la cama para dejarle sitio. Abrí los brazos y separé las piernas. Le había hecho el amor antes, en esa misma pensión, en la parte trasera de mi Nash y en el hotel de Sassoon. Estaba familiarizada con su cuerpo y con mi deseo, pero sentí como si fuera nuestra primera vez. Lo besé con urgencia, con avidez, con desesperación. Cuando me abrazó, cuando su cuerpo se convirtió en parte del mío, grité. En adelante, no habría más secretos, no más dudas, no más separación, no más él, no más yo. Solo nosotros.

Más tarde, me besó el antebrazo, los nudillos y el hombro; su barba incipiente me pinchaba, un ardor feliz, como una plántula que brota al calor del sol. Acostada boca abajo, me volví hacia él, con el pelo húmedo y la cabeza como un motor rugiente recién engrasado.

—Yo soy mi amada, y mi amada es mía. —Sus dedos jugaban con el lóbulo de mi oreja.

Cogí su dedo y lo mordí. Solo un poco, para que pudiera sentirme.

—Los chinos no suelen hablar de amor.

—¿Por qué?

—Porque pensamos que el amor es fugaz, voluble y simplemente frívolo. La vida, sin embargo, es un misterioso pozo de infinitud y profundidad. Así que hablamos de la vida y el destino. También creemos que la vida es un ciclo de oportunidades, karma y reencarnación. —Me subí encima de él, mi vientre sobre el suyo, mis manos contra sus manos; mi cuerpo se elevaba en el ascenso y descenso de su respiración—. También hay karma entre los amantes; lo llamamos *yuan*. Es como un azar predestinado o como una moneda divina de felicidad para los enamorados. Lo ganas tomando buenas decisiones en esta vida, y se te pagará en la próxima.

—¿Cómo se pronuncia? ¿*Yang*?

—No, *yuan*.

—Entiendo. *Yang*.

Me reí.

—Estaba tan preocupada por ti… Pensé que te habían enviado a un campo de concentración.

—Todo el mundo está preocupado por eso. Pero tengo esperanzas. Soy apátrida, así que tal vez los japoneses me dejen en paz. Has perdido peso. Estás muy delgada. Cuéntame qué has estado haciendo.

Le conté todo: la pelea con Cheng y mi familia, y el encierro en mi propia habitación. Él me habló de su bolso de cuero, el álbum y los diez mil dólares. De su compra de una panadería y otras propiedades. Ya no era un refugiado sin dinero. Era un hombre de negocios con bienes propios.

Asentí con la cabeza ante esa última afirmación. Ernest tenía una mente avispada y un aplomo que parecía agudizarse en los momentos de angustia. Si se le daba la oportunidad, era capaz de construir un imperio.

—Sassoon me hizo algunas fotos. Me pregunto si ese álbum tiene las mías —dije.

No le ocultaría más secretos. Extendí la mano y cogí su rostro; observé el brillo azul en sus ojos, lista para besarlo y apaciguarlo.

Solo parpadeó. Nunca superaría el hecho de que me hubiera quitado la ropa delante de Sassoon. Pero me cogió la mano.

—Lo quemé. Ya no existe.

—Hiciste lo correcto. —Estaba dolorida, sentía las piernas débiles, pero estaba viva, fresca y salvaje—. ¿Qué te parece si lo hacemos otra vez?

CAPÍTULO 55

Ernest

Le encantaba su olor, la forma de sus manos, la manera en que se calzaba los zapatos de tacón con las piernas cruzadas y la espalda curvada en un arco de elegancia y seducción. Ernest le pasó las manos por su tensa pantorrilla y tocó sobre su piel una sonatina de belleza y armonía. Podría vivir así el resto de su vida, verla ponerse los zapatos y hacerle el amor todos los días.

Era un castigo perderla de vista; no quería que volviera a suceder, pero tenía que hacerse cargo de la panadería. Aun así, hizo planes con ella. Él hubiera querido mudarse al apartamento que había comprado, pero no era seguro. ¿Quizás ella podría mudarse con él al apartamento que ella misma había alquilado para él? Ella negó con la cabeza. Sería considerada una prostituta por los chinos y se resistía a deshonrar el nombre de su familia.

Así que no tuvo más remedio que quedarse en esa pensión, donde se había registrado con un nombre falso. Ernest iba a verla todos los días, pero se iba por la noche, antes del toque de queda. Ella negoció una buena tarifa y él la pagó durante tres meses.

En la panadería, era un mundo diferente.

Los rumores se arremolinaban todos los días, furtivos y fríos como ráfagas de viento a través de un callejón sinuoso y oscuro: los japoneses habían puesto bajo arresto domiciliario al señor Komor, el organizador del grupo benéfico judío que había ayudado a Ernest a instalarse a su llegada a Shanghái, y habían cerrado el Edificio Embankment. Un soldado japonés había arrojado a un refugiado al río Huangpu porque se movió demasiado lentamente cuando le ordenó que se apartara de su camino.

El melancólico señor Schmidt se lamentaba mientras amasaba: “Moisés dijo: ‘Peregrino soy en tierra ajena’. En realidad, ¡todos somos peregrinos en un mundo ajeno!”.

Ernest volvió a sentir el miedo ya conocido que se había apoderado de él en Berlín. La mano, cuyos músculos comenzaron a contraerse, no dejaba de temblarle. Se puso guantes, solo para sentirse más seguro, y cuando las personas iban a la panadería, les ofrecía una silla para que se sentaran, una hogaza de pan caliente para comer, un vaso de leche de soja para beber y sonrisas para que se sintieran mejor. Al fin y al cabo, él estaba en mejor situación que ellos; tenía un amor y era el dueño de un negocio.

Pensaba a menudo en sus padres, así que un día visitó una sinagoga, la Ohel Rachel, construida por el tío abuelo del señor Sassoon. Cruzó la majestuosa entrada con pilares rústicos sin saber qué esperaba encontrar dentro. Pasó junto a decenas de estudiantes de una *yeshivá* vestidos de blanco, que habían llegado de Europa con pasaportes falsificados el año anterior, y se sentó junto a una ventana redonda cerca del arca que contenía la Torá; frente a él había sillas, mesas y candelabros vacíos, solitarios, como algo abandonado. Escuchó algunos rezos de los estudiantes, pero no pudo unirse a ellos; no conocía las oraciones. Luego, estornudó. Avergonzado, se levantó y se fue.

Visitó la sinagoga nuevamente unos días después. El santuario estaba amurallado; las ventanas selladas, con papel alquitranado, y el interior estaba a oscuras, pero esta vez sí se sintió relajado. Respiró el aire, en el que se dibujaban líneas de la luz pálida que entraba por la puerta; escuchó el zumbido de las alas de las pequeñas moscas, las ráfagas de brisa y la voz lejana y débil de los rezos. Sintió que el lugar era vasto, infinito y estaba lleno de códigos insondables, como una gran mente pensativa.

Puso su mano en la silla que tenía enfrente. El reposabrazos estaba húmedo por la lluvia

incesante y el roce de muchas manos que lo habían tocado antes que él; lo volverían a tocar muchas más después. Se preguntó si sus padres sentían lo mismo que él cuando iban al templo: el sentimiento de unión, el pulso de la vida, la sensación de formar parte de una tradición que enlazaba a las generaciones pasadas y futuras. No era un hombre religioso, pero igualmente era un judío.

Rezó por Leah y por sus padres, cuyos rostros, sonrisas, voces y gestos ceñudos permanecerían para siempre en el altar de sus recuerdos; por Miriam, a quien había defraudado, pero a la que siempre protegería; por Aiyi, a quien amaba y siempre amaría, y por el señor Schmidt, las personas que trabajaban en su panadería y todos los refugiados en Shanghái que formaban su nueva familia, para quienes la seguridad y la comodidad seguían siendo esquivas. Les deseó la luz de la paz, las alegrías eternas, el espíritu inquebrantable en los años venideros.

Una tarde, cuando la panadería estaba a punto de cerrar, salió con Golda y vio a un joven mirando a hurtadillas por la ventana. Estaba tiritando, no tenía abrigo ni sombrero, y llevaba una zapatilla blanca en un pie y un zapato negro estilo Oxford en el otro. Era un refugiado, un austríaco, dedujo instintivamente Ernest.

—¿Quieres un poco de pan? —Lo invitó a pasar y Golda fue a servirle un vaso de leche de soja y una barra de pan que había sobrado. Se sentaron mientras el joven lo devoraba todo.

Su nombre era Sigmund Baum; en efecto, era austríaco. Había llegado a Shanghái en un transatlántico y ahora se alojaba en el *Heime* en el distrito de Hongkou, con otros ocho mil refugiados. Sigmund les contó que tenían problemas. Era el último grupo de refugiados que había llegado a Shanghái, y durante meses el Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta los había apoyado, brindándoles alimentos y atención médica. Pero desde el ataque al Asentamiento, los ocho mil se habían quedado solos, sin recibir ayuda, y estaban hacinados en el viejo edificio insalubre, donde cuatrocientas personas compartían dos baños rudimentarios. No contaban con el apoyo de ningún país ni de los británicos y estadounidenses ricos, y habían perdido el contacto con la señorita Margolis, la representante del Comité.

Ernest arrugó el entrecejo, recordando el poder notarial que la trabajadora social le había tirado envuelto en la bufanda.

—La vi en un camión cuando la enviaban a un campo de concentración.

—¿Un campo? ¿Dónde? Debemos encontrarla.

Pero ¿cómo? Nadie sabía dónde estaba ese campo. Podría estar en el sur del Asentamiento, o al norte del distrito de Hongkou, o dentro de la base militar japonesa, o incluso en una isla cerca de Japón.

—¿Les dejó el nombre de algún contacto suyo en Shanghái?

—Tenía un asistente, pero también lo detuvieron.

Ernest lamentó oírlo. Recordó que el poder notarial era sobre un fondo de ayuda para los refugiados.

—Déjame ver qué puedo hacer, Sigmund. Por cierto, Golda, ¿crees que te vendría bien contar con ayuda en la cocina?

—Ernest, sabes que nunca puedo decirte que no. —Ella le guiñó un ojo.

Se estaba acostumbrando a la coquetería de Golda. No le importaba trabajar con hombres ni en *sabbat*, y su talento para la actuación contribuía a alegrar el ambiente en la panadería.

Se volvió hacia el chico. Sigmund tenía grandes ojos negros, brazos flacos y un aspecto juvenil. Tenía unos quince o dieciséis años, era un poco mayor que Miriam.

—Sigmund, no quiero que te vayas todavía. Dime, ¿te gustaría ayudarme en la panadería?

Sigmund saltó y lo abrazó. Ernest le palmeó el hombro; a Miriam le vendría bien tener un amigo.

De camino a la pensión, Ernest pensó en cómo podía buscar a la señorita Margolis. Debía encontrarla y entregarle el poder notarial.

Sin ese fondo, los ocho mil refugiados podrían morir de hambre.

CAPÍTULO 56

Aiyi

—PERO ¿POR QUÉ? —DIJE.

Estábamos en la cama. Tenía una pierna sobre su abdomen, la otra rozándole el muslo. Acabábamos de hacer el amor. Mis venas aún latían, una dulce sensación me recorría como un sueño. Me sentía tan cómoda que estaba a punto de quedarme dormida.

—Me tiró la bufanda con el poder notarial, que tiene algo que ver con un préstamo de medio millón de dólares para los refugiados. Ahora está desaparecida y los refugiados se mueren de hambre. Necesito hablar con ella.

—No tienes por qué hacerlo, Ernest. No sabes dónde está. Casi no la conoces. —La amabilidad de Ernest era su fuerza y su defecto. Tenía que ser más egoísta.

—¿Puedes ayudarme?

—¿Yo? ¿Cómo?

—Conoces a mucha gente en esta ciudad. Alguien debe de haber oído hablar del campo de concentración.

—Tal vez. Pero ¿por qué quieres ayudarlos?

Había muchos refugiados judíos indefensos, eso era cierto, pero con los japoneses todavía bombardeando nuestras ciudades todos los días y tratando de conquistar toda China, había también miles de refugiados chinos. Ernest no podía ayudarlos a todos. Además, si esa trabajadora social estaba en un campo de concentración, sería peligroso para Ernest: podrían llegar a detenerlo a él. No había motivos para que arriesgara su vida por unos refugiados que no conocía.

—Esas personas no tienen a nadie más que las ayude. No saben hablar chino, no tienen empleo y se mueren de hambre.

—Muchas personas se mueren de hambre.

—Aiyi.

Me froté contra él.

—¿Me escucharías a mí o a los refugiados?

Era solo una broma, no intentaba ponerlo a prueba, y de ninguna manera desafiarlo, pero no podía explicar lo que sentía. Una nueva sensación de posesión, como una red, se había expandido en nuestra intimidad, y él, como un vestido hecho a mi medida, se había convertido en un premio que no estaba dispuesta a compartir con nadie.

—Por supuesto que te escucharé. Solo necesito encontrar a la señorita Margolis.

—¿Y qué harás luego? ¿Sacarla del campo?

—No lo sé. Ayúdame, Aiyi, por favor. Ayúdame a averiguar dónde está el campo. La vida de esas personas depende de ello.

Sus ojos brillaron intensamente. Había visto a los hombres sermonear, reír, alardear, tener berrinches y golpear a sus mujeres, pero nunca había visto a un hombre llorar por la situación de otras personas. Suspiré.

—Déjame ver qué puedo hacer.

Sinceramente, tenía algunos asuntos más urgentes en los que pensar. Llevaba viviendo en la pensión dos maravillosos meses; cenaba la comida sencilla que preparaba el posadero, que en otras circunstancias nunca hubiera probado; me aplicaba en la cara la crema barata que compraba en la calle y usaba las pocas mudas de ropa que Ernest me había comprado. Necesitaba un plan a

largo plazo para nuestro futuro. El día de mi boda con Cheng ya había pasado, y era hora de que me comprometiera con Ernest de la manera adecuada, al menos mediante un anuncio en un periódico, para no ser una desgracia para mi familia. Eso requeriría cierto grado de reconciliación con Cheng, quien aún debía de estar maldiciéndome, y con Sinmay y el resto de mis parientes. No podría esconderme de ellos durante el resto de mi vida. Y en cuanto a mi futuro con Ernest, necesitábamos una casa. También necesitaba dinero.

Sin embargo, parecía que Ernest no se detenía a pensar al respecto. Solo hizo una breve mención de que me fuera a vivir con él. Eso fue todo. Y ahora su mayor preocupación eran los refugiados.

Aun así, le di a mi chófer un collar de oro y le pedí que me ayudara a encontrar el campo de concentración. Le llevó unos días. Luego, me informó que los japoneses habían enviado a los enemigos extranjeros a ocho campos de concentración en Shanghái. Dos eran grandes: uno estaba en el distrito de Pudong, cerca de las fábricas de tabaco frente al río Huangpu, y el otro en el área de Longhua, el suburbio del sur de Shanghái. Por lo que él sabía, a los estadounidenses y los holandeses los habían enviado a Pudong, y a los británicos, a Longhua.

Ahora que conocía la situación de los campos, me resistía a decírselo a Ernest. Era peligroso ir a la isla de Pudong. No había puentes entre Pudong y el Asentamiento; un ferry era la única forma de cruzar, y algunos de los encargados del ferry, según había oído, no tenían escrúpulos. Quizá aceptaran llevar a Ernest al otro lado, pero luego podrían dejarlo abandonado allí. Además, los japoneses patrullaban el río con regularidad. Si atrapaban a alguna persona sospechosa cruzándolo, le disparaban al barco y lo hacían volcar.

Pero todos los días Ernest me insistía. “¿Lo has encontrado? ¿Lo has encontrado?”.

Era fácil mentir, pero me ponía nerviosa verlo decepcionado. Así que volví a hablar con mi chófer, le entregué un pendiente de oro y le pedí que buscara un barquero de confianza. Él lo arreglaría todo para mí, me dijo cuando lo consiguió, asintiendo sin parar, como siempre.

Cuando le hablé a Ernest sobre el campo y el barquero, parecía tan feliz que quise cambiar de opinión.

CAPÍTULO 57

Ernest

A LA LUZ DEL AMANECER, SE SUBIÓ A UN PEQUEÑO BOTE QUE AIYI LE HABÍA AYUDADO A CONSEGUIR.

El bote se alejó tambaleándose del muelle de madera, y él se volvió para mirar hacia la isla de Pudong, donde se encontraban las fábricas de tabaco, las aceiteras y las factorías de algodón. Desde el Asentamiento, no parecía demasiado lejos, pero el río era más ancho de lo que él había pensado. Y el agua era un monstruo malhumorado y asqueroso, un pantano rebosante de cascos oxidados de cargueros, dunas de fétidas entrañas de pescado, montones de barcos hundidos y tablones de ataúdes podridos con sus lamentables ocupantes. El río era una trampa.

Se aferró con fuerza al borde mientras el bote se balanceaba a través del canal de cascos oxidados de los que colgaban velas precarias. El viento sacudía las velas quebradizas, que amenazaban con romperse en cualquier momento. La marea era fuerte; el bote se tambaleó y montones de piezas rotas del motor se precipitaron y casi se estrellaron contra él. Luego, el bote giró de lado y quedó atrapado entre montones de malezas ennegrecidas y una multitud de cadáveres hinchados. Ernest cogió un remo de repuesto y empujó, luchando por salir de allí, con el estómago revuelto.

La patrulla japonesa estaba rastreando; sus motores retumbaban débilmente, y de vez en cuando el reflector atravesaba la tenue luz del amanecer. Nervioso, se bajó el ala del sombrero de paja para cubrirse la cara.

Cuando el bote finalmente llegó al embarcadero de la isla, soltó el aliento que había estado conteniendo, hizo un gesto al barquero y saltó al suelo fangoso. Frente a él se extendía una fábrica de algodón de un solo piso con dos chimeneas altísimas, y cerca de ella, tres fábricas aceiteras cubiertas de hollín, junto a lo que parecía ser una granja de perros y algunas chozas con cuerdas para colgar la ropa en los patios delanteros. Más allá de las fábricas, a lo lejos, se veían los interminables campos de arroz y un mar de juncos y hierba. Varios campesinos con los pies descalzos y sucios de lodo se dirigieron hacia él, mirándolo con desconfianza.

Ernest se preguntó quién creían que era. ¿Un empresario? ¿Un espía? ¿Un fugitivo del campo? Porque lo miraban fijamente a los ojos y luego observaban el sombrero, la chaqueta y los zapatos. Alarmado, avanzó rápidamente por el sendero de tierra hacia la fábrica de algodón. Detrás de ella, justo a la sombra de las fábricas de aceite, estaba la tabaquera, un enorme edificio cuadrado de ladrillo con murales de tabaco, donde un centinela con uniforme caqui vigilaba la entrada principal. Se preguntó qué debería hacer. Si se acercaba al centinela y pedía visitar a los prisioneros, el hombre podía arrestarlo como extranjero enemigo y apresarlo.

Rodeó la parte trasera del edificio desde el lado de una de las fábricas de aceite. Junto a un barril de gasolina, se tumbó y observó a los prisioneros, todos con camisas a rayas blancas y negras, tras una cerca alta de alambre de espino. Escuchó a alguien hablar inglés. Había ido al lugar correcto.

Oyó voces detrás de él. Los campesinos descalzos venían en su dirección y llevaban azadas. Aún no se había puesto de pie cuando dos hombres lo agarraron por los hombros.

—¿Qué quieren? ¡Esperen, esperen! ¡Paren!

Le quitaron los zapatos, el pantalón, el sombrero y la chaqueta. Ernest volvió al embarcadero, humillado. El ferry alquilado por Aiyi, gracias a Dios, todavía lo estaba esperando.

Volvió a cruzar el río unos días después, con la bufanda roja de la señorita Margolis en la mano. Caminó a lo largo de la cerca de alambre de espino que había en la parte de atrás y agitó la

bufanda, con la esperanza de llamar la atención de los presos que se congregaban en el interior. Pero un guardia japonés le gritó. Ernest se escondió detrás de un barril de gasolina vacío cerca de un sendero embarrado.

Ni una sola vez vio a la señorita Margolis.

—Tal vez no esté en el campo —dijo Aiyi. Estaba desnuda, paseándose por la habitación calurosa y húmeda. No tenía ropa limpia, dijo; la túnica que él le había comprado no le quedaba bien—. ¿Te vas a rendir?

—No puedo hacerlo.

—No volveré a pagarle al barquero. —Parecía enfadada.

—¿Qué pasa, Aiyi? No hablas en serio, ¿verdad? Tal vez debería probar en el campo de Longhua.

—Arréglatelas solo, entonces. Está cerca de un cementerio. Si los japoneses no te matan, los fantasmas te maldecirán.

Él la abrazó, para persuadirla y para levantarle el ánimo.

—Yo también soy un fantasma, un fantasma extranjero, ¿recuerdas? Dudo que me persigan. ¿Qué tal si me das una oportunidad más? ¿Un último intento en Pudong?

CAPÍTULO 58

Aiyi

EMPEZÓ A LLOVER. MI NASH PASÓ POR KIESSLING'S, DONDE LOS SOLDADOS JAPONESES, QUE EN ESOS DÍAS estaban apostados en cada manzana, bebían cerveza. Se rumoreaba que un regimiento completo había llegado a Shanghái desde Japón y se preparaba para atacar a los nacionalistas y comunistas escondidos en las ciudades centrales de China.

A Yamazaki, según había oído, lo habían ascendido de nuevo y había aumentado su poder. Como oficial de alto rango, ahora supervisaba los regimientos que patrullaban muchas calles del Asentamiento y tenía el control de todo el gobierno projaponés, dirigido por el traidor Wang Jingwei. Mi club estaba oficialmente fuera de mis manos.

Escondí la cara en mi bufanda. Dos calles más y llegaría a mi casa. Solo echaría un vistazo, no entraría. La echaba de menos. Nunca había estado tanto tiempo lejos de mi hogar. Debería hablar con Cheng y Sinmay, ya que la fecha de mi boda había pasado hacía mucho tiempo, pero no tuve el valor para hacerlo.

Entonces vi a Ying, que llevaba un paraguas negro y corría por un camino cerca de la calle bordeada de plátanos. Siempre sabía cuándo estaba tramando algo mi hermano. Se detuvo frente a una mansión de estilo europeo con azulejos y desapareció por una puerta sobre la cual había un cartel que decía "Maison Iwai".

Era una residencia japonesa, una casa que únicamente visitarían personas como Yamazaki. Solo había una razón por la que Ying estuviera allí: trabajaba para ellos.

Quise llorar. Pensé que conocía bien a mi hermano: un derrochador, un joven imprudente que tendía a recurrir a la violencia. Estaba equivocada. Era un traidor.

Los leones de piedra de mi casa seguían en la entrada. Le dije a mi chófer que pasara por delante. Me envolvió una ola de emoción. Ese era mi hogar, donde había nacido, donde jugaba vestida con túnicas de seda en verano y chalecos de piel en invierno, cabalgaba a lomos de los sirvientes como si fueran caballos y dormía en un sofá de bambú con un coro de cigarras. La casa donde mis padres se habían casado, donde discutían y peleaban, donde se habían llevado a cabo largas vigilias por mi madre después de su accidente fatal.

Mi abuelo nunca podría haber predicho los caminos de que seguirían las vidas de sus descendientes: uno, un magnate editorial en apuros; otro, un traidor, y yo, una fugitiva.

Cuando volví a la pensión ya era tarde. Ernest no iría esa noche a dormir; su misión de encontrar a la trabajadora social estadounidense le ocupaba todo su tiempo. Me pregunté si todavía se preocupaba por mí.

El clima en mayo era fresco, con una lluvia ligera, pero se tornaba húmedo y pegajoso dentro de la sofocante pensión. Dentro de mis zapatos de cuero rojo había crecido una capa de moho verde. Dejé la ventana entreabierta, me quité el vestido y me acosté boca abajo, vestida solo con la ropa interior para estar fresca.

Alguien llamó a la puerta. Me envolví con la sábana y abrí una rendija, pero se abrió de golpe y Cheng irrumpió en la habitación.

CAPÍTULO 59

Ernest

UN ÚLTIMO INTENTO. FUE A LA PARTE DE ATRÁS DEL EDIFICIO. CUANDO SE ACERCÓ SIGILOSAMENTE A LA cerca que estaba junto a los barriles de gasolina, se encontró de frente con una mujer de cara regordeta y pelo corto.

—¡Señorita Margolis!

Todas las dificultades, los nervios y el miedo a ahogarse y a que le robaran que había sentido en las últimas semanas desaparecieron. Había encontrado a la mujer que tenía la llave que salvaría la vida de ocho mil refugiados.

—¡Ernest! Ha montado un buen alboroto con mi bufanda. Pensé que era usted.

Parecía enferma; estaba pálida y la piel alrededor de sus ojos estaba llena de arrugas.

—¿Cómo está, señorita Margolis? ¿La tratan bien? —Le sonrió.

—No puedo quejarme. Nos dan gorgojos frescos con la papilla de arroz todos los días. Muy nutritivos. Pero nada de hamburguesas, ni zumo de naranja, ni avena. No se lo aconsejo —dijo antes de que una serie de toses la interrumpieran.

—¿Está enferma? ¿Hay un equipo médico que pueda cuidarla?

Ella meneó cabeza.

—Estoy bien. Solo algunos dolores de cabeza. Pero escuche. Le lancé el…

Se oyó un grito procedente del patio. Se acercaba un soldado japonés. Ernest habló con urgencia:

—Sí, tengo su poder notarial. ¿Por qué me lo lanzó? Un refugiado del *Heime* me contó que llevaban sin recibir su ración diaria algunas semanas. Están hambr…

Se oyó un disparo. La cerca de alambre de púas tembló y la señorita Margolis cayó al suelo.

—¡Señorita… Laura! —Olió la pólvora.

La valiente mujer levantó la mano y gimió.

—Sí. El poder notarial. Me arrestaron antes de que tuviera la oportunidad de dárselo al señor Bitker. Estaba desesperada; por eso se lo lancé a usted. Él no sabe dónde estoy y no puede liberar el dinero sin ese documento. Necesito que vaya a verlo y le dé el papel. ¡Váyase, Ernest!

—Pero no sé dónde está. —Vio al soldado japonés levantar su rifle detrás de ella y apuntarle a él. Se agachó.

—Doscientos veintidós de la calle Bubbling Well. Corra, Ernest. ¡Corra!

Otro disparo.

Se tiró detrás de los barriles vacíos y luego corrió. No se detuvo hasta que encontró el bote cerca del embarcadero y saltó dentro.

El señor Bitker era un hombre de pelo gris, que vestía traje y corbata gris y usaba gafas de montura gris. Era ruso, había ejercido como abogado durante más de tres décadas en Shanghái. Su oficina tenía seis empleados, que trabajaban en secreto para evitar que los japoneses los detuvieran. Hablaba rápidamente, como si estuviera huyendo, y tenía un aire de eficiencia. Se mostró aliviado al tener en sus manos el papel con la firma de la señorita Margolis. Dijo que había tratado desesperadamente de comunicarse con ella, pero no había podido encontrarla. Ahora podría avanzar para liberar el fondo de ayuda.

—Quién lo hubiera dicho, medio millón de dólares no vale mucho hoy en día, y tenemos tantos problemas… —El señor Bitker se subió las gafas.

—¿Qué tipo de problemas? —Ernest tenía sed de tanto correr, pero le parecía de mala

educación pedir agua. Era necesario hervir el agua para que fuera potable, y el carbón era casi un artículo de lujo.

—Estábamos cortos de fondos, pero ahora tenemos escasez de todo: alimentos, restaurantes, empresas manufactureras y personas.

Las panaderías británicas que había contratado estaban fuera de servicio porque los japoneses habían encarcelado a los propietarios, las panaderías suizas habían decidido acumular su producción y probablemente se quedarían sin fondos en unos pocos meses con el aumento de la inflación.

—Algunos meses, no está tan mal.

El señor Bitker negó con la cabeza.

—La guerra entre Japón y los aliados probablemente durará algunos años. ¿Se ha enterado de que los pilotos de Doolittle intentaron bombardear Japón el mes pasado?

—¿Quiénes son los pilotos de Doolittle?

—Son estadounidenses. La gente dijo que intentaron contraatacar, pero no funcionó según lo planeado. Los aviones se estrellaron y nadie sabe adónde fueron a parar los pilotos. Parece que la guerra continuará, Ernest. Hay que hacer que el dinero dure el mayor tiempo posible, un año si podemos, y necesitamos panaderías que puedan producir ocho mil panes diarios al menor coste. No le preguntaría si esta no fuera una situación tan crítica, señor Reismann. Ya ha ayudado mucho. Pero usted me dijo que tiene una panadería, ¿querría echarnos una mano?

Sí, Ernest quería; no era capaz de dejar solos a los refugiados indefensos, pero no era mucho lo que podría hacer. El pequeño horno que tenía solo producía unas cien hogazas de pan por hora. En diez horas de trabajo lograría hornear unos mil panes. Necesitaría que todos trabajaran veinticuatro horas sin parar, en el calor creciente del verano, siempre que pudiera obtener suficiente combustible e ingredientes.

—Haré todo lo que pueda. Pero yo diría que mi panadería puede producir dos mil cuatrocientos panes al día como máximo.

—Eso es mejor que nada. Los racionaremos; tendrán prioridad los enfermos, los ancianos y los niños. Es una desgracia. La gente se ha estado quejando, ya que nos hemos visto obligados a hacerlo durante una semana.

Ernest no se había dado cuenta de que la situación era tan grave.

—Es usted un ángel, Ernest. Odio abusar de su generosidad. Pero, como sabe, los dólares estadounidenses se han devaluado y la escasez de harina nos ha golpeado fuerte. ¿Por casualidad tendría usted harina en su almacén, antes de que se la pida a la Cruz Roja?

La harina que tenía era suficiente para abastecer su tienda durante cuatro meses, dado el ritmo actual de producción. Si iba a tener que hacer miles de panes al día, le duraría un mes como máximo. Pero no tuvo corazón para rechazar la solicitud del señor Bitker.

—Sí. Me pondré a trabajar ahora.

CAPÍTULO 60

Aiyi

—¿AQUÍ? ¿AQUÍ? ¿ESE MALDITO PIANISTA NI SIQUIERA PUEDE CONSEGUIRTE UNA HABITACIÓN DECENTE?

Cheng estaba impecable y elegante, a pesar del calor creciente; vestía pantalones blancos, una chaqueta blanca hasta la cadera con cuatro bolsillos, y un fular estampado suelto alrededor del cuello. Su presencia hacía que las paredes descascarilladas y la puerta infestada de termitas parecieran una mazmorra. Le brillaban los ojos como a un verdugo.

—¿Cómo me has encontrado? —Agarré la sábana. No me gustaba estar a solas con él.

—Te vi pasar y te seguí. ¿Tú no me viste?

—No quiero verte, Cheng. Vete.

Cerró la puerta de una patada y echó el pestillo.

—¿Crees que puedes esconderte para siempre? ¿Sabes que mi madre canceló la boda? Qué gracioso, celebrar una boda sin novia.

—Quiero que te vayas, Cheng.

Su rostro apuesto enrojeció. Pateó la cama con el temperamento típico de Cheng, que hizo temblar mi corazón.

—Se suponía que nuestra boda sería hace dos meses, y te estás acostando con otro hombre. ¿Dónde está?

—Por favor, vete.

—¿Es esto todo lo que puedes decirme? ¿"Vete"? ¿Ni una palabra de disculpa? ¡Tramposa, adúltera! Deberías avergonzarte de ti misma. —Se acercó más a mí; sus ojos eran feroces, salvajes. Retrocedí. La sábana se me deslizó de las manos y expuso mi cuerpo, vestido solo con mi ropa interior de seda. El recuerdo de él en el coche apareció en mi mente. Si llegara a forzarme…

—¿Sabes por lo que he pasado? Todos los parientes saben que has desaparecido. ¡Soy el hazmerreír! ¿Por qué me has hecho esto? ¡He tratado de protegerte! ¡Toda mi vida he tratado de protegerte! —Me sacudió por los hombros—. ¿Qué he hecho mal, Aiyi? Dime. ¿Qué he hecho mal?

Había algo inesperado en su voz, era como una súplica.

Su rostro parecía más delgado, y sus cejas se destacaban más oscuras y gruesas. Había un raro gesto demacrado en su rostro y su cabello, generalmente suave, estaba revuelto.

Tuve que apartar la mirada.

Su bufanda se cayó al suelo.

—No quise gritarte así… Estás… casi desnuda… He perdido los estribos… Antes me querías. Antes me deseabas… Siempre pensé que serías mi esposa.

Hubo un sonido parecido a un sollozo. Recogió su bufanda, giró sobre sus talones, abrió el pestillo de la puerta y salió.

Sentada en la cama, me abracé las rodillas. Hacía calor en la habitación, olía a mi crema facial barata y al aroma de Cheng. Me dolía la cabeza por el agotamiento, la conmoción y por algo más.

Me confundió ver el dolor en sus ojos, escucharlo suplicar. Este no era Cheng, el prometido que constantemente me criticaba, el muchacho mandón que cogía berrinches cuando las cosas no salían como quería, el hombre mimado sin interés en entablar conversación. Sentí que, aunque

habíamos crecido juntos y conocíamos mutuamente nuestras necesidades, nunca lo había entendido realmente.

Él no me había forzado; se había mantenido alejado. Quizás me había equivocado con él.

Un calambre subió por mi bajo vientre. Me masajeé, esperando que el dolor se disipara. De pronto, me detuve y me recorrió un escalofrío. Había tenido cuidado, pero durante todo el tiempo que había estado viviendo en la pensión no había sangrado.

Durante toda la noche me atormenté pensando en mi madre y en cómo me había protegido. Aunque a ella le habían roto los dedos de los pies cuando era pequeña, se había negado a hacer lo mismo con los míos, a pesar de la insistencia de mis parientes. Era una mujer diminuta de cara pequeña, con el cabello siempre discretamente recogido en un moño. Hablaba con una voz suave, pero firme, de matriarca, y siempre conservaba la compostura en las riñas de mis tíos y tías.

Recordé cuando escuchaba sus sollozos y gemidos en su dormitorio mientras mi padre la golpeaba. Habría recibido un puñetazo por ella, la habría protegido, si hubiera podido. Una vez estuvo en cama durante un mes debido a un hombro dislocado, y dijo que se había caído de la cama.

Ni siquiera una mujer como ella se atrevía a romper el muro construido por las tradiciones: la de que las mujeres nunca deben divorciarse, la de que las mujeres que sufren violencia doméstica deben permanecer calladas.

¿Y qué había hecho yo? Su hija favorita, comprometida con un hombre, pero embarazada de otro, y peor aún: fuera del matrimonio, tendría un hijo de raza mixta, una vergüenza para la familia. Mi madre nunca me habría perdonado y me habría pegado si hubiera estado viva.

Le hice el amor a Ernest con una urgencia y una ferocidad de las que no me creía capaz. Quería que me destrozara; quería dejar atrás el pozo de oscuridad y miedo que amenazaba con ahogarme. Había ido demasiado lejos. “Enamorarse es como tambalearse al borde de un precipicio con los ojos vendados”, había dicho Emily. Ella podría haberme advertido sobre esto, el punto sin retorno.

No debería volver a hacer el amor nunca más, pero él era todo lo que tenía. Me acosté boca abajo, agotada.

Ernest me hablaba de un ruso, de un préstamo y de su decisión de ayudar a los refugiados, más de lo mismo que había estado contando últimamente. Él también estaría ocupado a partir de ahora y le gustaría que conociera a su gente de la panadería.

—Algún día —dije preocupada por la idea de si contarle o no lo de mi embarazo. Nunca me habían gustado los niños, y sería un desastre sería tener un hijo nuestro, ni chino ni europeo, sin un hogar seguro. Conocía demasiado bien el destino de esos niños, despreciados y denunciados.

—¿Te gustan los niños, Ernest? Tengo muchos sobrinos y sobrinas en casa. Esos bribones. A mí no me gustan.

Su mano acarició mi vientre.

—Cuando pueda cuidarte mejor, tendremos una familia.

Asentí con tristeza. De hecho, nada de lo que decía me levantaba el ánimo.

—Vayamos a otro lugar. No quiero seguir viviendo aquí.

Sin embargo, no había muchos lugares para nosotros. Los japoneses habían ocupado el Asentamiento y también la Concesión Francesa. El hogar de mi familia no nos recibiría ni a

Ernest ni a mí. La única opción sería el apartamento en el que vivía Ernest, pero ¿estaba preparada para ver esas miradas condenatorias y escuchar comentarios sarcásticos?

Sostuve su cara cerca de mí. Allí estaban sus ojos, un estanque primaveral lleno de vida. Quería sonreír, pero también quería llorar. Estaba atrapada. Ahora éramos tres.

CAPÍTULO 61

Ernest

ERA UN TRABAJO AGOTADOR. DURANTE TRES SEMANAS TRABAJÓ CON SUS EMPLEADOS EN LA PANADERÍA. Amasaban cuando había electricidad, horneaban cuando se cortaba el suministro y dormían cuando podían. Nadie se quejaba. Cuando el horno estaba encendido, el calor era insoportable y Ernest salía para tomar un poco de aire fresco; la lluvia de principios del verano aliviaba enormemente el calor abrasador de la panadería.

Una vez horneado el pan, Ernest colocaba las hogazas en cestas atadas a la parte trasera de las bicicletas, las cubría con periódicos aceitados para evitar que se mojaran con la lluvia y les pedía a Sigmund y a Miriam que las llevaran al *Heime*. Como predijo el señor Bitker, el pan se racionaba y a menudo muchas personas decepcionadas se quejaban. A veces, algunos refugiados iban a buscar el pan ellos mismos, pero pronto las hogazas comenzaron a desaparecer misteriosamente de la cocina, y la meta de preparar dos mil cuatrocientas por día no se pudo cumplir.

Ya casi no tenía tiempo para ver a Aiyi. Cuando la veía, no quería más que dormir. Al recordar cómo había descuidado a Miriam, hacía todo lo posible por escuchar a Aiyi, pero era difícil. La ansiedad de mantener la panadería en funcionamiento, de que no les faltara alimento a los refugiados, carcomía a Ernest. Se estaba quedando sin harina, levadura, azúcar, sal e incluso carbón.

El señor Bitker, que tenía que comprar trigo y harina con el préstamo, no le había pagado, por lo que Ernest había usado sus propios ahorros para pagar las horas extra a sus empleados.

Estaban fuera de la panadería, atando las cestas en la parte trasera de las bicicletas, cuando Ernest vio a dos japoneses uniformados con rifles cruzar la calle de puerta en puerta, buscando extranjeros, pidiendo ver sus pasaportes.

Se puso tenso. Hacía poco había escuchado que los japoneses se habían topado con judíos alemanes que tenían pasaportes estampados con la J, pero no los habían arrestado. Era probable que no los procesaran, ya que ellos eran apátridas, pero si atrapaban a Miriam y su gente sin pasaportes, había muchas posibilidades de que los confundieran con extranjeros enemigos.

—Actúa con normalidad, no los mires a los ojos —le advirtió a Miriam, que estaba lista para ir en bicicleta al *Heime* para entregar el pan.

La mañana había comenzado pacíficamente. Había dormido en la panadería por comodidad y planeaba ir a ver a Aiyi al mediodía. Hacía tres días que no se veían.

—¿Qué pasaría si los miráramos a los ojos? —Miriam se había convertido en su repartidora de confianza. En la panadería estaba prosperando. Le encantaba ayudar, conversaba con los trabajadores, cantaba y bailaba con Golda, y sonreía y bromeaba con Sigmund. Sigmund, que tenía la costumbre de contar chistes de pedos, era torpe y ayudaba a Miriam a relajarse. Los dos se habían convertido en buenos amigos, afortunadamente no a un nivel por el que tuviera que preocuparse.

—Entonces, descubrirán que no somos chinos.

Ernest cogió dos barras de pan, las metió en la cesta de la bicicleta y las cubrió con un papel aceitado. Estaba lloviendo de nuevo, un típico día de verano en Shanghái.

—No creo que nos envíen al campo de concentración. —Se subió a la bicicleta e hizo señas a Sigmund, que acababa de colocar el pan en su bicicleta. Al otro lado de la calle, los dos soldados se subieron a un jeep y se marcharon; Ernest sintió alivio.

—No puedes saberlo. Limítate a no hablar con ellos, ¿recuerdas?

Alguien lo llamó en la panadería, así que Ernest se apresuró a entrar. Estaba en la puerta cuando escuchó a Miriam susurrarle algo a Sigmund.

—Tu hermano es una buena persona —respondió Sigmund.

Miriam levantó la pata de cabra de su bici.

—Y yo su cuidadora.

Era lo más cariñoso que Ernest había oído nunca de Miriam. Su corazón se llenó de gratitud. Les había dado su panadería a los refugiados, y la panadería le había devuelto a su hermana.

El señor Bitker le envió cien sacos de harina y le dio un pago de doscientos dólares por el pan del mes, una fracción del precio habitual. Pero Ernest se entusiasmó. Con la harina, podía seguir produciendo tantas hogazas como fuera posible, y el dinero aliviaba el pago de horas extra que debía. Pero debía tener cuidado con la harina, porque los japoneses, que ya sentían la presión por de la escasez de alimentos, habían comenzado a confiscar la harina y el arroz. Ernest compró arroz, carbón, alcohol, queroseno, aceite y leche de soja de contrabando a los proveedores que le había presentado la señora Kauser y aprendió a negociar con ellos. Siempre razonable y educado, estableció sólidas relaciones con varios almacenes chinos conectados con el mercado negro.

A mediados de junio, todos los extranjeros con recursos habían huido de Shanghái y los que no tenían recursos estaban prisioneros o se habían escondido. Por las calles deambulaban japoneses, alemanes, criminales internacionales, espías y mafiosos. Para estar seguro, Ernest les dio instrucciones a Miriam y su gente de que se pusieran una túnica como las que usaban los chinos y les advirtió que tuvieran cuidado de no encontrarse frente a frente con ningún soldado.

Entonces, un día, Ernest pasó por el hotel de Sassoon y vio a un chino delgado, el botones del hotel, de pie junto a un piano en el callejón.

—Todos se están llevando cosas del hotel —dijo a la defensiva—. ¿Quieres comprarlo o no?

Era el mismo piano que había tocado en el Jazz Bar. A Aiyi le encantaría. Quizás era una señal de que debía empezar a pensar en su futuro, ya que ella había mencionado niños. Le emocionaba tener una familia, aunque también le daba miedo ser padre en un momento tan peligroso. Pero él tenía veintiún años y no quería decepcionarla.

—¿Cuánto quieres por él?

CAPÍTULO 62

Aiyi

ENTRÉ EN EL SALÓN DE TÉ. EN EL RINCÓN MÁS ALEJADO, SINMAY ESTABA SENTADO ANTE UNA MESA CERCA de una ventana, de espaldas al jardín, con un par de gafas de sol redondas de montura negra; cerca de sus pies había un paraguas negro. Iba a indignarse conmigo y montaría otro escándalo. Su hermana menor, embarazada de un extranjero. Pero él era la única persona que podía salvarme.

Me senté en una silla de mimbre roja frente a él, contenta de que aún no se me notara. Le había pedido que nos encontráramos en el salón de té cerca del puente sinuoso en el famoso Jardín Yu, ya que los salones de té eran los lugares favoritos de los eruditos como Sinmay, que venían a cotillear y quejarse de la guerra porque tenían demasiado miedo para llevar un arma. Yo había frecuentado la del Jardín Yu cuando era niña: tenían mis pasteles favoritos de crisantemos, de nueve capas, y me encantaban las rocas de formas extrañas, los peces dorados de los arroyos y la arquitectura de los edificios.

—Buenas tardes, hermano mayor —le dije.

El salón de té no estaba muy concurrido a esa hora; solo había unos pocos clientes sentados cerca de las mesas cuadradas de color rojo oscuro; los farolillos colgaban de las vigas. Un anciano con una túnica larga contaba cacahuetes en un plato, un músico tocaba un instrumento de dos cuerdas en un rincón y un grupo de tres jóvenes, con las cabezas juntas, tramaban algo en el otro extremo.

—No has vuelto a casa durante más de tres meses, hermanita. ¿Vas a volver? —Sinmay se quitó las gafas de sol de montura negra y las colocó cerca de un juego de té con mariposas azules.

—¿Para que me encierres de nuevo? —Estaba saboteando mis posibilidades, pero no podía dejarlo salirse con la suya fácilmente.

El anciano estaba contando. “Uno… dos… tres...”.

—¿Longjing o Biluochun? —Sinmay habló con su habitual voz de gramófono, pero su tono, para mi sorpresa, carecía de rencor.

Como aficionado al té, podía pasarse horas aleccionando sobre las variadas formas de las hojas. Una hoja de Longjing parecía la lengua de una golondrina de primavera, y una hoja de Biluochun se parecía a una caracola. Todas esas tonterías poéticas.

—Yo no bebo té. A Peiyu le encanta el té.

—Son los mejores de nuestro país. Pruébalos. —Cogió una tetera y vertió el té en una taza frente a mí.

Sinmay, al igual que Cheng, nunca le había servido té a nadie, y mucho menos a mí. Lo miré.

—No pongas cara de sorpresa. Es té. La última taza en este salón de té. Ya no les queda más. Bebe mientras puedas. Hong Kong ha caído, ¿sabes? He recibido una carta de Emily, fechada en diciembre, después de la invasión. Tardó seis meses en llegar. Pero, al final, respondió. Dijo que los japoneses arrestaron a muchos marines estadounidenses, a los soldados británicos y sus familias, los llevaron a los mercados y los decapitaron.

Me estremecí.

—¿Cómo está Emily?

—La arrestaron, pero les mostró nuestro certificado de matrimonio para probar que era la esposa de un ciudadano chino, así que la liberaron. ¿Recuerdas el certificado? Fue idea suya.

Quería evitar que nuestra imprenta cayera en manos japonesas. Se lo llevó a Hong Kong y ese papel le salvó la vida.

Me entregó una carta. “Mi querido Sinmay, mi amor, mi alma gemela”, había escrito.

—Ella me quiere, hermanita. Sé que el amor no se convertirá en cenizas.

—¿Va a volver a Shanghái? —Le devolví la carta.

—No lo menciona. Preguntó por ti. Dijo que eres una empresaria talentosa y que no debería haberte pegado y encerrado.

Otra sorpresa. Sinmay era demasiado arrogante. La disculpa era una de las metáforas que faltaban en su poesía. Cuando tachó mi nombre del testamento de mamá, nunca pensó en mis derechos.

Levanté la taza de té, sin saber qué hacer con ese cambio de actitud.

Sinmay miró las hojas flotantes.

—Te envidio, hermanita. Antes yo era como tú. Emily y yo nos enamoramos perdidamente. No nos importaba lo que pensaran los demás. Tu cuñada no lo aprobaba, mis amigos no lo aprobaban, pero no pudieron detenernos. Emily nació con un espíritu libre y yo la quería por eso. Escribíamos nuestros poemas en la cama, compartíamos nuestros versos bajo la luna, componíamos las rimas al sol. Estábamos enamorados. —Y añadió, con voz entrecortada—: Si realmente deseas vivir con ese pianista, no te detendré. Y te daré mi bendición.

Eso no me lo esperaba. Una ola de risas vino del otro extremo del salón.

—¿Lo dices en serio?

Sinmay asintió.

—Ven a casa. Una buena mujer no puede vivir en una pensión.

Lo miré.

—Estoy embarazada, hermano mayor.

Dejó la taza de té.

—Me lo temía. Vuelve a casa. Necesitas a tu familia.

Comencé a llorar de alivio, de alegría, de gratitud.

—No sé qué decir, pero ¿por qué?

Sinmay se volvió hacia la ventana; su larga nariz aristocrática era una cresta de tristeza reflejada por la luz que perforaba las ventanas enrejadas.

—En estos días, a menudo me pregunto: ¿quién soy? Si soy poeta, ¿por qué estoy volando como un pájaro que no puede ver el cielo? Si soy hombre, ¿por qué me siento atrapado en mi propio patio? Si soy esposo, ¿por qué soy infeliz con mi esposa? —Se inclinó y cogió una maleta de la que no me había percatado antes—. Ya no quiero vivir así. Voy a buscar a Emily. La recuperaré.

—Espera… ¿Peiyu lo sabe? ¿Se lo has dicho? Tienes una familia. No puedes irte así, sin más.

—Si me quedo, nunca me lo perdonaré.

—Pero ¿qué pasará con tu editorial?

—Mi editorial no existe desde hace ya mucho tiempo. Los japoneses quemaron mis revistas. Me prohibieron publicar mis historias y yo me negué a publicar las suyas. Imprimir calendarios es rentable, pero no lo suficiente para sostener la empresa. Lo he cerrado todo.

—No lo sabía. ¿Peiyu lo sabe?

—No. Si necesita dinero, puede vender las reliquias familiares. Ella dirige la casa.

—¡Vender reliquias familiares! ¡Estás arruinado!

—Soy mejor poeta que empresario.

Eso explicaba por qué me pedía que volviera a casa. Lo había perdido todo, y ahora había decidido huir.

—No puedo creerlo. Estás en la miseria. Eres una persona horrible, irresponsable. ¿Qué hay de nuestra familia? ¿Has hablado con Ying? ¿Lo sabe él?

—No he podido encontrarlo.

Un tono lúgubre fluyó del instrumento de dos cuerdas y se extendió por la casa de té.

—¿Puedes esperar a hablar con él primero?

—Ya conoces a Ying. Él nunca está. Quién sabe lo que estará haciendo. Puedes avisarle cuando lo veas. Nuestra familia estará bien, tú estarás bien. Tu extranjero también cuidará de ti.

—¡Pero no puedes irte!

—Tengo que hacerlo, Aiyi. Ahora, ahora. Es un buen té. Vamos a terminárnoslo. Me gusta más el Longjing que el Biluochun.

Me sujeté la cabeza entre las manos. Temblaba de ira, pero al mismo tiempo me eché a llorar. No podía detener las lágrimas ni formar un pensamiento coherente. No entendía qué me sucedía.

Acompañé a Sinmay al muelle, el mismo lugar donde me había despedido de Emily. Cuando me fui, los pensamientos daban vueltas en mi cabeza como las hojas de té en el agua caliente. Sinmay estaba en la ruina; yo había perdido mi club. La riqueza de mi familia había disminuido drásticamente. Pero tal vez la situación no era tan mala. Su fábrica todavía estaba en pie y ya solo nuestra casa valía mucho dinero. Peiyu, una mujer formidable con un buen sentido de las finanzas, sabría qué hacer.

Y Sinmay me había dado su bendición para planear mi futuro con Ernest; ese era el resultado más maravilloso. Tenía que contárselo a Ernest, contarle lo del bebé que llevaba en mi vientre. Tal vez podríamos vivir en mi casa y jugaríamos mahjong, tomaríamos té y escucharíamos música. Seríamos como Emily y Sinmay, pero más felices.

Era una rara tarde soleada, al final del día. El sol pavimentaba las calles con guijarros de luz, en el cielo se arremolinaban pétalos de jazmines blancos y el viento agitaba un oleaje opaco y sedoso de humo.

Fui a la panadería de Ernest para sorprenderlo.

CAPÍTULO 63

Ernest

Los soldados habían vuelto y estaban hablando con un oficial que tenía un lunar debajo del ojo. Junto a la ventana, Ernest los observaba con la incomodidad persistente de saberse él mismo observado. Cuando le habían llevado el piano esa mañana, al descargarlo de un *rickshaw*, uno de los soldados lo había examinado antes de autorizar a meterlo dentro de la panadería.

Pero tal vez estaba exagerando. Había vuelto a escuchar la historia de que los japoneses no molestaban a los judíos alemanes. Tal vez estuvieran a salvo. Se alejó de la ventana, se sentó en el taburete frente al piano y deslizó su mano derecha, sin guantes, completamente curada, de un extremo al otro del teclado, deleitándose con el sonido. Aiyi estaría muy contenta. "La última rosa de Shanghái" resonó en sus oídos; con el corazón flotando de felicidad, tocó la melodía. Su conocimiento del idioma chino había mejorado, en su opinión, pero Aiyi siempre le decía que se equivocaba en los acentos. Así que cambió a Beethoven.

—Ese piano debe de haber costado una fortuna —dijo Schmidt cerca del mostrador.

—Cincuenta dólares estadounidenses —respondió Sigmund, quien había ayudado a trasladar el instrumento desde el hotel a la panadería—. Ernest se lo compró a su novia.

—¿Has gastado todos tus ahorros, Ernest? —dijo Miriam.

Ernest sonrió. Le encantaba que Miriam cuidara de él.

—No te preocupes. Tenemos suficiente.

—¿Traerás a tu novia aquí? ¿Nos la presentarás? —preguntó Sigmund.

—Por supuesto. Todavía no sabe que he comprado el piano. Quiero sorprenderla.

—¿Aún es fría con la gente? —Miriam se cruzó de brazos, un gesto que a Ernest le recordaba a su madre.

—Ya te lo he explicado, Miriam. Es un poco distante, pero no fría.

—Dijiste que es china. —El señor Schmidt meneaba la cabeza; cerca de él, Golda lo miraba con gesto ceñudo, como si fuera una hogaza de pan demasiado cocida, mientras se anudaba un delantal a cuadros en la cintura.

Ernest sabía lo que estaban pensando. No conocían muy bien a los chinos; no hablaban el idioma y no se relacionaban mucho con los lugareños. Pero una vez que conocieran a Aiyi, les gustaría.

—Amigos míos, me casaré con ella y comenzaremos una nueva vida juntos. Estoy más que emocionado.

—Esto es muy apresurado. ¿Has hablado con un rabino? —Parecía como si el señor Schmidt acabara de tragarse una pelota.

Si él quisiera, si Aiyi quisiera, tal vez irían a la sinagoga. Ernest estaba a punto de decirlo cuando un hombre con uniforme de color caqui y gorra de oficial entró tambaleándose por la puerta. El olor acre del alcohol impregnó el lugar.

Se hizo un repentino silencio; todos se quedaron inmóviles.

A Ernest se le erizó la piel. Los japoneses los habían descubierto. Exigirían ver su identificación y los arrestarían a todos.

—Buena música de piano. Muy bonita. —El oficial tropezó con él. Arrastraba las palabras y su inglés tenía un fuerte acento. Intentó apoyarse en el piano, pero perdió el equilibrio y casi se resbaló al suelo—. Por favor, discúlpame. Hoy es un buen día. Ha llegado un nuevo envío de

sake de Japón y todos hemos bebido demasiado. Me encanta Beethoven. ¡Beethoven es el mejor! ¿Estás de acuerdo? ¡La mejor música! Sigue tocando.

El hombre estaba borracho, tenía los ojos vidriosos, la cara roja; el lunar brillaba debajo de su ojo. Su rostro le resultaba conocido, pero Ernest no recordaba dónde lo había visto.

—Con mucho gusto, señor.

Por el rabillo del ojo, alcanzó a ver que Sigmund empujaba a Miriam detrás de él, en actitud protectora. El señor Schmidt parecía haberse encogido detrás del mostrador; Golda y los demás panaderos se agazaparon cerca de la mesa que había frente al mostrador. El miedo atravesó el aire caliente.

El hombre le hizo una reverencia.

—Gracias. Hacía años que no escuchaba una música tan hermosa. Y en un día tan bueno. ¿Nos hemos visto antes?

—Creo que no, señor. —Ernest miró el máuser en la pistolera del oficial.

—Pero tu cara me resulta familiar. Y tu mano. ¿Es eso una estrella?

Se reprochó no haberse dejado el guante puesto.

—Discúlpame. Soy el oficial Yamazaki. ¿Cuál es tu nombre?

Era el oficial que lo había estado persiguiendo, el oficial que casi le había disparado a Aiyi en su club. ¿Lo recordaba él todavía? A Ernest le temblaban las manos.

—Ernest Reismann.

—*Laisman, Laisman* —murmuró Yamazaki—. Los extranjeros son nuestros huéspedes y creo que están protegidos en lugares especiales. ¿Por qué estás tú aquí? ¿Y esta gente? ¿Cuál es su nacionalidad?

A Ernest le latía el corazón cada vez con más fuerza; cuando comenzó a tocar la Quinta Sinfonía de Beethoven, le temblaban los dedos. Lo que dijera determinaría su destino y el de todo el personal de su panadería. Ciertamente, no podía fingir ser británico o estadounidense; no podía decir que era asiático, ya que incluso un hombre borracho era capaz de darse cuenta de que sus ojos eran azules. Podía mentir y decir que era alemán sin pasaporte, pero Yamazaki descubriría tarde o temprano que era apátrida.

—Soy judío, señor.

Yamazaki hipó.

—¿Qué es eso?

Ernest se dio cuenta de que sus amigos hervían de nervios. Iba a responder, sin dejar de aporrear el piano, cuando se dio cuenta de que el hombre se había alejado tambaleándose y le gritaba a alguien en la puerta. Levantó la vista.

En la entrada estaba Aiyi, que llevaba un bolso plateado con tachuelas que brillaban como diamantes; los pendientes de oro se balanceaban en sus orejas. Estaba pálida, su cuerpo rígido por el miedo.

—¿Señorita Shao? —De repente, el oficial se dio la vuelta—. Ya sé quién eres. ¡Eres el pianista del club nocturno Cien Alegrías!

Ernest se levantó.

—La panadería va a cerrar, señor. ¿Podría retirarse?

Toda la amabilidad y cortesía de Yamazaki se desvanecieron. Con una mirada asesina, señaló, furioso, a Ernest.

—Mataste a un soldado. ¡Tú, un extranjero! Ahora estás conspirando con una china. ¡Conspirar

con una ciudadana china merece la pena de muerte! ¡Tú mereces morir! ¡Todos vosotros merecéis morir!

Ernest sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Le indicó a Aiyi con un gesto que se fuera, pero ella dio un paso adelante.

—¡No te muevas! ¡Que nadie se mueva! —Yamazaki sacó el máuser y le apuntó.

—¡No! —Ernest se abalanzó sobre Yamazaki y luchó para quitarle la pistola que tenía en la mano.

Sonó un disparo. Fue tan fuerte que le dolieron los tímpanos. Ernest dio un paso atrás y gritó para advertirles a todos que se arrojaran al suelo para ponerse a cubierto. Pero Yamazaki volvió a levantar su máuser. Ernest cogió un rodillo de amasar y se lo lanzó. Sonó otro disparo y Miriam perdió el equilibrio y se derrumbó frente a él.

—¡Miriam!

El miedo lo atravesó. Golpeó con más fuerza la cabeza de Yamazaki con el rodillo. Nunca había agredido a nadie en su vida, pero quería que ese hombre muriera. El borracho gimió, extendió los brazos y finalmente cayó al suelo.

Ernest soltó el rodillo y abrazó a Miriam.

—Dios, Dios. Oh, Dios mío. —Un escalofrío le recorrió la columna como un rayo. No podía verle bien la cara; su trenza estaba mojada—. ¿Qué está pasando? ¿Qué te ha pasado, Miriam?

Algo rojo salió de la boca de su hermana, pero ella no dijo nada.

El cuerpo de Ernest se contrajo, arrasado por una tormenta de horror.

—Di algo, Miriam. Vamos. Estás bien. Habla. Te vas a poner bien, Miriam. ¿Miriam?

Pero ella no respondió, ni siquiera para burlarse de él. La abrazó con fuerza contra su pecho; le besó las mejillas, los ojos, le suplicó que respondiera, que dijera algo.

—Por favor, Miriam, por favor, por favor. ¡Que alguien la ayude! ¡Por favor! ¡Socorro! ¡Ayudadme!

Un extraño silencio sobrevoló la panadería. Ernest solo oía su propia respiración, sus sollozos, su voz. Entonces, alguien lo llamó. No entendía por qué la gente lo llamaba a él en vez de ocuparse de salvar a su hermana. Pero luego oyó un gemido y una ola de sollozos. Se estaba ahogando, no podía respirar ni dejar de temblar. Miró el rostro pálido de Miriam, lleno de vetas de sangre. La realidad lo golpeó: Miriam, su hermana, con quien había cruzado océanos, a quien se había negado a dejar partir, a quien había jurado proteger, se había ido.

CAPÍTULO 64

Aiyi

Exhaló su último aliento en sus brazos. Aun así, él no la soltaba; la sangre le manchaba el pecho y la cara y empapaba su camisa. Estaba paralizado; no podía verme ni oírme. Me hice a un lado mientras la gente cargaba a Yamazaki y lo sacaba de la panadería. Necesitaban deshacerse de él o los matarían a todos si los soldados que patrullaban descubrían que un oficial había sido agredido allí. El asesino estaba inconsciente, borracho, pero aún vivo, lamentablemente.

Me acerqué a Ernest y lo sostuve por el hombro. Estaba pálido; sus ojos, muertos. Quería decirle algo, pero ¿qué podía decir? Él me había protegido de los japoneses y su hermana lo había protegido a él. A ella la habían asesinado, y yo todavía estaba viva.

Yo le había causado esta tragedia a él, a ella, a todas las personas que había en el lugar. Sentí náuseas, vergüenza, de pie en la sencilla panadería de estilo occidental, con el charco de sangre a mi alrededor, justo al lado de las personas con delantales que se arrodillaban, lloraban y se lamentaban. Sentí el olor acre de la pólvora, el pánico creciente, mis piernas que flaqueaban.

—¿Señorita Shao? —dijo una voz de mujer.

Tenía unos ojos de un asombroso color verde musgo, un rostro pálido con pecas y pelo rojo cubierto con un pañuelo. Una extranjera, pero diferente de Emily, que tenía el pelo negro y los ojos negros como yo. Los gestos de esta mujer también eran diferentes a los de Emily. Mientras que Emily se comportaba como una escritora temperamental y consentida, esta belleza exótica tenía un aire sensual y dramático. Daba la impresión de que la panadería y el mundo eran simplemente un escenario. Por las descripciones que Ernest me había hecho de sus empleados, la reconocí: era Golda.

Deseé que fuese mi amiga. No había querido hacerles daño al ir hasta allí. Solo deseaba contarle a Ernest la noticia de nuestro hermoso futuro.

La bella mujer se metió un mechón suelto de cabello rojo debajo del pañuelo de la cabeza, un gesto de gracia y dramatismo, pero la mirada de sus ojos verdes era más afilada que una cuchilla.

—Por favor, váyase.

Otra persona más que me trataba con hostilidad. Me volví hacia Ernest, convertido en una estatua atormentada, con la cabeza gacha y la espalda encorvada. Su cuerpo era una sombra torcida, sus sollozos un rastro de tristeza en el aire, cada uno un martillo en mi corazón.

No podía dejarlo así.

—Solo un minuto.

Su amplio pecho se hinchó, sus ojos verdes brillaron. Se le escapó un sollozo antes de decir:

—Ella murió por su culpa. Usted nos ha traído esta desgracia. Esto es culpa suya.

Salí huyendo.

La calle estaba oscura y pronto sería el toque de queda; había silencio en la zona, excepto por los gritos esporádicos de los soldados que patrullaban más lejos. Al final del callejón vi dos figuras sombrías: el anciano señor Schmidt y el chico, Sigmund, iluminados por la tenue luz de la panadería, estaban apoyando a Yamazaki contra la pared.

El anciano exhaló un largo suspiro mientras ambos caminaban hacia mí.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Quizá los soldados hayan escuchado el disparo.

Se detuvieron frente a mí. Parecía que Sigmund iba a darme un puñetazo, pero se secó la cara y se alejó. El anciano se aclaró la garganta.

—No recordará nada. Estaba borracho —dije débilmente.

—Eso espero. Si lo recuerda, entonces, todos moriremos.

Me quemaba la cara, pero volví a la panadería, a la mesa donde nadie había querido que me sentara. Tenía muchas ganas de fumar un cigarrillo. Busqué en mi bolso, pero no tenía ninguno. Sostuve el bolso con fuerza, me temblaban los dedos. Debía quedarme. Debía decirle a Ernest por qué había ido hasta allí, contarle lo del hijo de nuestro amor, el futuro que nos pertenecía.

El señor Schmidt le dijo algo al oído a Ernest, que finalmente se levantó. Rígido, caminó hacia mí; sus labios temblaban de manera extraña. De pronto, tuve miedo. Ernest, por quien me había peleado con mi familia, por quien había estado dispuesta a destruir mi futuro, el muchacho que había conocido con diecinueve años sin hogar, desamparado y sin amigos, ya no era el mismo hombre del que me había enamorado.

CAPÍTULO 65

Ernest

MIRIAM SE HABÍA IDO. HABÍA MUERTO PARA SALVARLE LA VIDA A ÉL. ¿QUÉ HARÍA AHORA?

Todo había terminado.

Casi no podía levantar los pies al caminar, cada respiración era un alfiler que se clavaba en su garganta. Hacía calor en la panadería, pero se estremeció. Cuando llegó junto a Aiyi, se olvidó por un momento de lo que iba a hacer. Le cogió las manos, las presionó contra su cara y cerró los ojos. Si había una manera de aliviar su dolor, de olvidarse de su estupidez, de creer que esto era solo una pesadilla, vendría de su tacto, su aliento y su piel. "Ayúdame, mi amor, ayúdame", gritaba en su cabeza.

—Lo lamento. Lo siento mucho —dijo ella.

"Miriam se ha ido, mi amor", quiso decir, pero no pudo. Si no pronunciaba esas palabras, entonces quizás existiera la posibilidad de que lo que había sucedido no fuera cierto.

Miró hacia arriba. El techo era gris, lúgubre; el aire que le lamía la cara era amargo como un océano de vinagre. Volvió a escuchar el aullido del tren, el traqueteo y la vibración del suelo del vagón a medida que se alejaba. Fuera del tren, sus padres lloraban, con los ojos llenos de angustia, y su madre, con su vestido amarillo favorito, se doblaba como un girasol marchito. Sus voces, incluso después de dos años, aún sonaban claras en el recuerdo. "Ernest, cuida bien de tu hermana. Ernest, ten una buena vida y cásate con una buena chica judía".

No había podido proteger a la hermana que había amado desde que era un bebé. Se había negado a dejarla ir a los Estados Unidos y la había retenido por puro egoísmo. Si la hubiera dejado ir con el señor Blackstone, no le habrían disparado; habría sobrevivido y tenido una buena vida.

"¿Entiendes? Ella podría haber vivido. Iba a ir a los Estados Unidos, al Vassar College".

—¿Ernest? ¿Ernest? Dime algo.

"Murió para salvar mi vida, Aiyi". Abrió la boca; le dolía demasiado el pecho. Ella, su hermana adolescente, cuyos sueños él mismo había destruido, había decidido amarlo y entregar la vida por él. Debería haberla protegido, pero, una vez más, no le había prestado atención.

Nunca podría vivir con eso: mirar la cara de su amante, sabiendo que le había costado la vida a su hermana.

—Nosotros. Aiyi. Tú y yo. Ya no puedo hacer esto. No puedo.

Ella ahogó un grito.

La abrazó con fuerza. Oh, Señor, ¿qué acababa de decir? Le estaba rompiendo el corazón; era un hombre sin corazón. Había soñado estar con ella, protegerla, desde que se conocieron, y hubiera dado su vida por ella. *Su* vida. No la de Miriam.

—No, Ernest. Por favor, no. No es culpa mía. No puedes hacerme daño así. Por favor, no me hagas daño. No puedo dejarte.

Ella tenía razón. No era culpa suya, pero cargaría con ella; era su estupidez, pero la sufriría ella. No era justo; la vida no era justa. La deseaba, pero ya no podía vivir con ella. ¿Qué había dicho sobre el amor? Algo como que existían monedas divinas. Algo como que un amor equivalía a una eternidad. Basura. Todo era basura. El amor no era una moneda; era una bala.

Su camisa estaba húmeda, la cara de Aiyi estaba húmeda; su cara, una luna solitaria sobre un cielo oceánico. Quería secarse las lágrimas, pero no podía levantar la mano. En cambio, dio un

paso atrás, cerró los ojos y tragó el aire salado. En su mente, vio la esbelta figura vacilar, empequeñecerse y finalmente desaparecer en un laberinto de lágrimas, balas y cenizas.

CAPÍTULO 66

Aiyi

MI CUERPO ERA INGRÁVIDO, UNA COLUMNA DE HUMO SIN VÉRTEBRAS, UNA SOMBRA DE SILENCIOSOS suspiros. Fuera de la panadería, me detuve para recuperar el aliento. Inspiré y espiré. Dentro y fuera.

Detrás de mí escuché pasos suaves, los lamentos y las voces de Golda y el señor Schmidt. Un hombre con el pelo desaliñado y una barba larga casi chocó contra mí, se desvió y entró en la panadería.

Sosteniendo mi bolso, caminé dando tumbos hasta mi Nash y me subí. El coche se adentró en la noche repugnante. Las calles estaban en silencio; los bares y restaurantes, muertos como tumbas. A veces escuchaba el estruendo de los coches, los aullidos de los soldados que patrullaban; a veces los gritos de las pesadillas de los niños y las peleas de la gente en los callejones.

En la pensión vomité. Me vacié, y aun así el dolor insoportable se asentó como un fuego en mi estómago. Me arrastré a la cama y me abracé los hombros. Todo era insoportable: la ropa que Ernest había doblado, el hueco que había dejado en la almohada, su olor. Me escondí debajo de la colcha. Cuando amaneció, recogí todas mis cosas y me fui.

No tenía otro lugar adonde ir que no fuera mi casa. Así que, con la cabeza gacha, crucé las puertas que abrió mi mayordomo. Ying no estaba y Sinmay se había ido a Hong Kong. Peiyu observaba desde el comedor, con ojos penetrantes. Fui a mi habitación lo más rápido que pude. Había salido de casa como una fugitiva y regresaba como una deshonra: una mujer usada, embarazada fuera del matrimonio y abandonada. Si Peiyu se enteraba, me avergonzaría.

Me paseé a lo largo de la pared junto a mi habitación. Recé para que la vida dentro de mí se marchitara y se fundiera. Pensé en usar algunas hierbas o saltar desde la ventana para eliminar esa vida que era una carga, esa vida que a nadie le importaba. Pero era budista. Destruir una vida era un crimen.

Pensé también en Ernest, en su pérdida, en su pena, de la que, aunque me negaba a admitirlo en voz alta, yo era responsable. Pero él era débil. Me había abandonado. Ni siquiera había tenido la oportunidad de contarle lo de mi embarazo.

Peiyu, por su propia experiencia, se habría dado cuenta de mi estado, pero acababa de enterarse de la partida de Sinmay y el cierre de su empresa. Cuando dijo que estaba arruinado, era en serio. No solo no le quedaba ni un centavo, sino que además tenía deudas. Peiyu estaba furiosa por tener que entregar todo lo que había ahorrado a los acreedores, quienes cobraban un interés considerable. Le di el dinero que había guardado en mi armario, pero no estaba enterada de lo mucho que había crecido el índice de la inflación y, en cuestión de unas pocas semanas, todos mis ahorros se esfumaron y ella aún tenía a los acreedores llamando a la puerta.

Para ahorrar en los gastos de la casa, despidió a todos los sirvientes, incluida la única niñera de su hija menor, y vendió mi Nash sin que yo me enterase. Mi chófer también fue despedido. Estaba triste y enfadada. Aunque sabía poco acerca de mi chófer, había estado conmigo durante muchos años y me era muy leal.

El temperamento de Peiyu estallaba a la hora de comer. Se enfadaba y les gritaba a sus hijos por comer demasiado, en voz lo suficientemente alta para que yo escuchara sus regañinas desde fuera del comedor. En realidad, era bastante inquietante ver lo voraces que eran esos niños. Eran muchos, seis en total. El chico de trece años se abalanzaba sobre la olla de arroz en cuanto dejaba

de salir el vapor, seguido por el de once y el de siete, y cada uno llenaba su cuenco hasta el borde. Devoraban todo, se relamían y pedían más.

Pasaron dos meses. Peiyu comenzó a vender las reliquias familiares: las pinturas de mi abuelo; sus colgantes de jade, regalo de la emperatriz viuda Cixi; el jarrón de la dinastía Qing, el favorito de mi madre; las botellas de rapé de mi padre. Luego les siguieron los voluminosos muebles de palisandro, el árbol de jade, el exótico juego de porcelana azul hecho en Jingdezhen, y la vajilla británica de plata que era otra reliquia familiar.

Cada mañana del primer día de la semana, Peiyu se sentaba ante la mesa redonda a negociar con el propietario de la casa de empeños, quien prometió no revelar su identidad al público para salvar su reputación y, a cambio, recibió los objetos a bajo precio. Ella maldijo, pero estuvo de acuerdo con el trato.

Si le hubiera contado a Ernest que estaba embarazada, ¿habría cambiado de opinión?

Cuando estaba en la cama, me hacía esa pregunta una y otra vez. Sentía que, al menos, era necesario que lo supiera. Nuestras vidas ya no eran más que hojas a la deriva en una tormenta violenta, pero la semilla de nuestro amor provenía de un árbol arraigado en mi corazón.

Fui de nuevo a su panadería una tarde de agosto, vestida con una chaqueta que no lograba cubrir mi barriga. La bella y exótica Golda me saludó. Ernest acababa de irse, dijo, con sus ojos verdes fijos en mi vientre, como dos rayos hostiles.

—¿Podrías decirle que me gustaría verlo? —le pregunté, y le di mi dirección.

Él nunca se presentó.

Mi vientre se volvió cada vez más grande. Me ponía las voluminosas túnicas que Cheng había hecho que me confeccionasen antes de la boda, pero ni siquiera esas prendas ocultaban mi estado. Con cada aleteo, cada patada de la vida dentro de mí, me golpeaban el dolor, el arrepentimiento y el miedo. La desesperación aumentó a medida que mi barriga se volvía más redonda y las actividades simples, como caminar y levantarme de la cama, me costaban cada vez más. Quería que el bebé saliera de mi cuerpo, que me liberara, pero no quería que naciera. Ya fuera niño o niña, sería la prueba viviente de mi necedad, el rostro de mi vergüenza.

Entonces, un día, estaba durmiendo la siesta cuando Peiyu entró en mi habitación, cuyos armarios ornamentados estaban desapareciendo lentamente, uno a uno.

—No quería creer lo que decían mis hijos, pero es verdad —dijo, con la mirada llena de desprecio.

Me giré de lado para sentarme, pesada y torpe como una cerda.

—Quería contártelo.

—No es de Cheng, ¿verdad?

—No.

—Ha venido varias veces.

No tenía nada que decir. Nuestro diálogo en la pensión había sido la última conversación que habíamos tenido.

Ella puso un gesto ceñudo.

—¿Se lo has contado?

—No.

Peiyu suspiró.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo Sinmay. Se lo dije antes de que se fuera.

—¿Ying?

—No lo sabe.

—¿La madre de Cheng?

—Creo que no.

—Deberías casarte con Cheng. Puedes decirle que es suyo. No se dará cuenta.

—Claro que se dará cuenta.

Ella levantó las manos.

—¿Qué pasa con los Shao? Tu hermano se escapó con una estadounidense y tú estás embarazada de un extranjero. ¿No tenéis sentido de la vergüenza?

Me picaban los ojos por las lágrimas. Miré hacia otro lado.

—¿Qué vas a hacer con el bebé?

Me miré el abdomen y quise llorar a mares. Todos esos meses de tristeza, soledad y miedo, de pensar en saltar por la ventana, de llorar hasta quedarme dormida y ver cómo mi delgado cuerpo se convertía en un feo barril cubierto de estrías y manchas oscuras no habían sido suficiente castigo. Todavía era necesario que pensara en un plan para un bebé por el que no sentía nada.

—Me haré cargo de ello.

—Sí que lo harás. Porque yo no puedo ayudarte. Ya tengo seis hijos. Todo el mundo tiene hambre; todos quieren comer. No puedo hacerlo todo. Si te vas a quedar aquí, te encargarás de tu propio problema. Vas a entregar a ese bebé.

Me estremecí.

—No lo dices en serio. ¿Acaso serías capaz de abandonar a los tuyos?

—No tienes derecho a hacerme esa pregunta. Estabas comprometida con un hombre rico, pero te quedaste embarazada de otro hombre. Si tu madre estuviera viva, te habría pedido que saltaras al pozo.

Salió de mi habitación.

Tenía un dolor de cabeza terrible. No quería tener nada que ver con esta nueva vida. Pero sería despreciable regalar a mi propio hijo. Y, sin embargo, también sería despreciable vivir con él.

CAPÍTULO 67

Ernest

Guardó las cenizas de Miriam en un frasco cerca de su cama. Cada noche, antes de dormir, leía algunas palabras del diccionario Webster como si fuesen una plegaria. Miriam era una estudiante diligente; había subrayado muchas palabras difíciles y tomado notas en los márgenes. Con lágrimas las mejillas, Ernest acariciaba las letras y pensaba en su voz, sus hombros anchos y huesudos, su cabeza escondida en la capucha y su rostro animado en la panadería.

No había nada más que pudiera hacer aparte de trabajar. Se levantaba a las cuatro en punto, comía un trozo de pan untado con mantequilla de cacahuete, bebía leche de soja y zumo de sandía barato, y antes del amanecer supervisaba la cocción, envolvía las hogazas de pan y revisaba el balance. El trabajo le hacía bien; alejaba a Miriam de su mente.

Pero el dolor era como una masa de pan leudada, que, aunque la golpees, sigue creciendo. Cuando Sigmund hablaba de Miriam, Ernest se echaba a llorar. Cuando veía su bicicleta, se derrumbaba. Se volvió desconfiado; era incapaz de comprender las preguntas de la gente, se enfadaba al ver sonreír a otras personas. No pensaba en nada más que en su negligencia, que le había costado la vida a Miriam; todo lo que veía era la ausencia de su hermana.

Debería haberla dejado ir con el señor Blackstone.

A las siete, Ernest se iba a la cama, exhausto. A veces dormía bien; otras, le costaba conciliar el sueño. La soledad era un castigo justo, pero deseaba a Aiyi: sus manos suaves, su sonrisa burlona, su voz fluida como un manantial. Quería verla calzarse los zapatos de tacón, tocar esas suaves pantorrillas, recorrer con los dedos su cuerpo desnudo.

Dormía cada vez menos, hasta que llegó a pasar una noche entera en vela.

Se lavó la cara en una palangana, se afeitó la barba y se cortó el cabello enredado que le llegaba hasta los hombros. Luego metió todas sus pertenencias en su maleta, cerró la habitación con llave y se fue.

En su panadería, colgó una cortina en un rincón cerca de la cocina y trasladó una mesa allí. Podía permitirse una oficina grande o mudarse a uno de los apartamentos que había comprado, pero se sentía más a gusto en la panadería; al fin y al cabo, ese había sido el lugar favorito de Miriam en Shanghái.

Una noche, sintió una mano en el hombro.

—Ernest. Mírate. ¿Estás enfermo? —dijo Golda.

Había silencio en la panadería; probablemente eran las dos de la madrugada. Los trabajadores dormitaban para descansar del trabajo. Se incorporó.

—No. ¿Qué hora es?

La vio de pie frente a él, vestida con una falda roja de algodón. Ella le apoyó una mano en el pecho. Ernest no se había abrochado la camisa Oxford, para estar más fresco; sintió los dedos cálidos y olió el aroma de Golda. Ella le desabrochó el cinturón y lo besó.

—¿Qué estás haciendo, Golda?

—Quiero verte feliz.

—Es tarde.

—No me importa, Ernest.

Parpadeó. El calor y el insomnio le nublaban la mente.

Ella le cogió la mano y la deslizó debajo de su falda. No llevaba medias ni ropa interior.

Se estremeció. Ya no sabía quién era. Sintió un fuego que estallaba en su interior; un caparazón

de anhelo imposible se lo tragó. Ansió perderse en un olvido agónico, olvidar su error, ser olvidado. Dejó caer sus pantalones, la atrajo hacia sí y la penetró.

Unos días después, Ernest estaba aturdido por el sueño cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta. Dos soldados japoneses uniformados estaban en la puerta de la panadería.

—¿Puedo ayudaros?

Se despabiló de golpe. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la visita de Yamazaki? ¿Tres meses? ¿Cuatro? Pero le habían dicho que Yamazaki todavía estaba vivo.

Los soldados pidieron ver su pasaporte y los de todos los trabajadores de la panadería. Al explicar que era un ciudadano alemán que había perdido su pasaporte, Ernest les dio la única tarjeta de identificación que tenía, la emitida por el Asentamiento en el muelle cuando llegó. No entendía lo que decían los soldados, porque hablaban muy mal en inglés, pero estaba claro que estaban investigando el ataque a Yamazaki.

Los llevaron a todos a una comisaría cercana, donde esperaron sentados durante horas. Ernest recibió la orden de atender una llamada en un teléfono. Una y otra vez, escuchó preguntas en alemán con un fuerte acento japonés:

—¿Was ist Ihre Nationalität und wo wurden Sie geboren? Wann sind Sie nach Shanghái gekommen?

Le preguntaban cuál era su nacionalidad y dónde había nacido, y cuándo había llegado a Shanghái.

Se puso tenso.

—Ich bin Deutscher und wurde in Berlin geboren. 1940 kam ich nach Shanghái.

Les dijo que era alemán y había nacido en Berlín. Y que había llegado a Shanghái en 1940.

—¿Haben Sie einen Offizier angegriffen?

—Nein, ich habe keinen Offizier angegriffen.

Querían saber si había agredido a un oficial. Respondió que no.

Lo tuvieron detenido durante dos días y, finalmente, le dijeron que se fuera.

El señor Bitker le envió un trozo de carne como muestra de agradecimiento por ayudar a los refugiados y para celebrar su liberación. Ernest lo compartió con su gente en la panadería. Cada día que vivían era como un filete, dijeron.

Era la primera vez en los últimos tres años que comía carne. Se la sirvió en su plato, la cortó en tiras, luego en dados, y finalmente se llevó un trozo a la boca y masticó. Trató de disfrutarlo, paladeando cada bocado: el sabor, la textura. Era cierto: cada día que vivían era como un filete.

Quería ganar más dinero, tanto para su propia supervivencia como para los refugiados que dependían de él. Cuando el gobierno títere dirigido por Wang Jingwei ordenó que la moneda nacionalista dejara de circular y la reemplazó con sus propios billetes, los nuevos *fabi*, a una tasa de dos a uno, el coste de vida se duplicó de la noche a la mañana, al igual que el valor de los apartamentos que Ernest había adquirido. Los vendió rápidamente.

Con el efectivo que obtuvo, compró bolsas de arroz, harina, trigo, judías y pescado seco, boniatos secos, cordeles, bobinas de seda, sombreros de paja, abrigos de algodón, todo lo que pudo conseguir a través de sus socios comerciales chinos. También le pidió al señor Bitker que le presentara a los ricos comerciantes chinos que vendían carbón, condimentos y queroseno.

Era fácil para él hacer negocios, porque se corrió la voz de que era de fiar y generoso. Con la

ayuda del señor Bitker, Ernest se hizo amigo de los suizos, los canadienses y los estadounidenses que habían escapado de las redadas japonesas. Por medio de sus contactos, hizo tratos clandestinos con las familias locales de Shanghái, las fábricas textiles y las empresas de embalaje. A los chinos les caía bien y, a veces, incluso lo invitaban a tomar el té.

Una vez se le escapó el comentario de que se había enamorado de una joven china y que ella también lo amaba, pero que él la había dejado. Los empresarios chinos asintieron en señal de aprobación. Había sido una decisión sabia, le dijeron; las personas de nacionalidades diferentes no debían casarse.

En noviembre, se enteró de que un acorazado japonés había sido hundido por el barco estadounidense *Washington* en las Islas Salomón. Japón, cuyos activos estaban congelados en los Estados Unidos, había ordenado al gobierno títere de Wang Jingwei que abasteciera de artículos esenciales, como arroz, petróleo, carbón y sal, a sus soldados que estaban en Shanghái para ayudarlos. Una gran escasez de provisiones acechaba a la ciudad. La inflación, que ya era una plaga, empeoró. Una sola uva costaba treinta centavos de dólar estadounidense. Ernest revendió las bolsas de mercancías a precios vertiginosos y se hizo rico.

CAPÍTULO 68

Aiyi

En una mañana fría de diciembre, me tiré contra el cabecero de la cama; el sudor me caía por la cara, el cuello y el vientre desnudo. Después de dos días de aullidos y gemidos, atormentada por oleadas de contracciones, estaba completamente exhausta, con las piernas extendidas y el trasero pegado a un charco de mucosidad sobre una sábana delgada. Fue un gran alivio saber que lo había expulsado; mi cuerpo era libre.

Pero no sentí felicidad ni paz, solo vacío, un dolor sin fondo. Yo había sido una muchacha hermosa, una mujer deseable, una astuta empresaria que hubiera podido ser la mujer más rica de Asia. Sin embargo, ahí estaba, sudando, sangrando, hinchada, dando a luz a un bebé que no quería, una mujer abandonada, una cosa indefensa sin futuro. ¿Cómo había perdido el control de mi vida?

En el aire flotaban sonidos extraños, vulnerables y desgarradores, como las notas de su piano, como una burla del pasado pleno de notas de jazz que me había engañado.

—Es una niña inútil —murmuró Peiyu; envolvió el bulto resbaladizo con unos cuantos movimientos expertos y metió su pulgar en la boca de la bebé para hacerla callar.

Recordé lo que me había pedido meses antes. Después de tantos días de autodesprecio y arrepentimiento, todavía no sabía qué hacer con la bebé.

—Dámela.

—No deberías hacerlo. Una vez que la abraces, no querrás dejarla. Ella ha arruinado tu vida. Si te la quedas, estropearás la reputación de los Shao.

Negué con la cabeza, me había quedado sin palabras. La bebé pateó y aflojó la tela que la envolvía, revelando una marca de nacimiento en su tobillo derecho.

—Por favor. Solo un momento.

Peiyu se quedó mirando el bulto.

—¿Qué somos las mujeres? Solo herramientas de procreación. El hombre nos toma, mete su pene dentro de nosotras y luego continúa su vida con sus otras mujeres. Solo nos queda tragar nuestras lágrimas y criar a sus hijos. Sin embargo, los niños no son mejores. No sienten gratitud y quieren que los alimentes una y otra vez, y piden más y más.

Ojalá hubiera dicho otra cosa, me hubiera dado una palmadita de afecto o me hubiera felicitado por haber hecho un buen trabajo de parto. O me hubiera dejado en paz para poder dormir tranquila, porque estaba agotada, con el cuerpo desgarrado y no dejaba de llorar.

Entonces, volví a escuchar esa voz débil, como la de un animal atrapado. Me apoyé en los codos para tratar de sentarme.

—¿Qué ocurre? ¿Qué estás haciendo?

—Te estoy haciendo un favor, hermanita. No tienes esposo, ni hogar propio, ni dinero. Tu madre habría hecho lo mismo si estuviera viva. —Ya estaba de pie en la puerta.

—Vuelve. Déjame verla, al menos. Por favor, déjame verla.

No se acercó. Traté de incorporarme, pero un dolor atroz se extendió por la mitad inferior de mi cuerpo. Mis brazos cedieron.

—No puedo verla. Déjame verla.

Peiyu bajó los brazos. Jadeé, con el pelo húmedo en la boca, estiré el cuello lo más que pude. Un mechón de pelo fino, una cara pálida con granitos rojos: la cosa me miró con los ojos de Ernest.

Dormí, lloré y seguí durmiendo. Bebí poco, comí poco. Confinada en la habitación, estaba débil, somnolienta. Aluciné. Soñé con los ojos de Ernest.

Fue un invierno frío. Cada día me sentía a la deriva, como el viento que atraviesa los dedos entumecidos. La luz pálida de la mañana garabateó a mis pies cuando por fin me levanté de la cama; ya era más sólida y brillante cuando salí del dormitorio hasta el patio y la sala de visitas. Cuando miré el rostro de Peiyu, fue como ver a través de una ventana de cristal.

—¿Dónde está?

No me lo dijo.

Había perdido a mi hija porque no luché por ella, porque no la amaba.

Se oyó la voz de Cheng desde el otro lado de la puerta. Me había traído arroz glutinoso con pollo, que todos en la casa habían devorado. Me preguntó si quería un poco.

—Pasa.

Vestido con un traje blanco y un sombrero panamá del mismo color, Cheng se acercó a mi cama, y con él entraron los rayos del sol. Tenía un aspecto elegante, fuerte y sofisticado como de costumbre, pero su voz sonaba como si se estuviera ahogando.

—¿Qué te ha pasado, Aiyi?

Me apoyé en él. No le pedí nada, ni su simpatía ni su perdón, solo un hombro para llorar. Era muy reconfortante oler el aroma de sus cigarrillos, saber que a alguien todavía le importaba saber si yo quería comer arroz con pollo. Se lo conté todo.

Me acarició la mejilla. Su voz se tornó sorprendentemente cálida y firme.

—Sé que nada funcionó bien entre nosotros. Has sufrido mucho. Todavía quiero cuidar de ti, Aiyi, incluso a pesar de…

Viniendo de un hombre que no soportaba verme pasar frente a otros hombres sin sujetador, su comentario significó mucho para mí.

Dos días después, me casé con Cheng.

Era el 18 de enero. La vida era extraña. Desde la infancia, me habían dicho que me casaría con Cheng. Nos habíamos peleado, habíamos jugado con grillos en el patio y habíamos recibido clases de inglés con nuestro tutor mientras nuestros padres conversaban y bebían té de jazmín en la sala familiar. Éramos *Qing Mei Zhu Ma*, "la ciruela azul y el caballo de bambú", como se les dice a dos personas de distinto sexo que son amigas desde la infancia y están destinadas a formar pareja.

Mi madre me había hablado muchas veces del día de mi boda desde que era pequeña. Sería hermosa y muy apropiada para una mujer de mi linaje. Una hoja de jade que crece en una rama de oro.

Me pondría polvos blancos y pintalabios rojo brillante para acentuar mi belleza; saldría de mi habitación, con el cabello adornado con mil joyas y el cuello rodeado de al menos tres gruesos collares de oro. Un velo de seda rojo tradicional me cubriría la cabeza y mis dedos, que brillarían con una docena de anillos de oro, levantarían el dobladillo de mi vestido largo para que pudiera caminar más fácilmente. Con cada paso, las campanitas, las cuentas y las borlas del velo tintinearían y repicarían, una melodía de felicidad y fortuna. Alguien, probablemente mi doncella, me guiaría por el sendero de guijarros hasta la sala central, el patio y luego la fuente cerca las puertas, donde me esperaría un palanquín rojo con cuatro porteadores que mi madre

habría contratado. A medida que me acercara, los músicos tocarían el laúd, los címbalos, los tambores y la trompa, y los fuegos artificiales estallarían con fuerza; la multitud de familiares y conocidos, todos vestidos de rojo, aplaudiría, y las puertas de mi casa se abrirían, las linternas rojas se balancearían y Cheng me tomaría de la mano.

Pero, en realidad, yo era demasiado pobre para usar joyas. Y tampoco era ya hermosa. Tenía la cara hinchada, los labios pálidos y la cintura flácida como el vientre de un pez. Ninguno de mis vestidos me quedaba bien, así que, con una vieja túnica gris, salí de la casa sin muebles al patio vacío, sin sirvientes. Parecía una mujer de camino a comprar pescado en el mercado.

Comencé a cruzar el patio, sosteniendo mi velo de seda rojo. Había silencio, el suelo aún estaba húmedo por la lluvia del día anterior. No se veían músicos, ni fuegos artificiales, ni palanquín, ni a Sinmay, ni a los demás parientes. Peiyu y sus hijos aún dormían. Cerca de la fuente estaba el Buick de Cheng.

Tropecé, sin aliento, nerviosa. Pero no debía preocuparme. Cheng sería un buen marido. Tendríamos tantos hijos como su madre quisiera y viviríamos en su gran mansión con caballos, pájaros y jardines. Podía jugar al mahjong, levantarme tarde y regañar a los sirvientes cada vez que me aburriera.

Me puse el velo rojo sobre la cabeza y el mundo cambió. El aire ondeaba como una pantalla roja y el charco cerca de mis pies se agitaba como el cóctel de Sassoon. Sin embargo, se me atascó el aliento en la garganta y mi corazón latió con fuerza. Más allá del borde rojo, más allá de la fuente, más allá de los leones de piedra estaba Ernest, vestido con una túnica de boda tradicional china roja, con un gran lazo rojo en el pecho. Su cabello rizado tenía la forma de una preciosa corona, su sonrisa resplandecía como la miel más dulce, sus ojos brillaban como una promesa.

“Nunca más”.

Cogí la mano de Cheng.

CAPÍTULO 69
OTOÑO DE 1980

Peace Hotel

LA SEÑORITA SOREBI SOSTIENE DOS PÁGINAS JUNTAS COMO UN LIBRO DE ORACIONES Y DESLIZA cuidadosamente su dedo índice por ellas. Ha estado en silencio durante un buen rato desde que terminé de contarle mi historia.

Estoy lista para sus preguntas, pero también estoy nerviosa. Los platos llegan y me salvan. Gambas al ajillo sazonadas con pimienta. Gallina estofada con ginseng y dátiles. Brócoli salteado con almendras fileteadas. Pescado frito con salsa de chile rojo. Ocho tipos de setas exóticas cocinadas en una cazuela de barro. Pechuga de pollo marinada. *Dumplings* con masa de harina de tapioca translúcida rellenos con camarones. No hay patas de pollo que le causen desagrado ni pescados enteros con cabeza o espinas con las que se pueda atragantar.

La comida es un tema seguro. Recojo los palillos y la invito a comer.

—¿Sabe cómo usar los palillos? —Ella asiente; sus ojos, como faros en la niebla, me evitan.

Estoy preocupada.

—Señorita Sorebi, ¿cuántos años tiene usted?

—Treinta y cinco.

—Nació en 1945, ya veo. ¿Tiene hijos?

—Sí, tengo un niño, Ben, de nueve años.

—¿Tiene una foto? ¿Puedo verla?

—No quiero aburrirla, señorita Shao.

—No defraude a una anciana, se lo ruego. Me encantan los niños. Mi sobrina hace todo lo que le digo, excepto casarse y tener hijos.

La señorita Sorebi saca una foto de su cartera.

—Esta se la hice el verano pasado en Texas.

Ben chapotea en una piscina para niños, con un bañador azul estampado con tiburones.

—Es adorable. ¿Cuál es su deporte favorito? ¿La natación? ¿El fútbol americano? —Le devuelvo la foto.

—Montar a caballo.

—Es un deporte poco común.

—En Texas no. Él creció allí. Pero basta de hablar de mi hijo, no quiero aburrirla. Me ha contado mucho sobre su pasado, y es un material valioso con el que puedo trabajar.

Ha llegado el momento.

—Bueno, le he contado que entregué a mi hija. ¿También lo va a incluir en el documental?

En realidad, sé que lo hará, pero quiero averiguar cómo podría manejarlo. Si lo escribe todo tal como se lo he confesado, la gente entenderá mi dolor, pero si tiene prejuicios en mi contra, entonces, mi reputación como madre sin corazón está casi sentenciada.

Ella deja sus palillos; su rostro se llena de desaliento, ¿o es asco?

—Lo único que puedo prometer es que no la juzgaré, señorita Shao. Es impensable para mí hacer lo que usted hizo, pero me he enterado de que este tipo de situaciones es bastante común en China. Es triste.

Me molesta su condescendencia y el tono arrogante de su voz, típico de alguien criada en los Estados Unidos. Sin embargo, ¿qué puedo decir, si soy yo la que está siendo juzgada? Ninguna de las donaciones que di a los templos durante las últimas décadas puede lavar mi pecado.

—Me enteré de la historia de la muerte de Miriam por los judíos de Shanghái, y confieso que

fue muy difícil de entender. Cada uno me contaba una versión diferente. Algunos dijeron que murió de una enfermedad; otros, que le dispararon porque se resistió. Algunos dijeron que usted atrajo a los japoneses allí. Ahora sé cómo sucedió en realidad. Esto es muy útil, señorita Shao.

Asiento y abro la boca. Necesito decirle algo extremadamente importante, pero no logro reunir el valor para hacerlo.

—¿Señorita Shao?

—¿Sí? —La pared se deforma. ¿Me he tomado hoy mi medicación?

—¿Está usted bien? ¿Quiere un poco de agua?

—Sí, un poco de agua me vendría muy bien. ¿Dónde estábamos?

CAPÍTULO 70
FEBRERO DE 1943

Ernest

El señor Bitker tenía razón. La guerra continuaba y el dinero del préstamo de la señorita Margolis se había agotado en octubre del año anterior. Desde entonces, durante cuatro meses, Ernest apoyó a los refugiados con su propio dinero. Incluso dio un paso más allá, y reemplazó la vieja caldera del *Heime* por una nueva, para que se pudiera calentar de manera eficiente el agua que tanto necesitaban todos. Sin la caridad de la señorita Margolis, él era el único hombre de Shanghái que se ocupaba de los refugiados indigentes, y planeaba seguir haciéndolo durante el tiempo que fuera necesario, el mayor posible.

Miriam. ¿Qué habría pasado si ella aún estuviera con él? Habría estado feliz de trabajar en la panadería, feliz de verlo cuidar a su gente. ¿Y si él le hubiera permitido irse con el señor Blackstone? Habría asistido al Vassar College y estaría viva.

Ernest dejó la jarra de cerveza y estrechó la mano del chino de túnica larga que tenía enfrente. Había cerrado un trato por el que acababa de adquirir una flota de barcos de vapor de ruedas, otro de vapor con motor de combustión de carbón, un buque de carga y un segundo barco de vapor de carbón con capacidad para nueve mil quinientas toneladas de peso muerto.

Después de meses de arduo trabajo y gracias a su oportuna inversión, se había convertido en un hombre rico. Con la enorme ganancia que había obtenido, tomó medidas para diversificar su negocio y se expandió a las inversiones bancarias, con la ayuda de los amigos del señor Bitker. Ahora, mediante este acuerdo, se había convertido en el propietario de barcos más poderoso de Shanghái. Su objetivo final era comprar grandes buques de carga, petroleros grandes e incluso más grandes hasta llegar a ser el dueño de la mayor cantidad de barcos a lo largo de la costa china desde Hong Kong hasta Qingdao. Confiaba en que, con su creciente riqueza, podría ayudar a los refugiados a largo plazo.

Lo invitaban a las fiestas organizadas por un pequeño grupo de extranjeros adinerados e intrépidos que buscaban fortuna en Shanghái. Eran celebraciones tranquilas, sin música de piano, para evitar llamar la atención, pero lujosas, con puros, ginebra y whisky; a menudo se llevaban a cabo en sótanos o en edificios privados lejos de los clubes y hoteles. En esos salones de baile cubiertos de alquitrán y aislados con sacos de arena, fumaba cigarros y bebía el whisky que, según se rumoreaba, había sido saqueado de la bodega privada de Sassoon. Toda la fortuna que el británico había acumulado en Shanghái se perdió: los soldados del ejército japonés habían desvalijado sus hoteles, los alemanes habían ocupado sus apartamentos y los marinos japoneses se habían apoderado del hipódromo.

De vez en cuando, los pensamientos de Ernest se trasladaban al británico que había cambiado su vida. Le hubiera gustado estrecharle la mano como a un amigo si lo volviera a ver, y también hubiera escuchado con interés sus consejos.

A veces, en esas fiestas, le preguntaban a Ernest por qué seguía soltero. No estaba dispuesto a dar detalles, así que comenzó a llevar a Golda con él. Con su impactante belleza y el suave encanto de una actriz, Golda caminaba de su brazo, con el pelo rojo fuego peinado para enmarcar su rostro pálido con ondas brillantes. Todo lo que ella pedía, él se lo compraba. Joyas, vestidos, pieles, zapatos y sombreros. Le encantaban los sombreros. Uno de color crema tejido a ganchillo con cinta de lana, uno redondo sin ala en terciopelo granate u otro igual, pero de lana con un velo negro. Envuelta en un lujoso abrigo de piel sobre una blusa marfil con cuello de encaje y con los

brazos enfundados en guantes color vino, Golda era como una rosa de verano entre la hierba otoñal marchita.

No volvió a acostarse con ella después de la locura de aquella única vez, y la apartaba suavemente cuando ella lo buscaba por las noches. Golda solo era el trofeo de su éxito, no la destinataria de su felicidad.

A pesar de todo el lujo, su creciente riqueza y su imagen exuberante embellecida por Golda, Ernest no era feliz. Desde el edificio gótico de doce pisos, situado en la calle Bubbling Well y diseñado por el arquitecto László Hudec, en el que había comprado una planta entera para instalar allí su oficina, miraba fijamente el piano, que había sacado de la panadería. Todavía podía tocar música hermosa, aún recordaba la cadencia y las letras de las canciones, pero la mujer para la que había tocado vivía en otra habitación de su memoria.

Fue a la pensión donde se habían conocido, con la tonta ilusión de que ella pudiera estar esperándolo. La propietaria le dijo que no había puesto un pie allí desde junio del año anterior; la habitación estaba desocupada.

La llamó a su casa. La línea ya no estaba en uso.

Pensó en ir a su casa, solo para echar un vistazo.

Las puertas de madera estaban cerradas. La lluvia caía a cántaros sobre los enormes leones de piedra con melenas onduladas, los dragones retorcidos con largos bigotes serpenteantes y el muro que daba a la calle. Detrás del muro, las copas de los ginkgos y los olmos flotaban como un espejismo. Su hogar. No le llevó mucho tiempo encontrarlo.

Bajo su paraguas, observó la finca con la esperanza de que ella saliera. Pero las puertas permanecieron cerradas. Finalmente, cruzó la calle.

Un jeep pasó delante de él y se detuvo frente a las puertas, salpicándole agua en los pantalones. Ernest dio un paso atrás y vio que las puertas se abrían de par en par para dejar entrar al jeep; dentro alcanzó a ver soldados japoneses vestidos con kimonos negros y *tabi* blancos cerca de una fuente en el patio.

La lluvia rebotaba sobre su paraguas y le empapaba la espalda de su traje de seda. Bajó por la calle y entró en una tienda cercana.

—¿Qué ha sido de los Shao? —preguntó.

La familia había vendido la casa a un acreedor hacía un mes, y este se la había dado a los japoneses, le explicó el comerciante, jugueteando con un montón de calendarios.

—¿Dónde están los Shao ahora?

El tendero negó con la cabeza.

—¿Quiere unos calendarios?

Compró diez, aunque no los necesitaba, y regresó a su Chrysler Imperial de cuatro puertas color ciruela. El limpiaparabrisas crujió con un sonido sordo; en el asiento trasero esperaba Golda.

Se subió al coche y cerró los ojos. ¿Realmente la había perdido para siempre?

CAPÍTULO 71

Aiyi

Cheng seguía siendo el mismo Cheng que yo conocía. No me preguntaba cómo me sentía, qué me gustaba ni qué quería hacer. Me daba una manzana solo porque él quería que la tuviera, encargaba para mí vestidos nuevos porque creía que los necesitaba. Me trataba de la misma manera que trataba a su pájaro, al que alimentaba con la misma mano que sostenía su cigarrillo, sin que le importara que el humo pudiera hacerle daño. No era un hombre que se interesara por las emociones o las lágrimas.

No decía nada cuando su madre, sentada ante la mesa redonda, soltaba indirectas sobre el lecho vacío; tampoco cuando ella mencionaba nietos y niñeras. Cuando lo interrogaba, se aclaraba la garganta, se arreglaba la corbata y me cogía la mano por debajo de la mesa.

Sabía lo que tenía: un hombre leal.

No le pedía escuchar música en el gramófono, no leía las revistas que le hiciesen poner mala cara, no tarareaba, ni movía las caderas, ni bailaba con las melodías que sonaban en mi cabeza. A él no le gustaba nada de eso.

Por las noches lo esperaba en nuestro lecho conyugal, desnuda, salvo por la bata de seda que me había regalado. Ya no me asustaba, y todo su salvajismo, su energía pura, sus brazos musculosos ya no me intimidaban. Pegaba mi cuerpo al suyo, lista para satisfacerlo. Era una buena vida: comer, jugar al juego del placer, ir a dormir y volver a hacerlo al día siguiente.

El amor vendría después, había dicho mi madre. Esperaba que tuviera razón.

CAPÍTULO 72

Ernest

CUANDO PERDIÓ OTRA RONDA DE MAHJONG, UN JUEGO NECESARIO PARA SOCIALIZAR, PREGUNTÓ A SUS socios comerciales chinos dónde estaba la casa del prometido de Aiyi, Cheng. Los hombres se lo dijeron, pero lo corrigieron amablemente: ya no era su prometido, sino su esposo.

Así que tenía alguien que cuidara de ella. Aun así, quería verla. Al día siguiente, fue a la casa de Cheng y golpeó con el llamador con forma de cabeza de león contra la puerta de madera. Una vieja sirvienta de túnica gris la abrió. Al verlo se asustó, gritó y le cerró la puerta en la cara.

Pero había encontrado el lugar correcto: había visto el Buick negro.

Cuando entró en su oficina, Ernest se detuvo en seco y el corazón le dio un vuelco: en una silla junto a la pared, cerca del escritorio donde trabajaba, estaba sentado Yamazaki, con su uniforme de oficial; en su pistolera llevaba el maldito máuser y una espada ancha. Habían pasado unos ocho meses desde que el hombre hubiera asesinado a Miriam. Sintió que volvían a brotar el dolor y la furia en su interior. Si en ese momento hubiera tenido a mano un arma, Yamazaki ya estaría muerto.

—Estoy encantado de volver a verlo, señor Reismann. Permítanme presentarme apropiadamente —dijo el hombre haciendo una reverencia; su rostro no revelaba ningún rastro de la brutalidad que había exhibido en la panadería—. Soy el oficial Koreshige Yamazaki. Estoy en Shanghái desde principios de 1937. He participado en algunas misiones vitales para mi emperador y ahora estoy a cargo de las operaciones comerciales extranjeras en Shanghái.

Ernest se contuvo apretando los puños cerrados que deseaba estampar en el estómago del hombre. El asesino de su hermana estaba ahora en su oficina como si nada hubiera pasado, disfrazado de hombre civilizado. Si no lo conociera lo suficiente, creería que había cambiado para bien. Pero debía estar atento. Yamazaki era, como decían los socios chinos de Ernest, un hábil actor de teatro Noh, capaz de cambiar de cara fácilmente.

—Señor Yamazaki —dijo entre dientes.

Alguien en la oficina se aclaró la garganta, a modo de advertencia. Si se atrevía a poner un dedo sobre Yamazaki, todos morirían. Golda, Sigmund, todos sus socios comerciales, y quizás incluso los refugiados a los que ayudaba en el *Heime*. El señor Schmidt había dicho, en repetidas ocasiones, que habían tenido suerte de que los hubieran liberado después de arrestarlos.

Circulaba un rumor de que Josef Meisinger, el coronel de las SS de la Alemania nazi aliada de Japón, había visitado recientemente al emperador japonés y lo había instado a encargarse de los judíos que vivían en Shanghái, de quienes dijo que eran una plaga que habían tratado de eliminar en Alemania. Meisinger le recomendó aislarlos en habitaciones rociadas con gas venenoso o usarlos para efectuar vivisecciones. Los japoneses no consideraron necesario usar a los judíos para eso, pues ya tenían suministros abundantes de chinos, pero estuvieron de acuerdo en que el gas venenoso era una solución efectiva para acabar con los rebeldes que anidaban entre los chinos y tal vez, incluso, con el equivalente a toda una provincia de alborotadores de una vez por todas. El resultado de esa conversación fue que ya había muchos tanques de gas almacenados en el depósito de una empresa médica alemana con sede en Shanghái.

Debía tener cuidado, o haría que asesinaran a toda su gente desprotegida y apátrida.

—¿Puedo ofrecerle una cerveza? —Ernest se acercó a un armario que había en el otro extremo de la mesa.

Yamazaki se negó.

—¿Un poco de sake, entonces? —Miró al señor Schmidt, quien rápidamente había preparado dos tazas pequeñas que no sabía que tenían.

Yamazaki aceptó. Sostuvo la taza con las dos manos como si fuera una gran ofrenda. Durante un buen rato, el educado asesino hizo comentarios sobre el clima frío, explicó el significado del concepto de *mono no aware*, la sensibilidad ante lo efímero; describió el arte japonés de la jardinería y le preguntó a Ernest si había visto los cerezos en flor en Tokio.

Pura mierda. Ernest estaba asqueado, pero el hombre no había ido allí sin ninguna razón. Y finalmente, después de cinco tazas de sake, Yamazaki aclaró sus intenciones.

Deseaba proponerle a Ernest una oportunidad de negocio. El gran imperio de Japón necesitaba socios entusiastas que lo apoyaran en su ambiciosa expansión en Asia. Seguramente, había oído hablar de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental del imperio, ¿verdad? Le habían informado de la creciente destreza del señor Reismann para los negocios, y el gobierno japonés quería formar una alianza comercial con él, específicamente con respecto a la compañía naviera que acababa de adquirir. No, no se había enterado hasta ahora de que Alemania había revocado la ciudadanía de los refugiados como él, y pedía disculpas por su ignorancia. Debía de ser muy doloroso ser un ronin, un errante.

A Ernest se le encogió el corazón. Ni en sus sueños más locos había pensado en convertirse en socio de los japoneses, pero la solicitud de Yamazaki de una empresa conjunta, enmascarada en la indiferencia, era más amenazante que una orden. Tenía que seguirle la corriente antes de trazar una estrategia.

—Por supuesto. Haré que se redacte una propuesta de contrato de sociedad.

Yamazaki hizo una reverencia antes de despedirse.

Ernest se puso en pie de un salto; la ira le hervía en el pecho. El asesino de su hermana había estado justo frente a él, pero no había podido matarlo y, en cambio, se veía obligado a aceptarlo como socio comercial.

El señor Schmidt, vestido como Sassoon, con elegante traje negro y sombrero de copa, se terminó el resto del sake.

—La compañía naviera es importante y lucrativa. No es una sorpresa que quieran meter las manos en ella.

—Si se convierten en socios, en algún momento tomarán el control total de la compañía, las rutas de navegación y los barcos.

El señor Schmidt suspiró.

—Lo sé. Pero no tenemos otra opción, ¿verdad? Si Yamazaki quiere todas tus empresas, probablemente también tengamos que dárselas.

Lo golpeó esa certeza. Era un apátrida, estaba desvalido, podía perder su empresa y todo lo que poseía. Se dio la vuelta para mirar la habitación limpia y espaciosa, los muebles negros sólidos y el piano en el rincón. A pesar de sí mismo, fue hacia él, quitó el paño que cubría la tapa y lo abrió. Apoyó los dedos rígidos sobre las teclas y tocó Debussy, Chopin y luego la canción de Aiyi en su mente. Había jurado que no quería volver a escuchar a Beethoven ni tocar el teclado nunca más; su música le había costado la vida a Miriam.

Observó la cicatriz en forma de estrella y la de la puñalada, una gruesa barra brillante en el centro de su mano. Con su diligencia y fortaleza, se había convertido en un destacado empresario y ayudaba a las personas necesitadas. Y ahora los japoneses querían llevárselo todo.

CAPÍTULO 73

Aiyi

Fue idea mía. Quería visitar a Peiyu. Me había llegado la noticia de que, después de mi boda, había vendido la casa de mi familia y se había mudado a un edificio con arcos de piedra en la Concesión Francesa para poder llegar a fin de mes. Esos edificios, destinados a los trabajadores pobres, las prostitutas y los sirvientes de bajos ingresos cuando Shanghái todavía era una aldea pantanosa, eran conocidos por ser insalubres, faltos de aire fresco y luz solar, un caldo de cultivo de beriberi y otras enfermedades.

No podía imaginarla viviendo en tal miseria. Planeé invitarla a vivir conmigo; la mansión de Cheng era lo suficientemente grande para albergarla a ella y a sus hijos. También esperaba que soltara la lengua y me dijera quién se había llevado a mi hija, porque había empezado a pensar en ella.

Pero Cheng no quería ir al edificio con arcos de piedra. Rara vez se acercaba a un lugar que estuviera pavimentado solo con tierra apisonada, y le preocupaba contraer enfermedades. Pero cuando le dije que iría sola, se rindió y se ofreció a llevarme en el Buick.

El tráfico era liviano por la tarde. En la calle bordeada de peleterías y sombrererías, un oficial japonés con su uniforme paseaba a su perro, un terrier blanco.

El chófer de Cheng redujo la velocidad por precaución. Unos días antes, un joven había sido fusilado por caminar demasiado despacio frente a un soldado; ahora todos intentaban apartarse del camino de cualquier japonés, porque los japoneses habían perdido la paciencia con nosotros, los chinos. Leales a Hirohito, su emperador, hasta el fanatismo, habían creído que podrían someter a los nacionalistas mediante los bombardeos, pero en cambio la guerra se había prolongado y nuestra fuerza de resistencia, sorprendentemente, había cobrado fuerza. Más y más chinos recurrían a los ingeniosos comunistas en busca de ayuda. Algunos, más audaces, abrían fuego con sus armas desde los tejados contra los japoneses que patrullaban, o asesinaban a los soldados en los restaurantes. Ahora los japoneses sospechaban que todos los civiles eran espías o asesinos.

Circulaban también rumores de que los japoneses estaban perdiendo la guerra contra los estadounidenses, quienes los habían vencido en un archipiélago de islas llamado Midway. Me conmovió saber lo de la victoria de los Estados Unidos, pero también era consciente de que los japoneses, con el ego herido por la derrota, descargarían toda su frustración sobre las personas inocentes en China.

Cheng se quejaba a mi lado. Llegaría tarde. Acababa de organizar una reunión para vender el barco de vapor de carbón de su padre. Era importante para él cerrar ese trato, porque le estaba costando mantener la empresa de transporte marítimo sin la orientación de su tío, que había muerto de neumonía.

—No llevará mucho tiempo —dije. Entonces, vi una cara familiar detrás de una ventana cerca de una tienda de pieles—. Para, para el coche.

—¿Qué ocurre? —Cheng se inclinó para ver mejor.

Era Emily Hahn. En realidad, era una foto de ella, impresa en un cartel con libros detrás de la ventana. ¿Había regresado? ¿Había publicado otro libro? Abrí la puerta y salté.

Algo empezó a tirar del dobladillo de mi vestido: el perro del oficial, arqueando el lomo, enseñaba los dientes. Perdí el equilibrio y grité.

Cheng me cogió del brazo.

—Te dije que no te bajaras del coche. Volvamos.

—Señorita Shao. —Esa voz.

Me di la vuelta.

Si hubiera sabido que era él quien estaba paseando a su perro, me habría quedado dentro del coche; si hubiera sabido que me encontraría con él de nuevo, no habría pedido salir de casa. Las pesadillas que todavía me desvelaban por la noche volvieron a mi mente. Miriam en los brazos de Ernest. Las lágrimas de Ernest. Lanyu, desplomada en un charco de sangre. Los gritos de la gente. Los cristales rotos.

Retrocedí y agarré a Cheng de la mano. Debíamos correr. Yamazaki era capaz de matarme.

El hombre odioso me miró y luego miró a mi esposo con desdén.

—La última vez que te vi, estabas con un hombre blanco, ¿y ahora con este chino? ¿Qué eres? ¿Una puta? Los chinos deberían estar agradecidos. Los protegemos de la violencia y el crimen, educamos a sus clases bajas y promovemos la modernidad y la prosperidad en Shanghái. No comprendo por qué su gente sabotea los esfuerzos que hacemos por su propio bien. Ven, arrodíllate ahora mismo y discúlpate antes de irte.

Cheng se interpuso para protegerme.

—Vete a la mierda.

Agarré el brazo de Cheng para retenerlo y pensé con desesperación una respuesta que nos salvara. Podía disculparme, suplicar o simplemente salir corriendo con Cheng. Pero con solo una mirada a Yamazaki, mi corazón se convirtió en hielo. No más cortesías fingidas, no más hipocresía.

Un disparo ensordecedor rasgó la tela del plácido cielo. Los coches, los *rickshaws* y el movimiento de gente en las calles parecieron detenerse. Todos los sonidos se desvanecieron, excepto la risa histérica de Yamazaki y los ladridos enloquecedores de su perro.

No podía moverme, no podía hablar; todo lo que vi fue a Cheng, mi esposo, sus ojos feroces, su hermoso rostro.

—Tienes razón. Tenemos que irnos; en verdad tenemos que irnos —dije.

Las comisuras de sus labios se elevaron, como si aceptara llevarme a casa, como si prometiera protegerme con su vida, como si me fuera a regañar de nuevo, pero se desplomó hacia atrás, rígido, y me arrastró con él al suelo. Lo abracé, le acaricié la cara, lo mecí.

—¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho?

Un hilillo de sangre le brotó de la boca, corrió por la barbilla y humedeció su corbata de seda púrpura. Grité. Deseé con todo mi corazón que me hablara, que cogiera mi mano y se quedara conmigo, pero por primera vez en su vida, me dejó ir.

Veinticuatro días después de mi boda, enviudé.

Mi dolor era sordo, como un corte con unas tijeras oxidadas. En el salón de recepción central donde la madre de Cheng organizó el velatorio, usé un sombrero blanco, una camisa blanca de algodón, pantalones blancos, zapatos blancos de tela y una capa de cáñamo con capucha. Me senté entre las coronas de papel blanco arrugado, las largas tiras de banderas blancas y las flores de papel blanco esponjoso. Escuché el zumbido de la campana y el monótono sonido del pez de madera. Arrojé al fuego hojas de papeles dorados con forma de pepitas de oro.

La vida era una broma pesada. En mi infancia, a veces había odiado el egoísmo de Cheng, su posesividad y sus modales dominantes. Ya adulta, no tenía nada en común con él; en cambio,

había encontrado el amor en Ernest. Sin embargo, Ernest me había abandonado y Cheng me perdonó, me aceptó y me ofreció una vida.

Por primera vez me di cuenta de lo ciega que estaba. Conocía a Cheng desde la infancia, pero no lo había tratado más que como a un primo. Había pasado menos de un mes con él como su esposa, y había visto lo que realmente era su amor: crudo, directo y auténtico. Estaba agradecida; había llegado a quererlo por eso. Sin embargo, qué poco tiempo habíamos vivido juntos.

La madre de Cheng me echó la culpa. Llorando y moqueando, me abofeteó y me escupió. Gemía y gemía; su pena era aguda y punzante como un cuchillo.

Ying, que había desaparecido durante meses, llegó el sexto día de la vigilia y se acercó al ataúd; tenía los párpados hinchados, la cara mojada y los labios apretados en un rígido signo de ira. Su dolor era intenso, peligroso como un hacha.

Quería apoyarme en su hombro y llorar, pero también quería golpearlo y despedazarlo. Durante todos esos meses, mientras me deprimía en casa por la desgracia de mi embarazo, él casi no me había prestado atención; ni siquiera sabía de la bebé a la que había tenido que renunciar. Se había ido a hacer sus sórdidos negocios. Ahora era un extraño al que casi no conocía, un canalla que ayudaba a gente como Yamazaki.

Me senté y arrojé una hoja de papel dorado al caldero, evitando las miradas de los demás. Cuando todos circularon en procesión por el pasillo, los seguí muda, cabizbaja, y esos cantos, ay, esos cantos monótonos, ajenos, graves, sonaron como una sentencia del cielo.

Después de cuarenta y nueve días de luto, cuando el alma de Cheng se fue, la madre de Cheng envió a un sirviente a mi habitación y me preguntó si estaba embarazada.

Respondí que no.

Hizo que el sirviente me retransmitiera sus palabras, pesadas y torpes como un tren de carga: dadas las circunstancias, sería mejor que me mudara.

La madre de Cheng no me dio nada; se quedó con todo lo que era de Cheng. Nuestro matrimonio había sido breve y yo no tenía derecho a su herencia ni a sus propiedades. De todas maneras, no podía darme el lujo de iniciar otra batalla legal. Por segunda vez en unos meses, hice mi equipaje. Metí en mis dos maletas de cuero toda mi ropa, las joyas y los regalos que Cheng me había hecho. No tenía dinero.

Ya fuera de la mansión de Cheng, llegué a un roble. Eran los primeros días de abril, el aire era húmedo y frío. Llevaba puesto mi abrigo de visón negro y cargaba las maletas. Estaba sola; no tenía chófer, ni coche, ni mayordomo. Delante de mí pasaban porteadores de *rickshaws*, mendigos desdentados, vendedores ambulantes jorobados y un soldado del ejército imperial japonés de aspecto adusto. El chófer de Cheng, por lástima, me puso diez *fabi* en la mano para que pudiera usarlos para tomar un tranvía o un *rickshaw*.

No sabía qué más hacer, así que me subí a un autobús.

CAPÍTULO 74

Ernest

LLEGÓ EL DÍA EN QUE YAMAZAKI IRÍA A VER EL CONTRATO REDACTADO. ERNEST SE SENTÓ ANTE UN escritorio junto a la ventana. Estaba listo; tenía el contrato en una carpeta y una pistola en un cajón.

Había comprado el arma en el mercado negro, decidido a tomar el asunto en sus propias manos cuando fuera necesario. Pero debía tener cuidado. No podía permitirse el lujo de cometer un error.

—¿No debería haber llegado ya? —preguntó el señor Schmidt quitándose el sombrero de copa.

Había engordado y se había comprado un coche y un apartamento cerca del hipódromo. Se sentó con Golda y varios socios en la sala de reuniones; parecían preocupados.

—Llega tarde —dijo Golda.

—¿Qué pasará si rechaza la propuesta? —preguntó el señor Schmidt.

—Redactaremos otro contrato.

A Ernest se le crispaban los nervios al pensar en matar a Yamazaki. No le había hablado a nadie sobre la pistola. Cuanto menos supieran, mejor.

—Oí que se rumoreaba que los japoneses habían tenido una bronca con Meisinger.

Golda estaba fumando un cigarrillo en el sofá de cuero cubierto con una manta de piel con estampado de leopardo. Su pelo rojo, delicadamente rizado, enmarcaba su cara como una elegante ola; sus ojos verdes brillaban seductores. Por puro aburrimiento, había estado interpretando diferentes papeles: una institutriz británica remilgada, una celosa cortesana de París, y hoy era una cantante china. Llevaba un vestido ajustado tradicional con una abertura hasta del muslo; su piel brillaba como una perla, pero Ernest no podía dejar de pensar en que había visto el mismo vestido en el cuerpo de Aiyi. Tal vez no fuera el mismo. Tal vez no fuera del mismo color. Tal vez no fuera el mismo estilo en absoluto. Debería ir a buscarla a la casa de Cheng.

—Yamazaki es una mala persona; no lo olvides —dijo Ernest.

—Es una mala persona, pero es cortés. ¿No es curioso? No nos enviaron al campo de concentración. Nos permiten administrar nuestros negocios, nos permiten comprar apartamentos —dijo Schmidt.

Había un matiz de admiración en su tono que irritó a Ernest. Schmidt estaba demasiado ciego y sordo para comprender lo que estaba pasando. Los japoneses los dejaban en paz porque estaban ocupados combatiendo a los chinos en el interior y a los estadounidenses en el Pacífico. Sin embargo, no se habían olvidado de ellos; de otro modo, no habrían ido a proponerles una asociación comercial.

—Un tigre cortés sigue siendo un tigre.

Ernest se puso de pie y metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Estaba vestido con su atuendo favorito, chaqueta gris de botonadura sencilla y cintura estrecha, corbata gris y mocasines de cuero negro. A pesar de su riqueza, no usaba joyas, solo un reloj Rolex. Era fuerte, con un cuerpo erguido y saludable; tenía rasgos bien delineados y sus ojos eran serenos.

Desde la calle llegó un fuerte chillido. Se sobresaltó. Dos soldados japoneses saltaron de un camión y se precipitaron dentro del edificio.

Algo iba mal.

—Ernest, están arrestando gente. —Sigmund entró corriendo en la sala de reuniones.

En pocos pasos, Ernest llegó a la puerta, donde casi choca contra Yamazaki, vestido con su uniforme. Tuvo que ejercer un gran control para no agarrar del cuello al hombre y escupirle en la cara.

—Señor, ¿hay algún problema?

—Señor Reismann, lamento no haber tenido tiempo de informarle adecuadamente. He recibido una orden imperial decretada por mi emperador, Hirohito. —Hizo un gesto, y el soldado que iba a su lado sacó un juego de esposas.

A Ernest se le subió la sangre a la cabeza.

—¿Qué es esto? ¿Es necesario?

—Ah, tiene razón. Deje las esposas, por favor. El señor Reismann es un hombre honorable. No se resistirá. Pero me temo que es mi deber llevarlo al sector restringido.

Nunca había oído hablar de un lugar así.

—Discúlpeme. ¿Cuál es el sector restringido?

—Con mucho gusto se lo explicaré, señor Reismann. Recientemente, se nos recomendó tomar medidas para aislar a los refugiados judíos en este país, y mi emperador ha concebido un plan especial para personas como usted.

Yamazaki sacó un trozo de papel de su bolsillo; en su inglés con fuerte acento, leyó la Proclama para Personas Apátridas, que ordenaba la restricción de las residencias y los comercios de los refugiados apátridas que habían llegado a Shanghái durante la guerra en Europa, que antes eran ciudadanos alemanes y ahora no tenían nacionalidad; la gente como Ernest. Todas las personas apátridas debían ser reubicadas en un sector restringido.

Habían decidido encarcelarlos, después de todo. Un sector restringido o un campo de concentración eran lo mismo. Serían prisioneros. Pero no podía irse. Su negocio, su gente y los refugiados lo necesitaban.

—¿Hay posibilidad de apelar, señor?

—Me temo que cualquier apelación de su parte será denegada, debido a su estatus especial como propietario de muchas empresas. Se me ordenó mantenerlo bajo vigilancia en todo momento, con instrucciones específicas de cuidar de la gran cantidad de empresas y las finanzas que están a su nombre.

—Pero ya tengo redactado el papeleo para la sociedad comercial.

—Nuestro trato ha quedado sin efecto. Sus buques de carga adquiridos recientemente, sus finanzas y todos sus bienes ahora pertenecen legalmente al gobierno japonés a partir de esta orden.

—¡Imbécil!

—Tengo motivos para creer que cumplirá con la ley, por su propia seguridad y la de quienes trabajan para usted.

Todos sus bienes. La inmensa riqueza que había acumulado trabajando duro, el dinero que usaba para mantener a su gente y a los refugiados. Se rio.

—¿No obedecerá, señor Reismann?

—Me temo que necesito tiempo para reflexionar sobre eso.

Con audacia, se dirigió de nuevo a su escritorio, ignorando la ira que centelleaba en los ojos de Yamazaki y el rifle del soldado que lo acompañaba. Abrió el cajón y sacó la pistola que había preparado. Al diablo con los japoneses. Ya estaba bien de aquella barbarie. Era hora de tomar cartas en el asunto, para protegerse a sí mismo y a su negocio y vengar la muerte de Miriam.

—Ernest.

El señor Schmidt, con el rostro pálido, apareció frente a él. A su lado, Golda, siempre dramática, maldición, tratando de soltarse de los brazos de un soldado. Detrás de ellos estaba Sigmund. Sus amigos y colegas, todos esposados.

Una cosa era matar a Yamazaki, y otra poner a su gente, la misma gente a la que había jurado proteger, en peligro. Soltó la pistola y cerró el cajón. Con Yamazaki atento a cada uno de sus movimientos, Ernest se puso el abrigo, los guantes y el sombrero, y salió de la oficina hacia el camión aparcado en la calle. Se sentó entre el señor Schmidt y Golda, que lloraba, y le pasó el brazo por los hombros.

Media hora más tarde, el camión pasó por el Puente del Jardín, el mismo puente de metal que él había cruzado hacía años para ir al Asentamiento en busca de trabajo. El vehículo pasó por delante de una casa de empeños donde un poste de madera decía "Calle del Puente", giró por un camino embarrado y se detuvo frente a un edificio de ladrillo de dos pisos con una bandera del sol naciente. Después de tantas vueltas, estaba de nuevo en el distrito de Hongkou.

Yamazaki le dijo que se bajara.

Ernest se arregló las mangas y se bajó, pero el camión aceleró, con sus amigos dentro.

—¿Adónde los lleva?

—Al sector restringido. Pronto se unirá a ellos. Sígame.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Ernest, mirando el edificio de ladrillo con un letrero en chino que no podía leer.

—Un lugar para reflexionar —dijo Yamazaki.

Un sargento uniformado, que empuñaba una espada delgada y larga con forma de caña de bambú, se acercó a él, pero fue su brazalete lo que llamó la atención de Ernest. "*Kempeitai*", decía. Ernest se estremeció. El *Kempeitai* era el cuerpo encargado de hacer cumplir la ley, sádicos conocidos por torturar, como el infame *Schutzstaffel* alemán.

El sargento lo golpeó con la empuñadura de la espada y Ernest se desmayó de dolor. Cuando recobró el sentido, vio que lo habían arrojado a una celda maloliente y cubierta de paja, donde recibió más golpes. Pero eso no podía llamarse tortura, en comparación con lo que habían sufrido sus compañeros de prisión, especialmente la mujer que estaba sentada en un banco frente a él. Estaba desnuda, con la cara cubierta de sangre y heces, sus pezones y sus partes íntimas perforadas con cables eléctricos. Cada vez que el soldado japonés encendía el interruptor del tablero de descargas eléctricas, se sacudía y gritaba.

Un hombre con la cara y los dedos ensangrentados cantaba frente a él. Al pobre le habían arrancado las uñas y desvariaba. Ernest lo reconoció; era un ejecutivo del Grupo Jardine, que a menudo frecuentaba el Jazz Bar.

Cerca de la pared, dos japoneses sujetaron a un hombre desnudo y vertieron en su boca litros de orina mezclada con fuerte queroseno. El hombre gimió, tenía el estómago hinchado, pero la tortura no había hecho más que comenzar: lo golpearon una y otra vez con una barra de acero. Cuando se cansaban, pateaban el estómago del pobre hombre, solo por diversión.

Ernest se estremeció por las náuseas, el dolor y el miedo.

Durante días observó la repugnante tortura y se debilitó por la falta de sueño, agua y comida. Le dolían los huesos por los golpes diarios y tenía fiebre. Finalmente, Yamazaki apareció en la celda oscura.

—Señor Reismann, espero que esté usted cómodo.

Se apoyó con el codo contra la pared húmeda.

—Ya se han apoderado de mis bienes; tienen lo que querían. ¿Por qué me han traído aquí?

—Todavía tengo asuntos pendientes con usted. Necesito su firma para algunas cuentas. Pero está en lo cierto. Está aquí por una razón. Pasé seis días en el hospital después de que me diera una paliza. Nunca he olvidado al hombre que me golpeó. Y lo he estado observando. Ha acumulado una gran riqueza y se la dará toda a mi emperador. Confirmará la cesión de todos sus bienes en estos formularios y anotará sus cuentas bancarias. —Yamazaki sacó un montón de papeles de una bolsa que llevaba.

Si tuviera un rodillo de amasar, cualquier cosa, mataría al hombre que tenía delante.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Seis días. ¿Tiene una pluma?

Cerró los ojos. Podía negarse y morir como un hombre rico. O volverse loco, como el ejecutivo del Grupo Jardine. Ya no importaba. Había perdido a Aiyi, había perdido a Miriam. Ay, Miriam, Miriam. Ella había dado su vida por él; había muerto para que él pudiera vivir. Quería llorar.

—Si hago lo que me pide, ¿me dejará libre?

El hombre hizo una reverencia, un gesto de lo más ridículo.

—Tiene mi palabra.

Las declaraciones de los formularios eran claras. Todas las propiedades de su compañía naviera recién fundada y sus inversiones financieras serían transferidas al gobierno japonés, y había datos bancarios que debía completar. Anotó los dos números de las cuentas que tenía en una sucursal de un banco suizo. Pasando una página tras otra, lo firmó todo.

Salió de la cárcel; el sol de la tarde le aguijoneó los ojos. Tenía calambres en las piernas por haber estado sentado en el suelo húmedo; la mente, tensa y retorcida como cables eléctricos. Arrastrándose como un convaleciente, observó el ángulo en el que se reflejaba la luz del sol, para tratar de adivinar qué hora era y qué rumbo tomar.

El puente debía de estar delante de él. Arrastró los pies por el camino embarrado, se detuvo para recuperar el aliento y comenzó a caminar de nuevo.

Un rifle se le clavó en el pecho asfixiándolo. Luchó por respirar, mirando el crisantemo que estaba tallado en el rifle. Gritando, el soldado lo arrastró y lo arrojó a un camión.

Acostado, miró el cielo turbio y no fue capaz de incorporarse. El camión se sacudía y rebotaba, hasta que llegó a un poste de madera con un cartel que decía “Sector restringido para personas apátridas”.

CAPÍTULO 75

Aiyi

NUNCA PENSÉ QUE MI VIDA SERÍA TAN DESDICHADA, SIN AMOR, SIN HOGAR, POBRE. SIN DINERO, NO PODÍA alojarme en una pensión ni alquilar un apartamento. Como no sabía adónde ir, fui al apartamento de Emily en la Concesión Francesa. Si de verdad hubiera regresado, podría quedarme con ella.

Las calles de la Concesión Francesa estaban obstruidas por barricadas. Leí un cartel pegado en un poste de telégrafo. Estaba escrito en japonés, pero pude descifrar el significado de los *kanjis*. Al parecer, el gobierno francés de Vichy había entregado la Concesión a los japoneses, que ahora dominaban por completo la totalidad de Shanghái.

Un camión pasó traqueteando, cargado de extranjeros con maletas. Vi un panfleto salir flotando del camión y caer al suelo. Lo recogí y lo leí. Decía que todas las personas apátridas debían ser reubicadas en un distrito de Hongkou. Ernest era apátrida, recordé. ¿Estaba ahora en el distrito? ¡Qué destino el nuestro! Él, un prisionero, y yo, una vagabunda.

Esquivé a los soldados japoneses que patrullaban y entré en un callejón que me condujo al apartamento de Emily; estaba cerrado con candado. No había rastro tampoco de su cocinera.

Al final paré un *rickshaw* y fui al último lugar donde podía pedir refugio.

Debajo de un alto arco de piedra decorado con tallas de estilo europeo había un callejón estrecho y oscuro en el que por todas partes colgaban prendas interiores y harapos raídos. Dentro del callejón, varios hombres con el torso desnudo orinaban a lo largo de la pared y los ancianos lanzaban escupitajos como balas. El hedor rancio a orina y heces me dio arcadas. Cargando mis dos maletas como una criada, me desvié, abriéndome paso entre cucarachas, ratas y excremento de animales. De pronto, sin previo aviso, una mujer arrojó un recipiente con agua marrón frente a mí, y el líquido frío me salpicó las espinillas.

Escuché los gritos de los niños detrás de una puerta baja al final del callejón húmedo. Me detuve frente a ella y llamé a Peiyu. La pequeña puerta se abrió.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Peiyu estaba sentada frente a una cocina de carbón en el patio, trenzando su largo cabello; cerca de ella, dos de mis sobrinas, una apodada Sauce y la otra Serena, avivaban el fuego en la cocina. La más pequeña de las seis, apodada Estrellita, masticaba un grillo, con la cara cubierta de mocos amarillos y mugre.

El patio era miserable, más pequeño que mi dormitorio. Las paredes estaban cubiertas de moho; el suelo de tierra estaba resbaladizo e infestado de excrementos de rata. El lugar no contaba con cuarto de baño, solo había un balde; tampoco había cables de electricidad ni tuberías. La única fuente de agua era un pozo subterráneo muy contaminado.

Quién hubiera creído que terminaríamos allí… Quería ayudarla, al ver las deplorables condiciones de vida en las que se encontraban ella y sus hijos. Si no le hubiera pedido a mi esposo ir a verla, Cheng todavía estaría vivo y yo la visitaría, en vez de mudarme con ella.

—Espero que me dejes vivir contigo. —Le conté lo que había ocurrido con Cheng y la decisión de su madre de echarme de su casa.

—Qué triste. No sabía que había muerto. ¿Tienes dinero?

Me ardía la cara.

—Tengo joyas.

Esa noche saqué los vestidos de mi maleta y los extendí en el suelo húmedo y fangoso para no sentir tanto el frío. La única cama la ocupaban Peiyu y los seis niños. Los escuché chillar como

sirenas de barcos, patear y quejarse; casi no durmieron. Alrededor del amanecer, finalmente, se calmaron y yo me quedé dormida. Cuando me desperté, no había nadie en la habitación. Incluso el patio estaba vacío. Salí al callejón.

Detrás de las mujeres desaliñadas que lavaban la ropa y los hombres que orinaban en la esquina había un *rickshaw*. Con sus zapatos pequeños y una mochila colgando del cuello, Peiyu caminó tambaleándose hacia él y se subió. Había unos edredones y dos maletas de mimbre ya cargadas en el *rickshaw*. Los niños se aferraron a ella, peleándose entre sí.

—¿Adónde vas? —pregunté. Peiyu, por sus pies vendados, rara vez viajaba. En el *rickshaw* casi no cabían ella y los edredones, las maletas y los niños.

Se colocó la mochila en el regazo y golpeó una mano pequeña que intentaba aferrar la suya.

—A la casa de mis padres. Puedes quedarte aquí. ¡Dejadme en paz, niños! No puedo vivir aquí, cuidándolos yo sola. ¡Dejad de pelearos! Escribí a mis padres hace unos meses y aceptaron acogerme. Si Sinmay regresa, dile que me busque allí.

El porteador, un joven con sandalias de paja, levantó las dos cañas de bambú y Peiyu y sus hijos se inclinaron. Las ruedas del *rickshaw* rechinaron y salió del callejón corriendo. Los llevaría a la estación ferroviaria del norte, donde cogerían el tren a casa de sus padres en la provincia de Jiangsu.

Volví al patio y me senté junto a mis maletas. La habitación estaba en silencio, sin el bullicio de los niños ni pisadas. Estaba sola.

Nunca había estado realmente sola en mi vida. No importa adónde fuera, siempre estaba rodeada de mis hermanos, Cheng, Peiyu, mi chófer, los sirvientes, las bailarinas o los hombres que trabajaban en el club nocturno. Desde mi nacimiento, me había protegido una pantalla brillante de fascinación y riqueza. Ahora estaba completamente sola y era pobre.

Por un momento, no supe qué hacer. Podría volver a casarme —solo tenía veintitrés años— o ganarme la vida como bailarina, el oficio que había ideado años atrás en mi club. Si realmente quisiera, podría congraciarme con mis parientes, acercarme a la casa de alguno de ellos y alojarme allí como huésped unos meses. Cualquier lugar sería mejor que ese sórdido refugio con arcos de piedra. Recogí mis maletas, lista para partir.

Un grito me sobresaltó. Era el llanto de un niño, muy cerca. Miré a mi alrededor: la habitación estaba vacía, la cama desnuda, sin edredones ni sábanas. Pero el grito seguía oyéndose. Miré debajo de la cama.

No me pude creer lo que estaba viendo. En el suelo húmedo yacía un pequeño bulto que agitaba los brazos. Me arrodillé, extendí el brazo y jalé. Estrellita, la niña más pequeña de Peiyu, agarró un mechón de mi pelo y gritó.

Tal vez Peiyu, ocupada en hacer las maletas, había empujado sin querer a la niña debajo de la cama. Profundamente dormida y envuelta en una túnica de algodón y un suéter, la pequeña no se había despertado. Y Peiyu, con todos los edredones y el equipaje y los otros niños que reclamaban su atención, no se había dado cuenta de que Estrellita no estaba. Tales accidentes podrían ocurrir.

O tal vez había abandonado deliberadamente a la niña. Mientras que los niños mayores podían ayudar en la casa, la pequeña solo era una boca más que alimentar.

Corrí al callejón y salí a la calle. El *rickshaw* se había ido hacía mucho tiempo.

Cuando volví a la habitación, la pequeña abandonada, vestida con la túnica y el suéter que ahora

eran sus únicas posesiones, todavía lloraba en el suelo.

—Deja de llorar —le dije.

El pequeño monstruo elevó el tono a un aullido ensordecedor.

Me senté sobre mis maletas frente a ella, con la cabeza apoyada en las manos. Los fuertes gritos me hacían daño en los tímpanos. No sabía qué hacer con ella. Las niñas pequeñas no valían mucho. En todo Shanghái, había niñas abandonadas que morían de hambre, eran vendidas o explotadas, algunas a la temprana edad de cinco años. Las había visto, atadas con una cuerda, acurrucadas en un rincón cerca del templo de la Ciudad Vieja, mientras los hombres las examinaban.

Era triste ser una niña, nacer en este mundo; era triste que te dejaran sola. Pero la pequeña no era mi responsabilidad. Me puse de pie y recogí mis maletas.

CAPÍTULO 76

Ernest

Se apoyó contra una pared derruida cubierta de moho. Nunca se había sentido tan cansado. Le dolía la espalda; le latía la cabeza por la deshidratación.

Se le dijo que todas las personas apátridas debían establecer sus residencias en el sector restringido. Así que reunió fuerzas y caminó dando tumbos hasta una tienda cerca de la cárcel, donde recibió una tarjeta de registro impresa con un número y un sello. Así, se convirtió formalmente en habitante del sector restringido, donde todo requería permiso.

Permiso para vender su chaqueta, para vender su Rolex, para comprar un plato de arroz. Todos los otorgaba un judío desvergonzado, Goya, que de alguna manera se había ganado la confianza de los japoneses.

Con un poco de suerte, a Ernest se le concedió un permiso para empeñar su Rolex por cien nuevos *fabi*, emitidos por el gobierno projaponés, y con el dinero alquiló un catre de bambú en un rincón de una choza propiedad de un chino llamado Old Liang. El señor Schmidt, Golda y varios de sus compañeros vivían cerca en una calle llamada Ward. "Un tigre cortés sigue siendo un tigre", murmuró el anciano al verlo, citando sus palabras como si significaran algo. Golda tenía grandes cambios de humor, maldecía a los japoneses y luego se echaba a llorar.

Estaban solos, como los refugiados a los que habían ayudado durante casi un año. Ahora, al igual que ellos, era un apátrida sin hogar, desamparado.

Un gato negro salió disparado de una estera de paja frente a él. Debajo de la estera, asomó una mano, toda piel y huesos. Mareado, Ernest se tambaleó hacia atrás y vio más cuerpos esparcidos en la esquina, con el agua de lluvia sucia corriendo bajo sus pies blancos. Casi no se detuvo a pensar en quiénes eran esas personas; veía demasiadas en esos días.

Era la última hora de la tarde; el sol de abril no calentaba. Había estado caminando, tratando de orientarse en el sector restringido. Por lo que pudo ver, ese gueto para apátridas también tenía residentes chinos, que vivían allí desde antes de la ocupación. Sus viviendas eran chozas de dos pisos divididas por callejuelas estrechas.

El área, a pocas cuadras del insalubre *Heime*, medía menos de dos kilómetros cuadrados. Ernest caminó y caminó, primero hacia el este, pasando junto a bloques de chozas y barracones abandonados, y llegó a la embarrada orilla del río Huangpu, salpicada de cargueros oxidados y lanchas medio hundidas. En el sector norte, había pasado por fábricas de algodón en ruinas y granjas de perros y había llegado a un alto muro con una cerca de alambre de púas donde estaban aparcados vehículos blindados, tanques, jeeps y motocicletas con sidecar. Incluso había una pista para los cazas Zero. Era la base militar japonesa.

Al sur estaba el puente vigilado; al oeste, había una zona que no conocía. Tenía muchas chozas de dos pisos con puertas de cartón, y tiendas chinas. Un poste de telégrafo con un letrero de madera decía: "Las personas apátridas tienen prohibido pasar más allá de este cartel".

No había barricada, ni sacos de arena ni alambres de espino. Solo un soldado japonés uniformado que dormitaba en el sidecar de una motocicleta. Ernest podría salir corriendo antes de que el soldado le disparara. Pero ¿de qué servía huir si no había nadie a quien acudir?

Sentado en el borde de su catre de bambú, miraba los mocasines de cuero que calzaba y escuchaba las toses secas de otros inquilinos a su alrededor. Había llegado a Shanghái sin un centavo con su hermana, pero había luchado por sobrevivir como refugiado, había vivido como

amante, ascendido como un pianista popular y se había convertido en un empresario dueño de una compañía naviera y en un magnate. Ahora, volvía a ser un refugiado, un apátrida, y no tenía absolutamente nada.

CAPÍTULO 77

Aiyi

SUS GRITOS HISTÉRICOS ME ESTREMECIERON: EL FUERTE LAMENTO DEL ABANDONO, LA FEROCIDAD DE SU tristeza y la inocencia infantil de su voz. Dejé mis maletas en el suelo.

Le ofrecí mi manga para que se limpiara la nariz; ella apartó la cabeza. Traté de abrazarla; ella se retorció y gritó más. Le dije que se calmara y gritó más fuerte. Fue agotador, y también muy difícil de creer, que un diablillo tan pequeño pudiera lanzar gritos tan poderosos.

Tal vez tuviera hambre. Yo también estaba hambrienta. Encontré la lata donde Peiyu almacenaba arroz. Solo había unos pocos granos dentro. Los eché todos en una olla y la puse sobre la cocina de carbón. Me di cuenta de que tenía que encender el fuego; nunca antes había cocinado arroz.

Me puse en cuclillas frente a la cocina, tiré una cerilla dentro, encendí algunos trozos de carbón y comencé a abanicar con las manos. Durante un buen rato no hubo ningún movimiento. Me dolían los brazos de tanto agitarlos, pero todavía no había chispas. Me puse en cuatro patas y soplé dentro; una llamarada se disparó y me lamió la cara y el pelo.

Grité, y el diablillo, que empezaba a calmarse y estaba hipando y gimiendo, comenzó a chillar de nuevo.

—¡Para de llorar! Te he dicho que dejes de llorar. Estoy harta de ti. —La llama me había chamuscado el flequillo, pero el carbón ardía brillante en la cocina. Revisé la olla; no sabía cuánto tardaría en cocinarse. Me dolía el estómago por el hambre.

Después de un rato olí a quemado y levanté la tapa de la olla. El arroz se había convertido en una capa de alquitrán negro. Nadie me había dicho que añadiera agua.

Pateé la cocina con frustración. Hubiera hecho cualquier cosa por la comida que solía tener y no apreciaba: los nidos de pájaro gelatinosos, la sopa de bolas de arroz dulce con dátiles rojos, los fragantes huevos hervidos en té.

Finalmente se hizo silencio. Miré a mi alrededor: el diablillo había desaparecido. Había olvidado cerrar la puerta. Busqué en el callejón, pero no estaba allí. Salí a la calle bajo el cielo gris, donde un grupo de malabaristas disfrazados actuaba frente a una botica; cerca de ellos, un barbero le cortaba el pelo a un hombre y un zapatero limaba un zapato de madera. Luego vi el suéter de Estrellita en la calle, entre los *rickshaws* y los soldados japoneses que marchaban. Estaba llorando de nuevo y un *rickshaw* se detuvo a su lado; desde dentro, un hombre con un sombrero de fieltro la alzó.

—¡Suéltela! ¡Suéltela!

Corrí por la calle y se la arrebaté de las manos al hombre. Corrí de regreso al callejón con la niña en brazos, llegué al patio y cerré la puerta con el corazón acelerado. Si hubiera llegado unos minutos más tarde, la habría perdido. Me di cuenta de que yo no era una buena persona. Era egoísta y malcriada, y me preocupaba por mí misma más que por los demás, más que por una niña pequeña.

La dejé en el suelo y me puse en cuclillas a su altura. Tenía la nariz y el mentón de Sinmay. A pesar de que su rostro estaba manchado de lágrimas, suciedad y queroseno, sus ojos negros brillaban. Luego, apretó los labios y empezó a llorar de nuevo. Tan pequeña y con tanta tristeza.

Recogí la olla y raspé el fondo con las uñas. Cuando se desprendió un trozo negro y crujiente, lo saqué y se lo di.

Se lo metió en la boca y tragó sin masticar, con los ojos llorosos.

—Despacio —dije, y raspé de nuevo. Algunos trozos duros se me clavaron bajo las uñas. Cambié a mi mano izquierda—. Soy tu tía, Estrellita. ¿Te acuerdas? Tu mamá vendrá a buscarte pronto. Hasta entonces, cuidaré de ti y no te escaparás de mí, ¿me lo prometes?

Ella me miró fijamente, con sus ojos tranquilos como el precioso jade negro.

—¿Lo prometes?

—*Ai.*

Me agaché para limpiarle un poco del arroz quemado que tenía en la comisura de la boca.

Necesitábamos comida. Llevé a Estrellita al mercado. Nunca antes había comprado alimentos; solo había entrado en el mercado cuando tenía cinco años, con un sirviente. Ver el mercado había sido un espectáculo: las ristras de carne cruda que colgaban de cuerdas, las hileras de puestos con cabezas de cabra, cubos de sangre de cerdo negro, pescados vivos con panza blanca y bandejas de paja con calamares secos. Pero el mercado que había cerca del edificio donde vivía Peiyu tenía solo dos puestos de verduras que vendían coliflor y repollo y solo un puesto de carne. Cuando traté de pagar los productos con mi firma (los Shao siempre dejaban su firma y pagaban a fin de mes), los vendedores se rieron de mí.

Sin otra opción, fui a tres casas de empeños para vender mi abrigo de visón y mis joyas. Regateé y negocié, aprovechando mis habilidades de empresaria, y luché por cada centavo hasta obtener poco más de treinta nuevos *fabi.* Me alcanzaron para comprar dos tazas de arroz.

Cada día Estrellita lloraba de hambre; cada día oía los gruñidos de mi estómago. Empeñé todas mis joyas y mis vestidos para mantenerla alimentada. Pero los precios de los alimentos se dispararon debido a la escasez. Una zanahoria costaba cincuenta nuevos *fabi,* por los que había empeñado un collar de oro, y una taza de arroz equivalía a un jarrón de jade. Los japoneses tenían raciones de sal, arroz, carbón y soja, y nosotros, los lugareños, nos peleábamos por lo poco que podíamos conseguir.

Fui a buscar trabajo. Mi club ahora era propiedad de un chino lameculos de los japoneses, y Ciro’s pertenecía a un grupo de mafiosos. Fui a Ciro’s. En el vestíbulo lleno de humo, me acerqué a las bailarinas que llevaban vestidos rojos ajustados. Cuando fui a ver al encargado, un hombre con un diente de oro, miró a Estrellita, a quien llevaba en mis brazos.

—Si quieres trabajar, deja a la chiquilla en casa o ahuyentará a los clientes.

No podía dejarla sola; saldría otra vez a la calle.

Fui a ver a mis pretenciosos parientes, los Sheng, que vivían en la Concesión Francesa, para congraciarme y que al menos Estrellita tuviera alojamiento y comida gratis. Fueron amables; nos dieron un lugar para dormir en el suelo y las comidas. Pero después de un mes, su generosidad disminuyó, así que les insinué mi interés en casarme y les pedí ayuda. Dijeron que para lograr un matrimonio adecuado para una mujer de mi linaje habría que contratar a una casamentera, lo que costaría mucho dinero. Y, además, dijeron que Estrellita era una carga, y que tendría que abandonarla antes de poder empezar a hablar de matrimonio.

La abracé con fuerza mientras volvíamos al edificio con arcos de piedra.

Al día siguiente, después de decirle a Estrellita una y otra vez que se portara bien, la dejé encerrada dentro y comencé a robar.

Elegí las hermosas mansiones con balcones de hierro forjado y ventanas cerradas detrás de los altísimos plátanos, en las que antes vivían los estadounidenses y europeos ahora capturados o que habían huido. Esas casas no tenían un salón central, una sala de visitas ni pozos cubiertos,

pero tenían comedor, estudio, piscina y habitaciones de servicio. Saltaba las vallas que había cerca de las piscinas y rompía las ventanas con una piedra para poder entrar. Una vez en la entrada principal, iba directamente al lugar donde se guardaban los alimentos, llamado despensa, y luego a la bodega para llevarme lo que pudiera encontrar.

No había gran cosa. Muchas casas ya habían sido saqueadas y vaciadas, probablemente por los sirvientes chinos de las familias.

Me las arreglaba bien robando paquetes de espaguetis, sopas instantáneas, la salsa de tomate que llamaban kétchup, galletas y, a veces, chocolate, pero nunca arroz. Una vez encontré una caja de Twinkies entre cristales pisoteados y escombros. Como sabía que eran golosinas que se venderían bien, rompí con cuidado los envases y lamí todas las migas y la crema del interior: sabían a gloria, incluso mejor que los pasteles que disfrutaba a la hora del té en el hotel de Sassoon. Luego, los envolví, los volví a sellar en el fuego y los vendí en la calle. Pude intercambiarlos por artículos de primera necesidad, como jabones, cerillas, trozos de carbón, arroz, queroseno y un cuenco. Fue el trato más rentable que hice.

Estrellita estaba contenta con mi botín y, a veces, la llevaba conmigo. Pero la vida de una mujer en la calle era peligrosa. Con mi vestido ajustado, que empezaba a verse desgastado, desconfiaba de las miradas de los hombres. Pensé en disfrazarme, con un traje y pantalones masculinos, pero casi me atrapan robando la ropa en un puesto. Entonces, cuando entré en una gran casa de estilo europeo de dos pisos, fui al dormitorio de los sirvientes y encontré un vestido largo de algodón negro, con puños blancos con volantes y un cuello alto, un delantal blanco, una cofia blanca y un llavero de cuero. Me quité el vestido desaliñado que había usado durante meses y me lo cambié por el uniforme de la criada. También cogí el delantal, que transformaría en una camisa para Estrellita, y el llavero de cuero, para dárselo como juguete. Debajo de la cama, encontré un par de zapatos de tela desgastados con suelas de goma y también me los puse.

A partir de entonces, asalté las mansiones vestida de sirvienta y a la luz del día. Los mafiosos me dejaban tranquila creyendo que era extranjera; lo mismo ocurría con los soldados, que pensaban que yo era la sirvienta de un extranjero. Entraba y salía por las puertas delanteras sin que me acosaran. Me volví más audaz. Cuando cerraron y vaciaron las casas, tomé el ferry para ir al distrito norte, cerca de Hongkou. Vi de nuevo el cartel de los apátridas, pero no tenía la intención de quedarme mucho tiempo. Esta no era una zona próspera, probablemente regresaría a casa con las manos vacías.

—¿Aiyi?

La voz, tan conocida, me sobresaltó; retiré la mano que estaba a punto de coger una tira de boniato seco de una bandeja de bambú y me di la vuelta. No me lo esperaba. Frente a mí, cerca del letrero que decía “Sector restringido para personas apátridas”, estaba Ernest.

Se veía demacrado por el calor de finales del verano; estaba pálido, tenía los ojos hundidos.

“¿Qué te han hecho?”, quería preguntarle, pero me resistí.

—Tú… ¿Qué te ha pasado, Aiyi?

Qué ironía. Todavía compartíamos pensamientos similares. Me vi con sus ojos. Ya no era fresca, vívida como una pintura. No tenía espejo, pero había visto mi reflejo en el agua. Mi piel, que antes brillaba como una perla, estaba opaca y apagada; tenía la cara salpicada de manchas, porque estaba demasiado cansada para limpiarme. Mis ojos, que habían reflejado el brillo de mil luces, miraban esquivos por el hambre; debajo de los párpados ondulaban las arrugas que antes tanto había temido.

—La guerra es lo que me ha pasado. ¿Qué otra cosa podría ser?

Miré al frente, donde un soldado japonés montado en una moto se frotaba las manos tarareando una melodía desconocida para mí. Todavía no se había fijado en nosotros.

Ernest se tambaleó y se apoyó contra el letrero, con la mano extendida. Había lágrimas, arrepentimiento, alegría y mucho más en sus ojos.

—Estoy muy contento. No puedo creerlo. Pensé que nunca te volvería a ver.

No estaba mintiendo; él todavía me quería. “Pero ¿por qué se molesta en decirlo?”, pensé.

—Te he estado buscando, Aiyi.

Me iba a reprochar mi egoísmo. Pero no tenía derecho. Me había abandonado, nunca había ido a mi casa.

—Dijiste que todo había terminado.

El soldado apuntó con su rifle al hombro hacia nosotros y le gritó a Ernest que se alejara. Él no le prestó atención.

—Lo siento.

¿Qué significaba eso? ¿Que sentía no haberme amado, sentía haberme abandonado? Yo había perdido mi negocio, me había peleado con mi familia, había echado a perder mi vida por él. Y él me había echado, embarazada de su hija. Ahora mi hija ya no estaba, mi hogar tampoco y mi vida se había derrumbado.

Deseé no haberme enamorado nunca de él, no haberlo contratado, no haberlo conocido jamás.

—Adiós, Ernest.

CAPÍTULO 78

Ernest

La vio irse mientras el soldado lo empujaba de regreso al sector restringido. Quería llamarla y preguntarle: ¿qué le había pasado?, ¿por qué no estaba con Cheng?, ¿podría perdonarlo? Pero no fue capaz de hablar. Él la había abandonado cuando era rico, y ahora estaba en la indigencia y encarcelado; sería inútil pedir su mano. Aun así, estaba agradecido de haber visto su rostro, de haber caminado hasta el límite del distrito, sin esperanza ni propósito, y de haber divisado el vestido de sirvienta y a ella. Era casi como un sueño incoherente, una visión de un cielo distante, una imagen coloreada sobre una calle polvorienta.

Ella había cambiado, pero ¿quién no lo haría? Lo odiaba, pero ¿qué otra cosa podía esperar? Él todavía la amaba. Siempre la amaría.

El invierno se adelantó.

Con un palillo entre los dedos congelados, Ernest presionó el pulgar contra el taro que tenía en la mano y deslizó el palillo hacia delante; la piel oscura se deslizó fácilmente. De vez en cuando, se interrumpía para desentumecer los dedos, congelados por el frío invernal. Cuando terminó de rasparlo, colocó el taro dentro de una cesta de bambú cerca de su pie. Parecía una patata, pero con la piel oscura y peluda; la pulpa era pálida. Nunca había visto un taro hasta ahora. Le había costado muchos intentos adquirir la habilidad de raspar con el palillo. ¿Quién hubiera creído que un palillo como ese podría ser tan versátil?

Por su trabajo de raspado le pagaron dos boniatos. Era comida de campesinos; en cambio, los taros, que eran para los japoneses, costaban más caros. Así sobrevivía en el gueto. No estaba tan mal; la mayoría de la gente no tenía taros para pelar. La penuria, el encierro, una vez que logró aceptarlo, tampoco le pesaba. Era su castigo, su oportunidad de ver su fracaso, de expiar la culpa.

Se oyó a lo lejos el sonido de unos motores que aceleraban. Ernest miró hacia arriba. Al final de la calle bordeada de chozas, cerca de la base militar, una flota de soldados japoneses con chaquetas verdes de invierno viajaba en vehículos blindados. Estaban saliendo de la base o tal vez participando en otro entrenamiento en las afueras. No sabía qué estaba pasando con la guerra, quién había ganado o quién había perdido. Los japoneses seguían comprando taros; eso era todo lo que necesitaba saber.

El viejo Liang, su casero y empleador, se inclinó para recoger los taros pelados que había en la cesta. Los cortaría más tarde y los vendería en el mercado; la esposa del viejo Liang barría las cáscaras, las limpiaba, las clasificaba y las cocinaba para la cena. Nada se desperdiciaba.

—Mira, mira. Tu *qizi* está aquí. Tu esposa está aquí.

Ernest levantó la vista. Al otro lado de la calle, Golda, con una gabardina roja que se estaba volviendo negra, caminaba rápidamente hacia él. No le sorprendió que el viejo Liang creyera que era su esposa. Desde su traslado al gueto, Golda iba con frecuencia a sentarse en su catre de bambú, se cubría con el colchón de paja, hablaba, rompía a llorar y hablaba más. Cuando estaba cansada, se abrazaba a él con fuerza.

No tenía el corazón para desenredarse de su abrazo. Pero cuando ella quería más, él la apartaba suavemente. Pensar en el matrimonio no tenía ningún sentido. Eran prisioneros, sin dinero, sin futuro.

—No. No *qizi*. —Ernest negó con la cabeza. No sabía pronunciar bien la palabra, especialmente la letra *q*. Aiyi podría haberlo corregido, pero el viejo Liang no sabía hablar inglés; tampoco entendía el concepto de “amiga”. Pero era amable con él, al igual que su anciana

esposa, que había dado a luz trece hijos y perdido diez. De hecho, la mayoría de los chinos, los residentes originales del gueto que se habían quedado en el área, eran amables.

—Ernest. —Golda jadeaba—. Tienes que venir. El señor Schmidt está vomitando.

El anciano había sufrido un intenso dolor de muelas y no podía comer desde hacía días. Había caído enfermo, tal vez de disentería o de fiebre tifoidea.

—Vamos.

Ernest bajó por la calle Ward, donde escuchó el susurro de las plegarias desde el refugio para los estudiantes de la *yeshivá*. No echó una segunda mirada. Una vez había entrado en una sinagoga para buscar consuelo; ahora no tenía interés en ver a los estudiantes ni en escuchar oraciones.

Cuando llegó al edificio de madera de dos pisos donde vivía el señor Schmidt, Ernest inclinó la cabeza para pasar por la puerta baja de la entrada y se dirigió al catre del anciano. La habitación, llena de unos cincuenta refugiados, estaba fría y oscura, sin una lámpara de queroseno, poblada de gemidos y murmullos. En un rincón, detrás de una cortina, una mujer daba a luz chillando; algunas voces le pedían que empujara. Cerca de la cortina, un niño vestido con una camisa andrajosa recitaba con voz entrecortada unos versos en hebreo. Ernest tuvo el impulso de darle una palmada en el hombro y decirle que ahorrara energía.

—Señor Schmidt, ¿le apetece comer boniatos hoy?

Ernest miró bien al anciano. Apestaba a vómito y, con la luz que entraba por la puerta, su piel estaba amarilla como una patata lavada.

—¿Ernest? Ah, Ernest. Me alegro de verte. Me siento como la mierda —saludó, con un hilo de voz.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —Tenía dos cortes profundos.

—Creo que me mordió una rata. Malgastó su tiempo tratando de roer mis viejos huesos.

Ernest le puso la mano en la frente. Estaba ardiendo.

—Tiene que ir al hospital.

Necesitaría el permiso de Goya. Había un hospital fuera del área.

—Ayer fueron cinco allí y murieron. ¿Para qué molestarme? Prefiero quedarme aquí.

Golda sollozó apoyándose en Ernest. Él la rodeó con el brazo.

—Bueno, ahora, al menos vosotros dos os vais a casar. ¿No es maravilloso? —dijo el señor Schmidt tosiendo.

Ernest miró a Golda y se levantó.

—Pronto se sentirá mejor, señor Schmidt. Volveré a verlo en un rato. Si cambia de opinión sobre ir al hospital, hágamelo saber y lo acompañaré.

Luego, tomó de la mano a Golda y ambos caminaron hacia la puerta.

—Tenemos que llevarlo al hospital. Iré a ver a Goya.

Ella lo detuvo.

—Quiero que te cases conmigo, Ernest. Le dije que nos casaríamos.

Ernest suspiró.

—Tengo miedo de ponerme enferma y morir, Ernest, y no quiero morir como una mujer solitaria. Quiero ser feliz; quiero vivir un poco antes de morir.

—No vas a morirte.

Ella se echó a llorar.

—Mira a tu alrededor, mira esta inmundicia de lugar. ¿Cuándo fue la última vez que comiste una buena comida con leche de soja y pan? No tenemos comida, ni agua limpia, ni privacidad.

Todo el mundo enferma de fiebre tifoidea, disentería o escarlatina. Llevamos meses aquí. ¿Cuándo terminará esto?

¿Que podía decirle? Nada.

—Hemos sufrido mucho, Ernest. He estado a tu lado desde que tenías la panadería. ¿No es así? Al menos… ¿disfrutas de mi compañía?

—No puedo mantenerte.

—No estoy hablando de que tengas que hacerte rico.

—Pero… —No podía decirlo.

En la entrada, algunas personas juntaron un montón de paja de arroz y ramas secas para hacer fuego. Se elevó una columna de humo, como una figura esbelta con un vestido ajustado.

—Cuando escapé de Berlín, pensé que la vida sería mejor aquí. Pero no, tuve que convertirme en panadera para sobrevivir. Entonces, te conocí y supe que volvería a ser feliz. Esto… —Señaló con un gesto a su alrededor, olfateando el aire pútrido, lleno de toses y gemidos—. Esta no es la vida con la que soñé.

Tampoco era la vida con la que Ernest había soñado. ¿La felicidad? No existía. Le palmeó en el hombro a Golda y salió.

Un grito agudo atravesó sus oídos. Una nueva vida había llegado al mundo; se elevó una ola de voces alegres. La gente se felicitaba y aplaudía, y el niño recitaba: “El amor es más fuerte que la muerte”.

Se le humedecieron los ojos. Él mismo había pronunciado esas palabras hacía mucho tiempo. Qué sorpresa escucharlas nuevamente, en esta vida de pérdida, enfermedad y tristeza, en un tiempo en el que dudaba de la existencia de la esperanza y la risa. Pero era cierto: siempre amaría a Leah, a sus padres y a Miriam, sin importar dónde estuviera, mientras viviera.

Golda lo atrajo hacia ella y entrelazó el brazo con el suyo; Ernest miró los labios morados por el frío, los ojos suplicantes. Estaba perdiendo peso, sus formas voluptuosas se le despegaban del cuerpo como la piel del taro. ¿Y esa tos que brotaba de su garganta, ese silbido rasposo del pecho?

Le cogió las manos, frías y huesudas, y las frotó para calentarlas. Había estado sumido en la oscuridad de la vida durante mucho tiempo, estaba harto de ese mundo repugnante, vacío, agotador; sin embargo, si existiera esa cosa llamada amor, si existiera una manera de dar felicidad, entonces él quería ser quien encendiera la mecha de la tibieza.

Se casó con Golda al día siguiente. Por primera vez, entró en el refugio de los estudiantes de *yeshivá* que estaba en la calle Ward Road y escuchó las siete bendiciones que nunca antes había escuchado. Sintió la calma, como un árbol de paz en su interior; la nube de voces, los parpadeos amarillos de las llamas de las velas, como caracteres rúnicos. Para evitar el desperdicio de romper una copa en buen estado, le entregaron un fragmento ya roto. Lo pisoteó, escuchó un coro de *Mazel tov!*, y así terminó la ceremonia.

El viejo Liang y su esposa les regalaron ocho boniatos, suficientes para consumir durante una luna de miel de cuatro días. Los vecinos chinos, con sus túnicas andrajosas, también se acercaron a felicitarlos y les cantaron una dulce canción rítmica, con la sonrisa dibujada en sus caras quemadas por el sol. Sonaba parecida a la canción que él tocaba antes en el piano, la que le había gustado tanto.

Golda, vestida con una blusa de gasa blanca prestada y una falda a cuadros larga hasta la rodilla, cantaba y bailaba; sus ojos verdes brillaban como un prado primaveral. Era una buena

chica judía, que le hubiera gustado a su madre. Y él la cuidaría, compartiría con ella las cáscaras de taro raspadas y los boniatos; la querría, como un nuevo esposo en un mundo viejo, como un buen esposo en una mala guerra, aunque dudaba que pudiera querer de la misma manera que había querido antes.

CAPÍTULO 79
OTOÑO DE 1980

Peace Hotel

La señorita Sorebi apoya el codo en la mesa; los flecos de su chaqueta de cuero caen como pajas marchitas. La chaqueta tiene un atractivo extraño, tengo que admitirlo, le queda bien.

—Cuando entrevisté a los judíos, me horroricé al escuchar las condiciones de vida que había en el sector restringido. El gueto era horrendo, estaba infestado de escarlatina, tifoidea, todo tipo de enfermedades. Muchos enfermaron y murieron. Me hablaron del cementerio que había fuera del gueto y… se me rompió el corazón. ¿Sabía que tenían que reutilizar los ataúdes? —Se le quiebra la voz.

Pensé en todas las vidas que hemos perdido, en el amor que hemos olvidado y las decisiones que hemos tomado y con las que debemos aprender a convivir.

—Ojalá pudiera decir que la guerra fue cruel y que todos tuvimos que sobrevivir a ella. Pero la verdad es que no importa por cuántas dificultades hayamos pasado, en algún momento las olvidamos después de un tiempo.

Desvía la cabeza, pero veo cómo crece el brillo de sus ojos.

—¿Comprende ahora por qué quiero hacer un documental? Quiero recordar; no quiero olvidar.

Una hermosa melodía flota en el aire, débil, a la deriva, como un lecho de nubes; tiene una cadencia inocente como un cuento de hadas, melancólica como la brisa nocturna. Me recuerda a la canción que me encantaba hace años.

—Cuando acabábamos de conocernos, Ernest tocó una canción de jazz llamada “La última rosa de Shanghái”. Me encantaba y todavía recuerdo la letra. Dice así: “Existe un amor que golpea como un rayo; te ciega, pero te abre los ojos para ver el mundo de nuevo”.

Recuerdo que ese fue el momento en el que me enamoré de él. Conocía mi música y la tocaba como si fuera suya. ¿Le había explicado el significado de esa canción? ¿Que la letra tiene influencia del budismo? ¿Que un rayo es también un arma utilizada por la deidad budista del trueno? ¿Que creía firmemente en el karma?

La señorita Sorebi se queda en silencio, mirando un punto fijo a mi derecha, escuchando la música, como si se hubiera convertido en parte de mi historia, como si pudiera imaginar todos los caminos sinuosos de mi memoria. ¿Está simulando o su interés en mi historia es genuino? No puedo confirmarlo, pero me gusta esto, este silencio, esta reflexión sin palabras, este intento de tender un largo lazo con el pasado.

—¿Señorita Shao?

No estoy lista para responder, porque siento que lo veo justo enfrente de mí. Su brillante sonrisa, sus ojos azules. Como si nunca me hubiera dejado.

—Lo siento, pero me muero por saberlo. ¿Fue esa la última vez que vio al señor Reismann?

CAPÍTULO 80
JUNIO DE 1944

Aiyi

ME HABÍA CONVERTIDO EN VIUDA, MADRE, LADRONA Y, DE VEZ EN CUANDO, EN ALGUIEN QUE TAMBIÉN revolvía la basura. Hacía todo sin vergüenza ninguna, porque la vida era dura en la húmeda habitación del edificio de arcos de piedra sola y con una niña. Hubo días en los que mi estómago se anudaba de dolor por el hambre y Estrellita gritaba pidiendo comida, días en los que me frotaba el cabello infestado de piojos con el queroseno de la lámpara, días en los que huía de los vándalos que intentaban violarme, días en los que recordaba el jazz y el lujo de mi antigua vida.

"Que termine la guerra", rezaba. Sin embargo, no había muchos indicios de paz. En la calle circulaban las noticias de las victorias japonesas contra los nacionalistas y los comunistas, que difundía el gobierno títere. Nadie sabía nada sobre la guerra entre los estadounidenses y los japoneses y todos los extranjeros habían desaparecido de Shanghái. Durante el último medio año, no me había encontrado con un solo europeo o estadounidense en las calles.

A veces pensaba en mi encuentro con Ernest y lamentaba mi frialdad. Sí, me había abandonado, pero yo también era responsable por haberlo perdido. Debería haberle contado que había entregado a nuestra hija y debería haberme disculpado con él por ello.

Una noche, me despertó un golpe en el patio. Era pasada la medianoche; había silencio en los edificios, y el callejón estaba sumergido en el sueño.

Me liberé suavemente del abrazo de Estrellita y me deslicé fuera de la cama. Rocé con los pies un pequeño taburete de plástico y lo levanté. Nunca antes me había enfrentado a un ladrón. Quienquiera que estuviera allí fuera no era un japonés, que habría armado mucho alboroto.

La débil respiración que provenía del exterior se hizo más pesada a medida que se acercaba a la habitación. Abrí la puerta y arrojé el taburete. No veía a quien estaba frente a mí, pero lo golpeé. Oí un gemido.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Ying?

—¿Quién otro creías que era?

—Pensé que era… ¿Por qué has venido a esta hora?

Busqué a tientas la caja de cerillas, la encontré y luego busqué la lámpara de queroseno que siempre estaba a los pies de la cama, pero no la encontré. Estrellita debió de haber estado jugando con ella. Entonces, cerca de mí, escuché otro gemido, y Ying se derrumbó con todo su peso en el suelo.

—¿Tan fuerte te dado? ¿Qué te sucede?

No respondió, así que encendí una cerilla. La luz brilló en la cara pálida y espantosa de Ying. Tenía el hombro izquierdo empapado.

—¿Eso es sangre? ¿Te han disparado?

Cerró los ojos.

—Baja la voz, Aiyi. Vas a hacer que nos maten a todos.

—No deberías venir aquí.

Tenía cierta idea de en qué se había metido y lo odiaba por eso. Finalmente, encontré la lámpara. La encendí, fui a comprobar la puerta que daba al callejón y empujé el pestillo para asegurarme de que estuviera bien cerrada. Luego, volví con Ying.

—¿Vas a ayudarme? Dame el opio. Aquí, en el bolso.

Pateó un bolso de lona verde cerca de sus pies del que yo no me había percatado antes.

—No.

—Por favor.

A regañadientes, abrí el bolso. Dentro había un estuche de cuero cuadrado, unos prismáticos, una pequeña bolsa de cacahuetes y una pistola. Sentí el aroma floral único. Sostuve una pequeña cantidad de masilla parecida al barro, del tamaño de un dátil rojo.

Ying agarró la masilla y la mordió. Así, no sentiría nada.

—Ahora, extráeme la bala.

Crucé los brazos sobre mi pecho.

—¿Por qué debería ayudarte? ¿Para que puedas salir y dispararle a nuestra gente otra vez? Sé que trabajas para ellos.

—No trabajo para ellos. —La masilla estaba haciendo efecto; su voz se estaba hinchando, se volvía incoherente.

—Te vi entrar en su edificio. Sé lo que estás haciendo. Sé quién eres.

—¿Lo sabes? —A la tenue luz de la lámpara de queroseno, vi que estaba sonriendo, y no era la sonrisa enérgica y cómica que solía tener—. No te voy a decir nada más. Pero no soy un traidor. Solo quiero salvar a mi país. Nunca traicionaré a mi patria.

¿Debía creerle?

—¿Me vas a sacar la bala? —Miró la luz y pude ver que, como Emily, mi padre y muchos adictos antes que él, ya nadaba en el reino efímero de la niebla y el olvido.

Sostuve la lámpara de queroseno, me incliné más cerca y hundí el pulgar y el índice derechos en su hombro. La carne suave se cerró sobre mis dedos y brotó sangre. Toqué el metal inserto en el charco viscoso, junto a los huesos duros, y saqué la bala.

Cerca del amanecer, cuando el callejón se llenó de chirriantes *rickshaws*, Ying se despertó. Todavía había rastros del efecto de la droga en su cara, pero sus ojos ya estaban alertas. Gimió, examinando el vendaje que le había hecho en el hombro, y meneó la cabeza.

—No eres muy buena como enfermera, ni como sirvienta. ¿De dónde has sacado ese disfraz?

—Es mi protección. No pude encontrar nada más que ponerme. ¿Vas a contarme cómo te dispararon? —Estrellita se agitó cerca de mí.

Todavía aturdido, me contó los acontecimientos en voz baja. Había recibido información importante de que había un camión japonés cargado con sofisticados equipos de radio transportados desde Japón. Ying y su fuerza de resistencia habían tendido una emboscada; habían detonado con éxito el camión y destruido todo el equipo, pero muchos de los suyos habían muerto. Los japoneses habían descubierto su escondite y le habían disparado. Pero había valido la pena, dijo, porque durante la emboscada se había enterado de información clave sobre la guerra.

—¿Que información? ¿Puedes contármela?

—Lo siento. Es confidencial. Pero deberías estar orgullosa. Casi mato a ese hijo de puta.

No sabía que había estado persiguiendo a Yamazaki.

—Está a cargo de la base militar de Hongkou. Quiero su cabeza. Quiero sus municiones y sus equipos de radio. Quiero a todos los japoneses muertos.

Habían pasado quince meses desde la muerte de Cheng.

—Echo de menos a Cheng. Fui una estúpida; no sabía cuánto significaba para mí.

Ying giró la cabeza y sentí la tensión en su voz. Todos estos meses, mi hermano había cargado con su dolor por la muerte de Cheng, como un hacha afilada.

—¿Dónde está Peiyu? ¿Dónde están los demás niños?

Le conté que Peiyu se había ido con sus padres a Jiangsu y que había encontrado a Estrellita debajo de la cama.

—Le he escrito, pero no me responde. La oficina de correos sigue cerrada.

—Bueno, me alegro de que estés cuidando a la pequeña. ¿Dónde está mi bolso?

Me incliné y le di el bolso. Él casi no podía usar las manos, así que lo levanté, lo puse en su regazo y desaté la correa de cuero. Era un dispositivo militar japonés, un transceptor de radio, marcado con *kanjis* que decían "Dispositivo de inteligencia militar importante". Ying sostuvo el artefacto y encendió un interruptor. "Glac, glac, glac" fue lo único que se oyó.

"Es confidencial", había dicho.

Ahora había dos personas que dependían de mí. Decidí asaltar el hotel de Sassoon porque las mansiones y las casas privadas ya estaban completamente vacías. No había vuelto al hotel después del ataque al Asentamiento, pero me había enterado de que, desde entonces, en el hotel se hospedaban soldados japoneses.

Mientras caminaba por la ancha calle Bubbling Well, me acordé de que debía hablar en inglés si me encontraba con algún soldado japonés, para hacerme pasar por una sirvienta europea de un país neutral con mi atuendo. Pero solo me encontré con un soldado en toda la calle, y no mostró interés en mí. Muchos puestos de control no estaban vigilados; el hipódromo también estaba vacío. De repente, el Ejército Imperial Japonés parecía haber abandonado Shanghái.

Me pregunté si habrían perdido la guerra. Pero no había nacionalistas que celebraran la victoria.

Cuando llegué a la entrada principal del hotel, me detuve en seco. El elegante y moderno edificio estaba cubierto de hollín negro; la suciedad trepaba como enredaderas por los ladrillos blancos y lisos. La marquesina, antes adornada con el centelleo dorado de la lámpara Lalique, se había derrumbado. Las tres entradas principales estaban cerradas; la oscuridad se cernía en el interior. La calle empedrada estaba llena de basura, botellas rotas, restos de coches y dunas de metal y metralla.

El hermoso, elegante y lujoso hotel Sassoon, una perla en el paseo marítimo, donde antes dormía en una suite, escuchaba mi jazz favorito y conversaba con Sassoon, y donde había conocido a Ernest, ya no existía.

Fui a la puerta del encargado de mantenimiento, cerca de la entrada de carruajes, con la esperanza de tener suerte. Un hombre vestido con un abrigo negro, sobre el que se cruzaban una pistolera y un arma, estaba parado frente a la puerta pequeña. Era el guardia del hotel, alguien a quien los japoneses habían contratado para vigilar el edificio. Me di cuenta de que era local.

—¿Dónde están los soldados japoneses? —le pregunté en el dialecto de Shanghái, para hacerle saber que yo también era local y lograr que fuera amable conmigo.

Miró mi traje de sirvienta y respondió en el mismo dialecto; me dijo que a todo el regimiento japonés que había estado apostado en el hotel durante casi dos años lo habían enviado al centro de China como refuerzo para luchar contra los nacionalistas y los comunistas.

Sonreí y me alejé, pero vigilé al guardia durante unos días, para averiguar sus rutinas y encontrar la oportunidad para colarme en el hotel. Un día, cuando dejó su puesto para ahuyentar a unos mendigos, me deslicé dentro del edificio.

Estaba oscuro por dentro. En el otrora glorioso pasillo cubierto de luz dorada, el elegante piso de mármol era un prado de oscuridad; los empapelados de vivos colores estaban arrancados,

habían robado la costosa lámpara de araña de cristal y los apliques, los jarrones y los cuadros también habían desaparecido. No quedaba nada valioso. Entré en una habitación y busqué en los armarios y el baño. De un cajón saqué dos sábanas impregnadas de humo, un albornoz del hotel y una mosquitera; en el baño mohoso encontré la recompensa de una pastilla de jabón de lavanda a medio usar. Guardé todo en la funda de almohada que había llevado. Lo vendería todo, excepto el jabón.

Al salir, fui al Jazz Bar y encendí la luz; todavía había electricidad. El bar también estaba vacío: el piano, los taburetes, los espejos, las mesas, las sillas, las botellas de licor y los marcos de los cuadros habían desaparecido, y había revistas y periódicos en japonés rotos y esparcidos por el suelo. Un olor agrio a vómito y moho flotaba en el aire.

Encontré dos paquetes de cigarrillos y un gramófono enterrados en un montón de basura. Con los cigarrillos guardados en la funda de mi almohada, levanté el gramófono y pasé los dedos por su superficie fría, su borde liso. Imaginé que escuchaba los tentadores ritmos de jazz que fluían desde el interior, la melodía divina de "La última rosa de Shanghái", y también recordé la noche en la que Ernest fue a nuestra mesa mientras yo estaba sentada con Sassoon y bebía su cóctel, el beso de la cobra.

"¿Cuál es tu canción favorita?", me preguntó Ernest. Fue en ese momento cuando mi vida cambió, solo que yo no lo sabía. ¿Y si nunca se hubiera acercado a mi mesa? ¿Y si nunca hubiera tocado el piano para mí?

Éramos aquello en lo que la telaraña del pasado nos había convertido; nos había atrapado y obligado a caer en la trampa de un futuro del que nunca podríamos liberarnos.

"Lo siento", dijo.

Sentí las lágrimas calientes correr por mis mejillas. Él había perdido a su hermana y yo, a mi hija. Era hora de perdonarlo, pero ¿de qué me serviría a mí? Nunca podría devolverme a mi hija.

CAPÍTULO 81

Ernest

Se despertó en la cama, con la imagen de Aiyi aún vívida en su mente. Ella sonreía, sus ojos eran dos lunas crecientes. "Coge mi mano", decía, estirando sus dedos delgados, delicadas filigranas de hilos de oro. "¿Eres feliz? ¿Me perdonarás?", quiso preguntarle, absorbiendo su sonrisa, su floreciente calor; en cambio, todo lo que dijo fue "Te he echado de menos. Ay, no sabes cuánto". Ella bajó la cabeza para besarlo, pero en el momento en que él sintió sus labios, su rostro empequeñeció y se disolvió en la tenue niebla.

Se sentó en el borde de la cama, sudando, con el pecho desnudo. El aire del verano en la habitación era sofocante, tórrido; el calor se le pegaba como telarañas. Cogió una toalla que colgaba de la cabecera y se la colgó del cuello. El colchón de bambú se le había pegado a la espalda, dejando un surco debajo de los omóplatos, y el sudor le corría desde el cuello hasta la parte inferior del abdomen. Pero el sueño, tan real, tan vívido, todavía lo envolvía y lo excitaba.

Un rayo de luz atravesó la grieta entre las tablas de madera que hacían las veces de pared. Lo miró fijamente, lo siguió, pálido como la piel de la pantorrilla de Aiyi. Tiempo atrás, ella vivía con él desde el amanecer hasta el atardecer; ahora, solo venía a encontrarse con él antes del amanecer. Bajó la cabeza y se puso los mocasines. Estaban desgastados y deformes por la humedad, endurecidos por el uso excesivo. Movió los dedos de los pies contra el cuero; parecía como si los hubiera hundido en un trozo de arcilla húmeda.

Tosiendo, trató de ponerse de pie, pero el dolor de cabeza lo atravesó y tuvo que volver a sentarse. Llevaba dos días con fiebre. No era una sorpresa, ya que todos estaban enfermos. Ya se lo quitaría de encima. Se tapó la boca y tosió en silencio para no despertar a Golda, que dormía detrás de él.

Después de la boda, Golda había empeñado un anillo de oro, la última de sus joyas. El oro valía mucho debido a la inflación, y el dinero les sirvió para comprar algunos lujos más: una mesa pequeña, una olla de hojalata para cocinar y un colchón de bambú para refrescarse en el verano. Y habían alquilado esa pequeña habitación en el ático, su nuevo hogar.

La vida de casado le había hecho bien; se sentía cómodo, como un escarabajo en un rincón oscuro. Golda le había conseguido una mezuzá de los estudiantes de la *yeshivá*; la clavó en el marco de la puerta, debajo del techo. Ella barría el suelo y él recogía los platos después de comer; ella guisaba repollo y él sacaba la basura. Le hacía el amor cuando ella se lo pedía: sobre la mesita o en la cama, con ella apoyada en los codos y las rodillas. La escuchaba hablar sobre su obra favorita, *El violinista en el tejado*, y su pasión por la actuación.

Sentía gratitud por su vida conyugal y por Golda, quien no solo le había devuelto la alegría de vivir, sino también un motivo. Estaba decidido a ser un buen esposo. Cuando se encontró con un jeep averiado cargado de cerveza y frascos de rábanos, los robó, compartió los rábanos con el viejo Liang y luego se bebió la cerveza con Golda en la cama. *Lejaim*, dijo ella, levantando la botella en un brindis, antes de besarlo con sabor a cerveza en los labios.

—Estás despierto. —Golda se incorporó en la cama y bostezó; el pelo llameante le caía en cascada y le cubría el rostro pálido y pecoso. Le preguntó, en un murmullo, si iba a ir a la zapatería, donde había encontrado trabajo como ayudante. Cobraba un salario semanal de veinte *fabi*, con los que podían comprar una barra de pan en una tienda propiedad de Goya. El pan era el favorito de Golda y lo hacían durar toda la semana.

Le sobrevino un ataque de tos. Ernest le frotó la espalda. Ella también estaba enferma, tenía la

cara enrojecida. El sarpullido que tenía en la espalda se había extendido al cuello, pero la piel alrededor de sus labios estaba pálida. Se inclinó y la besó en la frente. Fue su manera de disculparse por el sueño del que acababa de despertar.

Nunca olvidaría a Aiyi ni su cara, que iluminaba el hogar de su anhelo como una vela cálida en una noche fría. Pero ahora era un hombre casado. Añorar el pasado era traicionar el presente. Era cierto que nunca olvidaría a Aiyi, sus momentos desgarradores y sus planes impulsivos, pero la vida los había separado, y ahora ambos eran dos estrellas distantes que emitían su propia luz y seguían su propio camino.

CAPÍTULO 82

Aiyi

—Mira, tía. ¿Qué están haciendo? —preguntó Estrellita mientras caminábamos por una calle de la ciudad vieja.

Había pasado una semana desde que visitara el hotel y vendiera el gramófono cerca de Ciro's. Para vender los paquetes de cigarrillos, había ido al templo del Dios de la Ciudad Vieja, donde muchos jugadores, antes de comenzar sus partidas en las casas de apuestas cercanas, solían ser generosos.

Seguí la mirada de mi sobrina. A lo largo de la muralla de la ciudad en ruinas, un grupo de niños vestidos con túnicas negras estaban atados entre sí con una cuerda alrededor de la cintura. No parecían tener más de diez años; tenían el pelo largo, los pies descalzos y los ojos fijos; con actitud obediente, estaban frente a un hombre con una larga trenza que los inspeccionaba, les levantaba la barbilla, les desabrochaba las túnicas y se asomaba dentro de ellas. Finalmente, el hombre le entregó una moneda al anciano que sostenía la cuerda, quien desató a una niña del grupo y la empujó hacia él.

Eran las niñas inútiles, abandonadas por sus familias cerca del templo del Dios de la Ciudad Vieja, para ser vendidas y usadas a una edad temprana. Las había visto antes y no les había dedicado ni un pensamiento. Ahora, me recorrió un escalofrío. Mi Estrellita. Si no la hubiera salvado, ella sería una de esas niñas alineadas contra la pared. Pero una punzada de dolor me atravesó cuando pensé en mi hija. Debía de tener dieciocho meses ya, habría empezado a caminar, tal vez a hablar; solo era una boca que alimentar. Tampoco valía nada. ¿Quién la cuidaría a ella, una niña mestiza?

Me eché a llorar. Aún me parecía escuchar sus suaves berridos y la recordaba envuelta en un bulto, mirándome con los ojos de Ernest.

—Vamos, Estrellita. Vamos a casa.

—¿Por qué lloras, tía?

—Tengo miedo.

—¿Por qué?

La niña que no había tenido la oportunidad de abrazar. Si la hubiera conservado, habría aprendido a amarla, a protegerla, a alimentarla como lo hacía con Estrellita. ¿Dónde estaba?

Antes del amanecer, la hora más segura para que una mujer anduviera sola por las calles, fui hasta la estación de trenes del noroeste para ver el precio de los billetes a la provincia de Jiangsu, donde Peiyu estaba con su familia. No importaba cuánto costaran, no podría pagarlos, aunque una vez que supiera el precio, podría ahorrar. Pero vi que el tren había dejado de funcionar. Los japoneses habían bombardeado recientemente las vías.

Se me rompió el corazón. Había entregado a mi hija, casi no había vuelto a pensar en ella, y ahora que la quería de vuelta, no podía buscarla.

Cuando regresé a casa, pasé por un cine en el Asentamiento. Tenía las puertas de entrada cerradas y desfiguradas, y los carteles de las paredes estaban hechos jirones y polvorientos. Pero todavía se podían distinguir las imágenes: Marlene Dietrich, con sus rizos dorados, en *El expreso de Shanghái*, y una de las estrellas de *Lo que el viento se llevó*. Gable, cuyos brazos solían abrazar a Leigh, miraba con tristeza un lugar de la pared donde faltaba el yeso.

"Yo seguiría interesado en ti incluso si te casaras cien veces", le había dicho Ernest.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Al final, no habíamos tenido la oportunidad de ver la

película. “No deberías haber dicho eso, Ernest”, pensé. “Fue mala suerte; te dije que no lo dijeras”.

Todavía quería ver esa película, y él era el único que podía entender cuánto significaba para mí. ¿También desearía ver a su hija? Cuando me vio por última vez, no había demostrado odio ni reproche, solo arrepentimiento y amor.

Tal vez debiera buscarlo; tal vez me ayudara a encontrar a nuestra hija.

Ante mí, el sol estaba saliendo, un huevo salado de cáscara gris. Los pálidos rayos barrían los techos pintados de humo y extendían un largo brazo plumoso en el aire polvoriento; el viento se levantaba, fresco y sin el olor de la noche anterior, bajaba y me acariciaba las mejillas como una mano amorosa. Escuché el llanto de un recién nacido, una hermosa pieza musical, débil, persistente, y en mi imaginación vi la cara de Ernest brillar a través de la niebla como el ojo del amanecer.

CAPÍTULO 83

Ernest

EL SEÑOR SCHMIDT MURIÓ.

Las autoridades japonesas otorgaron un permiso especial a los deudos apátridas para que pudieran salir del sector restringido y viajar al cementerio. Ernest, Golda, Sigmund y otros subieron a un autobús.

Ernest se sentó junto a la ventanilla, temblando; le había subido la fiebre y la cabeza le latía. Era agosto, el clima era templado, pero se sentía abatido, helado y poseído por el extraño presagio de que todos terminarían muertos. Le vino a la memoria, espontáneamente, la frase favorita del señor Schmidt: "Solo somos las flores de loto en un estanque poco profundo".

El autobús cruzó el Puente del Jardín, cayó en una zanja llena de agua negra, se arrastró fuera entre gruñidos del motor y siguió. Finalmente, se detuvo en un camposanto cerca de un interminable arrozal ennegrecido y estéril. Era difícil saber si se trataba de un cementerio público o los suburbios de un pueblo desconocido, y Ernest estaba seguro de que, una vez que se fueran, sería imposible localizar la tumba. Era lo más cercano a un entierro decente que había para la gente como él, y tampoco habría *Shiv'ah* después del entierro. No podrían hacer el duelo tradicional de siete días.

Ernest se bajó del autobús con los demás. Llovía ligeramente, no a cántaros como unos días antes. Se ofreció para ser uno de los portadores del féretro y lo llevó con Sigmund y otros dos hombres. El ataúd se inclinaba y se bamboleaba cuando luchaban por sacar los pies que se les atascaban en el fango. Finalmente, llegaron al lugar del entierro, al final de la parcela, cerca de un roble muerto.

Alguien con una larga túnica blanca recitó una serie de palabras con un fuerte sonido nasal. Ernest escuchó, decidido a recordar los versos, a recordar al señor Schmidt: le había pedido prestado su cepillo de dientes en el Edificio Embankment, había sido su primer amigo y un compañero, una figura paterna cuando comenzaron el negocio y un socio cuando prosperaron.

Golda se acercó y se apoyó en él. Acababa de recuperarse de los terribles escalofríos y la tos, y empezaba a sentirse mejor. Los tacones de sus zapatos estaban cubiertos de fango. No tenía otros zapatos; nadie tenía más de un par.

—Fue el primer amigo que hice, el primer hombre que contraté en la panadería. Era bueno hablando con la gente… con Miriam… —Y con ella. Aquella terrible tarde. La lluvia fría le hacía bien al caerle sobre la cara.

—Estás pensando en la mujer china. —El rostro de Golda estaba mojado por la lluvia, sus ojos verdes claros brillaban como gemas.

Bajó la cabeza.

—Lo siento.

Golda recogió un terrón de barro y formó una bola en sus manos.

—Bueno, también yo tengo que confesarte algo. Ella vino a verte y me dio su dirección. Estaba embarazada. No me mires así.

¿Ella había ido a buscarlo? ¿Estaba embarazada?

—¿Cuándo fue eso? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué sentido hubiera tenido contártelo? Los japoneses nos habrían matado a todos si hubieras continuado viéndola.

—¡Pero estaba embarazada! No me lo dijiste. Yo la estaba buscando. Si me lo hubieras dicho

antes, si me hubieras dado su dirección, podría haber…

—No seas ridículo, Ernest.

La lluvia le caía en los ojos como clavos. Habían engendrado un hijo y, sin embargo, él la había abandonado. Con razón ella lo había tratado con tanta frialdad. ¿Qué había hecho? Podría haberlo tenido todo. Habrían formado una familia de tres: Aiyi, el bebé y él. Podrían haber vivido en el apartamento con balcón, podrían haberse reído y bebido whisky; podría haber vivido en un sueño.

Ojalá Golda se lo hubiera dicho.

Le dolía demasiado la cabeza y el abrigo mojado lo envolvía como una capa de hielo. Quería llorar, que lo dejaran solo, allí mismo, cerca de la tumba.

La plegaria terminó. Era hora de bajar al señor Schmidt a la tierra. Ernest levantó la tapa del ataúd. Lo inclinó hacia un lado, y el cuerpo del señor Schmidt, con su raída camisa blanca, rodó hacia la tumba con un chapoteo. Había que guardar el féretro para reutilizarlo.

La gente caminó hasta el borde de la tumba, con las cabezas gachas, y arrojaron bolas de barro sobre el señor Schmidt mientras la lluvia seguía cayendo. La rabia subió al pecho de Ernest y lo consumió. Se arrodilló en el suelo, endureció los dedos y los hundió profundamente en la tierra blanda. Empezó a cavar, cavar y cavar. Se le rompieron las uñas, se le rasparon las rodillas; la frialdad del barro lo hacía temblar y el olor a podrido le dio arcadas, pero siguió cavando. Quería hacerle una tumba decente, más profunda, porque un hombre no era una planta, ni un puñado de fango, ni un montón de huesos y carne. Un hombre era un ser honorable. Un hombre debía llorar, pero también reír; hay que sufrir, pero también perdonar; hay que soñar, pero también recordar. Sobre todo, a un hombre se le debe dar la oportunidad de volver a hacer las cosas bien. Ojalá tuviera otra oportunidad para hacer las cosas bien.

En el autobús de regreso, Ernest apoyó la cabeza entre las manos; el barro se le pegaba al pelo enmarañado. Lloró, pero no sabía qué lo entristecía más: si la muerte del señor Schmidt, la pérdida de Aiyi o la oportunidad perdida de cuidar a su hijo.

Cuando volvió a levantar la vista, el autobús se había detenido. Todos se habían ido, incluida Golda. Se tambaleó. Todavía estaba lloviendo. Por encima de su cabeza, resonaron los motores de un caza Zero.

Con la chaqueta liviana empapada por la lluvia y el dolor agudo que martilleaba su cabeza, se arrastró de regreso a su habitación del ático. Cuando llegó, se aferró del marco de la puerta para detener el dolor. Golda estaba fregando su olla de hojalata. Se le resbaló de la mano y cayó al suelo. Dejó escapar un grito de frustración.

¿Qué sentido tenía hacerle reproches y culparla? Ella era su esposa y estaba obligado a tratarla bien. Levantó la olla y se la entregó.

Golda se echó a llorar, siempre tan teatral.

—Está bien —dijo Ernest.

Ella lo golpeó con los puños. Mil rayos de desafío, de remordimiento, de ira, de devastación le estallaban en los ojos, pero no pronunció una palabra. Solo lo golpeó, una y otra vez. Un puñetazo en el pecho, un golpe en la nariz y un arañazo de sus largas uñas en el cuello. Los recibió todos, aguantando el dolor de cabeza. Cuando ella terminó, Ernest puso la olla de hojalata en la cocina.

Esa noche, tuvo sueños confusos y sudó mucho, ahogándose en oleadas de calor. El dolor de

cabeza, pecho y extremidades se le hizo insoportable y comenzó a delirar entre gemidos. La voz de Golda se desvaneció primero, y luego la del viejo Liang.

—Es ajenjo dulce; te quitará la fiebre. —escuchó. Algo amargo se derramó por su garganta. Intuyó que era el fin, que su hora había llegado.

Cuando despertó, el ático estaba en silencio. Golda yacía a su lado, con la piel pálida, salvo por las erupciones del cuello y la cara. Con los ojos cerrados, se veía en paz.

Había fallecido.

Nunca supo qué fue lo que le quitó la vida. Tal vez la escarlatina, tal vez la fiebre tifoidea, tal vez algo más. Por segunda vez en dos días, cogió el autobús fúnebre hasta el cementerio, con Golda dentro del mismo ataúd que el que había trasladado al señor Schmidt. Después de que la sacaran, la cubrió con el colchón de paja que había pertenecido a ambos.

Se puso en cuclillas junto a ella, inclinó la cabeza y lloró. Había hecho todo lo posible para hacerla feliz, para ser el esposo que ella deseaba; no había sido suficiente, pero fue todo lo que pudo hacer.

Leah. Sus padres. Miriam. El señor Schmidt. Golda. Una letanía de muerte. Una canción de vida y pérdida.

Golda lo había convertido en un hombre mejor. Su belleza había sido su estandarte en la riqueza y su alimento en la pobreza; con su estilo dramático había eclipsado su ánimo sombrío, y su necesidad de él era como un cuenco que exigía trabajo duro y atención constante para llenarlo. Pero había sido fiel a sí misma, un espejo de sinceridad en el que Ernest confiaba.

“Quiero ser feliz”, le había dicho, una declaración en la que creía, una oportunidad que le había dado a él, una esperanza por la que debería seguir viviendo.

Ahuecó las manos y recogió en ellas las hojas de arce empapadas de agua, la tierra negra quemada por el sol, los residuos de metralla oxidados y las ramitas rotas, y las arrojó sobre ella. Los escombros cayeron entre sus dedos con la levedad de un espíritu. Cuando quedó con las manos vacías, las sostuvo en el aire, recordando la aspereza de la madera, la fina textura de la tierra y la humedad de sus dedos.

Todo se marchitaría, todo se evaporaría y quedaría enterrado en el barro y en el silencio, pero recordó que, al menos, durante un soplido interminable del viento frío de la vida, había ocurrido un interludio feliz, por fugaz que fuera, y él había sido parte de él.

CAPÍTULO 84

Aiyi

—¿VES ESTO? —YING, CON UNOS PRISMÁTICOS LA SU MANO DERECHA, MIRABA HACIA EL CIELO, DONDE seis aviones de combate daban vueltas—. No son los Zero japoneses, son más grandes. Son Boeing B-29 Superfortress estadounidenses. No tengo dudas. Mierda. ¡Mierda! Sí. ¡Sí! ¡Son B-29!

Festejó agitando la cabeza y los hombros como si mil pulgas se le hubieran echado encima. Era su baile de la victoria, que hacía cada vez que ganaba mucho dinero en el mahjong. Menos mal que la herida del hombro ya se había curado. No me interesaban los aviones de combate, pero necesitaba preguntarle cómo podía encontrar a Ernest. Desde que había visto a las niñas cerca del templo del Dios de la Ciudad Vieja, había estado soñando con mi hija. La última vez que vi a Ernest, estaba en el gueto, el área restringida a la que los de fuera no podían pasar. Ying era ingenioso; tal vez pudiera entrar sin despertar sospechas.

—¿Y eso es una buena noticia?

Estrellita se rascaba la cabeza con furia, mirando a los aviones en el cielo, así que le hice señas para que viniera hacia mí.

No podría distinguir un Zero de un B-29 a distancia. Solo sabía que los Zero, que volaban a una velocidad aterradora de más de quinientos sesenta kilómetros por hora, tenían el emblema del sol naciente estampado en sus cuerpos y alas. Dominaban el cielo de Shanghái, derribando a los cazas chinos con la misma facilidad con la que un matamoscas aplasta las moscas. Durante los últimos tres años, los combatientes de la fuerza aérea nacionalista habían intentado ataques aéreos contra los Zero en numerosas ocasiones, pero los habían derribado antes de que pudieran acertarle a un Zero.

—¿Recuerdas la información confidencial sobre la que te hablé? —dijo Ying.

Estrellita no quería acercarse, así que llevé el taburete, me senté y la sujeté entre mis piernas. Presionando su cabeza hacia abajo, le peiné el pelo con los dedos en busca de piojos y sus huevos regordetes. No sabía cómo se había infestado de piojos después de que acabara de lavarle el pelo con queroseno. Ahora me picaba la cabeza a mí.

—Me parece que no confiaste en mí lo suficiente para contármela.

—No tiene nada que ver con la confianza, y todavía no puedo decirte casi nada. Oí que los estadounidenses habían bombardeado Tokio una vez, pero el avión se estrelló en la provincia de Zhejiang. La distancia a Tokio había sido un obstáculo para los aviones. ¡Pero los estadounidenses están regresando con más pilotos y con los B-29! ¿Sabes qué significa eso? ¡Si ellos nos ayudan, podemos derrotar a todos los bastardos y ganar esta guerra!

Acababa de decir eso cuando otra flota de aviones se elevó en el cielo, persiguiendo a los Superfortress. Eran mucho más rápidos, y los alcanzaron incluso mientras yo observaba; luego dispararon. Salió humo negro de un B-29. Ying tiró los prismáticos en el bolso y maldijo.

—Escucha, Ying. —Atrapé dos piojos y los aplasté hábilmente entre mis uñas hasta que estallaron y derramaron líquido—. Te estás recuperando bien. Pronto podrás salir de casa. ¿Puedes hacer algo por mí?

Entró en el dormitorio y se metió debajo de la cama, donde había hecho una barrera de sonido con las sábanas que yo había robado del hotel.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Puedes buscar a alguien? Lo conoces. Ernest Reismann. Era mi pianista.

Un montón de gordas liendres de piojos aparecieron entre mis dedos. Coloqué mis pulgares sobre ellas y las aplasté.

Salió y se quedó frente a mí. Su gesto ceñudo le hacía parecer un niño malhumorado.

—¿Cheng significó algo para ti? Hace poco más de un año que murió, ¿y ya estás pensando en el extranjero?

Estrellita me miró, luego miró a Ying y se soltó de mis piernas. De pronto, no había nada a lo que pudiera aferrarme.

—¿No tienes ninguna clase de lealtad, hermanita? —Su tono me transmitió el mismo viejo mensaje: yo, la hermana pequeña, la más joven, debía obedecer. Le dije en voz baja:

—No me hables así.

Gruñó.

—¿Recuerdas una vez que volamos juntos una cometa, Ying? Tú, Cheng y yo. ¿Qué edad tenía yo? ¿Nueve? ¿Diez años? Hiciste un halcón y lo pinté de rojo. Tú sabías hacer muy buenas cometas y Cheng corría muy bien. Fuimos a un campo de flores. Pensé que eran girasoles, pero me equivoqué; eran flores de colza, pequeñas, de tallos delgados y pétalos delicados. Oh, qué hermoso se veía el campo, un amarillo revoltoso, tan nítido, como un océano de pintura. Me senté en el campo de flores, pero tú querías que volara la cometa contigo y Cheng me gritó que corriera delante de él, porque no quería perderme de vista. Pero no pude seguirle el ritmo; él iba demasiado rápido. Entonces, el viento me levantó la falda, me caí y me rompí la pierna. ¿Lo recuerdas? Me rompí la pierna.

Ahora, en toda China, las flores de colza habían desaparecido: la gente se las comía, masticaba los tallos y cocinaba las raíces.

—No sé por qué te cuento esto, Ying. Solo quiero decir que tengo presente un episodio de nuestra infancia, las cosas que hicimos, los recuerdos que tenemos.

Cuando las personas llegan a tu vida, hay una razón para que eso ocurra; cuando se van, también hay explicaciones al respecto. Pero debemos recordarlas, porque si las recordamos bien y reflexionamos correctamente, entonces seremos amantes, hermanos, primos y amigos en la próxima vida. El karma, como decía nuestra madre. *Yuan*, como le dije a Ernest.

—Sé que significó mucho para ti, Ying.

Pateó la pared.

—No tienes idea de lo que él significó para mí. Era más que un hermano.

—Lo sabía.

—¿Cómo podrías saberlo? Nadie lo sabía. Nadie. Ni siquiera el mismo Cheng. —Volvió la cabeza, pero estaba sollozando.

Ese hombre explosivo como un petardo, mi hermano, el espía intrépido, el hombre reservado, un enigma. Apoyé la mano en su hombro.

Sollozó, entró en el dormitorio y cerró la puerta.

Cada vez que planteaba el tema de Ernest, Ying se callaba.

Al menos, me contaba otras noticias importantes de la guerra; encendía el interruptor del transceptor, con el volumen de un zumbido de mosquito. En junio, los aliados organizaron un ataque en Normandía y ocuparon los puertos de Francia. En julio, los británicos comenzaron su campaña para expulsar a los japoneses de Birmania. París se liberó de los nazis a finales de agosto. Además, los aliados habían logrado victorias trascendentales en Nueva Guinea y estaban listos para tomar el control de las Filipinas.

Sin embargo, escaseaban los triunfos en mi país. En el mismo verano en el que los aliados desembarcaron en Normandía, los japoneses desplegaron más de trescientos sesenta mil soldados para atacar Changsha, una ciudad estratégica con importantes redes ferroviarias que conectaban el sur y el centro de China, Birmania y la India. Pero el ejército nacionalista fracasó tras meses de resistencia. Implacable, Japón se abalanzó sobre las ciudades vecinas. En una serie de derrotas devastadoras, los nacionalistas perdieron treinta y ocho ciudades en la provincia de Henan en treinta y siete días. Por todo Shanghái, los pocos puestos de periódicos vendían montones de publicaciones impresas con titulares exultantes. "¡Gran victoria para el Imperio del Sol!"; "El plan número uno de Japón ha tenido éxito"; "La misión de controlar el centro de China se ha completado"; "¡Japón ha conquistado el centro de China!".

—Necesito bombas —murmuró Ying un día debajo de la cama.

Me contó que Yamazaki todavía estaba vivo; trabajaba en la base militar, a las órdenes del emperador, destruyendo activamente China.

—Deberías ir de compras. —No pude contener mi sarcasmo, irritada por su terquedad.

—¡También necesito hombres!

—¿Vas a ayudarme a encontrar a Ernest o no?

Se quejó con un gruñido y se volvió hacia su transceptor de radio.

—No.

CAPÍTULO 85
OTOÑO DE 1980

—LO VI EN LA FRONTERA DEL GUETO. FUE UNA SORPRESA. OJALÁ LO HUBIERA PERDONADO. —LA MÚSICA se ha desvanecido.

La señorita Sorebi se aclara la garganta.

—He estado esperando la oportunidad de decirle esto, señorita Shao. Después de nuestra reunión de ayer, traté de encontrar más información sobre usted y revisé las fotos que traje y que guardo en mi habitación del hotel. Adivine lo que encontré. —Busca en su bolso y extrae un sobre. Del interior saca dos fotos y las coloca junto a mi mano—. Espero que le traigan buenos recuerdos. Creo que también podría usarlas para el documental. Sin embargo, perdóneme, señorita Shao, pero me parece que tengo más preguntas que hacerle.

Me pongo las gafas y entorno los ojos. Las fotos son en blanco y negro. En la primera foto estoy en el Jazz Bar con Sassoon. Detrás, escrito a mano por Sassoon, dice: "Shao Aiyi, propietaria del club nocturno Cien Alegrías, 1940". La segunda foto es una imagen de una mujer y una niña junto a un *rickshaw* anticuado, con fecha de 1946. La mujer está sucia y parece cansada, como una refugiada, pero es fácil reconocer que soy yo. La niña que está junto a mí está despeinada y lleva puesta una túnica que parece una bolsa de basura.

No quiero hacer el ridículo, pero las lágrimas corren por mi rostro a pesar de mi esfuerzo por contenerlas.

—No puedo creerlo. Esta imagen… Ella es perfecta… ¿De dónde la ha sacado?

La señorita Sorebi coge una servilleta de la mesa que está junto a la nuestra y me la entrega; le brillan los ojos.

—Como le dije, encontré un tesoro en la colección de Sassoon en Dallas, Texas. Él hizo muchas fotos. Había tomas del señor Reismann tocando el piano, del propio Sassoon y sus amigos en sus fiestas, fotos de escenas callejeras. Esta foto suya y de la niña parece ser parte de una escena callejera en Shanghái. Pero mire a la pequeña. Aparenta unos cuatro años y es su viva imagen. Y usted dijo que se arrepentía de haberla entregado y que la estuvo buscando.

—Sí, la busqué, a mi hija… Es imperdonable lo que hice, la entregué…

Ella se inclina.

—Ahora bien, señorita Shao, no puedo evitar preguntarle: la niña de la foto ¿es la hija que usted buscaba?

CAPÍTULO 86
JULIO DE 1945

Aiyi

En los últimos meses, fui sola varias veces al ruidoso Puente del Jardín. De pie junto a un edificio con una puerta de madera derruida, observé la torre de vigilancia al otro lado del puente; en su interior, un soldado japonés bebía de una cantimplora y otro, portando un fusil con bayoneta, controlaba a las personas que entraban en la zona. Detrás de ellos había casas bajas de madera y callejuelas estrechas, donde varias mujeres extranjeras de cabello rubio y faldas negras estaban recogiendo coles.

Los transbordadores habían dejado de funcionar.

Una tarde, Ying salió de debajo de la cama con el transmisor en la mano. Después de apagar el interruptor, cuyo volumen se había reducido a un susurro, saltó, como un salvaje, con los brazos en alto. Otra vez hacía su baile de la victoria. Durante meses, su conducta había sido reservada; escuchaba atentamente la radio y luego salía apresuradamente de la casa.

—¿Me vas a contar qué pasa? —pregunté mientras me sentaba en el taburete junto a la cocina de carbón.

Debía volver a lavarle el pelo a Estrellita con queroseno, pero me sentía enferma. Probablemente me había descompuesto el agua o los fideos amargos que había comido. Durante toda la mañana había tenido un dolor desgarrador en el estómago que me impedía mantenerme erguida.

—Acabo de recibir un mensaje, un mensaje importante —me susurró Ying al oído.

Los estadounidenses habían cambiado su estrategia en el Pacífico. Sus bombarderos B-29 pronto lanzarían un ataque masivo contra los japoneses en Shanghái, mientras el Ejército Imperial Japonés desplegaba sus fuerzas en el centro de China para proteger las más de treinta ciudades que habían conquistado. Los japoneses habían retirado la mayoría de sus fuerzas de la costa este, incluida Shanghái. Solo quedaban unos pocos soldados, dirigidos por Yamazaki, en la ciudad.

—Está solo. Solo en Shanghái. Sus días están contados. Voy a matarlo. —Ying se puso una pistola en el cinturón y la cubrió con el abrigo—. Debes irte de Shanghái.

—¿Por qué?

—¿No has oído lo que te he dicho? ¡Los estadounidenses bombardearán Shanghái! Nos están ayudando a expulsar a los japoneses. Mientras intentan controlar el espacio aéreo, mi gente los atacará por tierra. Entonces, junto con los estadounidenses, libraremos Shanghái de los japoneses.

—¿Por qué iban a ayudarnos los estadounidenses? Además, los japoneses son poderosos. Tienen la base militar en Hongkou y su buque de guerra… No te olvides del buque de guerra.

Cuando los japoneses atacaron el Asentamiento casi cuatro años atrás, el *Izumo* había bombardeado al *HMS Peterel* británico y capturado al *Wake* estadounidense. Equipado con muchas ametralladoras, el buque de guerra estaba fuertemente custodiado; cualquier tripulación y barco, incluso los sampanes cargados de animales para la venta, que se acercaran en un radio de medio kilómetro, serían atacados. ¿Y destruir la base? Eso era tan improbable como destruir Tokio.

—Por eso vamos a ayudar a los estadounidenses. Mis hombres tienen un plan. Destruiremos el buque de guerra y la base militar japonesa y distraeremos a los cazas Zero. Todo está dispuesto.

—Pensé que tus hombres habían muerto durante el atentado al camión.

—Muchos patriotas están dispuestos a luchar, hermanita. No están perfectamente entrenados, pero lo harán. No puedo decirte nada más. Voy a una reunión. ¿Me harás caso? Vete de Shanghái. Llévate a Estrellita.

—¿Adónde quieres que vaya? No sé adónde ir. —Todas las ciudades de los alrededores de Shanghái estaban ocupadas—. ¿Dónde está Estrellita? Estaba aquí hace un momento. ¿La has visto?

—Volverá pronto. Debe de estar fuera, robando. La has entrenado bien.

Tenía cinco años y ya sabía encender el fuego y robar trozos de carbón.

—Ve al sur —continuó Ying—. A la provincia de Zhejiang. Tienes que irte de Shanghái, Aiyi.

—No sé… —Si me iba, perdería mi última conexión con Ernest y cualquier esperanza de encontrar a mi hija.

Esa noche, me acosté en la cama, febril, temblando, tosiendo.

—¿Te vas a morir? —me preguntó Estrellita.

—Aún no.

No antes de encontrar a Ernest y a mi hija.

Al día siguiente, cuando Ying regresó a casa, parecía otro: desinflado, deprimido. Toda la energía que había desplegado en su danza de la victoria se había esfumado; se cubría la cara con el sombrero y resoplaba de ira. En la reunión les habían tendido una emboscada. Algunos de sus hombres fueron fusilados; otros, capturados y enviados a la cárcel. Ying tuvo suerte, porque estaba orinando fuera y no lo alcanzó el tiroteo.

—¡Mierda, mierda, mierda! Debe de haber un topo entre los nuestros.

El dolor me aplastaba el pecho; me dolía al toser.

—¿Qué vas a hacer? Eres un hombre solo. No puedes atacar la base y hundir el buque de guerra por tu cuenta.

Ying suspiró profundamente.

—Se nos está acabando el tiempo. No podemos ganar esta guerra sin los estadounidenses, y los estadounidenses no pueden derrotar a los japoneses sin nosotros.

CAPÍTULO 87

Ernest

CUANDO SALIÓ DE LA PEQUEÑA TIENDA EN LA QUE HABÍA COMPRADO PAN, ERNEST SE FIJÓ EN UN JOVEN chino de tirantes rojos que estaba en la esquina. Llevaba allí varios días, masticando un palillo o algo así, observando la cárcel que estaba al otro lado de la calle. De vez en cuando, se bajaba la gorra a cuadros marrones y verdes. Le recordaba a un petulante y atractivo joven que usaba trajes elegantes y una corbata morada: el prometido de Aiyi, Cheng. Pero el muchacho de los tirantes no era Cheng.

Los pensamientos de Ernest volvieron a Aiyi. La última vez que la había visto estaba sola, mal vestida y parecía hambrienta. Se preguntó si les habría pasado algo a ella, a Cheng y a su familia. Y a su bebé. Rogó que estuviera tratando bien a la criatura; deseaba saber si era niño o niña. Con todo su corazón y su alma, deseaba poder conocer algún día a su hijo o hija, la prueba de que todavía tenía algo valioso.

Dobló por un camino para dirigirse a su habitación en el ático. Estaba cansado. Cada día seguía la misma ruta, desde el taller del zapatero hasta su desván: el sucio taller, la panadería, la cárcel, una arrocera, una botica, un consultorio odontológico desierto y, luego, la hilera de edificios de madera en el que se encontraba su ático. Subió por la escalera estrecha y empinada, entró en la habitación y se comió la mitad del pan. Luego, ayudó al viejo Liang a raspar taros en la habitación de abajo. Antes del anochecer, sería hora de acostarse; antes del amanecer, se levantaría.

El cielo, un vasto océano de salmuera gris, no cambió. El sonido de los cazas japoneses, un tambor constante sobre el techo, no cambió. Una parte de él creía que pasaría toda su vida así; una parte de él esperaba estar equivocado.

Una brisa, vibrante de música, le rozó el rostro, suave como el cabello fino de una mujer. Embelesado, Ernest se alejó de su ruta habitual y caminó hacia ella; la melodía baja y dolorosa no se parecía a nada que hubiera escuchado. Caminó hacia el cartel de madera que marcaba el límite de la zona, hacia la imponente puerta de piedra decorada con un frontón curvo, grabado con suaves tallas, un vestigio de los edificios neoclásicos del Asentamiento, y se asomó al estrecho callejón en penumbra, donde se acuclillaban unas pocas personas, con el rostro cubierto de mugre.

La melodía lúgubre continuó y lo incitaba a caminar hacia el callejón. Se inclinó para pasar bajo la barricada de túnicas húmedas, pantalones largos y ropa interior roja, y pasó junto a los hombres que lo miraban inexpresivos.

La música sonaba más fuerte a medida que Ernest avanzaba. Se detuvo, sin aliento, frente a una pequeña puerta. Por una rendija de la puerta, alcanzó a ver un patio, donde una chica de pelo trenzado lavaba ropa en un balde y dos hombres tejían una cuerda. Cerca de ellos, un anciano tocaba un instrumento parecido a una guitarra de dos cuerdas. Cada vez que pulsaba el arco, una melodía melancólica bailaba en el aire.

De la nada, el recuerdo de la música galopó hacia él: las tiernas notas de las "*Kinderszenen*" de Schumann, los intrincados murmullos de los preludios de Scriabin, el impulso épico del Concierto para piano número 5, "El emperador", de Beethoven. Y el jazz. La música de la libertad, la música de su éxito, la música del amor.

Las cálidas lágrimas rodaron por su rostro; se atropellaban, humedecían su barbilla y colgaban de su mandíbula huesuda. Le temblaban los hombros, todo su cuerpo temblaba. Lloró como un

niño que no encuentra el camino a casa. Desde la muerte de Miriam, no había tarareado ni había vuelto a tener deseos de tocar el piano. Y ahora, al escuchar esa melodía melancólica, después de dos años de ser un prisionero, se dio cuenta de que había olvidado lo que la música había significado para él. Había olvidado que antes era su vida, que lo había ayudado a sobrevivir; había olvidado que era una tierra sagrada de alegría y tristeza, el arte de recordar y olvidar, el lenguaje del amor y del perdón.

¿Ella lo perdonaría? ¿Volvería a escuchar música con ella?

Haría todo lo posible para verla una vez más, y a su hijo o hija, aunque fuera una vez. Y prometió que sería para ellos un bálsamo para su dolor, el pilar de su felicidad. Si Aiyi estuviera enfadada con él, si se sintiera con derecho a golpearlo, a destrozarlo, Ernest estaba dispuesto a ser destrozado con tal de hacerla feliz de nuevo.

Salió corriendo del callejón, riendo; podía sentir las teclas bajo sus dedos, escuchar el sonido del piano y oler el aire de la música. Había perdido mucho tiempo, mucho tiempo.

Acudió a Goya, y le pidió permiso para salir de la zona. El hombre demacrado y detestable le reclamó que le pagara y lo regañó cuando Ernest le dijo que no tenía nada para darle. Luego fue al Puente del Jardín, donde un soldado japonés que estaba en la torre de vigilancia inspeccionaba una caravana de camiones que entraba al área, y pidió permiso para salir. El soldado lo envió de regreso a donde estaba Goya.

Seguiría intentándolo.

Tres días después, cuando Ernest caminaba hacia su casa con una hogaza de pan bajo el brazo, apareció de nuevo el joven chino de los tirantes. El hombre alzó la vista y captó su mirada. Ernest aferró el pan con las dos manos; había muchos ladrones y rateros en esos días. Entonces, lo apuñaló el pinchazo de un recuerdo. Dio un respingo y volvió junto al joven, con el corazón latiendo de emoción.

—Disculpa. Tu cara me resulta familiar. ¿Te conozco? —Entonces recordó. Había visto al joven en el club de Aiyi. Siempre estaba junto a Cheng, bebiendo y fumando.

El hombre se bajó la gorra y lo miró con los ojos entornados.

—¿Qué posibilidades hay?

—Eres… Ying. Ese es tu nombre, ¿no? Sí. ¡Eres tú! El hermano de Aiyi. —Era un hombre duro, de mirada aguda y hostil—. Este es el sector restringido. ¿Qué haces aquí, Ying?

—No es asunto tuyo.

—¿Sabes dónde está tu hermana? La he estado buscando.

Ying encendió una cerilla y prendió su cigarrillo.

—¿Por qué debería decírtelo?

Se aclaró la garganta.

—Quisiera que me hicieras ese favor. Me gustaría volver a verla.

—¿Por qué debería hacerte un favor, extranjero? ¿No has hecho ya suficiente daño?

Ernest no sabía qué decir, pero no podía alejarse de la última conexión con ella.

—Sé que has estado aquí varias veces. ¿Alguien que conoces está prisionero aquí? ¿Puedo ayudarte?

Ying miró el edificio de la prisión y luego a él. De pronto, sus ojos duros brillaron con interés.

—Sí que puedes ayudar. Necesito un tanque. ¿Puedes robar uno?

—¿Un tanque? —Era inconcebible robar una bicicleta, y mucho menos un tanque.

—No me quedan hombres. Eres el único que tengo.

—¿Yo?

—¿Qué te parece, extranjero? Si robas el tanque, te contaré de mi hermana.

—¿Para qué necesitas un tanque?

—Para terminar la guerra, extranjero.

Ernest trató de reírse.

—Ojalá pudiera ayudarte, pero no sé dónde encontrar un tanque.

—En la base. Te diré todo lo que necesitas saber.

—¿La base militar? —Le dispararían en el momento en que entrara. No sabía conducir un coche, y mucho menos un tanque. Miró la hilera de chozas, el edificio de ladrillo de la cárcel y la barandilla de metal del Puente del Jardín al final de la calle.

—Mira, sé que quieres terminar con la guerra. Es una buena idea; a mí también me gustaría que terminase. Pero hacer lo que dices es un suicidio.

—Si quieres verla, lo harás.

—No puedo.

—Cobarde.

Ernest suspiró e iba a decir algo cuando Ying extendió su brazo y cerró la mano alrededor del cuello de Ernest.

—Todo es por tu culpa, extranjero. Ella echó a perder su vida por ti. Era una chica dulce, pero cambió desde que te conoció. Su marido murió por ella, ¿lo sabías? Su esposo, que era como un hermano para mí. —La voz de Ying estaba llena de resentimiento, y sus ojos brillaban con intensidad.

—¿Cheng murió? —El recuerdo del atractivo joven perduraba en su mente. Sus rasgos sorprendentemente hermosos. Sus trajes elegantes y su corbata morada. La última vez que lo vio, Cheng le pegó y lo echó del club. Era un feroz rival, cuya virilidad y riqueza Ernest pensó que nunca podría igualar, más hombre de lo que él había soñado ser, y nunca le había preguntado a Aiyi, por razones egoístas, por qué lo había elegido a él en lugar de a Cheng.

—Vete a la mierda, extranjero. ¿Quieres morir en esta inmundicia? Adelante. Todos vamos a morir de todas maneras. —Ying retiró su brazo.

Ernest tosió, frotándose el cuello, pero un nudo de dolor se le alojó en el pecho y se negó a irse. El precio de la vida, la pérdida de un hombre como Cheng, el dolor de ella, su propio dolor. Quería gritar para repeler la asquerosidad de la guerra, la indignidad que los atormentaba, y anhelaba verla, consolarla, coger su mano, decir algo como “el amor es más fuerte que la muerte” o no decir nada en absoluto.

Se dio la vuelta, mirando a las chozas, a su habitación del desván, a la base militar con la cerca de alambre de espinos a lo lejos. No tenía armas, ni experiencia; se infiltraría solo en la base enemiga y atacaría a muerte solo, pero ya no estaba solo.

—¿Cómo hago para entrar?

CAPÍTULO 88
OTOÑO DE 1980

SOSTENGO LA FOTO CON LAS DOS MANOS.

—Estas fotos son tesoros, señorita Sorebi. Gracias por mostrármelas. He estado buscando a mi hija durante muchos años, pero, lamentablemente, no es ella.

—¿Está segura?

—Pero mírela, qué hermosa es. Usted tenía razón. Mi Estrellita tenía unos cuatro años.

—¿Estrellita? Oh. Ya veo… Eso explica el parecido. Bien. Le pido disculpas. Pero en la foto dice que es de 1946. ¿No debería tener seis años?

—Bueno, estaba desnutrida. Y le puedo confirmar que el año está mal. No es de 1946. Debe de ser de antes de 1946, o antes del verano de 1945.

—¿Cómo lo sabe?

—Perdí el pie en 1945. Además, mi Estrellita sufrió terribles quemaduras durante el ataque aéreo. Sobrevivió por poco.

—¿Podría hablarme sobre el ataque aéreo, señorita Shao? Iba a preguntarle al respecto. Los japoneses se rindieron después de las bombas atómicas, pero oí que los estadounidenses hicieron un bombardeo masivo en el verano de 1945 en Shanghái, en un esfuerzo por terminar la guerra. Un gran incendio envolvió la ciudad. Mucha gente falleció.

Me sirvo un *dumpling* de camarones, pero se me resbala de la mano y cae al suelo.

—Yo estaba enferma ese día. Mis recuerdos son borrosos, todavía no logro entender cómo sucedió todo. Sí, todo el distrito quedó envuelto en llamas. Y Estrellita… No tuve cuidado, dejé abierta la puerta principal la mañana de la redada, y ella se había ido cuando estalló la bomba. Cuando la encontré, estaba tan quemada que era imposible reconocerla. La cuidé hasta que se recuperó.

—¿Y su hija biológica, entonces? Dijo que la estuvo buscando. ¿La encontró?

Debo tener cuidado. No puedo permitirme estropearlo.

—Déjeme preguntarle algo. ¿Ha oído hablar de los pilotos de Doolittle?

—¿Los ochenta pilotos que bombardearon Tokio después de Pearl Harbor?

—Sí, eran ochenta pilotos. Me enteré de que dos se ahogaron. Ocho fueron capturados por los japoneses y hechos prisioneros, y el resto murió. Jacob DeShazer, un bombardero, estaba entre los capturados. Soportó torturas continuas en el campo de prisioneros, pensó que iba a morir y juró que, si sobrevivía, se convertiría en predicador y regresaría a Japón para predicar. Fue rescatado después de la guerra, por lo que regresó a Tokio y repartió panfletos como misionero en la estación de trenes de Shibuya para difundir la palabra de Dios. Un japonés cogió uno, lo leyó y se puso en contacto con DeShazer, para decirle que le gustaría seguir su camino y hacerse evangelista. ¿Sabe quién era ese japonés?

—¿Quién?

—Su nombre era Mitsuo Fuchida, y era el aviador líder de los bombarderos de la Armada Imperial Japonesa que atacó Pearl Harbor.

—No me había enterado de nada de eso —dice frotándose la sien—. ¿Una historia de karma, quizá? Pero ¿tiene algo que ver con usted, el señor Reismann y su hija? Esto es un tanto confuso. Las personas a las que entrevisté dijeron que el señor Reismann murió, así que entiendo que usted desea honrar su memoria haciendo el documental. ¿Es así?

—En parte, sí, señorita Sorebi. Karma, sí. Mi madre creía en eso, y yo también. ¿Quién hubiera

sabido que la sobrina que salvé durante la guerra me salvaría al final?

—¿Podría ser más específica?

—Nunca desistí de encontrar a mi hija, señorita Sorebi. También fue el último deseo de Ernest. Perdió a todos los miembros de su familia durante la guerra, como sabe. Pero no pude encontrarla, después de tantos años de búsqueda. Mi sobrina me ayudó. Contrató a investigadores privados y siguió todos los rastros que teníamos, volando por todo el mundo para buscar a mi hija. Un día, estaba en un vuelo de Hong Kong a Sidney, de la aerolínea Cathay Pacific, hojeando las páginas de la revista de a bordo, cuando vio la noticia de una exposición sobre los judíos de Shanghái. Se arriesgó, fue a Los Ángeles y vio el perfil de Ernest en la exposición. También la biografía y el nombre de alguien más: usted.

Cada vez parece más desconcertada.

Necesito beber un poco de agua para continuar, pero no quiero perder ni un minuto.

—Sí, puedo contárselo todo sobre mi hija: creció con dos hermanas. Ambas morenas. Se integró perfectamente a su nueva familia en una zona residencial de Texas con su cabello castaño. Cuando tenía catorce años, sus padres murieron en un accidente automovilístico. Un pariente dejó escapar que ella era adoptada. Vivió desde entonces con familias de acogida. Estudió Derecho en la universidad, pero abandonó los estudios. Nunca obtuvo la licenciatura y tenía un montón de préstamos estudiantiles por pagar. Se casó con su novio del bachillerato, con quien no tuvo hijos, pero luego se divorció. Luego, se volvió a casar con un vendedor de la tienda Sears que tuvo una aventura con otra mujer y le rompió el corazón, así que se volvió a divorciar. Tiene un hijo encantador, un niño de nueve años al que le encanta montar a caballo y al que castigaron en el colegio porque escribió el apellido de su maestro, el señor Liotta, como “señor Idiota”. Mi hija perdió su casa porque no pudo seguir pagando la hipoteca. Decidió mudarse de Texas y se fue a Los Ángeles, donde se dedicó a filmar documentales. Aceptó una oferta de un museo para hacer una exposición sobre los judíos de Shanghái, en la que destacó a Ernest Reismann.

La señorita Sorebi se inclina hacia delante.

—¡Santo cielo! ¿Cómo ha averiguado todo eso sobre mí, señorita Shao?

CAPÍTULO 89

Aiyi

YING ESTABA TRAMANDO ALGO. DURANTE TODO EL DÍA ESTUVO JUGUETEANDO CON EL TRANSCEPTOR debajo de la cama. Por la noche desapareció. Cuando mencioné a Ernest, respondió irritado que lo había estado buscando, pero no lo había encontrado. Muchos refugiados habían contraído disentería o infecciones y habían muerto. Era probable que Ernest también hubiera muerto. "Ya sabes lo sucio que es el sector restringido", dijo con voz seria.

No le creí, pero los pensamientos se empantanaban en mi mente. El dolor de cabeza palpitante y la fiebre me robaban la energía. Lo que decía Ying podría ser cierto.

Una noche, al volver, ató los extremos de las sábanas y envolvió con ellas lo poco que teníamos: la lámpara de queroseno, los dos recipientes redondos de hojalata que contenían tiras de boniato secas y la botella de whisky vacía, que volvimos a llenar con agua hervida. Arrojó el bulto en mi regazo. Todo estaba listo. Estrellita ya estaba vestida. El *rickshaw* vendría al callejón y nos llevaría a un muelle al amanecer del día siguiente.

Pasé una noche terrible. Soñé con Ernest, que tocaba el piano: el ritmo, la energía, la claridad. Oh, solo él podría tocar jazz así; solo él sabía lo que la música significaba para mí. Pero luego cambió. Su sonido de *legato* se extendió como un rastro de lágrimas, inconfundible: era una canción de despedida. Me desperté, sudando, antes del amanecer. Estrellita aún dormía, pero para mi desconcierto, la música persistía. Salí al patio, al callejón oscuro, a la calle, temblando y tosiendo, siguiendo el sonido del piano. Una última vez.

Cada paso sacudía mi cabeza y provocaba un dolor punzante en mi estómago. Seguí caminando, buscando ver a Ernest sentado junto a un piano. Pero era muy confuso; tenía la visión nublada. Parecía que había sombras de carroñeros madrugadores recogiendo basura, tiradores de *rickshaws* acurrucados en los postes y hombres con linternas cortando los neumáticos de un autobús de dos pisos.

La música aún flotaba en el aire, tenue, como una sombra en la niebla, una hoja en la tormenta, y ahora era familiar, enérgica, como en los viejos tiempos. La euforia me recorrió. Ernest debía de estar cerca. Me di cuenta porque la música sonó más fuerte. Y más fuerte. Y más fuerte.

Y de repente, las sombras de la calle huyeron: los *rickshaws*, los hombres con linternas, los que revolvían la basura. Me quedé helada. Lo que escuchaba no era el sonido del piano; era la sirena.

Y en el borde del cielo negro, donde la luz del amanecer acababa de colarse, una flota de bombarderos, como murciélagos, navegaba a través de un lecho de nubes pálidas y se zambullía hacia el río Huangpu, los edificios *art déco*, la Aduana y los rascacielos del paseo marítimo. Eran B-29 estadounidenses. Ying no había mentido, debíamos irnos de Shanghái. Tenía que despertar a Estrellita antes de que fuera demasiado tarde. Pero cuando estaba a punto de darme la vuelta, los murciélagos rugieron sobre los rascacielos y viraron hacia el norte.

La sirena sonó más aguda. Venía del norte, de la base militar japonesa.

Me invadió el pánico. Ying sí había mentido, al fin y al cabo. Los estadounidenses no bombardearían Shanghái; estaban apuntando al distrito de Hongkou, donde estaba confinado Ernest.

CAPÍTULO 90

Ernest

YING LE HABÍA DICHO QUE LA BASE ESTABA CUSTODIADA SOLO POR UNAS POCAS DOCENAS DE SOLDADOS, porque la mayoría del ejército se había trasladado al centro de China. Una vez que Ernest sacara el tanque de la base, Ying se lo llevaría. No le dispararían, porque los japoneses estarían distraídos y ocupados con los bombarderos estadounidenses que estarían llegando.

Al principio, parecía tal como había dicho Ying.

La sirena aulló en el momento en el que apareció la flota de bombarderos. En cuestión de segundos, las luces duras y crueles brillaron en el campo militar, y el personal en uniformes de color caqui y verde —los pilotos de combate con gafas, cinturones y equipamiento; los soldados, con rifles— corrió por el vasto campo. El sonido de los motores acelerando resonaba y hacía temblar el suelo.

Pero había cientos de soldados japoneses, no docenas, y todos actuaron de una manera escalofriantemente ordenada. Ernest se agazapó en una trinchera, camuflado con una tabla plana de madera, fuera de la cerca de alambre de la base. Entraría en la base trepando por la trinchera, excavada para él debajo de la cerca.

Ying le había dicho que el tanque que necesitaba robar era un M18 Hellcat estadounidense capturado, que estaba equipado con un cañón principal de setenta y seis milímetros y una ametralladora pesada Browning, un arma perfecta para destruir el buque de guerra. Pero Ernest vio dos tanques en el campo, uno más pequeño que el otro. Ambos tenían una estrella estampada en la carrocería. Con todo su poder, las bestias de metal tenían la parte superior abierta, sin la protección de una cúpula. No tenía idea de cuál era el Hellcat.

Se puso nervioso. Tenía que arrastrarse por la trinchera, entrar a la base y robar el tanque cerca del grupo de pilotos y soldados, y luego sacarlo de la base. Era una misión para un soldado entrenado, no para él. No corría rápido, ni era bueno en el combate, y no sabía nada sobre tanques estadounidenses.

Se le mojó el trasero por la tierra húmeda; se deslizó hacia abajo, tentado de arrastrarse hacia atrás, regresar a su ático y mentirle a Ying… decirle que algo había salido mal, que lo había intentado, pero había fallado.

Sobre el suelo, la cerca de alambre traqueteó y tembló la tierra. Recordó la vez que había estado cerca del alambre de espino de un campo de concentración, tratando de ver a la señorita Margolis. Eso había sido tres años antes; él tenía veintiuno y era decidido, inquebrantable en su fe. Fue con la ayuda de Aiyi como finalmente había encontrado a la señorita Margolis y había salvado a los refugiados. Sonrió. Lo que estaba haciendo ahora era para Aiyi, entonces. Una vez que robara el tanque, la volvería a ver.

Se giró hasta quedar acostado boca abajo y se arrastró. Cuando llegó al otro lado, se levantó y vio que no lejos de él, junto a la cerca, había cinco motos con sidecar. Más allá de las motos, una fila de soldados encendía dos motores de dos aviones caza Zero color verde y, sobre la base, una flota de Superfortress B-29 estadounidenses pasaba zumbando.

No pudo ver los tanques: antes estaban junto a un avión caza Zero, pero ahora ya no. Giró la cabeza y se dio cuenta de que una fila de soldados japoneses los tapaban. Salió de la trinchera y, agachado, corrió junto a las motos para ponerse a cubierto. Un soldado que sostenía una manguera de combustible unida a un caza caminaba hacia él. Ernest se dio la vuelta antes de que lo vieran, corrió hacia una escalera cercana y bajó a toda velocidad. Era un túnel subterráneo,

fortificado con cemento, grande y espacioso, en el que cabía un autobús de dos pisos. No sabía a dónde conducía o lo profundo que era, pero temía que, si avanzaba demasiado hacia el interior, no podría salir.

Acababa de darse la vuelta para retroceder cuando un grito llegó desde lo más profundo del túnel. Subió corriendo las escaleras y llegó a la superficie, donde vio a un soldado salir de la parte superior abierta de un tanque para saludar a un oficial que estaba en una moto con sidecar. El motor del tanque estaba en marcha.

Saltó hacia el tanque, se trepó a una de las siete ruedas redondas y buscó a tientas un asa para impulsarse y meterse dentro. Pero no había asidero en la parte trasera. Desesperado, saltó sobre un rodillo de acero, se impulsó y cayó en la torreta sin tapa; se golpeó la cabeza contra la montura del arma que estaba dentro de la torreta. El enorme cañón principal giró; el tanque traqueteó, las ruedas se clavaron en el suelo.

El soldado que había arrancado el tanque y el oficial corrieron hacia él. ¿Ese era Yamazaki? Ernest sintió que se le helaba la sangre. Era Yamazaki quien lo apuntaba con el cañón negro de un rifle.

El miedo le recorrió la columna vertebral. Sin una tapa que lo protegiera en el tanque, era un blanco fácil. Golpeó los botones frente a él y forcejeó con la palanca para impulsar a la bestia de metal a moverse. No pasó nada. Apoyó todo su peso sobre el pie y volvió a tirar de la palanca. El motor rugió y la máquina se inclinó, empujándolo hacia delante justo cuando una bala le rozó el pelo. Sentía el corazón en la garganta. Iba a morir antes de ver a Aiyi por última vez.

Luego, el tanque avanzó a una velocidad sorprendentemente rápida, se estrelló contra la fila de motos con sidecar y rozó la alambrada, provocando una llamarada de chispas.

—¡No! —gritó, pero el tanque seguía avanzando a sacudidas, chocando contra el tren de aterrizaje de un caza Zero y arrastrándolo a través del vasto campo. La tripulación del avión gritó, y saltó para hacerse a un lado. Los disparos estallaron a su alrededor como fuegos artificiales.

De repente, todos los disparos cesaron y los reemplazaron unos gritos entrecortados de advertencia.

Lo olió. El combustible.

Se había estrellado contra el tanque de combustible del caza, o quizás había roto la manguera al pasar por encima. Ahora debía encontrar la entrada y salir de ahí antes de que la base entera explotara. Inclinado, luchó con la palanca, buscando frenéticamente la entrada entre el laberinto de humo y chispas. ¿Dónde estaba? Su cuerpo rebotó en el aire cuando el tanque aceleró hacia delante, y el sonido de varios motores en marcha y metales que chocaban retumbaron en sus oídos. Miró a través de las ondas de polvo que se arremolinaban, buscando el edificio con una puerta.

No vio nada más que una gruesa pared de polvo y humo.

Y el tanque aceleró, una salvaje bestia de metal.

Ríos de sudor le corrían por el rostro; el olor acre del combustible y el humo le quemaban la garganta.

—¡Mierda!

Debió de haber apretado el botón incorrecto; desesperado, trató de revertir su acción. Pero cuando quitó las manos de la palanca, el tanque lo sacudió y se golpeó contra el interior de la torreta. Luchando por levantarse, se las arregló para agarrarse a la abertura, justo cuando el

tanque se estrellaba contra un edificio. Los ladrillos explotaron y un ruido sordo resonó en sus oídos; se le nubló la vista.

Cuando pudo volver a ver, un hombre corría hacia él en medio del humo sofocante. Tenía una bolsa enorme al hombro y lo saludaba con gestos exagerados. Era Ying, quien había prometido esperarlo fuera de la base.

—¡Estoy aquí, estoy aquí! —Ernest saludó, alzando la voz por encima del estruendo del tanque que, para su alivio, se había ralentizado bastante.

—¡Detén el tanque, maldita sea! —Ying estaba gritando a un lado del tanque, y rebuscaba algo en su bolso.

—¡Lo estoy intentando!

—¡Esfuérzate más!

Buscó a tientas la palanca, que se atascó.

—¡No se detiene!

Entonces vio lo que Ying tenía en la mano: una ametralladora. Y le estaba apuntando con ella. ¿Le dispararía? ¿Después de que hubiera robado el tanque para él?

—¡Al suelo, Ernest! —La llama salió disparada de la ametralladora. Ying disparó, pero no a él, sino a algo que había detrás.

Ernest se dio la vuelta. Una furiosa montaña de fuego había engullido lo que solía ser la base, y una ola naranja se desparramó hacia él e incendió su cuerpo. Gritó de dolor e, increíblemente, escuchó un grito que le respondía: un grito de otro tanque, justo detrás de él, avanzando a toda velocidad.

—¡No! —gritó cuando una fuerza masiva embistió su tanque y lo hizo volar en el aire.

CAPÍTULO 91

Aiyi

SE ELEVÓ UNA VIOLENTA RÁFAGA DE DISPAROS Y UNA TORMENTA ASFIXIANTE DE HUMO ENVOLVIÓ EL puente de metal y las hileras de edificios detrás de él. No podía ver la torre ni al guardia que estaba del otro lado del puente. Con las manos sobre mi vientre dolorido, caminé arrastrando los pies y empecé a cruzar el puente inestable; esperaba oír los gritos o el clic de un arma que me dispararía cuando menos lo esperase.

No había nadie.

Llegué al otro lado del puente, pasé el poste de madera con el letrero "Sector restringido para personas apátridas" y cojeé lo más rápido que pude. "¡Sal de ahí, Ernest! ¡Sal de ahí!". Irrumpí en un edificio de madera cercano y me agarré al marco de la puerta para soportar el mareo. Dentro había un silencio de muerte. Salí tambaleándome, jadeando, mareada.

Escuché un zumbido bajo por encima de mí; las siluetas negras de los Superfortress B-29 se deslizaban en el cielo y dejaban caer algo que parecía una hilera de fichas de mahjong.

Bum. El suelo latió bajo mis pies y, a mi alrededor, los troncos desnudos de los árboles, los postes de telégrafo, los edificios de madera y las paredes de ladrillo se derrumbaron como un montón de huesos. Un torrente de metralla se precipitó, silbando y centelleando, y cortó los cables por encima de los techos; una violenta ola de calor y escombros se lanzó hacia mí.

La onda expansiva me arrojó hacia atrás y choqué contra algo. Me quemaba la cara, me quemaba la garganta, me quemaban las piernas. No podía levantarme, mover la mano ni gritar. Pero qué extraño era el mundo. La gente parecía estar bailando en los árboles desnudos, en la parte superior de los techos, en las vigas rotas y en los postes de telégrafo aplastados. Gritaban, pero no podían liberarse. Los niños salían gateando de las profundidades de los edificios derrumbados; en la calle llena de humo, la gente corría en círculos.

Eran extranjeros, chinos, niños, hombres y mujeres. Me puse de pie, febril.

—¡Cruzad el puente, todos, cruzad el puente! —grité, agitando mis manos para apartar el espeso humo y el polvo, y empujé a cualquiera que se cruzara en mi camino.

Aturdidos, fueron hacia donde yo les indicaba, con las cabezas coronadas de ceniza blanca y hollín negro, los rostros salpicados de sangre.

Pero algunos quedaron atrapados en el rugido destructivo. Un extranjero anciano y calvo, demacrado y débil, gemía sobre un montón de escombros cerca de mí; una niña con un vestido corto de algodón gris berreaba, llorando por su madre; y una mujer rubia estaba sentada en el suelo, con la mirada vacía. La empujé para que caminara hacia el puente; también empujé a la niña.

El anciano se estaba hundiendo en los escombros, sus gemidos eran casi inaudibles. Trepé para alcanzarlo. "Vamos, vamos", le dije, pero estaba demasiado lejos. Me acosté sobre la montaña de escombros, me estiré más, aferré su mano y tiré; era más pesado de lo que esperaba. Con esfuerzo, finalmente se arrastró, se deslizó y aterrizó en el suelo. Agotada, tuve que quedarme allí un momento para recuperar algo de fuerza. ¿Dónde estaba Ernest? Todavía no lo había visto. ¿Estaría cerca? Me levanté, pero mi pie quedó atrapado en una telaraña de tablas. Tiré. Los escombros sobre los que me encontraba retumbaron, y me hundí hasta la cintura. Asustada, grité frenéticamente.

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Respondió una voz en el aire negro mezclado con polvo y hollín, pero no lograba ver nada más

que figuras borrosas en la neblina polvorienta que corrían a mi alrededor, cerca, pero a la vez muy lejos.

Nadie podía verme; nadie me pudo ayudar. Me dolía el cuerpo, se me estaban agotando las fuerzas y el calor ardiente y el humo mezclados con el combustible chisporroteante me envolvieron la garganta como una toalla caliente. Por encima de mi cabeza se oyó otro fuerte zumbido.

Grité.

Respondió el silencio, seguido de una salva de disparos en la distancia. El montículo de escombros volvió a temblar y yo caí más profundamente hasta el pecho; quedé atrapada entre las vigas humeantes, los ladrillos rotos y los rollos de metal hirviendo. Jadeé para respirar, para aflojar la presión alrededor de mi pecho, y fue entonces cuando un sonido atronador rugió cerca de mí. La detonación de un proyectil.

Ante mí, toda la hilera de edificios de madera se derrumbó, un resplandor carmesí rebotó detrás de los restos y, luego, todo desapareció. Todo, excepto la espesa capa de humo.

Algo emergió entre el humo.

Vi los contornos difusos de dos tanques. Uno estaba volcado, la torreta estaba en llamas y las ruedas de acero rodaban sobre la correa de metal; el otro se había detenido, con el motor en marcha. Cerca de los tanques, rodeados por el fuego furioso, había dos figuras. A una, la adoraba; a la otra, la odiaba.

Yamazaki, con los herrajes de metal de sus botas destellantes como esquirlas, estaba pateando a Ying en el suelo.

—¡Basta, pare! —grité.

Yamazaki no se detenía, loco, como un animal rabioso, con la cara roja por el fuego. De repente hizo una pausa, se tambaleó hacia un lado y giró para mirar algo que había frente a él, otra figura. Solo alcancé a ver su espalda junto al fuego chisporroteante, pero la hubiera reconocido en cualquier parte. Mi corazón saltó de felicidad.

—¡Ernest! ¡Ernest!

Todo su cuerpo estaba cubierto de ronchas rojas, quemaduras, ampollas y cenizas. Un trozo de metralla le había golpeado el brazo derecho, el brazo con la mano herida que había tocado nota tras nota en el piano. Se agachó, vacilante, frente al hombre que había matado a mi esposo, el hombre que iba a matar a mi hermano. Pero Ernest debería saber que él no era un rival temible para Yamazaki, ¿o acaso no lo sabía?

Imprudentemente, se lanzó hacia Yamazaki como una lanza, y lo tiró al suelo con tal fuerza que ambos chocaron contra el tanque volcado y se desplomaron. Ernest, para mi alegría, se puso de pie primero. Con el rostro bañado en sangre, golpeó a mi enemigo con su puño izquierdo, una y otra vez; era difícil de creer, pero cada delicioso golpe de Ernest hizo gemir a Yamazaki hasta que finalmente se desplomó. Jadeante, Ernest cayó de rodillas. Parecía exhausto, después de la descarga de energía de la que se había alimentado para matar a Yamazaki. Pero no vio que, detrás de él, Yamazaki se arrastraba hacia un rifle largo que había cerca de los escombros. Lo cogió y se sentó.

—¡No!

Tiré con todas mis fuerzas para liberarme; centímetro a centímetro, me incorporé. Estaba a punto de sacar las piernas, de levantarme para ayudar a Ernest. Pero, de pronto, sentí una ráfaga de aire bajo mis pies y caí, a través de las tablas entrecruzadas, hasta el fondo de los escombros.

Desde fuera de mi prisión, llegó el sonido del fin del mundo.

Balazos.

Luego, silencio.

No vi nada; no escuché nada. Estaba más allá de las lágrimas.

Con las últimas fuerzas, me arrastré a través de las madrigueras de montones astillados de madera, a través de la caverna de humo oscuro. La metralla afilada rasgó mi piel, los bordes irregulares de las piedras y los ladrillos crujieron contra mis huesos, y los rollos de metal humeantes atraparon mi carne. Seguí gateando.

El aire exterior era acre, hirviente y calcáreo como ceniza. La tierra ardía, pegajosa como la sangre, suave como la piel derretida. El cielo, quebrado, una herida carmesí sangrante. ¿Dónde estaba Ernest?

Una mano agarró la mía y levanté la vista, lista para escupirle a Yamazaki.

—¿Aiyi? —dijo una voz, débil, pero que estalló en mis oídos.

Rodeé con las dos manos la suya.

—¡Ernest!

Tenía los ojos hinchados y amoratados, y las mejillas cubiertas de sangre y cenizas, pero era el rostro más hermoso que jamás había visto.

—Pensé… Pensé… ¿Qué ha pasado?

Me sonrió débilmente.

—Tu hermano.

Detrás de él, entre la lluvia de polvo y chispas, vi a Ying, solo una silueta, sosteniendo una ametralladora. Le había disparado a Yamazaki antes de que pudiera dispararle a Ernest.

Y Yamazaki, el asesino, mi pesadilla, finalmente estaba muerto, con la mitad de su rostro destruido por las balas.

—No sabía que estabas entre los escombros, Aiyi. ¿Cómo has llegado aquí? —Un hilo de sangre corría por la cara de Ernest.

Yo también tenía muchas preguntas. ¿Cómo había llegado a encontrarse con Ying, cómo se habían encontrado los dos con Yamazaki y qué habían hecho con los tanques? Pero solo asentí y asentí.

—Pensé que nunca te volvería a ver… Pensé… Te he echado de menos —sollozó.

Puse mi mano en su rostro. Estaba tan cerca. Era real. Era como si nunca me hubiera dejado.

—Sal de aquí. Los dos, salid. —Ying estaba gritando. Tenía la cara herida, le brotaba sangre detrás de una oreja.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No escuché la respuesta de Ying, porque el ruido de un bombardero que apareció en el cielo y el del buque de guerra del río, cuyas ametralladoras estallaban, se tragaron su voz. Ying volvió a gritar:

—Ernest, Aiyi, debéis salir de aquí antes de que comience el bombardeo. Yo me encargaré de esto.

Traté de levantarme, pero sentía los pies débiles y doloridos.

—Ying, vamos todos juntos.

—No puedo, Aiyi. Vete con Ernest. Debo destruir el buque de guerra.

Orientó el cañón del tanque hacia el buque de guerra y disparó. Una detonación retumbó y brotó una fuente de chispas y agua; el cielo rugió con un aguacero que nos empapó de pies a cabeza. Ying se rio histéricamente: el proyectil del tanque había golpeado el buque. Una de las tres chimeneas se dobló lentamente, como un dedo humeante.

Pero enseguida destellaron chispas desde otra torreta de cañones en el buque. El avión caza estadounidense que podría poner fin a la guerra se tambaleó en el cielo como una cometa, dejando tras de sí una estela de humo. El buque japonés había disparado contra el caza.

—¡Maldita sea! —Ying disparó otro proyectil—. ¡Aiyi! ¡Vete ahora, antes de que sea demasiado tarde! ¡Vete!

Me arrastré hacia Ernest.

—Vamos, Ernest.

Se había caído al suelo y su voz era tan débil que casi no podía oírla.

—Aiyi, hice todo lo que pude, y ahora no me queda nada. Debes salir de aquí mientras puedas. Te he visto por última vez. Puedo morir feliz. Vete. Vete antes de que sea demasiado tarde.

Lloré.

—No puedes… Tienes que venir conmigo, Ernest.

—Prométeme que cuidarás de nuestro hijo. ¿Es un niño o una niña? Ojalá pudiera verlo. Sería encantador. Mi hijo. Qué adorable.

—Nuestra hija… La entregué, Ernest. Lo siento. No sé dónde está. No puedes quedarte aquí. Debes irte conmigo. Debes buscarla por mí.

Me tomó del brazo.

—¿La entregaste?

—Lo siento. Lo siento. Debes ayudarme. Tienes que levantarte. Levántate, Ernest. No puedo caminar. No quiero morir aquí. Necesito encontrar a nuestra hija. Por favor, por favor.

Los disparos chisporrotearon cerca. Miré hacia arriba. Algo oscuro flotó hacia mí: un bombardero estadounidense. Se hizo más y más grande, hasta que alcancé ver las gafas negras del piloto contra la ventanilla.

Ernest gritó, y lo siguiente que supe fue que estaba de pie y yo, en sus brazos.

Algo explotó; una ola de calor se precipitó hacia nosotros. Ernest corrió y corrió, gritando, hacia el puente.

Miré hacia atrás. Mi hermano. Era un espía, sabía conducir un tanque, podía destruir un buque de guerra, podía matar, podía hacer cualquier cosa y, sin duda, podría escapar de un bombardero caído. Pero no lo veía, ni a él ni a la montaña de escombros que me había atrapado, ni a los dos tanques. Porque la tierra se había convertido en un enorme campo de humo y llamas, una pira chisporroteante de madera y metal, un campo pintado de tierra amarilla con flores de colza, donde un fragmento en llamas, como un trozo de tela carmesí, flotaba en el aire al igual que la cometa roja que solíamos remontar.

No pude contener las lágrimas.

Cuando Ernest se detuvo, vi que habíamos cruzado el puente. Exhaustos, nos dejamos caer al suelo y nos apoyamos contra una casa derruida. Muchas personas, aquellas a quienes yo había ayudado a huir, se agazapaban cerca: el anciano calvo, la niña del vestido corto y la mujer rubia estaban entre ellas. Algunas familias deambulaban, abrazadas, por el parque cercano.

Sentí frío. Tenía el pelo chamuscado y el cuero cabelludo casi quemado en algunos lugares. Mis brazos y mi pecho estaban desnudos. Y mi pie… Un alambre oxidado lo atravesaba, atascado en un ángulo extraño. Si Ernest no me hubiera llevado, nunca habría podido salir con vida.

—La encontraremos, Aiyi. Mientras viva, seguiremos buscando hasta que hallemos a nuestra hija.

¿Qué más podía decir? Todavía me sentía culpable, pero ya no estaba desesperada. A pesar de

la guerra, a pesar de todas mis pérdidas, a pesar de todo, yo era la más afortunada. Había sido amada y todavía era amada, y estaba lista para amar de nuevo. Nos abrazamos, piel con piel, y vi lo que él veía, sentí lo que él sentía, quise lo que él quería.

Cuando los vientos de la vida me lo habían enviado años atrás, no había preguntado por qué; ahora no había necesidad de preguntar. Entrelacé mis dedos con los suyos y, juntos, contemplamos la montaña de fuego que se había tragado a mi hermano. Por encima, en el cielo lleno de humo, los cazas Zero y los ruidosos bombarderos estadounidenses se habían desvanecido. A lo lejos, las torretas de los cañones del maldito buque finalmente humeaban, y la espuma amarilla del río se removía con el viento quejumbroso.

CAPÍTULO 92
OTOÑO DE 1980

—Porque eres la persona que quería conocer desde el momento en que recibí la llamada de mi sobrina, porque eres la persona que he estado buscando durante décadas, porque eres mi hija —le digo.

Miro a esta mujer, cuyas fotografías he observado innumerables veces con una lupa; sus brillantes ojos negros, que eran azules cuando era una recién nacida, me atraviesan como faros en la niebla.

Cuando vi sus ojos en las fotos que me dio Phoenix, me sorprendí, pero sé que es normal que el color de los ojos de los bebés cambie. Ahora está sentada frente a mí, es una mujer adulta, y puedo ver en su cara los labios que eran de Ernest, la fina arruga debajo de los ojos y la expresión cansada por el desfase horario.

—Te pareces mucho a tu padre, tienes sus labios, la forma de sus ojos y el cabello castaño. Si estudias las fotos de Ernest, verás cuánto te pareces a él.

Se frota los brazos como si tuviera frío.

—Bueno, señorita Shao, desearía que tuviera razón y me encantaría ser la hija que está buscando, pero me temo que se equivoca. Nací el 23 de agosto de 1945, después de la Segunda Guerra Mundial.

Niego con la cabeza.

—Naciste el 12 de diciembre de 1942. Había dos mujeres en la habitación cuando naciste. Una no te quería; la otra no supo retenerte. Llevo casi cuarenta años de mi vida arrepintiéndome.

—Puedo mostrarle mi pasaporte. Tiene mi fecha de nacimiento.

—Cariño, no había certificados de nacimiento reales en China hasta hace poco. Todos los papeles fueron falsificados. Lo que sea que consiguieron tus padres adoptivos, no era auténtico. Y supongo que el lugar de nacimiento que figura en tu certificado es Hong Kong, ¿verdad?

Ella se rasca la cabeza.

—Si te sirve de algo, sé que tienes una marca de nacimiento en el tobillo derecho.

Sus ojos se agrandan.

—¿Cómo…?

—He pasado años buscándote. Me dijeron que tus padres estaban haciendo negocios en Hong Kong y allí te adoptaron. Phoenix encontró sus nombres, sus fotos y tu nombre por medio de la agencia de adopción. Mira. —Saco una foto de mi bolso Prada.

—Dios mío. Son mis padres. Parecen tan jóvenes. Y esa… esa…

En la foto, una mujer blanca vestida con una falda sostiene a una niña pequeña en sus brazos; de pie junto a ella, hay un hombre de traje blanco.

—Eres tú, ¿no? ¿La niña? ¿Te reconoces? Debes de tener muchas fotos tuyas de niña. Quería decirte que eras mi hija ayer, pero no estaba segura de cómo reaccionarías. Te pedí que hicieras un documental para que escucharas el relato de mi pasado con Ernest. Si tienes dudas, podemos hacer algún tipo de prueba de parentesco. Pero, en realidad, cualquiera que haya conocido a Ernest puede darse cuenta. ¿No te has topado con sus fotos cuando estabas investigando?

—Todos nos parecemos en las fotos en blanco y negro.

Le doy otra foto que guardé.

—Esta la hicimos antes de que Ernest falleciera, hace seis años.

—Pensé que había muerto durante la guerra.

—¿Eso te dijeron tus entrevistados? Perdió el contacto con su gente después del bombardeo. No es de extrañar que creyeran que había muerto. Pero tuvo una buena vida después de la guerra.

Miro la foto que sostiene en la mano. Ernest y yo sonreíamos frente al *Canada Place*, un crucero. Tenía cincuenta y tres años, ojos azules de mirada generosa y el pelo gris ralo tras años de anhelo por la hija que nunca tuvo la oportunidad de conocer. Nos hicimos la foto en nuestro sexto crucero a las Bahamas. Su mano derecha, bronceada con las manchas de la edad, había desarrollado artritis y le producía un dolor paralizante que solo podía aliviarse con medicamentos fuertes. Nunca volvió a tocar el piano, y sería esa misma mano enferma la que provocaría el accidente de navegación que le costaría la vida.

Mi hija observa la foto durante mucho tiempo y me pregunto si volverá a soltar una de sus exclamaciones, pero la deja, se levanta y coge el sombrero de gamuza de la mesa.

—Disculpe.

¿Está emocionada? ¿Enfadada? ¿Lista para irse de Shanghái? No puedo permitirme perderla de vista, después de todos estos años. Hago avanzar mi silla de ruedas para seguirla, pero mi hija desaparece del restaurante.

Transcurre un buen rato antes de que ella regrese. Se sienta frente a mí; en la mano aferra una bola de pañuelos de papel.

—Señorita Shao, no sé qué decir. Esto supera mi imaginación. Tengo muchas preguntas, si no te importa —dice tuteándome por primera vez—. Si soy la hija que estás buscando, creo que debería estar agradecida y emocionada. Todavía creo que es muy posible que estés cometiendo un error. Pero la marca de nacimiento en mi tobillo, ¿cómo lo sabes?

Está llorando, se seca los ojos con el pañuelo empapado. Cojo una servilleta de una mesa cerca de mí y se la doy, tal como ella hizo antes.

Ahora se ríe, pero las lágrimas todavía ruedan por su rostro.

—Lo siento. Todo esto es demasiado. No sé cómo decirlo. ¡Esto es más loco que tu propuesta de hacer un documental! Me pediste que lo hiciera, pero solo para hacerme escuchar tu historia, ¿no es así?

—Todavía espero que filmes ese documental para honrar a mi esposo. A tu padre. ¿Lo harás?

—Por supuesto. Quiero hacer un documental sobre… tu esposo. Así que te casaste con él. ¿Qué pasó después del ataque aéreo? Cuéntamelo todo.

—Ya te he hablado sobre Phoenix y cómo se quemó tan horriblemente.

—¿Phoenix es Estrellita?

—La cirugía plástica ayudó a recomponer su rostro, pero aún se puede ver el tejido cicatricial.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Qué hiciste después de reencontrarte con el señor Reismann?

—Enfermé de tétanos por el alambre oxidado y me tuvieron que amputar el pie. Tan pronto como el dolor se alivió un poco, empecé a buscarte con Ernest y Estrellita. Ernest nos sentó a Estrellita y a mí en una carretilla y nos empujó hasta la provincia de Jiangsu. El viaje nos llevó tres meses, y el reencuentro familiar fue agridulce. Peiyu se alegró de ver a su hija con vida y me dijo que te había entregado a uno de sus parientes en Shanghái, no muy lejos de donde solía estar mi casa. Así que decidimos volver a Shanghái. Pero Estrellita no quería que me fuera. No recordaba a su madre y tenía miedo de quedarse con ella. Entonces, le pedí permiso a Peiyu para cuidarla y ella aceptó. Así que los tres, Ernest, Estrellita y yo, volvimos a Shanghái para buscarte, pero allí vivía otra familia. Nos dijeron que te habían enviado a un orfanato. Ernest

buscó en todos los orfanatos, templos y hospitales de Shanghái. No sería muy difícil encontrarte, decía, ya que tenías sus ojos y esa marca de nacimiento. Pero comenzó la guerra civil y Ernest, Estrellita y yo emigramos a los Estados Unidos con la ayuda del señor Blackstone, padre de la familia anfitriona de la hermana de Ernest.

—Así que te casaste con el señor Reismann, te olvidaste de la hija que regalaste y nunca más volviste a Shanghái.

—No pude volver, querida. Después de que el Partido Comunista tomó el poder, me acusaron de traidora por haberme casado con un extranjero y me prohibieron entrar a China. Luego, la Revolución Cultural se extendió por todo el país. Cualquier noticia que hubiera podido existir sobre ti y la familia que te había adoptado cayó en manos de la censura.

—¿Cómo terminasteis el señor Reismann y tú en Canadá?

—Los tres llevábamos una vida feliz en Austin, Texas, pero yo era una forastera, para decirlo amablemente. Iba en silla de ruedas y quizás era una de las dos únicas mujeres chinas en todo el estado de Texas. La otra que conocí era la esposa de Claire Lee Chennault, Anna Chen. Me llamaban señora y luego me decían que no era bienvenida en los supermercados, los conciertos, los parques o los restaurantes. Estaba confinada en casa, era una prisionera. Por eso tu acento me trajo muchos malos recuerdos al principio.

”Ernest pensó que no valía la pena vivir allí, así que nos mudamos a Vancouver. Vancouver era más tranquila, había más chinos. Abrimos un pequeño restaurante, que se convirtió en una cadena exitosa, lo que nos llevó a invertir en más restaurantes y hoteles. Ernest era un empresario hábil, como ya te he contado, y yo hacía a mano todos los *dumplings* desde mi silla de ruedas. Ahora tenemos una cadena internacional que gestiona una amplia cartera de hoteles, restaurantes y complejos turísticos, la Shao Holdings Company. —Ella ya lo sabe.

—¿Tienes más hijos?

—Lamentablemente, no pude volver a tener hijos después de ti. Mi cuerpo sufrió demasiado durante la guerra.

Mira hacia la ventana, hacia el vacío entre el cielo y la tierra, que debe ser del tamaño de la ausencia de una madre en su corazón. Un momento después, dice:

—Mis padres adoptivos fueron buenos conmigo. Me quisieron como si fuera su hija biológica. Si a mi tía no se le hubiera escapado el secreto de mi adopción, nunca lo habría sabido. Pero cuando perdí a mis padres a los catorce años y me enteré de que era adoptada, mi mundo se vino abajo. Traté de averiguar quiénes eran mis padres biológicos. Por eso vine a Shanghái hace años, ya que mi tía había mencionado la ciudad. Pero no encontré datos, y el hecho de que casi me arrestaran fue suficiente para disuadirme.

La escucho; he esperado este momento durante mucho tiempo.

—Después de tantos años, me había rendido. A medida que crecía, la gente me decía que parecía italiana, europea o incluso latina. No sabía qué responder, pero mi sensación era que podía tener sangre asiática. Sin embargo, traté de no insistir en el tema. A veces es mejor olvidarte de tu origen. Es más fácil, ¿entiendes? Porque este sentimiento… este pensamiento de que no fui una hija deseada, que tal vez habría sido mejor que no hubiera nacido… ¿Entiendes cómo me sentía?

¿Qué más puedo decirle? ¿Que cometí un pecado imperdonable y que nunca podré expiarlo?

—Es como… —Se detiene, cubriéndose la cara, pero luego vuelve a hablar por entre sus manos—. Es como si tu corazón fuera una botella agujereada que estás tratando de llenar. Todo el amor, las alegrías y los momentos felices pasan a través de ella y nunca se puede llenar.

Tengo los ojos llenos de lágrimas.

—Si pudiera retroceder en el tiempo, no te habría dejado. Si pudiéramos volver a esos años, te consentiría como toda una madre cariñosa china. Hija mía, nunca podré compensarte por los años perdidos, lo que te ha faltado en la vida, lo que ha faltado en tu corazón. Pero quiero decirte que fuiste añorada y amada desde el momento en que te arrancaron de mis brazos, en cada momento de tu vida, aunque nunca lo hayas sabido, aunque estábamos en distintos continentes.

Ella baja las manos y me mira; su rostro es como un río.



NATASHA LESTER trabajó como ejecutiva de marketing para L'Oreal y Maybelline antes de dedicarse a la escritura. Sus novelas están entre las más vendidas del *New York Times*. Sus libros se han traducido a más de 15 idiomas y ahora por primera vez llega al español. Cuando no está escribiendo, a Natasha le encanta coleccionar moda vintage y crear ilustraciones de moda. Vive con su marido y sus tres hijos en Perth, Australia.

Su sitio web es: natashalester.com.au

VIDIS
HISTÓRICA

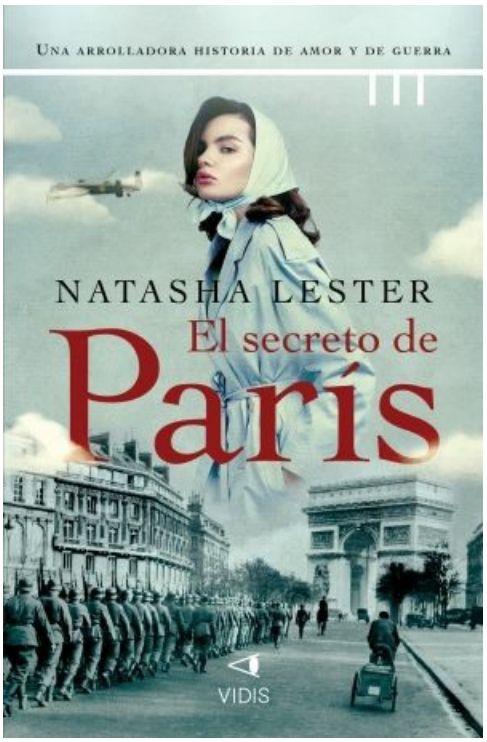
Es posible que de todo lo que despierta nuestra curiosidad, nuestro pasado sea lo más intrigante. Porque es real, aunque poco sepamos de esos hechos y esas personas que vivieron años o siglos antes que nosotros.

Nos fascinan las películas históricas porque durante dos horas somos verdaderos testigos, vemos hasta el detalle
lo que pudo ser, en un auténtico viaje al pasado. Hemos visto, eso quiere decir VIDIS, nuestro sello de novela histórica.

Cada libro te transportará desde la Antigua Grecia
a la Segunda Guerra Mundial. Descubrirás hechos, personajes, costumbres, tragedias y emociones que pudieron ser reales.
Si te llegan como un relato imaginario, es porque
la Historia, para ser contada, debe ser imaginada.

Cuando acabes la última página, sentirás que además
de haber recorrido un viaje lleno de aventuras, emociones y puro entretenimiento, habrás descubierto un episodio de la Historia que no conocías, y estarás feliz por haberte enriquecido.




Una arrolladora historia de amor y de guerra
NATASHA LESTER
El secreto de
París
VIDIS

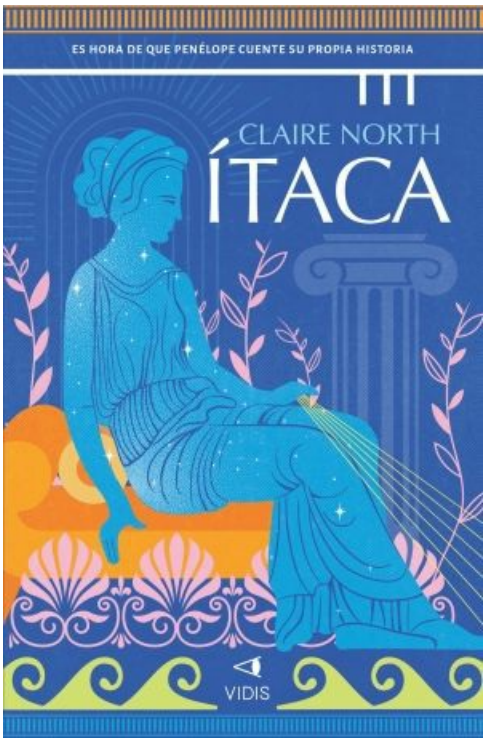
El secreto de París

Lester, Natasha
9788418711831
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Inglaterra, 1939: las hermanas Penrose no podrían ser más diferentes. Skye es una piloto atrevida y descarada y Liberty la desafía en todo momento. Incluso si a las mujeres no se les permite unirse en la Royal Air Force, Skye está decidida a luchar en esta guerra. Al volver de una misión, se reencuentra con su mejor amigo de la infancia, Nicholas, a quien no ha visto durante años. Ahora él está comprometido con una enigmática francesa llamada Margaux Jourdan.
París, 1947: el diseñador Christian Dior presenta su elegante primera colección, el *New Look*, a un mundo cansado de la guerra y el dolor. Es Margaux la modelo principal que da inicio al desfile…
En la actualidad: la historiadora de moda Kat Jourdan descubre una valiosa colección de vestidos Dior en la casa de su abuela. A medida que se adentra en el misterio de su origen, Kat comienza a dudar de todo lo que creía saber sobre su amada abuela.

Cómpralo y empieza a leer


ES HORA DE QUE PENÉLOPE CUENTE SU PROPIA HISTORIA
CLAIRE NORTH
ÍTACA
VIDIS

Ítaca

North, Claire
9788418711954
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hace diecisiete años, el rey Ulises navegó a la guerra con Troya, llevando consigo a todos los hombres en edad de luchar de la isla de Ítaca. Ninguno de ellos ha regresado, y las mujeres de Ítaca son quienes deben dirigir el reino.
Penélope era apenas una mujer adulta cuando se casó con Ulises. Mientras él estuviera vivo, estaría a salvo. Pero ahora, años después, aumentan las especulaciones de que su marido está muerto y los pretendientes empiezan a llamar a su puerta.
Ningún hombre es lo suficientemente fuerte como para reclamar el trono vacío de Ulises. Penélope sabe que un paso en falso puede llevar a una sangrienta guerra civil. Solo a través de la astucia, el ingenio y su círculo de sirvientas de confianza, puede mantener la frágil paz necesaria para que el reino sobreviva.
Esta es la historia de Penélope de Ítaca, la famosa esposa de Ulises, como nunca antes se había contado. Por encima de la isla, los dioses conducen las guerras de los hombres. Pero en Ítaca, son las mujeres abandonadas y sus diosas las que cambiarán el destino del mundo.

Cómpralo y empieza a leer


¿Cuántas veces morirías por amor?
III
Una bruja en el tiempo
Constance Sayers
GAMoN

Una bruja en el tiempo (versión española)

Sayers, Constance
9788418711183
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las fans de Outlander van a amar esta historia.
Un amor maldito, que está condenado a repetirse en un interminable ciclo de tiempo.
¿Encontrará la manera de romper el ciclo? ¿O es ya demasiado tarde?

"Sayers atraviesa períodos de tiempo sin esfuerzo con descripciones exuberantes y elegantes en cada época. Esta novela atrapará a los fans de la ficción histórica y la fantasía romántica".

— Publishers Weekly.

Helen acepta una cita a ciegas después de mucho tiempo, pero no está muy segura de que sea una buena idea. Luke le está diciendo que la conoce desde hace años, siglos incluso. Pero eso es imposible, su vida es la misma que la de cualquier otra mujer.
Le acompaña con desconfianza a visitar el museo y para su sorpresa se reconoce a sí misma en una pintura de una joven en la Belle Époque de Francia. Debe ser una casualidad, no puede ser ella.
Sin embargo, desde esa noche comienza a tener sueños muy vívidos sobre un amor trágico y vidas que se acaban antes de tiempo.

Cómpralo y empieza a leer